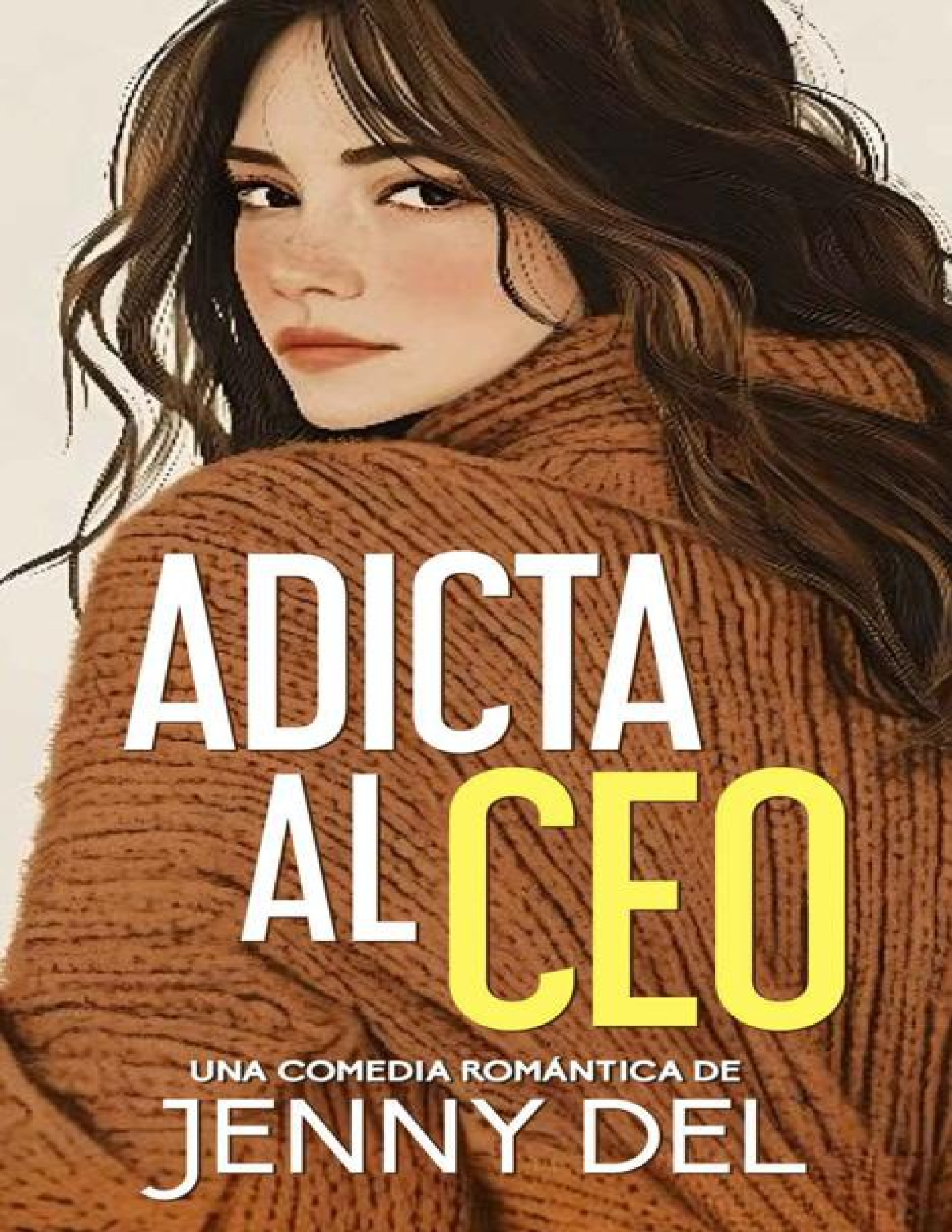




ADICTA AL CEO

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DE
JENNY DEL

ADICTA AL CEO

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DE
JENNY DEL

ADICTA AL CEO

UNA COMEDIA ROMÁNTICA DE
JENNY DEL

Primera edición.

Adicta al CEO

©Jenny Del.

©septiembre, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Adicta al CEO

©Jenny Del.

©septiembre, 2024

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



A mis treinta y dos años, ignoraba qué podía salirme peor. Me consideraba una guerrera, eso sí, pero los que dicen que “lo que no te mata te hace más fuerte” apenas suelen tener en cuenta que algunas personas no necesitamos más palos para mostrar fortaleza, que ya nos hemos llevado unos cuantos.

Nunca me hubiese podido imaginar que llegase a estudiar. No cuando tuve que dejar los libros a los dieciocho, momento en el que me quedé embarazada de mi hijo Hugo.

Unos nacen con estrella y otros lo hacemos estrellados. Yo, que soy de un pequeño pueblo de Madrid, vi desvanecerse entonces ante mis ojos el sueño romántico que me había creado de largarme de casa con Leo, su padre.

Leo tenía ocho años más que yo y era militar de profesión. Le conocí un día en el supermercado, al cual parecía haber llegado para pillar algo de comida, cuando en realidad lo que se decidió fue a pillar cacho en cuanto me vio.

Yo trabajaba allí y mientras terminaba el Bachillerato, estudios que logré cursar a lo justo antes de saber que un bebé crecía en mi vientre.

La nuestra no voy a decir que fuera precisamente una historia de amor de esas de leyenda. Una semana después de nuestro primer encuentro, ya nos dimos el lote y acabamos en la cama.

El problema de una historia de ese tipo llega cuando una de las dos partes se enamora y la otra solo quiere darse un homenaje de vez en cuando. Eso debía ser lo que le pasara a Leo, pues me llamaba un día sí y tres no... Y en los tres que no tenía noticias de él yo perdía peso al galope, de lo mala que me ponía.

Esa situación duró unos meses, hasta que le comuniqué mi embarazo hecha un manojo de nervios y con miedo, lo que se dice miedo. Él trató de tranquilizarme en un primer momento y eso me hizo sentir bien. Lo que ignoraba era que el muy cobarde solo estaba ganando tiempo para pedir un traslado que no me comunicó en ningún momento y del que supe por su compañero de piso, el día en el que llegué a su puerta y me comentó que ya no vivía allí.

Ni una despedida en persona ni una triste llamada. Cuando viene blanco y en vasija, ya todos sabemos lo que suele significar.

El palo que me llevé fue tremendo, eso no lo niego, como ya también os avanzo que me decidí a tener a Hugo yo solita y a cuidarle como lo que fue para mí; el hombrecito de mi vida.

La noticia de mi embarazo cayó en mi casa como un jarro de agua fría. Mi madre era cualquier cosa menos una mujer cariñosa, algo que justificaba porque mi padre le dio la patada un buen montón de años antes, cuando mis hermanos y yo éramos unos críos.

No, ella ya venía amargada de serie y la marcha de mi padre no fue más que la gota que colmó el vaso. En cuanto mi hermano Sebas, que era el mayor, cumplió la mayoría de edad, se marchó a Londres de friegaplatos, comentando que en cualquier lado estaría mejor que en esa casa de locos que era la nuestra.

Ya solo quedábamos allí Irene y yo. Ella era mi hermana mayor y mi paño de lágrimas. Me sacaba dos años y siempre fue mi referente.

Nuestra adolescencia fue francamente complicada y, aun así, se trataba de mi ídolo porque logró estudiar secretariado. En mi casa nunca nadie había estudiado y ese logro lo celebramos ambas corriéndonos una buena juerga.

Irene me convenció para que yo también siguiera sus pasos y era lo que pretendía cuando me quedé embarazada. Como ya he dicho, mi madre era todo corazón y lo primero que hizo fue ponerme de patitas en la calle tan pronto tuvo conocimiento de mi bombo.

Mi hermana se enfrentó con ella y no ganó nada, aparte de un par de buenas bofetadas, las cuales siempre dijo que le vinieron muy bien para reaccionar.

Irene alquiló un piso de inmediato y me llevó a vivir con ella hasta que pude valerme por mí misma, unos añitos después. Eso sí, del tema de estudiar tuve que olvidarme y comenzar a limpiar como si no hubiese un mañana: escaleras, oficinas, casas, todo me valía...

Mientras me deslomaba, mi niño crecía sano, aunque no tan feliz como me hubiese gustado. El carácter de Hugo no era el mejor y la primera vez que me llamaron para darme las quejas de él apenas había cumplido los cinco añitos.

Hugo era un niño rebelde. Ni que decir tiene que yo le adoraba, pero no podía evitar que se metiera en problemas. Irene solía compadecerse de mí porque, aunque también amaba con todo su corazón a su sobrino, era consciente de que su actitud me complicaba la vida.

Los años fueron pasando y llegó un momento en el que me tuve que valer por mí misma. Mi hermana conoció a Kiko, quien después sería su marido, y con el tiempo se marchó a vivir con él. Al poco nació mi sobrina Marta, un modelo de niña que nada tenía que ver con su primo Hugo, quien seguía dando problemas a tutiplén.

Quería a mi hijo por encima de todas las cosas, pero aquel día en el que parte esta historia me llamaron de comisaría y me eché a temblar. Para una vez que podía haber encauzado mi vida e iba a ser que no...

Cuando llegué a comisaría vi que el panorama no pintaba nada bien. Hugo ya tenía los catorce y el intento de hurto de aquella moto que se le antojó en plena calle podía llevarle de cabeza a un centro de menores. Solo de pensarlo me echaba a morir.

Con el paso de los años, y con mucho sacrificio, yo acababa a las puertas de ese verano de cumplir mi sueño, graduándome como secretaria.

Me había costado la misma vida porque tuve que simultanear mis estudios semipresenciales con mil horas de limpieza en mis múltiples trabajos, pero lo estaba haciendo. Y de pronto, todo se volvía a torcer.

Los años fueron pasando y llegó un momento en el que me tuve que valer por mí misma. Mi hermana conoció a Kiko, quien después sería su marido, y con el tiempo se marchó a vivir con él. Al poco nació mi sobrina Marta, un modelo de niña que nada tenía que ver con su primo Hugo, quien seguía dando problemas a tutiplén.

Quería a mi hijo por encima de todas las cosas, pero aquel día en el que parte esta historia me llamaron de comisaría y me eché a temblar. Para una vez que podía haber encauzado mi vida e iba a ser que no...

Cuando llegué a comisaría vi que el panorama no pintaba nada bien. Hugo ya tenía los catorce y el intento de hurto de aquella moto que se le antojó en plena calle podía llevarle de cabeza a un centro de menores. Solo de pensarlo me echaba a morir.

Con el paso de los años, y con mucho sacrificio, yo acababa a las puertas de ese verano de cumplir mi sueño, graduándome como secretaria.

Me había costado la misma vida porque tuve que simultanear mis estudios semipresenciales con mil horas de limpieza en mis múltiples trabajos, pero lo estaba haciendo. Y de pronto, todo se volvía a torcer.

Capítulo 2



Irene se reunió conmigo en la puerta de comisaría. Ella tampoco estaba pasando por su mejor momento porque su matrimonio con Kiko andaba tocado y hundido, por lo que se acababan de separar.

—Cariño, ¿qué es lo que ha hecho Hugo esta vez? —me preguntó dándome un beso en la cara.

—Algo me han dicho de que ha tratado de hurtar una moto, Irene, me va a dar algo.

—Pero ¿en qué está pensando este niño, Daniela? Te deslomas para darle la mejor vida posible y mira cómo te lo paga. Sabes que compartimos su crianza en los primeros años y que le quiero como a un hijo, pero es que ha llegado el momento de que reciba un escarmiento o te convertirá en un saco de huesos, ¿cuánto pesas, cariño? Mira que tienes un cuerpo bonito, pero como sigas así tendré que pasar dos veces para verte.

—Ay, Irene, que me muero de miedo... Que resulta que esta vez parece que el niño sí que se ha metido en un lío de verdad.

—Pues no te voy a decir lo contrario, mi niña.

Lo peor de Hugo era que no daba su brazo a torcer y que le costaba tela reconocer sus errores. Todos los psicólogos que le habían visto, que fueron unos pocos porque me ocupé de que le trataran gastándome hasta lo que no tenía, coincidían en una enorme rebeldía interna por su parte que le llevaba a actuar de ese modo.

Nada más entrar me fui hacia él con ganas increíbles de darle una colleja, las cuales me guardé. Vaya por delante que nunca le había puesto encima la mano a mi hijo, así en plan serio, aunque ganas no me faltasen.

—Hugo, ¿por qué lo has hecho? —le pregunté.

—¿Tú también vienes con lo mismo? Ya les he contestado a estos—se refirió de cualquier forma a los agentes que le custodiaron hasta allí.

—A estos señores, querrás decir—le corregí porque estaba hasta las narices de que siempre me dejase en

evidencia.

—Lo de señores lo dirás tú, para mí son unos pringados que solo cumplen órdenes—me contradijo.

Ambos agentes le miraron con furia asesina.

—Haga el favor de decirle que se calle si no quiere que las cosas empeoren, se lo garantizo. Si le contamos esto al juez...

—No, por favor, no quiero que nada empeore. Él ya se calla.

—No me voy a callar porque no me da...

No terminó de decirlo. Para mi sorpresa, vi cómo la mano de Irene impactaba contra su mejilla por primera vez en la vida.

—A tu madre la respetas, que lleva toda la vida partiéndose el espinazo por ti, niño, que te has convertido en un niño.

Hugo no reaccionó y suerte que no lo hizo. De haberlo hecho, de rebelarse contra su tía, me hubiese obligado a intervenir y no era eso lo que me yo quería, en absoluto me apetecía.

Las siguientes horas fueron cruciales. El juez de menores decretó su internamiento en un centro de menores preventivo, no porque hubiera riesgo de evasión de la justicia precisamente, que con esa edad Hugo no tendría a dónde ir, sino por la actitud chulesca con la que se permitió el lujo de dirigirse a él en el juzgado.

Por Dios que mi hijo no parecía tener enmienda y preparar sus cosas para que partiese hacia el centro me rompió el corazón.

—Hermana, esto va para largo... Mientras llega el juicio y luego sabes que le internarán de nuevo, porque le cogieron in fraganti, el niño no va a volver a tu casa en un tiempo, ¿por qué no dejas tu piso de alquiler y te lo ahorras? Vente a vivir conmigo y con Marta, que nos hemos quedado solas—me ofreció Irene.

—¿Y qué pasará cuando Hugo salga?

—Pues entonces ya pensaremos, mujer, pero así no tendrás que limpiar tanto. Ahora cuentas con tu título de secretaria e igual puedes comenzar a moverte. Vaya, es que tienes que hacerlo. Te quiero ver prosperar, que has trasnochado mucho para estudiar. Muchos años después de lo que yo hubiera querido para ti, pero lo has hecho, mi niña. Ahora podrás defenderte mejor en la vida.

—¿Ahora? Ahora es que no voy a tener cuerpo para nada, Irene. Me van a encerrar al niño en un centro.

—¿Y crees que no lo sé? Pero puedes tomarlo como una desgracia o como una oportunidad.

—¿Como una oportunidad? No lo entiendo.

—Cariño, tú no te estás dando cuenta, pero Hugo actúa como un lastre para ti. Ahora mismo no puedes hacer nada más por él. Lo has intentado todo y no te surte efecto. Suelta el lastre, mira su internamiento como una oportunidad para prosperar tú. Si tienes suerte y allí consiguen enderezarlo, tendrás una vida nueva cuando salga. Lucha por tus sueños, Daniela. Le has entregado tu vida entera a tu hijo y él no te da más que problemas. Mira por ti por una vez, hermana, hazlo.

Me costaba hacerle caso. Y más cuando lo dejaron internado, como era previsible.

Hugo no quiso ni mirarme cuando se lo llevaron. Para él, que yo tenía la culpa, que no estaba haciendo nada para evitarlo, pero es que nada podía hacer. Mi vida entera le había entregado y de nada me había servido. Sus malas acciones fueron a más y ya dependía de un juez, por haberse convertido en un pequeño delincuente.

—¿Ahora? Ahora es que no voy a tener cuerpo para nada, Irene. Me van a encerrar al niño en un centro.

—¿Y crees que no lo sé? Pero puedes tomarlo como una desgracia o como una oportunidad.

—¿Como una oportunidad? No lo entiendo.

—Cariño, tú no te estás dando cuenta, pero Hugo actúa como un lastre para ti. Ahora mismo no puedes hacer nada más por él. Lo has intentado todo y no te surte efecto. Suelta el lastre, mira su internamiento como una oportunidad para prosperar tú. Si tienes suerte y allí consiguen enderezarlo, tendrás una vida nueva cuando salga. Lucha por tus sueños, Daniela. Le has entregado tu vida entera a tu hijo y él no te da más que problemas. Mira por ti por una vez, hermana, hazlo.

Me costaba hacerle caso. Y más cuando lo dejaron internado, como era previsible.

Hugo no quiso ni mirarme cuando se lo llevaron. Para él, que yo tenía la culpa, que no estaba haciendo nada para evitarlo, pero es que nada podía hacer. Mi vida entera le había entregado y de nada me había servido. Sus malas acciones fueron a más y ya dependía de un juez, por haberse convertido en un pequeño delincuente.

Capítulo 3



Le hice caso a Irene y me fui a vivir con ella y con Marta. Y no ya solo por lo que pudiese ahorrarme en lo económico, que no me venía nada mal, sino porque me costaba vivir sola.

No quiero aparentar lo que no soy. Cuando dije antes que me consideraba una guerrera es así, pero porque siempre luché con todas mis fuerzas, lo cual no quiere decir que me adaptase bien a una nueva situación que me mataba. Nunca me había separado de Hugo y tenía el corazón partido, como en la canción de Alejandro Sanz.

Seguía con mi rutina de limpiezas y comenzaba a echar currículums cuando aquella noche, tras todo un día dándole al mocho, Irene me recibió con la más bonita de las sonrisas.

—Te digo yo que la suerte te ha cambiado. Vamos a descorchar una botella de vino, Daniela.

—¿Qué dices, loquita? ¿Pimplar yo entre semana? Que mañana tengo que seguir currando. Conmigo no va lo d soltar curro, que la cosa está muy mala y si puedo ahorrar algo para cuando salga Hugo, mucho mejor.

—Calla, calla, que te tengo una noticia, ¡¡te he conseguido una entrevista de trabajo!!

—¿Qué me estás contando? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Qué barbaridad, hija, pareces una metralleta.

—Es verdad, tita—rio mi sobrina Marta, que era una niña de lo más encantadora.

—Pero suelta, Irene, que me va a dar un infarto.

—Pues nada, que resulta que mi jefe—Irene trabajaba en un taller mecánico como administrativa, en la recepción de los coches— es amigo de un tipo que está forrado y que acaba de poner una empresa de vehículos blindados, así que vienen curvas...

—¿Y ese tipo tan poderoso necesita una secretaria? Pues ya se buscará una de esas de revista, no te preocupes,

que no se va a fijar en alguien sin experiencia como yo.

—Te me vas callando que me matan tus tonterías, ¿me oyes? Ese tipo le debe varios favores a mi jefe y tú sabes que él está conmigo que no sabe dónde ponerme.

—Ya te digo que sí, que eres la mejor.

—Pues le he dicho que tú serás igual de buena y que le diga a su amigo que tiene que hacerte una entrevista sí o sí. Vamos, que a la fuerza debe recibarte. Y sé que cuando te tenga allí, no te dejará escapar. Tienes los conocimientos, la presencia, la gracia y...

—Y solo me falta la abuela, pero para eso ya te tengo a ti, ¿cómo se te ocurre venderme así de bien?

—¿Y cómo no se me va a ocurrir, tontona? Eres la mejor, ¿me oyes? Mañana mismo nos vamos a comprar ropa que el lunes tienes la entrevista.

—¿El lunes? ¿Ya?

—¿Y a ti qué te parece? No, si acaso lo dejamos para el año que viene.

—Es que el domingo tengo la visita en el centro de Hugo, que no se te olvide.
e

—¿Y qué parte de que una cosa es el domingo y otra el lunes no entiendes? Ya te he dicho muchas veces que no puedes mirar solo por los ojos de mi sobrino, que tienes...

—Que hacerlo por mí, ¿vale? Oye, ¿y por qué tengo que comprarme ropa?

—Porque toda la que tienes es del chino, ¿te vale con esa explicación o tengo que ser más explícita? Se trata de un buen curro y tienen detectores de ropa del chino en la entrada. En cuanto salten las alarmas te quedas sin posibilidades, advertida estás.

—Qué tonta eres, ¿y qué le pasa a la ropa del chino?

—Que se trata de una empresa muy gorda y no pega, ¿me oyes? Si consigues el curro, vas a estar como una reina, que es lo que te mereces. Qué digo si consigues, cuando lo consigas.

—Ay, Irene, si es que yo apenas me puedo creer que vaya a tener esa suerte... Lo pienso y eso no está hecho para mí.

—El palo de la escoba sí que estará hecho para ti, porque te pienso baldar a escobazos si vuelves a pensar en una tontería así. O al menos si vuelves a decirla, porque no puedo evitar que lo pienses, pero sí que lo sueltes por esa boca.

—¡Así se habla, mami!

, —Marta, ¿tú también? —le pregunté porque estaba acorralada por todas las partes.

—Pues claro, tita, mamá tiene razón en todo. Yo te voy a asesorar sobre el *outfit* que tienes que ponerte para asistir a esa entrevista.

—Pero bueno, ¿tú la estás oyendo, Irene?

l,

—La estoy oyendo y me están entrando unas ganas inmensas de ir de *shopping*. Mañana olvídate de limpiar por la tarde, que pensé que estarías más aliviada y no paras, cariño.

Poco remedio me quedó aparte de acompañarlas al día siguiente.

—No, Marta, ese traje de chaqueta no, que voy a parecer Rocío Carrasco y tiene un color muy estridente, no lo veo.

o —Tita Daniela, esa no es la actitud. Tiene un color llamativo y fuerte, como tu personalidad.

—Venga ya, yo no soy así...

—Pues ya vas a comenzar a serlo—me corrigió mi hermana—. Si no te crees digna de un trabajo así, no te lo darán.

—Os habéis propuesto volverme loca. Estoy preparada para un contratito de prácticas o algo así, pero no para asumir esa responsabilidad.

—Te voy a decir una cosa—me indicó mi hermana dándole la vuelta a la palma de mis manos—, que sea la última vez que una mujer con estos callos diga que algo le viene grande. Tú estás preparada para todo, ¿me oyes?

—Te oigo, te oigo—resoplé porque para mí que si la llego a contradecir me da una bofetada como la que le dio a mi hijo en comisaría.

—Pues muy bien. Y ahora, coges el traje de chaqueta, y le dices que te lo envuelvan para regalo.

—¿Para regalo?

—Exacto, porque es un regalo de Marta y mío, ¿verdad, amor?

—Verdad, verdad—le contestó la niña chocando los cinco con su madre.

Siempre que las veía así de unidas, lamentaba que yo no hubiese tenido la misma suerte con mi hijo Hugo, el cual no se me iba del pensamiento en ningún momento del día.

—Pues muy bien. Y ahora, coges el traje de chaqueta, y le dices que te lo envuelvan para regalo.

—¿Para regalo?

—Exacto, porque es un regalo de Marta y mío, ¿verdad, amor?

—Verdad, verdad—le contestó la niña chocando los cinco con su madre.

Siempre que las veía así de unidas, lamentaba que yo no hubiese tenido la misma suerte con mi hijo Hugo, el cual no se me iba del pensamiento en ningún momento del día.

Capítulo 4



Domingo y yo tomaba el autobús para ir a visitarle en el centro. Temía su actitud, aunque Irene me acompañaba mientras Marta se había quedado con su padre.

—El coche me lo compro fijo pronto, no quiero estar dependiendo de autobuses toda la vida. Antes compartía el mío con Kiko, pero ahora... Ahora me compro el mío sí o sí. Quiero que sea rojo manzana de caramelo.

—¿Rojo manzana de caramelo? ¿Qué color es ese?

—Cariño, ¿tú dónde tienes la cabeza? Pues ese rojo, el de las manzanas de caramelo que venden en ferias, verbenas y demás, ¿es que no te acuerdas?

—Anda, pues es verdad. Qué color más bonito.

—Pues como el azul Klein que tú llevarás a la entrevista, cariño. Con ese concedió Rocío Carrasco una entrevista que levantó ampollas... Pues tú lo mismo.

—Pero yo no quiero levantar nada...

—Igual te entrevista un chico y algo sí que levantas, guarri, que eso nunca se sabe—rio.

—No digas majaderías. Y, además, que no tengo ganas de reírme. Mira a dónde vamos, al centro de menores de Hugo.

—Lo sueltas como si fuera suyo, aunque con el carácter de mi sobrino ya se habrá adueñado de él—me sonrió.

—Y lo dices tú, menudos ovarios tienes...

—Es que a mí no me chulea y a ti no te vuelve a chulear tampoco. De eso me encargo yo—me indicó.

Llegamos al centro de menores y al principio me quedé desconcertada porque Hugo no quería ni salir a vernos. Cuando por fin lo hizo, volvía a no levantar los ojos del suelo.

—Hijo, Hugo, mírame, que soy tu madre—le pedí.

—Si fueras mi madre no habrías dejado que me encerrasen aquí como un perro—me espetó.

—La diferencia está en que ningún perro merece ser encerrado, Hugo, pero tú sí—le aclaró mi hermana, que estaba calentita con él y no era para menos porque las contestaciones de mi hijo no podían ser más desafortunadas

t

—¿Yo sí? No he hecho nada—se quejó, aunque dio un paso atrás pensando en que Irene le cruzara de nuevo la cara.

l

—Te advertí la última vez que a tu madre me la respetaras, ¿es o no es?

—A tomar vientos las dos, ¡¡se acabó la visita!! —vociferó y se fue para dentro, dejándonos con dos palmos de narices.

La miré incrédula y llorosa. De nuevo me la jugaba, lo de mi hijo era un no parar.

—Se ha metido para dentro, Irene. No piensa salir más.

—Y si se le ocurre salir te garantizo que no nos encontrará aquí. La visita ha terminado, ahora nos vamos a almorzar tú y yo, que para eso hoy es domingo y estamos sin niños.

—Cariño, que en mi caso no es por gusto.

—Y en el mío tampoco, que no tenía ninguna intención de separarme de Kiko y mira... La vida te da sorpresas. Pues nada, ¡¡a disfrutar las dos!!

;

Lo último que me apetecía era ir a ningún sitio. Por mí, me habría marchado a casa y me hubiera tapado hasta la cabeza, del inmenso agobio que sentía, aunque eso no era algo que mi hermana estuviese dispuesta a consentirme.

Irene siempre había tirado de mí. Ella logró que yo reuniese el valor suficiente para sacar adelante a mi hijo. La lástima era que a veces me daba la impresión de que no supe hacerlo con Hugo y de que por eso habíamos llegado al punto que llegamos.

Por fortuna, cuando le comentaba mis pesares, siempre me sacaba de mi error y me hacía ver que me había

dejado el pellejo por mi niño y que si me había salido así de torcido, poca culpa tenía.

En fin, que no me quedó otra y ambas nos fuimos a almorzar. Nunca teníamos ocasión de hacerlo solas y enseguida me di cuenta de que nos lo pasaríamos bien en un almuerzo en el que ella logró hasta que me olvidase de la salida de tono de mi hijo.

Después de almorzar, no sin antes buscarme la lengua y sacar mis risas, Irene se empeñó en que nos fuésemos a unas clases de bailes latinos.

..

—¿Qué dices? Que no, que hasta ahí no llego. Mi niño encerrado en un centro y yo bailando con tíos que...

—¿Qué les pasa a esos tíos? Que vale que algunos arrimen cebolleta, pero para eso tienes tú boca, para decir con quién bailas y con quién no. Yo miraré la bragueta de alguno y si veo que lo que me interesa en ella no es el móvil precisamente...

—Por favor, ¡¡no te pases!!

—Mira, Daniela. Estoy decidida a vivir por primera vez como me dé la gana. Con Kiko he aguantado suegra, cuñadas y otras lindezas que siempre me tenían el ojo puesto. Es la primera vez que me siento libre de verdad por: ser yo misma y te aseguro que no la pienso desperdiciar, ¿estamos o no estamos?

—Estamos, estamos.

—Ea, pues tú lo mismo. Y ahora nos vamos a bailar. Y en cuanto entremos nos tomamos una copita, que eso entona mucho.

—¿Beber por la tarde? No me parece lógico.

—¿Y quién quiere actuar con lógica cuando puede hacerlo con locura? Que sepas que no te emborracho porque mañana tienes la entrevista, pero una copita te tomas, que eso te va a achispas.

1

Todo resultaba novedoso para mí. Irene se estaba abriendo a la vida sin pareja, queriendo abrazarla con todas sus ganas... Yo es que a esa vida estaba acostumbrada. Me refiero a lo de no tener a nadie a mi lado.

, No es que no me hubiesen salido oportunidades durante aquellos años, pero cada vez que alguien se me acercaba cabían dos posibilidades: o salían espantados por la conducta de Hugo o él se encargaba de hacerme sentir culpable por no dedicarle mi atención en exclusiva.

En resumidas cuentas, que mi hijo me había manipulado desde pequeño y que no hice sino trabajar como una

burra para sacarle adelante, pero que no pude disfrutar jamás de mi juventud porque, al tenerle tan joven, antes no había vivido nada y después menos.

burra para sacarle adelante, pero que no pude disfrutar jamás de mi juventud porque, al tenerle tan joven, antes no había vivido nada y después menos.

Capítulo 5



Llegué a la empresa de coches blindados. Menudo edificio, qué glamour por todos lados.

—Soy Daniela López y creo que me están esperando—le comenté a la chica de la recepción, una muy menudita llamada Judith, por lo que vi en la chapa.

—Daniela López, Daniela López... Correcto, es por lo del puesto de secretaria, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Has estudiado en el extranjero? Porque menudo currículum debes tener para optar a ese puesto. Y está la cosa calentita, eso también te lo tengo que advertir, ya que han salido unas cuantas escaldadas de la entrevista, para mí que han puesto el listón...

—¿Muy alto?

—Como en la cima del Everest más o menos o eso creo yo, pero vamos que no te quiero meter miedo. Te están esperando. Última planta, pregunta por Hellen.

—¿Y quién es Hellen?

—Mejor no quieras saberlo, ¿tú tienes puesta la vacuna del tétanos? Porque igual te muerde.

Bonito me estaba planteando el panorama. A mí me comenzaron a temblar las canillas. Suerte que el traje era de pantalón y eso me permitía disimular.

Allí estaba todo pulcro y nuevo. La empresa la acababan de crear y por lo visto la secretaria del CEO había sufrido un contratiempo de última hora, un tema familiar que la llevó a renunciar al puesto. Y allí estaba yo, con más miedo que once viejas, después de enterarme de que para la tal Hellen nadie daba la talla. Pues anda que cuando viera mi currículum, esa se partía de la risa.

Para colmo de males, y por si me pudiera pasar algo más, me enganché un tacón justo cuando una chiquita me indicó cuál era su despacho, por lo que entré en él con efecto, yendo a parar casi contra su mesa y de cabeza. Menos mal que no tuve ocasión de que me pusieran los cuernos, porque de otra manera la habría ensartado a modo de brocheta.

—Perdón, perdón, perdón—repetí en bucle con las mejillas ardiéndome.

—Vaya manera de entrar, lo que hay que ver—resopló.

—Pensaba llamar a la puerta aunque estuviese abierta, de verdad.

—Vale, vale, déjate de lamentaciones y al grano.

—Pues nada, ¿me puedo sentar?

—Mira si puedes—se burló.

—Claro, claro, es que se me ha quedado el tacón un poco flojo y temo caerme. Sería ya lo que me faltase.

—Eso mismo digo yo, que sería ya lo que te faltase, sí. En fin, que tiene que haber gente para todo. Estoy mirando tu currículum y es...

—Un churro, te parece un churro, ¿no es así? Me encantaría poder decirte que es más amplio, que ahí falta la mitad, pero no falta nada. Y aunque faltara la mitad tampoco sería nada del otro mundo, ¿qué te voy a contar a ti que no sepas? Bueno, en fin, que ya sé lo que me toca. Lo he intentado, pero me voy por donde he venido. Te iba a decir que es un gusto conocerte, pero igual me lo tomas a mal y... Mira, déjalo, que cuando a una parece que la ha mirado un tuerto, no veas. Eso no tiene arreglo. Me voy....

Me levanté con la intención de irme cuando la escuché aclararse la voz.

—¿A dónde se supone que vas? —me preguntó con una mala leche que no era normal aquella encargada de recursos humanos.

—Ay, Dios, ¿es que te crees que te he robado algo? Mira tu mesa, si no te falta ni un bolígrafo, mujer. Yo seré pobre, pero honrada, eso también te lo digo. Así que no llames a los de seguridad ni montes un numerito porque me puede dar un síncope, va en serio.

—Dios de mi vida, esto no va a salir bien—resopló de lo más incómoda con una cara de avinagrada que era para verla.

—No, de hecho ya ha salido fatal, porque me han tenido que regalar este traje que cuesta un pastizal para nada. Y vale que mi hermana esté mejor de pasta que yo, pero tampoco le sobra el dinero. Mi sobrina Marta es muy buena, pero la boca parece que se la ha hecho un fraile, eso te lo juro. No para de pedir y claro... Es que le gusta mucho la ropita y... Los niños de ahora que tienen el armario que se cae de ropa y quieren más y yo digo que...

—¿Y te puedes callar?

—Vale, vale, que ya me callo. Y perdóname por hacerte perder el tiempo, mujer. Mira, ahí fuera ya hay una chica monísima esperando también para que la entrevistes. Y con una pinta de Cayetana que tira para atrás, esa orina perfume Burberry fijo—suspiré.

—No, si no te callarás. El puesto es tuyo. Y por favor, que no te lo tenga que repetir.

—¿El puesto es mío? ¿De verdad?

—Menos mal que no me lo harías repetir. Que sí, que es tuyo, ¿estamos o no estamos?

—Mío, el puesto es mío. Si es que no me lo puedo creer...

—Yo sí que no me lo puedo creer. Entra por aquella puerta y pide hablar con Samuel, él te hablará de las condiciones económicas.

—¿Y ya? ¿Empiezo a trabajar y punto?

—Eso parece—me dijo con total desdén.

Yo no entendía ni media palabra de lo que allí estaba ocurriendo porque a esa tipa no parecía hacerle chispa en absoluto mi persona y mucho menos mi currículum, que apenas tenía unas cuantas líneas.

Con todo y con eso, ¡¡estaba contratada!!

Entré en el cuarto de baño antes de ir al despacho de Samuel. Desde allí llamé a mi hermana.

—¿En serio? Pues sí que soy persuasiva. Si te soy sincera, ahora que ya te han dado el puesto, no las tenía todas conmigo. Se trata de uno de mucha responsabilidad y la competencia habrá sido feroz. Pero mira, nena, ¡¡que les den!!

—No, si a quien le han dado ha sido a mí, ¡¡me han dado un trabajo y de los buenos!! ¿Tú crees que estoy soñando?

—Yo pienso más bien que tu vida ha sido una pesadilla hasta ahora, Daniela, y que ya va siendo hora de que te lleguen cositas buenas, corazón.

Yo misma me lo tendría que creer también porque me costaba mucho trabajo en pensar en que la suerte, por una vez, se pondría de mi lado. Aunque todo apuntaba a que sería así, quizás porque las cosas cambian y la suerte también.

—No, si a quien le han dado ha sido a mí, ¡¡me han dado un trabajo y de los buenos!! ¿Tú crees que estoy soñando?

—Yo pienso más bien que tu vida ha sido una pesadilla hasta ahora, Daniela, y que ya va siendo hora de que te lleguen cositas buenas, corazón.

Yo misma me lo tendría que creer también porque me costaba mucho trabajo en pensar en que la suerte, por una vez, se pondría de mi lado. Aunque todo apuntaba a que sería así, quizás porque las cosas cambian y la suerte también.

Capítulo 6



Llegué al despacho de Samuel contando con que mi contrato inicial no sería precisamente para tirar cohetes, que era lo previsible.

Ni que decir tiene que con un golpe de suerte ya tenía bastante y haber puesto un pie en esa empresa representaba uno que no me podía ni creer, por tanto no esperaba muchas más sorpresas.

Nunca consideré que tuviera suerte en la vida y aquel día estaba a la expectativa porque consideraba que se le estaba dando la vuelta a la tortilla, ¿duraría o sería solo un espejismo?

Samuel era un chico amable, encantador y risueño que no tardó en pedirme que me sentar a su lado.

—Muy bien, Daniela López, pues aquí está tu contrato. Si estás de acuerdo con las condiciones y eres tan amable, podrías dejármelo firmado ahora mismo—me comentó.

—Claro, cómo no... Ponga lo que ponga ahí lo haré, por supuesto.

—Tampoco es eso. Ya te digo que todo es negociable, pero también te adelanto que no lo veo nada mal.

—Gracias. Si yo tampoco necesito tanto, no creas... O sea, tengo un hijo, eso sí... Y encima... Ay, qué tonta soy, no debería hablarte de estas cosas porque es como si tirara piedras sobre mi tejado, pero es que mi hijo está en un centro de menores y cuando salga me gustaría darle una buena vida. Que no es que nunca se la haya dado mala, entiéndeme, pero...

—Te entiendo a la perfección, no te preocupes. Y no tienes que justificarte por nada. Mira, ¿te traigo un cafecito y lees tranquila el contrato? Yo es lo que haría.

—¿Me lo traerías? Sería estupendo, gracias.

—Claro que sí, mujer, cómo no. Míralo despacito y ya me dices.

El chaval, que iba vestido de un modo muy elegante y repartía amabilidad por doquier, se levantó en busca de ese cafecito.

—Con poca leche por favor. Y doble de azúcar si puede ser... Es que me gusta mucho el azúcar.

—Como si lo quieres con una montaña de ella. Ya te he dicho que no te tienes que justificar por nada.

—Es que no sé por qué soy así, la verdad. Pero lo soy—me eché a reír nerviosa.

Cogí entre mis manos el contrato, que estaba compuesto por un buen montón de folios, y no os voy a mentir: mis ojos se fueron directos al apartado del sueldo.

Sentí un ligero mareo. Y no precisamente por el hecho de que no hubiera desayunado porque los nervios no me permitieron probar bocado esa mañana, sino por la visión de los 3000 euros que allí vi.

Sin duda, debían haberse equivocado, pero con todo y con eso no pude evitar un mareo que él detectó en cuanto entró.

—¿Estás bien. Daniela? —me preguntó dejando el café encima de la mesa y viniendo hacia mí.

—Sí, es solo que me han entrado unos sofocos. Y menopáusicos no son, que a mí todavía me queda. Al menos eso creo.

Se echó a reír. Yo es que tenía esos arranques que no podía evitar, pero que solían hacerle bastante gracia a la gente.

—Mira, voy a poner el aire acondicionado más fuerte y me cuentas, ¿has visto algo que no te guste?

—No, lo que he visto es un error, pero lo demás todo lo veo perfecto. Tampoco es que lo haya mirado a fondo, pero que seguro que lo está.

^o —¿He escrito mal alguno de tus datos? Lo corrijo en un santiamén, dime.

—No, no es eso. Se trata del sueldo.

—Vale, ¿no te parece suficiente? El jefe me dijo que lo podríamos negociar.

—Ah, vale, ahora lo entiendo todo—le comenté.

—¿Qué es lo que entiendes, Daniela? Ahora el que se ha perdido soy yo.

—Pues que se trata de alguna broma, ¿es para un nuevo programa de la tele o algo? Ya sabes, te ofrecen un trabajo, ven cómo reaccionas y luego te dicen que naranjas de la China, pero mientras el público se ha partido. Una parodia de la sociedad, vaya. Y luego, a limpiar escaleras otra vez, se terminó el chollo.

—Pues poca gracia tendría para ti.

—Para mí ninguna, pero que no he venido aquí a reírme.

—Daniela, tampoco nosotros queremos reírnos de ti, eso por descontado. El sueldo es real, ¿lo ves por las nubes?

—Lo veo estratosférico, sí. Claro que lo veo así—asentí asombrada.

—Esta es una empresa relevante y el jefe tiene especial interés en que la persona de su confianza esté contenta desde el primer momento.

—¿Sí? Pues dile al jefe que no le hago la ola porque no le tengo aquí delante que, si no, me iba a deslomar haciéndosela.

—Me alegra que estés contenta, ¿qué más puedo hacer por ti?

—Decirme cuándo comienzo.

—Por nosotros, mañana mismo, ¿cuál es tu disponibilidad?

—Como si queréis que me traiga la cama aquí y empiece esta misma noche.

—Creo que eso no será necesario, aunque te confieso que me alegra comprobar tus ganas. Pues nada, te veo aquí mañana a primera hora y ya te pondrán al día de tus obligaciones.

—¿Te puedo pedir algo, Samuel?

—Dime, cualquier cosa que quieras incluir en el contrato, ahora es el momento.

—No, no se trata de nada relacionado con el contrato, ¿te puedo dar un abrazo?

Me dirigió una sonrisa cómplice y él mismo me lo dio.

—Ay, Daniela, creo que eres una chica fenomenal. Me alegrará mucho tenerte en plantilla.

—Gracias, muchas gracias. Solo espero caerle bien al jefe, porque si no voy de culo y cuesta abajo.

—Estoy seguro de que sí. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, desde abajo. Y hoy es el CEO de esta empresa que no es más que la punta del iceberg de un verdadero imperio de los vehículos blindados. No te arrepentirás de dejar lo que sea que estés haciendo para unirme a nuestro equipo.

—Eso ya lo puedes jurar, que no me voy a arrepentir—suspiré.

—No, no se trata de nada relacionado con el contrato, ¿te puedo dar un abrazo?

Me dirigió una sonrisa cómplice y él mismo me lo dio.

—Ay, Daniela, creo que eres una chica fenomenal. Me alegrará mucho tenerte en plantilla.

—Gracias, muchas gracias. Solo espero caerle bien al jefe, porque si no voy de culo y cuesta abajo.

—Estoy seguro de que sí. Es un hombre que se ha hecho a sí mismo, desde abajo. Y hoy es el CEO de esta empresa que no es más que la punta del iceberg de un verdadero imperio de los vehículos blindados. No te arrepentirás de dejar lo que sea que estés haciendo para unirme a nuestro equipo.

—Eso ya lo puedes jurar, que no me voy a arrepentir—suspiré.

Capítulo 7



Salí a la calle y vi el escaparate de una de esas tiendas gourmet que enganchan. Creo que no había entrado en una en mi vida y, por tanto, se trataba de la ocasión ideal para tirar la casa por la ventana.

—Me da una botella del mejor vino que tenga—le comenté al tendero.

—¿De qué tipo?

—Del mejor, ya se lo he dicho—insistí.

—Claro, pero ¿del mejor de cuál? Dulce, semidulce, blanco, rioja...

—Ah, eso, pues del que más le guste a usted, pero que esté muy rico, por favor. Y me da igual lo que cueste—añadí por primera vez en mi vida, la cual acababa de dar un vuelvo asombroso.

Salió con una magnífica botella, con una presencia imponente. Soy una chica sencilla, pero a todos nos gusta darnos un homenaje alguna vez y era el día. Además, que mi hermana siempre actuó conmigo como una madre y tampoco estaba pasando por su mejor momento, por lo que se lo merecía.

Elegí también unos dulces, unos dátiles enormes que se me metieron por los ojos y una preciosa caja de barquillos, de estilo *vintage*, que haría las delicias de mi sobrina Marta, a quien le encantaban.

El dinero que me dejé en aquella tienda equivalió al que me hubiera gastado en toda una semana de subsistencia cuando vivía con Hugo, pero mereció la pena.

Súper contenta, me encaminé a casa de Irene, pasando antes por la carnicería, y esperé a que llegase al mediodía con la niña, quien ya había almorzado en el comedor.

—¡Tachán! —la recibí súper animada.

—Ay, Dios mío, ¿qué es todo esto? —me miró como si estuviese loca por haberme gastado tanto.

—Ni se te ocurra decirme nada, que todo esto y mucho más es lo que os merecéis vosotras.

—¡¡Barquillos!! —chilló mi sobrina.

—Sí, cariño. Son para ti. Puedes comerte todos los que te apetezca—le entregué la preciosa caja.

—Sin pasarte, Marta, que no quiero tener que llevarte a urgencias con dolor de tripa. Menuda golosa estás hecha.

—Como la tía Daniela, ¿quieres uno, tita?

—No, tu madre y yo vamos a almorzar ahora.

—¿Y qué exactamente? Porque huele de vicio y yo no tengo en el frigo nada tan apetitoso.

—He pedido un par de buenos solomillos y los he preparado a la pimienta, como te gustan, cariño.

—Madre mía. Y yo he debido morir y subido al cielo, porque no estoy acostumbrada a tanto mimo. Aunque podría acostumbrarme y sí, es una amenaza.

—Pues prepárate, porque yo te estoy muy agradecida y te voy a cuidar tela.

—Ay, Daniela. Cuídate tú, cariño, de verdad. Y ahora cuéntame, ¿qué tal las condiciones del contrato?

—3000 pavos desde el primer momento con posibilidades de subida pronto. Ah, y un par de pagas extras al año. Por si fuera poco. Y no es broma, Irene, que yo creía que sí. Pero que Samuel, que es un encanto, dice que no, que me los van a abonar de verdad, que no es cachondeo ni nada.

¹ —¿Te pagan en pavos, tita? ¿Y dónde los vamos a meter? —me preguntó una inocente Daniela mientras se ponía ciega de barquillos.

² —Ay, que me tiro al suelo con esta niña. No, cielo, nada de pavos... me pagan en euros, ¡¡en un buen montón!!

—A mí es que me has dejado loca—añadió mi hermana.

—Pues imagínate cómo estoy yo. No doy más saltos porque ya tengo hasta agujetas.

—Cariño, tú ya te merecías que te comenzaran a pasar cosas buenas, eso es evidente.

—Y también lo es que no me hubiesen ocurrido de no ser por ti, Irene. Gracias, hermana. Gracias de corazón—
me abracé a ella y comencé a llorar de alegría.

Cuando por fin pude calmarme, nos dimos el gran festín. Por la tarde, nos iríamos de compras porque yo necesitaba ropa en cantidad para comenzar en mi puesto, uno de alto *standing* para el cual mi armario no estaba ni en broma a la altura.

En fin, que no reparé a la hora de tirar de tarjeta de crédito, sabiendo que estaba invirtiendo en mi imagen y que podría reponer la cantidad que fuese en cuanto cobrase mi primer sueldo.

Fue tal la ilusión que sentí durante aquella sesión de compras que hasta logré olvidarme por unas horas del problema de mi hijo Hugo. Llamadme mala madre si queréis, pero es que yo la cabeza la tenía embotada con sus problemas y por una vez pude esquivarlos.

Al final de la tarde, las tres nos echamos unas risas mientras tomábamos unos batidos helados. Yo, que no había hecho sino trabajar toda la vida como una mula, por primera vez me veía a las puertas de una vida más bonita, de una vida que bien podía haber soñado y que no se trataba de un sueño, sino de una maravillosa realidad que se me abría de par en par.

Por mucho que Hugo me agotase la energía, tendría que dar con el mecanismo de salvaguardarme, de que no llegase a esa partecita de mí que necesitaba intacta para desarrollarme laboralmente, para poder alcanzar mis metas sin que mi hijo me pusiera la zancadilla una y otra vez.

De eso precisamente me estuvo hablando Irene mientras me felicitaba por todo lo que iba a alcanzar. Como soñar es gratis, ya me veía hasta comprando un piso pronto, después de que hubiese podido ahorrar para dar una entrada y con la ayuda del banco. Yo, que siempre tuve la cuenta en números rojos, de pronto me convertiría hasta en una de esas clientas a las que les ofrecen una hipoteca.

No sabía cómo lo hacía mi hermana, pero siempre se las apañaba para echarme el gran cable en los momentos de mi vida en los que más lo necesitaba.

Esa noche dormí regular, despertándome varias veces por los nervios típicos de pensar en que quizás no diera la talla. Era poco menos que un milagro que me hubiesen ofrecido el puesto y debía estar a la altura, por supuesto que debía estar.

i

l

l

a

l

Capítulo 8



Llegué muy temprano a trabajar, cosa que llamó la atención de Judith.

—Pero bueno, Daniela, ¿ya estás aquí? Si la única que llega a estas horas soy yo. Bueno, el jefe y yo, porque él ya está en su despacho. Es un hacha el tío.

—Pues entonces mejor, cuanto antes me presente antes se me quitará el temblor de las piernas. Eso si no tengo que salir por patas, porque para mí que la tal Hellen estaba borracha ayer cuando me dijo que el puesto era mío.

—¿Esa borracha? No, esa puede haberse envenenado en todo caso, mordiéndose la lengua como la víbora que es, pero no más.

—Lo es, ¿no? Ya le vi yo unos humos...

—Y los que le verás. Nos trata a puntapiés a todos. Para mí que está enamorada del jefe y que él pasa de su culo. Y claro, pues está que muerde, la muy...

Se calló de golpe porque ella llegó. La miradita que nos echó bien podría habernos llevado a arder en el infierno, porque salió fuego de sus ojos, ya que debió intuir que hablábamos de ella. Cuando por fin se fue, Judith prosiguió.

—Vaya por Dios, ha llegado más temprano que nunca. Lo mismo es para olisquear.

—Para olisquear, ¿qué exactamente?

—Al saber. Para mí que esta lo quiere controlar todo y, entre tú y yo, hay algo que no me cuadra mucho en tu contratación, ¿no te molesta si te lo digo?

—No, claro que no, si es verdad... Creo que tiene que ver con unos favores que le debían a mi hermana. Su jefe estaba por medio y...

—Vale, vale, eso lo explica todo. Mira, Daniela, yo de ti le daría a esa imbécil en toda la jeta. Seguro que sabes cómo. Se te ve cara de competente.

—Creo que sí, aunque también he de decirte que estoy más verde que una pera. A ver por dónde sale el sol...

—Oye, pues de verde sí que vienes, a todo esto. Y muy guapa. Chica, qué estilo...

—¿Te gusta el vestido? Cuatro trapitos que me he comprado ayer, que no te creas tú que tengo yo un armario...

—Pues ya te digo que al jefe le gustará tu estilo. Y el de él te va a flipar. Menudo tío: alto, fuerte, ojos claros, pelo oscuro, vozarrón grave... Yo es que lo veo pasar y hago un charco. Voy a tener que dejar la fregona aquí cerquita.

—Tú eres de las mías. Dices las burradas de dos en dos, me encanta.

—Claro. Vaya, que te vas a recrear bien mientras trabajas, qué suerte la tuya—me sonrió a la par que me guiñaba un ojo.

—Ya me iba haciendo falta, no creas. Si yo te contara.

—Ay, pobre. Pues cuando quieras y con un cafelito, que yo soy muy cafetera, ¿tú también?

—Yo muero por el café, con eso te lo digo todo.

—Qué mona, pero que no hace falta que mueras, yo me tomo contigo todos los que quieras. Y ahora, no te lo pienses más, y ve a presentarte al jefe.

Subí a su despacho. El mío estaba al lado del suyo y era una monada. Samuel me lo enseñó el día anterior. Por supuesto que cabía varias veces en el del jefe, quien estaba de espaldas a su mesa, mirando por las amplias vidrieras, cuando de pronto toqué con los nudillos en su entreabierta puerta y se dio la vuelta en la silla.

No sé si sentí más rabia o pena. No sé si quise salir corriendo o abalanzarme sobre él y darle de guantazos. No sé definir tampoco lo que sentí en un momento en el que todo mi mundo se desmoronó como lo hizo la última vez que le vi, muchos años atrás.

: —¿Qué clase de jugarreta es esta, Leo? —le pregunté al padre de mi hijo, a aquel hombre que un día, siendo mucho más joven, pasó de mi bebé y de mí, abandonándonos a nuestra suerte.

—Daniela, escúchame, por favor.

—No entiendo, no entiendo qué clase de juego macabro es este, Leo, ¿qué haces ahí y por qué estoy yo aquí?

—Ya no soy militar. Como ves, ahora me dedico a la producción de coches blindados. Soy bueno en lo mío, siempre quise aspirar a más y lo sabes. Y todo me vino bien. Hoy por hoy me he convertido en el CEO de esta empresa y cuando llegó a mis manos tu currículum... Cielos, supe que era el momento de compensarte.

—¿De compensarme? ¿Tú te estás escuchando? Eres la última persona del mundo, Leo, la última, a la que yo quiero cerca de mí.

—Daniela, sé que debes estar enfadada, pero...

—¿Enfadada? La palabra es decepción, junto con repulsa y hasta asco, la verdad. Ahora ya veo que todo ha sido premeditado, ahora lo comprendo.

—Por favor, no te lo tomes así. Soy consciente del daño que te hice, lo soy.

—No eres consciente de una mierda, Leo. Ni tampoco del daño que me estás haciendo ahora. Para una vez que creo que las cosas me van a venir bien, al final se trata de una burda broma. De una sin el más mínimo gusto.

—Esto no es ninguna broma, de veras. Te quiero en mi equipo y cerca de mí.

—Tú no sabes lo que dices. Si te acercas a mí, lo único que puede sucederte es que te lleves un bocado en la nuez. Me conoces y sabes que soy clara. No te llares a engaño.

—Por favor, déjame hablar. Sé que crees que no podrás hacerlo, que no soportarás tenerme a tu lado. Pero piensa en Hugo...

—¿Que piense en Hugo? ¿Y tú tienes los santos cojones de mencionar a tu hijo y quedarte tan campante? ¿Cómo sabes su nombre? ¿Nos has estado investigando?

—No te lo puedo negar. Cuando me llegó tu currículum, la sangre se me revolucionó. Y entonces quise saber más de nuestro hijo.

—¿De nuestro hijo? El niño no lleva tu apellido ni es nada tuyo. En cuanto a lo que dices de la sangre, a mí la mía se me acaba de pudrir de escucharte.

—Por favor, Daniela—se puso en pie de repente.

—Da un paso más y te abro la cabeza con lo primero que pille en este despacho de mandamás que te has montado. Te odio, Leo, te odio con toda mi alma—le advertí antes de salir corriendo de allí.

—Por favor, Daniela—se puso en pie de repente.

—Da un paso más y te abro la cabeza con lo primero que pille en este despacho de mandamás que te has montado. Te odio, Leo, te odio con toda mi alma—le advertí antes de salir corriendo de allí.

Capítulo 9



Llegué a casa de Irene y ella justo salía por la puerta con Marta. Mi hermana entraba a trabajar un poco más tarde.

Mis ojos llorosos le hablaron de lo mal que me había ido. Mi sobrina iba delante hablando con una vecinita a la que también llevaba mi hermana al cole y ella me cogió el brazo.

—¿No te han dado el puesto al final? Ay, mi niña, con la bicoca que era. Cuéntame y no te preocupes, ¿eh? Que yo seguiré dando la cara por ti hasta que alguien quiera contratarte. Maldita sea...

—No, si mi jefe me quiere contratar. Tendrá morro el tío. Soy yo quien no quiere.

—¿Me estás vacilando, cariño? ¿De qué va esto? ¿Se trata de una broma?

—Eso creí yo. Mi jefe es Leo, Irene.

—¿Leo el padre de Hugo? ¡¡No jodas!! Te prometo que no lo sabía.

—Pues sí, ¿y te he dicho que aun así pretende que siga allí? ¡Sus ganas! No voy a trabajar para él nunca.

—Pero ¿él sabía que eras tú? Estoy muy confusa, ¿qué te ha dicho? Madre mía, qué culebrón te acabas de montar, mi niña.

—Claro que lo sabía. Por eso me eligieron a mí pese a no tener el mejor currículum. Por lo visto, le ha entrado el arrepentimiento al muy maldito, porque hay que serlo para actuar así.

—¿Crees que está arrepentido de lo que hizo? ¿Sí?

—Yo sí que estoy arrepentida de haberme mezclado alguna vez con él. Qué tío más mezquino y más rastroso. Y no me mires así, que no le voy a perdonar nunca. Lo sabes.

—No, si yo no digo nada, pero que también los hay que no reculan en la vida, solo lo dejo ahí.

—¿Perdona? Que venga un porrón de años después a tratar de ayudarme no le convierte en mejor persona, ¿eh? Sigue siendo el mismo gusano arrastrado de entonces, el que no quiso saber nada de tu sobrino ni de mí.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Cariño, que yo me lo comí todo contigo, lo recuerdo a la perfección. Pero que si ahora Leo ha recapacitado y os quiere ayudar, no te digo nada... Pero Hugo está en una situación chunga.

—A Hugo lo he sacado yo siempre para delante, con tu ayuda, eso sí...

—No seas humilde, lo has hecho tú todo.

—Pero con tu ayuda, de eso no me olvido, y no necesito ahora a su padre para nada. Menos que nunca lo necesito—le recordé.

—Vale, vale. No te pongas así. Yo voy a respetar por completo lo que tú decidas. Solo pretendía darte otro punto de vista.

—Y te lo agradezco, pero no lo necesito. Perdona si soy brusca, pero todo menos aceptar la ayuda de Leo. A estas alturas, qué payaso...

—Oye, ¿y cómo es que ha prosperado tanto?

—Supongo que por lo mucho que se ha ahorrado en manutención—le contesté sin pensarlo.

—Ay, Daniela, qué cosas dices...

—Si es verdad. El muy jodido no se tuvo que ocupar de nada. Por lo visto, dejó el ejército y mira, al final empleado como CEO en una gran empresa de coches blindados donde se ve que el dinero le sale por la punta de las orejas.

—Bueno, bueno, ¿qué vas a hacer el resto de la mañana? Recuerda que ir a buscarlo para darle una paliza no está en las opciones.

—Ni lo haría, puedes estar tranquila. Lo único que se merece Leo es mi indiferencia. A mí no me vuelve a ver el pelo.

—Y hablando de pelo, ¿sigue teniendo ese suyo que parecía de spot publicitario? Porque mira que han pasado años, pero no he visto un tío con un pelo más bonito que ese.

—Lo conserva intacto, se ve que no se le ha caído a disgustos. Y no me extraña, ese egoísta debe haber vivido solo para él. Así está...

—¿Así está? ¿A qué te refieres?

—A que así está de bueno, no te puedes hacer una idea. Si ya era guapo, ahora es un verdadero escándalo. Aunque para escándalo el que le he montado yo.

—Joder, tiene pasta, está más bueno que el pan...

—Sí, sí, ahora será que todo son ventajas con él. Mira, Irene, sabes que Leo me hizo todo el daño del mundo. Jamás le perdonaré ni le permitiré estar cerca de Hugo aunque venga de rodillas a pedírmelo.

—Por favor, cálmate. Y piensa que con respecto a Hugo...

—¿Qué? ¿Es que vas a ponerte de su parte?

—Aquí no hay partes. Entiendo que como mujer le detestes por completo, pero como madre igual estás siendo un pelín egoísta.

—¿De verdad me estás acusando de eso?

—Desde todo el cariño, pero sí. Verás, Hugo se encuentra en el momento más delicado de su vida, no hace falta que te lo recuerde.

—No, me acuerdo todos los jodidos segundos de dónde está metido.

—Pues quizás Leo pudiera influir positivamente sobre él o ayudarle de alguna manera. Al fin y al cabo, es su padre.

—¿Su padre? No, ese sinvergüenza fue quien se lo pasó bien haciendo a Hugo conmigo. Pero de ahí a decir que es su padre... Ese no es el padre de nadie. Bueno, que no sé yo si tendrá una legión de niños por ahí sueltos, que igual sí... Total, para lo que se ocupa de ellos. Pero de mi hijo no es padre. Yo he sido el padre y la madre de Hugo, y tú lo sabes.

—Daniela, será mejor que te calmes o te tendrán que poner una pastilla debajo de la lengua. Solo ha sido una insinuación por mi parte, olvídale.

—Pero una insinuación que me ha cabreado mucho.

—Venga ya, tonta. Y no me has contestado sobre lo que harás esta mañana.

—Ya ves, ¿pues qué voy a hacer? Volver a suplicar que me acepten en la empresa de limpieza, de la que me fui de la peor manera. Si vuelvo a entrar, lo haré como la última mona y me tocará comerme todos los marrones.

—¿Más todavía, mi niña?

—Sí, sí... Mucho más todavía.

—Daniela, será mejor que te calmes o te tendrán que poner una pastilla debajo de la lengua. Solo ha sido una insinuación por mi parte, olvídale.

—Pero una insinuación que me ha cabreado mucho.

—Venga ya, tonta. Y no me has contestado sobre lo que harás esta mañana.

—Ya ves, ¿pues qué voy a hacer? Volver a suplicar que me acepten en la empresa de limpieza, de la que me fui de la peor manera. Si vuelvo a entrar, lo haré como la última mona y me tocará comerme todos los marrones.

—¿Más todavía, mi niña?

—Sí, sí... Mucho más todavía.

Capítulo 10



No me equivoqué ni un ápice. Lola, mi antigua jefa, estaba encabritada conmigo y me advirtió que no regresaría en las mejores condiciones.

Para colmo, el otoño estaba a punto de comenzar y la primera mañana en la que me reincorporé al trabajo, cayeron chuzos de punta.

Eran las seis de la mañana y el pelo se me quedó que parecía la niña que sale del pozo en la peli “La señal”, aunque con más ojeras que ella después de una noche en vela por culpa de Leo.

Cuando llegué a limpiar los portales de aquella barriada, comprendí que no podía haber dado con otra más chungu. Nunca me habían enviado allí y lo tomé como una especie de castigo.

Irene me llamó al poco de llegar, interesándose por cómo estaba.

—A ver, estos no son los jardines del Palacio de Buckingham, niña, pero que tampoco creo que me vayan a atracar. Es un sitio...

—Un sitio chungo de narices, ¿no? Ten cuidadito, cariño.

—No hay por qué tenerlo, tranquila.

Menos mal que no. Cuando me volví, me di cuenta de que se habían llevado todos mis enseres de limpieza y me quedé con la mandíbula desencajada, ¿era posible?

Al menos, eso sí, no me robaron el móvil, supongo que solo porque estaba hablando a través de él. Me disponía a llamar a Lola para contarle lo sucedido cuando un escalofrío me recorrió por completo al recibir aquella llamada.

—¿Daniela López? Le llamo del centro preventivo de menores...

Yo todavía estaba chorreando por la lluvia que me había caído, aunque el rostro se me perló de sudor en el momento que caí en la cuenta de que algo había pasado con Hugo.

—Sí, soy yo.

—Por favor, tiene que acudir al centro de inmediato. Se trata de su hijo Hugo.

Paré al primer taxi que pasó por allí. No es que transitaran demasiados por ese barrio, pero tuve suerte. Pronto estuve en el centro de menores y el tutor de mi hijo me habló.

—Se ha metido en un lío gordo. Le ha propinado un golpe en el labio a otro chico y va a necesitar puntos de sutura. Por tanto, se considera una lesión y ello puede conllevar consecuencias graves. Será un problema añadido a la hora del juicio.

El mundo se abrió ante mis pies. Yo ya no sabía qué hacer con Hugo. Ese hijo mío era especialista en meterse en líos y me lo demostraba a cada momento.

Ni siquiera estando encerrado como estaba, podía yo estar tranquila. A la pena que sentía, añadí la zozobra que el comportamiento de mi hijo me producía.

Me dejaron verle y lo peor de todo era que no quería hablar conmigo, que seguía enfadado, como si en mí estuviera el poder de sacarle de allí y no quisiera hacerlo.

—Hugo, mi amor, háblame, ¿por qué lo has hecho? —le pregunté y obtuve un sepulcral silencio por respuesta—. Cariño, ¿no entiendes que si sigues así te vas a buscar la ruina? Y también a mí, que ya no sé qué hacer contigo.

Por más que le decía, mi hijo no despegaba sus labios. Siempre había sido un niño reservado, pero desde que estaba allí la cosa iba a peor.

2

No logré que me contase nada. Hablé con la psicóloga del centro y me confirmó lo que yo sabía: que estaba encerrado en sí mismo.

Ni siquiera se despidió de mí. Me había dejado de hablar y eso me partía el alma en mil pedazos. Como dije al principio, las cosas no me podían ir peor. O eso creía yo.

Cuando volví a mi trabajo, me encontré a Lola con cara de perro rabioso.

—Mira, después de que te hemos dado una oportunidad que no te mereces, Daniela, me asombra ver que te has convertido en una irresponsable—me espetó y me dejó en shock.

—¿En una irresponsable yo? Joder, flipo contigo, Lola, ¿cuándo te he fallado?

—Hoy dos veces. Y otra cuando te fuiste con el cuento ese de la lechera que no te duró ni un puto día. Mira, no voy a perder el tiempo; estás despedida.

—¿Despedida? Pero si me he ausentado ha sido porque me llamaron del centro de menores. Míralo, que no te estoy mintiendo.

—¿Y a mí qué me cuentas? Todos tenemos problemas. Lo que no es de recibo es que nos afecten así en nuestro trabajo, eso es que no te lo pienso consentir. Se acabó lo que se daba.

Enseguida me di cuenta de que lo decía totalmente en serio y de que no había nada que negociar. Abatida y destrozada, recogí mis cosas y esperé la vuelta de Irene con Marta al mediodía.

Mi hermana y mi sobrina se habían convertido en mi refugio total en un momento de mi vida en el que todo lo demás me estaba fallando, en el que un desastre total se cernía sobre mí.

Cuando le conté, Irene me abrazó fuerte.

—Cariño, sabes que vas a necesitar un buen abogado para Hugo. Todo esto se está complicando demasiado.

—Tiene uno de oficio, ya lo sabes.

—Y tú sabes también que no parece demasiado volcado en el caso, ¿o hace falta que te lo recuerde? Yo tengo algo ahorrado que te podría prestar, pero no es gran cosa. No sé si llegará.

—Y tienes pendiente comprarte el coche, ni se te ocurra.

—Mi sobrino es mucho más importante que el coche, también te lo digo.

—Y lo sé, cariño, pero soy yo quien tiene que darle una solución a todo esto. Cielos, qué agobio siento.

—Hay una solución y lo sabes...

—¿Acudir a Leo? Antes muerta, no dejaré que él pague ese abogado. No va a llegar ahora a nuestras vidas con

toda su arrogancia para parecer nuestro salvador.

toda su arrogancia para parecer nuestro salvador.

Capítulo 11



Hay veces que no quieres ir a buscar ayuda, pero que la ayuda llega a ti.

Me había entrevistado con el abogado de oficio de mi hijo Hugo y concluí que ese tipo estaba en el mundo porque tiene que haber de todo.

Aparte de que tenía la cara más dura que el mármol, su ética era nula y su lengua viperina. Hasta ese día no le había conocido de verdad, pero el tío carecía de escrúpulos y si defendía a los chavales era por dinero, no por convicción. Por ello, lo hacía de aquella manera, partiendo de la base de que él los consideraba como escoria de la sociedad, algo que llegó a soltarme antes de que yo le soltara un sonoro bofetón.

Puestas así las cosas, no podía seguir siendo el abogado de Hugo. Y yo estaba pensando en cómo vender mi alma al diablo para sacar algo de pasta cuando me lo encontré de frente al salir de casa una mañana.

—Espera un momento, por favor—me pidió Leo cogiéndome de un brazo.

—Hace falta ser sinvergüenza para venir hasta aquí a buscarme, ¿no te enteras de que tú y yo no tenemos nada que hablar?

—Sí, hemos de hablar de Hugo. Sé en el aprieto en el que está.

—¿Nos estás espiando otra vez? ¿De verdad te crees que puedes acercarte a nosotros un montón de años después y actuar de ese modo tan ruin?

—Sé que lo vas a considerar así haga lo que haga. Si no obtengo información de mi hijo por ti, tendré que obtenerla de otras fuentes. Y sí, le estoy haciendo un seguimiento porque me preocupa de verdad.

—¿Ahora? ¿Ahora te preocupa? ¿Y pretendes que te crea?

—Dime una cosa, solo una, por favor. Si no fuera así, ¿qué demonios hago rogándote? Hugo va a necesitar un buen abogado.

—El mismo que tú no le pagarás.

—¿Y tú se lo puedes pagar? Sabes que no es el caso y lo que no puedes permitir es que tu orgullo perjudique al niño.

—Maldito seas, ¿de qué me estás acusando?

—De nada. Sé que si hay alguien aquí al que se le puede acusar de muchas cosas es a mí, eso lo sé. Pero también sé que eres una madre excelente y que quieres el bien de Hugo por encima de cualquier otra cosa.

—Eso no lo dudes. Adoro a mi hijo hasta un punto que tú no puedes imaginar, más que nada porque no tienes capacidad de amar, careces de ella por completo.

—No voy a negarte que me comporté como un total egoísta y que hui de todas mis responsabilidades por completo, eso no puedo negarlo. Pero llegó un momento en el que me di cuenta de todos mis fallos y ya no supe dar marcha atrás. Más de una vez quise hacerlo y hasta estuve a punto de ir a buscarte, pero pensé que me odiarías.

—Y no te equivocaste—le aclaré.

—Ojalá que pudieras meterte en mi cabeza para comprobar que todo lo que te digo es cierto. Deseo con toda mi alma poder ayudar a nuestro hijo. Además, deberías saber algo.

—¿Qué debería saber? ¿A qué te refieres?

—Hugo solo se ha defendido, él no trató de golpear a nadie. Es más, varios chicos la emprendieron contra él a la par. Lo he sabido porque he puesto a alguien a investigar en el centro.

—¿Es eso cierto?

—Tanto lo uno como lo otro, todo es cierto. Sé que no me consideras nadie para estar pendiente de Hugo, pero supe que comenzaba a tener problemas y no pude actuar de otro modo.

—Cielo santo, tiene problemas y no me los cuenta. Se está alejando de mí, ¿cómo puede ser?

—Hugo está atravesando un momento un tanto complicado, pero hazme el favor de no culparte. Si hay alguien aquí que debería sentirse culpable soy yo.

—De ti la verdad es que prefiero no hablar. Me guardo para mí lo que pienso. Pero te agradezco que me hayas dado esa información, la necesitaba.

—No te servirá de nada si no cae en manos de un buen abogado que se desviva por defender a Hugo.

—Lo buscaré...

—Déjame pagarlo, por favor. Al menos, hacer eso.

—No, no lo voy a consentir. Nunca hemos necesitado tu ayuda y no nos ayudarás ahora.

—Pues entonces hazme el favor de aceptar el trabajo. No lo pagaré yo, sino tú, pero con los honorarios que percibas. Si lo piensas, no te regalaré nada.

—Te he dicho que no quiero tu ayuda y te lo repito.

—Y yo te repito que Hugo te necesita más que nunca con él. Y que esto no es ninguna broma, ¿quieres pagar tú misma un buen abogado? Pues adelante... Pero acepta el trabajo que te permita hacerlo o estarás hundiendo a tu hijo en la miseria. Por primera vez en tu vida, estarías actuando en contra de tus intereses. Ya te lo he dicho. Y ahora, si es lo que desees, crúzame la cara, pero yo no me lo podía callar.

i

—Maldito seas, Leo, maldito seas—murmuré.

—Sí, soy un maldito, ¿y sabes por qué? Porque llevo conmigo la maldición de haber abandonado al amor de mi vida, a la mujer que de verdad quise por haber sido un niño que me lo negaba a mí mismo entonces. Y todo por perseguir unos sueños que alcancé y que me han demostrado no ser para tanto. Hoy tengo dinero y poder, pero al precio más caro: ya no estás a mi lado y nunca pude conocer a mi hijo. A eso le llamo yo, ciertamente, ser un verdadero maldito. No hagas lo mismo que yo, no cometas equivocaciones que puedan costarte muy caras. Hasta ahora, tú lo has hecho todo bien con Hugo, no la cagues.

Después de decirme esas lapidarias palabras, se dio media vuelta y se marchó. No había nada más que añadir. Leo tenía razón en cada una de ellas, cómo no iba a tenerla. Yo no podía fallarse a Hugo cuando más me necesitaba, eso no me lo perdonaría jamás.

Capítulo 12



Pedí ver a Hugo en una visita extraordinaria que me concedieron dada la gravedad de la situación por la que estaba atravesando.

A mi hijo le sorprendió que yo tuviese aquella información que él no me había proporcionado, pero que sí lo hizo Leo.

—Es verdad, ¿y qué? Eso no cambia las cosas, nadie me creerá. Ni siquiera tú me hubieses creído de habértelo contado—se quejó amargamente.

—Eso no es verdad, cariño. Yo siempre he tenido puesta toda mi confianza en ti.

—Hasta que dejaste de hacerlo—me reprochó.

—Es cierto que hemos pasado por muy malos momentos, Hugo, pero es que me las has hecho de todos los estilos, hijo, reconócelo.

—No voy a reconocer nada—continuó con su actitud rebelde—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Conseguir un buen abogado, ¿qué paso, Hugo? Me lo tienes que contar, ¿te siguen molestando esos chicos?

—La tienen tomada conmigo, sí—reconoció desviando la mirada.

—Mírame, Hugo. Te prometo, te lo prometo, que voy a ayudarte. Lo he hecho siempre y lo seguiré haciendo.

—Ya, ¿y cómo se supone que vas a conseguir un buen abogado? Eso cuesta mucha pasta. Si yo estuviese suelto se me ocurrirían un par de formas para ganarla. De hecho, cuando salga...

—De hecho, cuando salgas, no vas a volver a delinquir jamás, ¿me has oído? —le zarandé por los hombros.

—¿Y tú me lo vas a prohibir? No me hagas reír, mamá.

En esa ocasión fui yo quien le cruzó la cara. Era la primera vez que lo hacía. Igual no era lo más recomendable, pero es que ya estaba bien. Yo me dejaba la piel por él y mi hijo no hacía más que el gilipollas. Se me estaba yendo por el mal camino y eso no lo soportaba más.

—¿Te ha quedado claro? Pues sí, te lo voy a prohibir yo. Que sepas que tengo un buen trabajo y que voy a contratar los servicios del mejor abogado especializado, aunque tenga que endeudarme para siempre.

—Joder, mamá...

—Ni joder ni nada. Y controla esa lengua o te zurraré de nuevo.

—Vaya tela, ¿y crees que me voy a creer eso de que tienes un buen trabajo por las buenas como para pagar un abogado? Tendrás más curro, eso no te digo que no, pero mejor...

—¿Eso es todo lo que tú confías en tu madre? Pues te has equivocado. Yo no llevo un par de años hincando los codos a tope en mis pocos ratos libres, y robándome horas de sueño, para seguir toda la vida en el mismo sitio. Te vas a enterar de quién es tu madre, Hugo.

—No, si ya me he enterado un poco—me contestó con el cachete la mar de calentito.

Me marché de allí y llamé a Leo. No tenía más remedio que aceptar su oferta, no cuando ya le había prometido a mi hijo una ayuda que necesitaba.

Él no dudó en reunirse conmigo en una cafetería. Su gesto de preocupación me desconcertaba, aunque procuraba ni siquiera mirarle directamente a los ojos.

—A ver, no me queda más remedio que aceptar el trabajo, ¿ok? Dicho esto, no soy sino una empleada más para ti y los problemas de mi hijo son de mi sola incumbencia, ¿te queda claro?

—Clarísimo. Pero ¿cómo está?

, —Pues sí que eres un lumbreras, ¿qué te acabo de decir?

—No me equivoqué, ¿cierto? ¿Cómo está el crío?

—Agobiado, más que un cangrejo en un cubo. A Hugo le cuesta manifestar sus sentimientos, le cuesta una barbaridad.

—A quién saldrá—resopló—. Me ha costado años poder decirte...

—Lo que no tienes que repetir porque no quiero volver a escucharlo, ¿me explico? Pero, a pesar de todo, quiero darte las gracias.

—He hablado ya con un buen abogado especializado en menores. Puedo pasarte su contacto. No hace falta que te repita que pagaría de mil amores sus honorarios, aunque sé que no quieres ni oír hablar del tema.

—Por una vez lo has captado, gracias.

—Vale, ¿te veo mañana en la empresa? ¿Comienzas ya?

—Tú me dirás, eres el jefe. Tú ordenas y mandas.

—Para mí no eres una empleada cualquiera, debes saberlo.

—Y eso me importa un bledo, me hace muy feliz que lo sepas también—le contesté con retintín.

Me costaba mucho, mucho, trabajar a su lado. Durante años quería pensar que lo odiaba, aunque nunca llegué a hacerlo. Era mi estrategia mental para olvidarme de alguien de quien estuve muy enamorada y que me dejó tirada en el peor momento posible, en el que más le necesitaba.

En fin, que encontré refugio en Irene, que era la única que sabía cómo tratarme en momentos así.

—A ver, nena... Que yo sé que se trata de la última persona con la que tú quieres trabajar, pero que te va a ayudar fijo con el niño y eso es lo principal. Y hasta igual comienza a ejercer como padre.

—Pero es que Hugo no tiene padre...

—No. Hugo no ha conocido hasta ahora a su padre, que no es lo mismo. Pero tenerlo, lo tiene. Y quieras o no, ha aparecido en escena. Quién me iba a decir cuando hablé por ti que tu currículum terminaría en una empresa en la que es CEO. Pues sí que ha escalado puestos el muchacho.

—Ha tenido todo el tiempo del mundo y las posibilidades para hacerlo. Otras hemos contado con más obligaciones, ¿o necesito recordarte que salió andando con las manitas lavadas?

—Tengo memoria y no es selectiva, mi niña. Me acuerdo de todo. Pero tú no sé si tienes más memoria o rencor

Y el rencor no es bueno, jamás lo es.

—Yo tengo mucha rabia en mi interior. No me apetece nada trabajar con él. No quiero tener que mirarle a los ojos cada día.

—No quieres, ¿o es que temes hacerlo?

—¿De qué demonios estás hablando? Y borra de tu cara esa sonrisita burlona, que me da muchísimo coraje.

Y el rencor no es bueno, jamás lo es.

—Yo tengo mucha rabia en mi interior. No me apetece nada trabajar con él. No quiero tener que mirarle a los ojos cada día.

—No quieres, ¿o es que temes hacerlo?

—¿De qué demonios estás hablando? Y borra de tu cara esa sonrisita burlona, que me da muchísimo coraje.

Capítulo 13



La primera mañana de trabajo supuso para mí un drama. Al contrario de lo que le sucedía a mi hermana, yo trabajaba a turno partido y el día amenazaba con hacerse eterno.

Suerte que yo había hecho buenas migas con Judith, porque a Leo no quería ni verlo. Y de Hellen no hablemos, que esa me odiaba.

Era evidente que estaba coladita por el jefe y que él no le hacía caso. Por esa razón, parecía amargada y la pagaba con todos nosotros.

En un par de ocasiones de esa primera mañana, Leo trató de invitarme a un café y yo rehusé su ofrecimiento. Que tuviéramos que compartir espacio de trabajo no implicaba que nos convirtiésemos en amigos. Eso no entraba en mis esquemas, que bastante trastocados estaban ya.

Yo haría las veces de su secretaria y le llevaría la agenda, entre otras funciones. La tenía hasta la bandera. Leo había prosperado muchísimo en esos años en los que se formó para ocupar un puesto de tanta responsabilidad como aquel. Y como de tonto no tenía el padre de mi hijo ni un pelo, pues logró su propósito.

Trataba de ir a lo mío y de cumplir lo mejor posible con la misión que tenía encomendada. No voy a decir que me resultase sencillo. Tan solo pillarle el truco a las varias plataformas que usaban para comunicarse dentro de la empresa ya tenía un peluseo.

—Yo es que no lo entiendo. Pero si todos estáis en el mismo edificio, ¿a qué tanta pamplina? Se convoca una reunión para hablar y listo—me decía en voz alta a mí misma mientras trataba de hacerme con ellas.

—¿Te puedo ayudar? —me preguntó Leo saliendo de su despacho.

—No, no. Tú vete a hacer cosas de jefes, que de las de indio ya me ocupo yo.

—¿De las de indio? —me preguntó junto con una carcajada que me dolió como si me hubieran dado un buen pellizco en un pezón.

—Sí, sí, de las de indio, ¿qué pasa? —le pregunté de malas maneras.

A mí lo que me había dolido fue escucharle carcajearse de ese modo. Y no por nada, sino porque su risa siempre me gustó tanto que traté de olvidarla en cuanto me abandonó. Y de pronto le tenía allí delante, riendo como si no hubiera un mañana y más guapo que nunca. De locos y yo teniendo que tragarme mi orgullo.

—No, si no pasa nada. Es que con nadie me he reído en mi vida como me río contigo.

—Ya, ya, a mí también me hiciste siempre mucha gracia. Y no digamos ya el día que te diste patadas en el culo para largarte, es que me entró una risa...

—No tengo perdón de Dios y lo sé.

—Al menos lo reconoces, no pagabas ni con la horca.

—Daniela, por favor, afloja un poco...

—Si solo lo he dicho, no he sacado la cuerda ni nada—le comenté mientras lo miraba con cara de malilla, con esa que se me ponía cada vez que recordaba que no debía tener piedad con él.

—Cielo santo, no sé si estoy seguro trabajando contigo.

—Yo más bien apostaría a que no, ¿te da el sueldo para contratar un guardaespaldas?

—Joder, qué alentador, ¿un gorila?

—Creo que se les llama así, pero como si quieres un simio, lo que te dé la gana. Ay, Dios, lo del simio—fui yo quien contuve la risa en ese momento.

—¿A qué te ha recordado eso? Cuéntamelo, por favor.

—No, no. De eso nada, que pertenece a mi intimidad familiar y no me da la gana. Tú perdiste tu oportunidad de formar parte de la familia, ahora te jorobas.

—Ya lo sé, pero ¿no podrías hacer una excepción?

—Mira que eres pesado. Pues nada, que me he acordado de un día que hice reír también a Hugo hasta que se le viese la campanilla.

—¿Y eso? Cuéntame...

e —Pues que resulta que yo estaba sentada al lado de mi cuñado Kiko, y ya conoces mis ganas de cachondeo. Y me llamaron de una empresa de telefonía. Entonces me comentaron que veían en el ordenador que yo estaba con Simyo, y les dije que sí, que mi cuñado no era muy bonito, pero que un simio tampoco parecía. Y que mucho cuidado con lo que decían, que con él solo me metía yo...

—Ay, Dios, ¿le dijiste eso?

—¿A la telefonista? Pues claro que se lo solté. Y anda que no se reía, aunque la mejor risa fue la de Hugo. Ojalá ahora se riera igual... Voy a verlo al centro y no lo conozco. A ver, que él siempre ha sido un niño problemático, eso es indiscutible, pero ahora está mucho peor. Y yo no debería estar contándote nada de esto. Ya me callo...

Él se limpió las lágrimas que le produjeron las risas por la anécdota que le conté y miró a la pantalla.

—Mira, es muy fácil. Enseguida le cogerás el truquillo.

Mientras me lo decía, colocó sus manos sobre el teclado y casi llegó a rozar las mías. Yo las aparté de inmediato, porque no quería la más mínima familiaridad entre ambos.

—Perdona. Mira, ya tienes abierto el canal. A partir de aquí...

Me dio las oportunas explicaciones.

—Siento si no estoy muy puesta en todo esto, aunque te aseguro que será solo cuestión de días. Yo es que hasta ahora...

—Sé lo mucho que has trabajado, no tienes nada que explicarme. Y lo siento de corazón. Si yo hubiera estado allí...

; —Ya, eres mi jefe, punto. Por lo que a mí respecta, actúa como si nos acabásemos de conocer. No hay más.

—Pero no es así. Y tenemos un hijo en común.

—No me hagas reír, tú no tienes ningún hijo porque nunca actuaste como padre. Hugo se merecía uno, ¿sabes?
—fui cruel porque me tocó la fibra sensible y lo hice como mecanismo de control.

Capítulo 14



Aquel día me entrevisté con el nuevo abogado de mi hijo, que no tenía nada que ver con el anterior. A este se le veía un arrojo y unas ganas impresionantes de sacar a Hugo del atolladero.

—A ver, Daniela, no te lo puedo pintar todo de color de rosa, pero te aseguro que me voy a dejar la piel. De lo del hurto de la moto tendrá que responder, de eso no le salva ni Dios, pero de lo otro me encargo de que salga absuelto. Hugo fue atacado y eso es incontestable.

—Pero hay que demostrarlo y no será fácil. Le echarán toda la culpa a él. Y no es justo, no lo es para nada. Una cosa es que responda de un delito y otra que lo haga de dos.

—Cálmate. Tenemos testigos a nuestro favor, ¿vale?

—¿Testigos? ¿Y quién va a hablar en favor de Hugo? No me lo creo, me lo estás diciendo para tranquilizarme y será peor todavía.

—No, Leo me ha pasado un listado de chicos que testificarán a su favor. Ya lo tiene todo hablado. También me ha pedido que te transmita sus disculpas por inmiscuirse, pero es que no puede quedarse al margen.

—¿Leo ha movido todos esos hilos?

—Sí, y ya te adelanto que no ha sido fácil. Los chicos estaban amedrentados, pero también ha buscado la forma de hablar con sus tutores para que a partir de ese momento, del que declaren, les separen a todos de esos vándalos.

—¿En serio? Ay, Dios mío, que esto va a ser muy importante para Hugo.

—Me lo imagino, ¿te ha comentado si está asustado? Estoy deseando reunirme con él.

—No me ha comentado nada, pero sé que lo está. De todos modos, no te lo decía por eso, sino porque Hugo considera que a personas como nosotros no nos ayuda nadie. Yo sé que él lleva ese pesar dentro, muy dentro de sí pero que esto le vendrá genial.

—Pues entonces todo irá sobre ruedas. Ahora lo importante es que tu hijo recapacite y que muestre arrepentimiento. Eso conmoverá a la jueza y siempre ayudará.

—¿Ya sabes que es una jueza?

—Sí, Olivia Santos, una mujer muy estricta, pero también muy justa.

—El problema es que yo a Hugo muy arrepentido no le veo.

—Pues habrá que convencerle de lo contrario, ¿cómo empezaron sus problemas?

—Creo que, en el fondo, nunca superó que su padre no quisiera saber nada de él. Y mira que ha crecido rodeado de amor, porque no le ha faltado, pero pienso que la falta de la figura paterna le ha hecho polvo. Yo lo veo así.

—Pero ahora Leo está dispuesto a... Siento mucho si me estoy metiendo donde no debo, pero es que he mantenido una conversación con él.

—Leo está dispuesto, pero yo no. No quiero que hablemos de eso.

—¿Y si te dijera que creo que puede ser crucial en su recuperación?

—No me fastidies, Alberto, que ya no puedo con más presiones.

—Bueno, yo solo te he dado mi punto de vista, aunque por supuesto que la decisión es tuya y solo tuya. Pero piensa en tu hijo, Daniela.

—¿Y en quién crees que llevo pensando toda la vida, Alberto?

—Ya me lo imagino, pero me refiero a que pienses en ello de un modo más abierto, dejando atrás los prejuicios y los rencores.

—Ay, Dios... No, si verás, al final resultará que la culpa de todo es mía.

—Ya, ya... Por supuesto que no. Se te ve de lejos el tipo de madre que eres, pero no permitas que tu orgullo prive a tu hijo de la posibilidad de mejorar conociendo a su padre. Daniela, Hugo se encuentra muy perdido, eso no hace falta que te lo diga. Tú eres muy inteligente y lo sabes. Y si existe la posibilidad de que así mejore, no te digo nada y te lo digo todo.

—Oye, te voy a hacer una pregunta porque un poco malpensada puede que me haya vuelto...

—Te prometo que Leo no tiene nada que ver con este consejo que te estoy dando. Lo creas o no, no es un hombre mezquino y todo lo que está haciendo, lo hace por Hugo.

—Lo de que no es mezquino igual podría valorarlo yo mejor...

—Ya me comentó que te abandonó en su día y demás, no se quita ni un ápice de culpa. De todos modos, ¿sabes cuántos padres abandonan cada día a sus hijos y no vuelven jamás? No por eso estoy disculpando el comportamiento de Leo, pero sí te pido que consideres el darle una oportunidad respecto a tu hijo. Es más, si me apuras, esa decisión no te compete a ti, sino a Hugo.

—Pero Hugo es menor de edad y depende de mí.

—Cierto, pero también lo es que ya debe afrontar las propias consecuencias de sus actos. Y si puede hacer eso, también puede decidir si quiere o no quiere conocer a su padre y mantener una relación con él.

Alberto me acababa de dar un guantazo sin mano. Era mi hijo, pero no era mío, y determinadas decisiones también le competían.

En fin, que no podía evitar que todo aquello me afectara. Teníamos una vista por delante con la jueza y un buen montón de problemas que afrontar. Fuera como fuese, y gracias a la intervención de Leo, la cosa pintaba algo mejor.

Le conté a Irene todo lo hablado con Alberto y ella me escuchó con atención.

—Ese chico no ha dicho nada que yo no piense, pero sé que si te lo digo te revolverás contra mí, Daniela. Igual a él le haces caso.

—¿Es que tú también piensas igual?

—A pies juntillas lo pienso.

—Ay, Dios, os habéis propuesto volverme loca entre todos, ¿no?

—Tampoco te cueles, que tú ya tienes dado un toquetazo como cualquiera. A ver si vas a ser la única sana mental de la película.

Me reí porque tenía la razón. Que levante la mano quien no tiene un toque de locura después de que los problemas de la vida se le presenten.

Me reí porque tenía la razón. Que levante la mano quien no tiene un toque de locura después de que los problemas de la vida se le presenten.

Capítulo 15



Los siguientes días en el trabajo fueron mejores para mí. Al poco de estar allí, ya sentía que comenzaba a dominarlo y eso me hacía sentir bien.

No era fruto de la casualidad. Me rompía la cabeza durante mi horario laboral y después me llevaba trabajo a casa.

Para alguien como yo, mi sueldo representaba una fortuna y haría lo que fuese por ganármelo. Con él podía pagarle a Alberto y ese era mi mejor aliciente.

Leo me preguntaba en todo momento por Hugo y luego se interesaba por cómo estaba yo. Aparte de eso, sus palabras de aliento siempre salían de su boca, cada uno de los días.

—Lo estás haciendo fenomenal, Daniela. Ya intuía que todo iría bien, pero reconozco que me sorprendes más cada día—me comentó aquella mañana.

—Ya, pero hasta que llegases a sorprenderte como tú me sorprendiste a mí, anda que no tendría que llover—le respondí maliciosa.

—No me lo vas a perdonar nunca, ¿verdad? Bueno, en el fondo no puedo decirte nada al respecto, porque yo tampoco me lo perdono—me comentó antes de girar sobre sus tobillos para dirigirse a su despacho.

—Leo, espera... Es cierto que no te lo puedo perdonar, pero tengo que hablar contigo.

—Dime, ¿has pensado en algún medio para torturarme y que expíe mis pecados?

—¿Expíarlos tú? No tendrías vida para hacerlo, eres un pecador de la pradera—le comenté con gracia porque igual sí que había llegado el momento de aflojar un poco.

—¿Y entonces? ¿Es que tienes la típica amiga que es una pesadilla y me la quieres colocar? Dime ya qué es, porque como no creo que se trate de nada bueno...

—Pues que quiero darte las gracias, eso es—le reconocí suspirando porque no era fácil.

—¿Por lo de Hugo? De verdad que no tienes por qué darlas. También es mi hijo, aunque sé que te repatee que t lo diga, pero lo es.

—¿De veras te interesa ayudarlo?

Se vino hacia mí y se sentó en mi mesa. Años atrás, cuando era militar, jamás le hubiera imaginado así, con un traje de chaqueta y unos zapatos carísimos... Todo lo que le rodeaba era lujo y opulencia y, sin embargo, bastaba con que me dirigiese una simple mirada para que reconociese en ella a la del hombre que tanto amé y con el que tuve un hijo.

—¿Esa pregunta es en serio? Si quieres hacerme más daño me tienes aquí delante. Puedes darme una patada o un puñetazo, lo que quieras, en los cataplines.

Me hizo reír y eso que no era lo que me apetecía hacer en ese momento.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Porque la vida nos ha acercado de nuevo. Soy consciente de que tú no lo ves así porque preferirías que se te sentara al lado el mismísimo diablo que yo, pero estoy aquí, Daniela. Soy Leo.

—Ese es el problema. Que Leo para mí es el diablo, que no es lo mismo.

—Y lo entiendo. Pero déjame demostrarte que he cambiado. Permite que, al menos, ayude a Hugo.

—Eso ya lo estás haciendo por tu cuenta propia y sin mi permiso—le recordé.

—Puede que sí, pero me encantaría tenerlo para acercarme a Hugo. Tú eres su madre y también te digo una cosa: si no me lo das, si consideras que puedo hacerle mal en lugar de bien, te prometo que me apartaré de él. Y eso que estoy seguro de que te equivocaría.

—Ay, Dios... Por favor, tengo que trabajar y con tanta presión me cuesta más.

—¿Y por qué no paras y nos tomamos un café?

—¿Y dejar todo el trabajo a medias? Ni en broma, puede que al jefe se le terminaran por cruzar los cables y me

enviase a la cola del paro. Ahora ya no tengo donde volver a trabajar. Deja, deja...

—Sabes que eso no ocurriría jamás—me sonrió.

e

—Yo contigo ya no sé nada. O más bien sé algo: que tienes una capacidad sorprendente para dejarme con las patas hechas trancas, así que prefiero no arriesgarme.

—Va en serio, Daniela. Lo único que te pido es que te tomes un café conmigo.

—¿Un café tipo cita? Ni se te ocurra insinuarlo porque...

—No estoy insinuando eso. Me encantaría que me hablastes de Hugo. Ni siquiera tengo una pincelada de cómo es. Me encantaría que me contases. Te lo convalido por horas de trabajo, ya que para mí serán un tesoro.

—Eres más pesado...

—Que matar un hipopótamo a besos, ya lo sé, ¿te he convencido?

Resoplé porque no sabía si era buena idea. Nunca me habría imaginado compartiendo recuerdos ni enseñando fotos de mi hijo a su padre biológico, al que solo consideraba eso porque otro tipo de padre no era.

Si debía ser honesta conmigo misma, y mejor que lo fuese, Leo se lo estaba currando y quizás se merecía que le compartiese con él. No me veía perdonándole, pero al menos sí agradeciéndole lo que estaba haciendo por nosotros en ese momento.

No quiso salir a la calle y eso llamó mi atención. Me estoy refiriendo al hecho de que prefirió compartir conmigo un largo café en la cafetería de la empresa, a la vista de todos, no ocultándolo para nada.

En cierto modo, y aunque sabía que yo no estaba por la labor de acercarme a él de ningún modo, sentí como si quisiera darme mi sitio, como si le gustase que todos nos vieran juntos.

Realmente, a nadie debía importarle, aunque al tratarse del CEO, igual corríamos el riesgo de convertirnos en la comidilla de los pasillos, algo que parecía importarle un auténtico rábano.

Leo disfrutó muchísimo con todo lo que le conté.

—Físicamente tiene muchas cosas de ti, mira—tapé parte de su cara y dejé fuera los ojazos claros de Hugo, los que heredó de él.

—Anda, pues sí que se parecen. Qué guapo es... Mucho más que yo.

No le respondí a eso porque no deseaba entrar en terreno pantanoso, pero lo cierto es que él estaba de vicio también.

—El pelo es igualmente tuyo. El mío es rubiasco y no tiene nada que ver—le comenté.

—Dorado—entrecerró los ojos en ese momento.

—¿Qué dices de dorado?

—Que así lo recordé todos estos años cuando tu imagen venía a mi mente. Viví en muchos lugares, contemplé muchos atardeceres y comencé muchas historias destinadas a vivir un amor que no encontré en ninguna más, porque solo vivía en ti.

—Ya, Leo...

—Perdona, no es justo y lo sé. Pero también sé que si no lo digo, reviento.

—Mira, cómo sonrío Hugo en esta foto. Tenía tres años y, después de ponerle una vacuna, le llevé a tomar un helado. Mira qué carita de felicidad. No sabes lo que daría por ver ahora la misma—le comenté.

—¿Le hice mucho daño también a él? ¿Mi marcha se la hizo?

—Creo, metiendo mi mano en el corazón, que sí. Y no lo digo por hacerte pupa, de verdad.

—No, di todo lo que tengas que decir. Me lo merezco.

—Me da igual lo que te merezcas. El día que me reencontré contigo me dieron ganas de arañarte, creo que eso ya lo sabes, pero ahora no. Ahora quiero que todo vaya bien entre nosotros por el bien de Hugo.

—Aunque él no sepa de mi existencia.

—Quiero que sepa, que sepa que eres su padre y que nos estás ayudando—concluí.

Me costó la misma vida pronunciar unas palabras que nunca creí que llegaría a pronunciar. Pero lo estaba haciendo y ni tan mal, como diría mi hijo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Te puedo preguntar algo más?

—Venga, dispara.

—¿Te han puesto alcohol en el café? —me preguntó.

—No, pero igual sí que necesitaría una copa. Para mí no es fácil digerirlo y, aun así, aquí estamos.

—Voy a hacer todo lo posible por ayudar a Hugo y porque me perdone, ¿crees que podría acudir contigo a la vista del lunes en el juzgado?

—Mira si puedes... Va, ven conmigo, claro. Si te digo la verdad, me sentiré más acompañada, aunque también vendrá Irene.

—¿Tu hermana Irene?

—Sí, la misma, seguro que te acuerdas de ella.

—Cómo no acordarme. Y seguro que ella también se acuerda de mí y de toda mi generación, ¿puede ser?

—Puede ser, puede ser... Y pese a ello no te creas que te quiere...

—¿No me quiere despellejar? —me interrumpió.

—Parece que no... Más bien ha intercedido por ti, fíjate.

—Oye, ¿te he dicho que tu hermana siempre me cayó bien?

—Haz el favor y no me seas oportunista—le sonreí. Era la primera vez que lo hacía desde nuestro reencuentro y me salió sola.

—¿Lo soy?

—Un poco.

—Y tú hazme un favor y déjame ayudarte con los honorarios de Alberto, por favor.

—No hace falta, esto ya lo hemos hablado.

—Ni siquiera has cobrado todavía y, cuando lo hagas, no te quedará nada. Me siento fatal, ¿podría ingresarte una nómina por adelantado?

—Sí, eso sería lo que le faltase por ver a Hellen. No me puede ver con ojos que tiene en la cara sin haber destacado por nada, así que imagínate si se entera de tal cosa.

—Oye, ¿te está dando problemas? Porque si es así, me gustaría saberlo. No se lo pienso consentir ni a ella ni a nadie. Eso lo tengo bastante claro.

—No, no me está dando problemas. Me odia, por algún motivo que imagino me odia, y eso que no sabe que eres el padre de mi hijo.

—Tiene una actitud muy obsesiva, por eso te lo digo. Yo no quiero nada con ella, ¿eso lo sabes?

—Como si te la llevas mañana a Honolulu y te casas con ella. Esa es cuestión tuya, yo no me pienso meter en tu vida privada para nada.

—Yo no me quiero casar con nadie. La última relación que tuve acabó hace unos meses y no demasiado bien. La chica se llama Adara y supongo que tampoco supe hacer las cosas con ella. Igual porque nunca...

—No me hables más de lo que sientes, por favor.

—Tienes toda la razón, no me asiste ningún derecho a hacerlo, ¿me hablas tú más de nuestro hijo, por favor?

—Tienes suerte porque ya te voy consintiendo que digas “nuestro”. Bueno, pues va... Es muy creativo, a veces demasiado—le sonreí de nuevo.

—¿Cómo se puede ser demasiado creativo? Eso no lo entiendo.

—Pues porque más de una vez le ha dado por los grafitis y no veas la que ha liado. La poli trataba de cazarlo, pero se subía en el patinete.

—¿Patina? ¿Hugo patina?

—Sí, me recuerda a alguien. La primera vez que le vi patinar y descubrí que se le daba tan bien, asumí que hay cosas que se llevan en la sangre y que esa es una de ellas. Le tenía delante y era tu viva estampa, ¿tú sigues

patinando?

—Lo tengo un poco dejado, pero no veas si me gustaría hacerlo con él, ¿tú crees que le gustará la idea?

—Esa es cosa vuestra... Os quedan muchas cosas por descubrir juntos. Me gustaría que así fuera.

—¿Crees que me aceptará?

—Creo que le debes muchas explicaciones y es muy listo. Deberás ser convincente y, pese a ello, el dolor inicial estará. Hay cosas que no pueden evitarse, que no pueden hacerlo nunca.

patinando?

—Lo tengo un poco dejado, pero no veas si me gustaría hacerlo con él, ¿tú crees que le gustará la idea?

—Esa es cosa vuestra... Os quedan muchas cosas por descubrir juntos. Me gustaría que así fuera.

—¿Crees que me aceptará?

—Creo que le debes muchas explicaciones y es muy listo. Deberás ser convincente y, pese a ello, el dolor inicial estará. Hay cosas que no pueden evitarse, que no pueden hacerlo nunca.

Capítulo 16



El lunes amaneció y a mí las piernas me temblaban como nunca.

—Irene, dime que todo va a salir bien. Dímelo, por favor.

—Todo va a salir bien, mi niña. Mírate, vas muy guapa. Te has convertido en una gran secretaria, porque una madre responsable ya lo eras.

—¿Te parezco demasiado llamativa para asistir a la vista en el juzgado? A ver si la jueza se cree que no me preocupo de mi niño y solo de mi aspecto. Que tú me conoces, cariño. Yo tonterías las justas...

—¿Quieres parar, inspirar hondo y confiar un poco en mí? Te lo digo muy en serio, pero que en muy en serio: te dará un ataque de ansiedad y no es plan, mujer.

—Ya lo sé, cariño. Es que no es solo lo que le caiga o no le caiga a Hugo, sino lo que piense... Necesito demostrarle que él tiene suerte como cualquiera, que nos van a ayudar, que...

—Para, para, para. Hugo no tiene todos los derechos y tú ninguno, mi niña. Sé que siempre le has sobreprotegido, pero no te ha servido de nada. Ahora tienes que tratar de que te vea en tu sitio y firme.

—Lo sé, Irene. Si hasta sabes que el otro día le toqué la cara.

—Abrí la veda y me quisiste copiar. Copiona, que eres una copiona—me hizo sonreír.

—Vámonos ya. ¿De veras no te importa que Leo nos acompañe en el juzgado?

—Ay, Dios, mira que eres pesada... Claro que no me importa, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Me parece fenomenal. Te cuento...

—Sí, cuéntame, a ver si me distraes.

—Yo no es que esté pasando por mi mejor momento con Kiko después de la separación, pero por encima de todas las cosas me ayuda que esté ahí, siempre al pie del cañón con Marta, haciendo frente común.

—Es que ni siquiera sé lo que se siente.

—¿Teniendo al padre de tu hijo al lado? Pues te sentirás apoyada, tontuela. E igual hasta al final te mola y...

—No te cueles, ¿eh? Me da igual que sea un día complicado, te suelto una de las mías y me quedo tan campante.

—Pues ya estás tardando, que no somos nosotras si no decimos alguna barbaridad, mi niña.

Me cogió por el brazo y salimos andando con la intención de pillar el autobús. Al llegar a la puerta de la calle, nos encontramos con la sorpresa de que Leo nos esperaba en su coche para acercarnos al juzgado.

—Madre de mi vida, sí que está más bueno todavía—me susurró ella en el oído.

—¿Te quieres callar? Que te va a oír...

e

—Sí, claro, ni que tuviera superpoderes, no te digo... El único que debe tener es el de llevarse de calle a todas. Ah, y el de hacer pasta también. Y no de la italiana, precisamente.

—Mira que serás boba.

Nos acercamos al coche y él me sonrió. Entonces bajó.

—Espero que no me tomes a mal el haber venido. Pensé que no sería mala idea.

—Si vas por libre de todas maneras, harás lo que te dé la gana.

—No, sabes que no es así. Hola, Irene, cuánto tiempo—le dio un par de besos a mi hermana.

—Hola, Leo, ¿este coche es blindado? Porque vaya cochazo, no sé si es uno de los de tu empresa.

—Es de mi empresa, pero no. No está blindado. Yo no lo necesito, eso es para la gente que está amenazada o...

—¿Y no consideras a Daniela suficiente amenaza? Pues sí que tienes valor, ¿nos marchamos ya?

—¿Ya? ¿Tú no me vas a recriminar nada? —le preguntó.

—No, no. Estoy segura de que Daniela se ha despachado a gusto. Te habrá caído la monumental a ti.

—Ni la décima parte de lo que me merezco, lo reconozco.

—¿Ah, sí? Pues entonces iré abriendo la boquita, que todavía me quedan cosas en el buche—le advertí.

—¡¡No, por favor!! Pondré la música a tope.

—Yo puedo gritar más, mucho más—le aseguré.

Ocupé el asiento del copiloto. Bromas aparte, se fue interesando por un montón de aspectos de los que saldrían en la vista.

—Alberto me ha contado que la jueza es dura, pero justa.

—Lo sé y también sé que Hugo se la puede meter en el bolsillo—opinó.

—Eso depende—le comentó Irene—. Mi sobrino es un poco capullo—le informó con todo el cariño.

—En eso es en lo que más se parece a su padre—añadí yo.

—Gracias por la parte que me toca.

—De nada, de nada...

—Me refiero a que puede ser un embaucador nato si quiere—prosiguió ella.

—Lo mismito que su padre—intervine yo.

—Por favor, que me está entrando hasta calor.

—Pues pon el aire acondicionado—le sugerí.

—Pero cuando quiere, se encierra en sí mismo y no suelta prenda—le informé.

—No digas nada más—me pidió—. Sé que me fui por patas sin decirte nada, así que en eso también se me parece.

—Me has ahorrado el comentario—le aclaré maliciosa.

—Bueno, bueno, dejad vuestras rencillas a un lado, que hoy es día de centrarnos en Hugo—nos aconsejó Irene, en broma. Bien sabía ella que el niño era lo principal para mí. Y parecía que para él.

—Pero si yo no tengo rencillas con tu hermana, Irene.

—Es que solo faltaba, vamos. Las tienes y mueres. Aquí la única que tiene derecho a eso soy yo—le recordé—. Y tú debes...

—Tú debes hasta de callarte—rio ella.

Quisimos crear el mejor de los ambientes para una mañana en la que Hugo era el doloroso protagonista. Lo era siempre, pero ese día se jugaba su futuro.

Sentía mucho miedo y el hecho de que Leo estuviese allí me ayudaba, eso era innegable. Me gustó el hecho de que viniese a buscarnos sin previo aviso, de que tuviera el detalle. Sí que parecía implicado y más cuando deseaba que llegase el momento en el que conocer a Hugo.

Ese no sería el día en el que pudieran hablar, porque apenas yo tendría ocasión de hacerlo con él, pero ya no faltaba demasiado.

—No digas nada más—me pidió—. Sé que me fui por patas sin decirte nada, así que en eso también se me parece.

—Me has ahorrado el comentario—le aclaré maliciosa.

—Bueno, bueno, dejad vuestras rencillas a un lado, que hoy es día de centrarnos en Hugo—nos aconsejó Irene, en broma. Bien sabía ella que el niño era lo principal para mí. Y parecía que para él.

—Pero si yo no tengo rencillas con tu hermana, Irene.

—Es que solo faltaba, vamos. Las tienes y mueres. Aquí la única que tiene derecho a eso soy yo—le recordé—. Y tú debes...

—Tú debes hasta de callarte—rio ella.

Quisimos crear el mejor de los ambientes para una mañana en la que Hugo era el doloroso protagonista. Lo era siempre, pero ese día se jugaba su futuro.

Sentía mucho miedo y el hecho de que Leo estuviese allí me ayudaba, eso era innegable. Me gustó el hecho de que viniese a buscarnos sin previo aviso, de que tuviera el detalle. Sí que parecía implicado y más cuando deseaba que llegase el momento en el que conocer a Hugo.

Ese no sería el día en el que pudieran hablar, porque apenas yo tendría ocasión de hacerlo con él, pero ya no faltaba demasiado.

Capítulo 17



Apenas tuve ocasión de hablar un minuto con mi niño antes de que la jueza llegase.

—Hugo, cariño. Ya verás que todo va a salir bien, pero pon de tu parte, te lo pido por favor—le rogué.

—¿Y de qué me valdrá? Esa mujer ya me ve como a un delincuente, mamá—me aseguró tembloroso. El miedo hacía que estuviese menos arrogante e impertinente que otros días.

—Te ve como lo que has demostrado ser hasta ahora—le paró los pies mi hermana, de todas formas, que estaba a mi lado mientras Leo nos miraba de lejos porque no era momento de presentaciones—. Pero hazle caso a tu madre, que siempre te ha aconsejado bien y cuéntale a esa señora que te arrepientes. Y otra cosa, la tratas con todo el respeto del mundo, ¿me oyes?

Él asintió y enseguida la vista dio comienzo. Alberto era un abogado brillante y se notaba. Defendió como nadie la postura de mi hijo al tratar de repeler la agresión de los otros chicos.

La jueza tomó buena cuenta de todo ello y el testimonio de quienes lo vieron fue crucial para sacarle de ese apuro.

—¿Todo lo que se ha dicho aquí es cierto? —le terminó preguntando a Hugo.

—Así es, Su Señoría—le contestó temeroso como Alberto le había indicado—. Solo quise defenderme, se lo prometo. Eran varios y me daba miedo de lo que pudiera pasarme, solo pretendí zafarme.

Mi hijo sonaba convincente y, en ese sentido, lo tenía todo a su favor. Continuó hablando y la jueza le prestó gran atención.

—Me parece que hablas con la verdad, Hugo, eso es cierto. Y el testimonio de todos los chicos que lo contemplaron, lo corrobora. Todos vosotros seréis separados de ellos, por esa parte puedes quedarte tranquilo. Ahora bien, ¿qué puedes contarme del otro tema? Sabes que ingresaste en el centro por hurtar una moto.

—Eso no lo puedo negar. Me equivoqué, lo hice y sé que debo pagar por ello, Su Señoría—le contestó con humildad.

Irene me miró orgullosa.

—Ese pequeño capullo está bien aleccionado. Y mira la cara de la jueza—me susurró.

—Bien, Hugo. Lo primero que debes hacer para solucionar un problema, es comenzar por reconocerlo. Me parece muy bien. Dicho esto, también sabes que estoy aquí para impartir justicia y que toda mala acción conlleva unas consecuencias que deberás afrontar. De todos modos, tendré en cuanto tu actitud, no lo dudes.

Nos dijeron de desalojar la sala y ya se lo llevaban.

—Lo has hecho muy bien, Hugo. Muy bien. Hoy estoy orgullosa de ti—le comenté.

—Ya veremos si me sirve—vaciló.

—Te servirá, te lo prometo.

—Te veo el domingo, mamá. No te olvides—me comentó y me derretí porque estaba reclamando mi presencia.

—¿Cómo me voy a olvidar? ¿Crees que podría hacerlo? Estaré contando las horas para verte.

—Y yo también—me contestó, lo que sacó mis lágrimas.

Me reuní con Irene y con Leo, quienes estaban celebrando cómo había salido todo.

—Lo ha hecho fenomenal, fenomenal—festejaba Alberto—. Deberá pasar una temporada en el centro que le adjudiquen cuando salga el fallo de la jueza, pero quedad tranquilos, porque no será larga. A esa mujer se le han visto las intenciones en los ojos.

—Muchas gracias por todo—le di un abrazo.

—No me las des a mí, sino a Leo. Su ayuda ha sido providencial. Os hablo en unos días, en cuanto me llegue el fallo—se despidió.

Leo me miró feliz y yo... Yo le di un abrazo.

—Espera, que lo grabo—bromeó Irene, quien también estaba del mejor de los humores.

—Que no, ¿qué estás haciendo? —me quejé.

—Es que se trata de una ocasión única y no sé si irrepetible, por eso os grabo—se burló.

—Pues cuando termines de grabar, prepárate, porque os invito a almorzar a las dos—le comentó él.

—No, no... Yo te lo agradezco mogollón, pero he de ir a por Marta al cole, no puedo. Llévate a mi hermana—l sugirió.

—No, yo te acompaño a por la niña.

—Oye, que se trata de mi hija, no me voy a enfrentar a una leona, ¿crees que te necesito? Vete a celebrar que el cabeza de alcorcho de mi sobrino parece haber entrado en razón de una buena vez—negaba con la cabeza.

—No hace falta que me digas nada. Ya lo veo, que la cabeza de alcorcho también la ha heredado de mí—reía Leo mirándose.

—Más o menos. A ver si también saca la parte de CEO y dejamos de ser pobres su madre y yo. Venga, me voy, aquí os dejo.

Irene se marchó y él me miró.

—Si piensas que esto tiene algo que ver con una cita, es que estás majara—le aclaré.

—Por supuesto que no lo pienso. Somos dos padres celebrando una buena noticia de su hijo, nada más.

—Eso, que te quede muy claro.

—Me ha encantado verle. Me siento muy conmovido.

—Es el niño de mi vida, qué te voy a contar. No sabes lo que daría por verle metido en cintura.

—Y lo verás, lo verás. Tiene buena madera. Y esa por supuesto que es tuya, ¿nos vamos ya?

—Ya, tú lo que me estás es haciendo la pelota. Pues que tengas muy claro que conmigo no te comerás un rosco.

—Lo tengo, lo tengo—me aclaró mientras me abría la puerta del coche.

—Y ese tipo de gestos caballerosos tampoco es que te vayan a ayudar.

—Ni busco nada con ellos. Me nacen solos.

—Qué lástima que no te salieran hace un buen puñado de años.

e —Ya, por favor, Daniela, que hoy es un buen día.

—En eso tienes razón. Pero que me callo por mi niño, ¿te enteras? Porque le he visto distinto y estoy muy contenta.

—Lo tengo, lo tengo—me aclaró mientras me abría la puerta del coche.

—Y ese tipo de gestos caballerosos tampoco es que te vayan a ayudar.

—Ni busco nada con ellos. Me nacen solos.

—Qué lástima que no te salieran hace un buen puñado de años.

—Ya, por favor, Daniela, que hoy es un buen día.

—En eso tienes razón. Pero que me callo por mi niño, ¿te enteras? Porque le he visto distinto y estoy muy contenta.

Capítulo 18



—Pero que tampoco hace falta que tires la casa por la ventana—le comenté cuando me llevó a uno de los restaurantes más lujosos de las afueras de la capital, con unas vistas espectaculares.

—Es lo mínimo. Mira, tenemos reservada aquella mesa—me indicó una que estaba situada como en un saliente con una posición privilegiada. Sin duda, la mejor.

—¿Reservada? ¿Habías reservado de antemano?

—Pues claro.

—Menudo chulillo. Y si las cosas hubiesen salido mal, ¿entonces qué?

—No contemplaba esa posibilidad. No estaba en mi cabeza.

—Toma ya... Madre mía, qué arrogante.

—No se trata de arrogancia, sino de actitud—me aclaró.

—Ya, y ahora me contarás que si has llegado hasta donde lo has hecho, es porque todo está en la mente y blablablá.

—Un poco. Si te planteas algo en la vida y no paras hasta verlo hecho realidad, poniendo todas tus fuerzas, lo logras.

—Ya, ya... Pero un poco sí que tiene que influir la suerte, ya te lo digo yo. Mira, te pongo un ejemplo, llevo toda la vida queriendo tener un piso propio, he fregado millones de escaleras, ¿qué digo millones? Billones—exageré a tope sonriéndole—. ¿Y qué tengo? La calle para correr, eso es lo que tengo.

—De momento, se dice.

—Ahí le has dado, eso es verdad. Porque me estoy animando mucho y mi piso lo tendré. Ahora que veo a Hugo mejor tengo ganas de comerme el mundo.

—Me fascina escucharlo.

—¿Y tú de qué tienes ganas? —me interesé porque tampoco quería que la conversación se centrara solo en mí.

—Yo tengo ganas de comerte a ti—me espetó—. Lo siento, sé que me la he jugado y que no debería—me dijo cuando le tiré con la servilleta—. Pero me has mirado muy fijamente y no puedo con esos ojos.

Lo peor de todo fue que yo sentí un calor infernal al escuchar esas palabras y comprobar cómo su garganta se movía al tragar saliva. Cielo santo de mi alma, que me había puesto como una moto y que los colores se habían asomado a mis mejillas.

—Ni se te ocurra volver a insinuarlo o almuerzas más solo que la una.

—Vale, no se me ocurrirá, pero no te vayas, ¿te puedo preguntar una cosa?

—Eso lo vas a hacer igualmente, vaya chaladura.

—¿Cómo es que no estás con nadie? Es decir, una chica como tú... Mira, no creo que haya ningún tipo en este restaurante que no diera un brazo por ser tu pareja, Daniela.

—Y luego dices que no pretendes hacerme la rosca. No vamos bien así, pero que nada de bien—me centré en decirle.

—Va en serio, ¿qué pasó?

—Pasó que no tenía tiempo ni para echar viento, básicamente. Y luego que el poco que tenía se lo debía dedicar a tu niño enterito porque si no se me ponía farruco y me tuve que olvidar de los hombres.

—¿Cuando hace ese tipo de cosas es mi niño? —rio.

—Más o menos. El mamoncete me lo ha puesto difícil. Y encima luego me miraba y me recordaba tanto a ti...

—Otra dificultad añadida, ¿no?

—Bastante, sí.

—¿Me has seguido queriendo durante estos años? —me preguntó.

—Más bien te he odiado. O lo he intentado, no sabría decirte.

—No veo odio en tus ojos, Daniela.

—Pues no me mires tú tanto—le pedí con guasa.

—¿Es porque te pongo nerviosa?

—Es porque me pones de mala leche. Mira, solo que por eso, voy a pedirme lo más caro que haya en la carta, ¡que te zurzan!

—Me parece genial. Hay una carne estupenda en este sitio. El filete de angus es delicioso.

—Eso no lo he probado en mi vida.

—¿No me digas?

—¿Y tanto te extraña? Del pollo no he pasado. Y dando gracias. Hugo sí comía ternera y lo mejor que le he podido dar.

—Lo mejor que le has podido dar es tu cariño.

—Eso es verdad, pero no se compra ni se vende.

—No, no hay dinero en el mundo que pueda comprarlo. Si lo hubiera, lo robaría para hacerme con él.

—Otra vez... Pide el filete ese pijo antes de que me arrepienta y me vaya por patas.

—Oye, y hablando de eso, ¿no tienes coche?

—Ni coche ni perrito que me ladre. No me llegaba para ternera para mí, me iba a llegar para gasolina, que se ha puesto más cara que el oro líquido, ¿tú en qué mundo vives?

—Es cierto que igual no hemos vivido en el mismo.

—Eso ya te lo confirmo. Pues venga, angus que te crio, a ver si merece la pena, porque cuesta un ojo de la cara.

—¿Quieres dejar ya de mirar los precios?

—Eso no puedo hacerlo. Los ojos se me van detrás. Son demasiados años haciéndolo, ¿qué quieres?

—Quiero que disfrutes de este almuerzo a tope. Quiero verte reír y despreocupada y también que eches esa sonrisita de medio lado, tan coqueta, mientras te llevas el mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Me observas con lupa? Ni yo me había dado cuenta de que hiciese eso.

—No es de ahora, ese gesto es de siempre. Ya lo hacías entonces y no te imaginas todas las veces que lo he recreado en mi mente, echándolo de menos. Si hasta he soñado con él.

—Eso es lo menos que te mereces. Y no me calientes el pico.

—No, prefiero refrescartelo con un buen vino, ¿te apetece?

—Claro, eso ni se pregunta, que estamos de celebración y hoy no se trabaja, pero tranquilo, que ya me quedaré recuperando las horas.

—Ni se te pase por la mente. Pasar las horas contigo es el mejor premio que me puedas dar.

—Anda, mira qué bien... Pues si te parece, nos vamos de viaje y me vas descontando horas.

—Cierto, ¿dónde quieres ir?

—Oye, que es broma, ¿te enteras? Bromita de la buena, Leo.

—Qué lástima, quizás hubiera podido colar.

—Tú sí que me la colaste en su día, pero bien colada. Venga ese vino, que necesito mojarme el gaznate—le pedí.

Capítulo 19



El fallo de la jueza nos llegó en los siguientes días y en el sentido que esperábamos: Hugo habría de cumplir unos cuantos meses en su nuevo centro, pero no tantos como hubiera sido previsible.

Tras una semana en la que Leo estuvo pendiente de mí en todo momento, llegó el domingo. Y con él, ese día de visita que esperaba con ansia.

La idea era acudir con él, con su padre. Y presentárselo. Esperaba que aquella especie de experimento no saliera mal del todo, aunque miedo tenía para parar el tren.

Cuando Hugo me vio con él en la sala de visitas, el desconcierto hizo mella en sus ojos.

—¿Quién es, mamá? ¿Un nuevo abogado?

—No, no lo es, Hugo—le aclaré.

—Ah, vale. Es que le he visto la pinta de pijo y no entendía. Alberto me gusta.

—Hugo, no hables así.

—¿Qué he dicho? Ah, vale, lo de la pinta de pijo. Di que no la tiene.

Leo aguantó la risa, aunque se notó que el comentario le hizo mucha gracia. Por otro lado, no era plan de reírse cuando no sabíamos lo que pasaría.

—Hugo, hijo. Te lo voy a presentar... Se llama Leo y es mi jefe.

—¿Te has liado con tu jefe, mamá? Joder, así consigo yo también un buen trabajo—especuló.

—No, claro que no me he liado con él. Hijo, córtate un poco.

—O explícate tú, que también nos hace falta.

—Leo es tu padre, Hugo—aseveré y él frunció el ceño a tope.

—¿Cómo va a ser mi padre si nos dejó tirados? Nunca has querido saber nada de él, ¿qué chiste es este?

—No es ningún chiste, amor. No lo es. Leo me ha contratado, todo fue una casualidad...

—¿Igual de casualidad que te dejara embarazada y después te diera la patada? Mamá, me vas a perdonar, pero no entiendo nada.

—Hugo, me gustaría explicarte—intervino él.

—¡¡Tú te callas!! —le chilló.

—Hugo, no se te ocurra hablarle así, ¿me oyes?

—¿Y ahora te vas a poner de parte de este tipo?

—Hugo, que te la estás jugando. Déjame explicarte...

—No, te la estás jugando tú. Estábamos mejor, tú y yo. Te pedí que vinieses a verme. Y te presentas con un tipo que nos jodió la vida y que trae una sonrisa de hipócrita que da asco, ¿te ha comprado con su dinero? Porque a mí no me comprará, eso te lo garantizo. Y ahora, si te parece, vas y me das otro guantazo.

Leo me miró y negó, como diciéndome que ni se me ocurriese.

—Hugo, he cometido muchos errores—comenzó a contarle.

—¿Muchos? Eres un malnacido. Jamás te interesé, ¿a qué has venido ahora?

—A pedirte perdón. Y también a tu madre, a quien sé que se lo hice pasar muy mal.

—Tú lo que eres es un cabrón con pintas—le espetó.

—¡¡Hugo, se acabó!! No te voy a consentir que le hables así—le aseguré.

—¿Y ahora te pones de su lado? ¿Es que te lo estás follando? —me preguntó con todo el descaro del mundo.

No pude más. Quería controlarme, pero no me fue posible. En ese instante, saqué mi mano a pasear y le di el segundo guantazo por mi parte, el que estaba buscándose.

—No vuelvas a decir algo así en lo que te queda de vida.

—¡¡Y tú no aparezcas más por aquí!! ¡¡Te odio!! ¡¡Me has fallado!! —me chilló.

Me di media vuelta y comencé a llorar. Hugo se había pasado conmigo muchas veces en su vida, pero jamás tanto.

—Nos vamos de aquí, Leo—le anuncié.

—Espera un poco—me sugirió—, quizás podáis hablar y arreglar las cosas. Me marcho yo.

—No, nos marchamos los dos. Me voy contigo. Y tú, Hugo, que sepas que Leo ha movido todos los hilos para que te cayera menos pena. Aunque quizás tampoco eso lo valores, como no has valorado nada de lo que he hecho en mi vida por ti—le espeté antes de salir.

No me contestó nada, solo me miró con rabia contenida. Sus puños amenazaban con golpear la pared. Lo hizo antes de que saliera y me dolió en el alma, pero no me volví para verlo.

Lo dejé quejándose. Era mucho el daño. Hugo no medía consecuencias. Ni siquiera se prestó a escucharme. Cuando menos, debió saber por qué accedí a llevar a Leo hasta allí.

Cuanto estuvimos a solas, me eché a llorar con desconsuelo.

—Lo lamento de corazón, Daniela. Toda la culpa ha sido mía, toda. No debí pedirte nada, me he pasado de la raya.

—No, Leo, tú tienes la culpa de ciertas cosas y te he hecho pagar por ellas. Pero no de todas... No puedo culparte hasta del hambre en el mundo. Hugo no ha tenido que actuar así. Siempre lo hace, siempre pretende salirse con la suya. Y ya está bien, ya lo está... No puedo más. Todo me está doliendo demasiado, todo.

—Ojalá pudiese aplacar ese dolor. Te juro que haría cualquier cosa por lograrlo.

—Lo sé, te lo veo en los ojos. Ya has hecho todo lo que has podido, Leo, y te lo agradezco. No sé lo que pasará

con Hugo y contigo. No está por la labor, ya lo ves.

—Si no quiere perdonarme, que no lo haga. Lo hemos intentado.

—Pero sé que para ti es muy importante.

—¿Y qué? Lo más importante es cómo se sienta él. Ha sido demasiado el tiempo que me he puesto por delante. Te prometo que no volverá a suceder. Ahora la prioridad sois Hugo y tú. Y pase lo que pase, aunque no me mire a la cara en lo que me queda de vida, os pienso ayudar en cuanto pueda.

—Gracias, Leo, te lo digo de corazón.

—Y yo te digo de corazón que no puedo soportar esas lágrimas de sufrimiento. No pienso parar hasta convertirlas en otras de felicidad.

con Hugo y contigo. No está por la labor, ya lo ves.

—Si no quiere perdonarme, que no lo haga. Lo hemos intentado.

—Pero sé que para ti es muy importante.

—¿Y qué? Lo más importante es cómo se sienta él. Ha sido demasiado el tiempo que me he puesto por delante. Te prometo que no volverá a suceder. Ahora la prioridad sois Hugo y tú. Y pase lo que pase, aunque no me mire a la cara en lo que me queda de vida, os pienso ayudar en cuanto pueda.

—Gracias, Leo, te lo digo de corazón.

—Y yo te digo de corazón que no puedo soportar esas lágrimas de sufrimiento. No pienso parar hasta convertirlas en otras de felicidad.

Capítulo 20



Se lo conté todo a Irene al llegar a casa.

—Yo te voy a decir la verdad. Fui la primera en no dar ni un euro por él en su momento. Leo se comportó contigo primero como un chulo y lo que vino detrás no sé ni cómo calificarlo. Pero también te digo que ese hombre está arrepentido. Se le nota, Daniela, el arrepentimiento le sale por la punta de las orejas.

—Yo creo que sí. Me ha costado verlo, pero todas las señales me indican ahora que está ocurriendo. Es muy raro, nunca me lo hubiese podido figurar.

—Es que la vida nos da sorpresas que nos dejan con las patas hechas trancas, mi niña. Eso es lo que pasa.

—Cierto. Pero ahora lo importante es Hugo. No sé qué hacer con él. Es como si cada vez que diera un pasito para adelante diera otro para atrás.

—Como en la canción de María de Ricky Martin, ¿no? —me hizo sonreír.

—Algo parecido. No sé qué hacer con mi vida, Irene. Este niño me lleva por la calle de la amargura. Y mira que, cuando quiere, sabe hacer las cosas bien.

—Sí, porque a la jueza la tiene en el bote. Y mira que se le nota que no es una mujer fácil. Si vale mucho mi sobrino, lo que pasa es que su carácter es más terco que el de una mula.

—El primo no puede ser como una mula—rio mi sobrina Marta, que acababa de aparecer por la cocina en busca de su merienda.

Se trataba de tarde de domingo y eso me puso aún peor. Siempre me han parecido un poco tristes.

—Y tú no debes meterte en las conversaciones de los mayores, señorita. Ya lo hemos hablado un buen puñado de veces—le recordó mi hermana.

—Vale, vale, perdona... Mirad, os he hecho un dibujo de toda la familia—nos enseñó—. Que, como estáis un poco así tontitas estos días, seguro que os anima.

—¿Tontitas nosotras? Vaya morro que tienes, enana. A ver, trae...

Irene lo tomó entre sus manos y vi que le hizo gracia.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha dibujado que te hace reír?

—Pues mira, se ha dibujado a Hugo y a ella, los dos en el centro, después a nosotras a su lado y a ambos márgenes a su padre y a un señor que no tiene cara.

—Es el padre de Hugo, pero como yo no le he visto, no le puedo poner cara—afirmó.

—Pues se la puedes poner muy guapa, porque el tío está que cruje.

—¿Es mi tío? ¿El padre de Hugo es ya mi tío? —preguntó ella enseguida.

—No, no quería decir “tío” de que fuese tu tito, sino de hombre, que es un hombre muy guapo—le aclaró mi hermana risueña.

—Solo me faltaba. Para hombres estoy yo... Y encima Leo, que Hugo no quiere verle con ojos que tiene en la cara. Cómo se ha puesto.

—¿El primo se ha enfadado al ver a su papá?

—Marta, hija. Vete para el salón y no te metas en las conversaciones de los demás.

—Mamá, pero es que Hugo...

—¿Hugo qué? —le pregunté porque, a pesar de ser una niña de corta edad, Marta era muy observadora y a veces daba puntos de vista que me interesaban.

—Es que en sus canciones...

Creo no haber hecho referencia todavía a que Hugo era rapero. Y de los buenos. Todos opinaban que tenía mucha sensibilidad como cantante y en sus letras solía expresar sentimientos que a veces no era capaz de mostrar cara a cara.

—¿En sus canciones qué?

—No solo hay rabia respecto a su padre, yo también veo pena. Hace poco le escuché una, la estaba cantando con una amiga, y ella le dijo que le parecía muy sentimental. Él la tenía escrita y rompió el papel, tita Daniela, pero ya la había escrito, ya le había salido del corazón. Si algo te sale, tú luego puedes partir el papel y lo que te dé la gana, pero ya lo has echado fuera. Y al primo no solo le da coraje no conocer a su padre, sino también mucha lástima.

—Ya está bien, pitufa, vete para el salón—le pidió mi hermana al ver que los ojos se me convertían en dos cataratas.

—Vale, me voy—anunció con voz cantarina.

—Va, va... Ya sabes que Hugo tiene mucho dentro. Es bueno, es un chico muy bueno, lo que sucede es que ha desarrollado una rebeldía que no es normal—suspiró Irene, quien estaba más que implicada con nosotros.

—Si lo sé. Pero nunca refirió que la situación le diese pena, solo que le generase rabia. Le ha dicho cosas horribles a Leo, No creo que le vaya a perdonar nunca.

—No subestimes el poder de ese bombón.

—No le llames bombón. O llámale como te dé la gana, pero que sepas que conmigo no tendrá nunca nada.

—Más tonta serás...

—Todito para ti, ¿no lo ves como un bombón? Pues lo puedes degustar cuando te venga en gana.

—No haría eso jamás. Y, además, ese bombón crocanti está por ti.

—Ya, eso dice él... Pero de mí se puede olvidar por completo. Yo me olvidé de él.

—En tus sueños te olvidaste, ¿no?

—No digas majaderías, claro que no... Me olvidé de verdad para centrarme totalmente en Hugo. Es más, no le olvidé, le...

—A mí o puedes engañarme. Vas a decir que le odiaste, pero no. Y ahora le has perdonado. Y yo lo entiendo

porque está haciendo todo lo posible por recuperaros.

—No hables en plural, te lo advierto.

—Vale, pues por recuperar a su hijo y llevarse fatal contigo, ¿es así?

^a —No, tampoco es así.

—¿Ves? Eres una inconformista.

—No me vuelvas loca, anda. Mira, me está escribiendo para saber si estoy más tranquila.

—Pues llámale y habla con él, mujer.

—No quiero darle tantas confianzas, no vaya a pensar que...

—Eso, no vaya a pensar que necesites su apoyo. Venga ya, flexibiliza un poco, tontona.

porque está haciendo todo lo posible por recuperaros.

—No hables en plural, te lo advierto.

—Vale, pues por recuperar a su hijo y llevarse fatal contigo, ¿es así?

—No, tampoco es así.

—¿Ves? Eres una inconformista.

—No me vuelvas loca, anda. Mira, me está escribiendo para saber si estoy más tranquila.

—Pues llámale y habla con él, mujer.

—No quiero darle tantas confianzas, no vaya a pensar que...

—Eso, no vaya a pensar que necesites su apoyo. Venga ya, flexibiliza un poco, tontona.

Capítulo 21



Cuando llegué el lunes al curro, no solo había hablado varias veces con él, sino que había sentido su apoyo a tope.

En cuanto me vio, salió de su despacho, el cual ya ocupaba.

—Buenos días, Daniela, ¿cómo estás?

—Pues ahí, intentando llevarlo, ¿y tú?

—Si te soy sincero, no he podido dormir en toda la noche. Llevo aquí desde muy temprano.

—Lo entiendo. Hugo puede ser muy hiriente cuando quiere.

—Está en todo su derecho. Es más, entiendo que echase fuera conmigo todo lo que lleva dentro. Lo que lamenta es la parte que te tocó. Parece que lo voy jodiendo todo a mi paso.

—No digas eso. Has intentado ayudarlo y lo has hecho, ¿vale? Irene opina que ya es hora de que se lleve un escarmiento, de que aprenda a respetar, porque no está haciendo las cosas bien.

—Fue muy duro contigo, sí.

—Ya, bueno... Siento también el repaso que te llevaste, aunque...

—Aunque yo me lo merecía de sobra. Ojalá que un día pueda perdonarme.

—Todo irá llegando. Mi sobrina Marta opina que no solo es ira lo que siente respecto a ti, sino pena.

—Eso todavía duele más.

—Sí. Es que Hugo es rapero y ella le escuchó una canción, ¿sabes?

—¿Hugo es rapero? Eso no me lo habías contado.

—Es que todo esto ha ido muy rápido y hay cosas que se me olvidan. Sí, es bueno, tiene letras que molan mucho.

—Me alegro, eso indica sensibilidad.

Hellen llegó en ese momento con cara de perra rabiosa y carraspeó. Leo estaba sentado en el filo de mi mesa y no hizo ningún ademán de moverse, algo que le pareció aún peor a la impertinente de ella.

—Leo, los alemanes estarán este fin de semana en Santander. Como yo fui quien habló con ellos, ¿te parece si reservo vuelos y habitaciones para ti y para mí? Puede ser un encargo de coches gordo, no podemos faltar y solo estarán un par de días. No hay tiempo que perder.

—Me parece. Encarga vuelos y habitaciones para dos, sí. Pero los segundos a nombre de Daniela.

Me quedé de piedra. No esperaba ese gesto por su parte, no cuando ni siquiera me había consultado.

—¿Para Daniela? Pero si ella no sabe nada del acuerdo que hay que cerrar. Yo he sido quien...

—Para Daniela—le contestó él, cortándola en seco.

o

—No me lo puedo creer, es que esto no me lo puedo creer—farfulló ella mientras giró sobre sus talones y desapareció.

—¿De qué va esto, Leo? No entiendo, ¿cómo voy a ir yo a Santander contigo?

—Pues en avión, ¿no lo has escuchado?

—En serio, que esto no tiene ningún sentido, Leo...

—Sí que lo tiene, Daniela. Eres mi secretaria personal y la persona que mejor me asistirá a la hora de cerrar ese acuerdo.

—Pero en mi contrato no ponía nada de viajar. O al menos yo no lo vi.

—¿Lo leíste entero? —arqueó una ceja.

—No, apenas leí más que el horario y el sueldo, pero...

—No te voy a engañar; ponerlo lo ponía. También lo podríamos eliminar si no quieres hacerlo, pero me encantaría que vinieses.

—Es que el domingo tengo que ir a ver a Hugo, por eso no puedo. Aunque si Irene me escucha decir eso, me alarga las orejas a tirones. Ella opina que debo hacerme fuerte también ante él, que tengo que ganar posiciones o mi hijo me habrá ganado la batalla.

—Yo opino igual, pero no me meteré en tu decisión. Y no lo digo por su comportamiento conmigo, que ese me lo merezco, sino por el que tiene contigo, que ese es una barbaridad y que no mereces en absoluto.

—Ay, Dios, ¿qué hago?

—¿Tú conoces Santander?

—Yo no...

—¿Y cómo se puede vivir sin conocer Santander? ¿Me lo quieres explicar? —me preguntó acercándose mucho a mí.

—¿Te lo digo o mejor te lo cuento?

—Ya, que no te llegó ni para pipas con mi marcha, me lo imagino. Pues ya va siendo hora de que conozcas sitios, de que sientas, de que te emociones, de que vivas...

—Tienes razón: nos vamos a Santander. Y la visita del domingo nos la saltamos. Así le haremos pensar.

—¿Y podrás hacerlo? Quiero decir, yo muero porque vengas, pero no quiero generarte problemas de conciencia con nuestro hijo.

—Llevo mucho tiempo haciendo las cosas lo mejor que puedo con Hugo, partiéndome el espinazo, dejándome la piel. Y cuéntame para qué me ha servido... Es listo como el hambre y aun así no abre un libro. No hace más que diabluras y ahora también delinque. Ha ido a parar a un centro de menores y...

—Va, va. No te atormentes. Le sacaremos de ese pozo en el que está metido, te lo prometo.

—¿Cómo me lo puedes prometer, Leo? Si no lo sabes... También en el pasado me hiciste promesas, me dijiste

que me querías...

—Ya. Y no las cumplí. Me odio por ello, Daniela. No volverá a suceder, te lo aseguro.

—No te odies, Leo. Ya pasó.

—¿Ya pasó? Eres el ser más generoso del mundo. Va siendo hora de que conozcas también la generosidad por mi parte.

—Soy una chica sencilla. Me da igual que tú te hayas convertido en un hombre rico, Leo. Yo no necesito nada de eso.

—Existen muchas formas de ser generoso con una persona, aunque te confieso que estaría encantado de poder compartir todo lo que tengo contigo.

—No te me vengas tan arriba, que tan solo he accedido a ir un fin de semana contigo a Santander de viaje de trabajo.

—Por algo se empieza, preciosa, por algo se empieza—murmuró mientras acariciaba mi mano, y no pude apartarla. No se imaginó, supongo, la cantidad de sensaciones que reviví en esos segundos... Las que me llevaron al pasado, a tiempos remotos en los que le vi como el hombre de mi vida, en los que me enamoré hasta la saciedad de él sin saber que jugaba conmigo.

que me querías...

—Ya. Y no las cumplí. Me odio por ello, Daniela. No volverá a suceder, te lo aseguro.

—No te odies, Leo. Ya pasó.

—¿Ya pasó? Eres el ser más generoso del mundo. Va siendo hora de que conozcas también la generosidad por mi parte.

—Soy una chica sencilla. Me da igual que tú te hayas convertido en un hombre rico, Leo. Yo no necesito nada de eso.

—Existen muchas formas de ser generoso con una persona, aunque te confieso que estaría encantado de poder compartir todo lo que tengo contigo.

—No te me vengas tan arriba, que tan solo he accedido a ir un fin de semana contigo a Santander de viaje de trabajo.

—Por algo se empieza, preciosa, por algo se empieza—murmuró mientras acariciaba mi mano, y no pude apartarla. No se imaginó, supongo, la cantidad de sensaciones que reviví en esos segundos... Las que me llevaron al pasado, a tiempos remotos en los que le vi como el hombre de mi vida, en los que me enamoré hasta la saciedad de él sin saber que jugaba conmigo.

Capítulo 22



Irene no cabía en sí de gozo cuando se lo contó.

—Me voy, aunque no sé cómo lo llevaré el domingo, sabes que es el día de visita de Hugo.

—Ya iré a verlo yo—afirmó.

—¿Tú vas a ir? No tienes ninguna obligación y lo sabes.

—Y tanto que lo sé. Que me vea la cara y que me diga algo sobre ti, que hasta entonces no se le va a caer el mundo encima. Iré como representante de la familia.

—Eres más buena que el pan, Irene.

—Y también me pienso poner más buena que el pan... Voy a comenzar a ir al gym.

—Me parece una idea fantástica.

—Sí, sí. Tengo que empezar a abrir círculo, a conocer gente. Tú también deberías venir.

—Pues igual me lo pienso, sí.

—Y a clases de baile. Nos lo pasamos sensacional el otro día.

—Oye, ya me estás haciendo el plan completo.

—¿Y qué? No has vivido nada, Daniela. Yo sé que es una putada que tengan a Hugo encerrado, pero tómalo como una oportunidad. Él necesita disciplina, se te estaba yendo de las manos, y tú tienes por primera vez tiempo para ti misma, para chicos, para Leo...

—Y dale. Que no... Por cierto, he quedado para merendar con él.

—Muy bien, me parece genial. Y luego una cenita y después...

—Que no, boba. Es para ultimar los detalles del acuerdo que deben alcanzar. Es la primera vez que voy a hacer algo así y estoy como un flan.

—Eso te lo quita él con un par de buenos polvos. No como yo, que voy de cabeza al Tinder.

—Que no, tonta...

—Que sí, que yo quiero ligar y no tengo a nadie a mano. Oye, lo del Satisfyer está muy bien, pero un poquito sobrevalorado, te lo advierto.

—Que no lo digo por ti, sino por mí... Yo no necesito ningún polvo.

—Claro que no... A ti te vale con los de talco, vaya idioteces que dices. Tú vas a hincar en Santander así se caiga el mundo, ¿cómo vas de ropa interior?

—Surtida por completo. Tengo de todo: braguitas de algodón, de las invisibles, de...

—¿Ese repertorio que tiendes en los cordeles es todo?

—¿Y qué quieres que le haga?

—Que le prendas fuego, por ejemplo. Y luego que nos vayamos a comprar alguna monada.

—No te confundas; a Santander voy a trabajar.

—Nos vamos de compras quieras o no. No te llevas esas bragas porque no me da la gana. Y no es algo que se pueda prestar, así que necesitas las tuyas propias. Comprarás lencería y te sentirás sexy, ¿cuánto tiempo hace que no te sientes así?

—¿Sexy? ¿Qué es eso? —me burlé y me llevé un cate de su parte.

Tenía razón... Ella la tenía en que no podía ir por el mundo como pollo sin cabeza. No era por Leo, era por mí. Había llegado el momento de prestarme atención.

—Es en lo que te convertiré ahora mismo. Vámonos antes de que llegue la hora de la merienda y te largues con él.

—Lo dices como si me fuera a raptar o algo parecido.

—Te haría una mujer eso, pero bueno. Venga, llama a Marta, que nos vamos.

Nos fuimos a comprar ropita interior y nos lo pasamos genial. Había momentos en los que no se me apartaba el tema de Hugo de la mente y ya he comentado que hasta me sentía mal. De todas formas, creo que era como un mecanismo de defensa por parte de mi mente; un mecanismo que necesitaba activar para sentirme un ser autónomo y no la madre de Hugo solamente, pues el carácter de mi hijo había logrado que no pudiera desligarme de él ni un solo segundo en el pasado.

—A Santander... Te va a gustar, tita. Yo estuve con papi y con mami y es genial—me comentaba la niña.

—A esta cría es que le gusta viajar más que a un tonto un lápiz—rio su madre.

—Sí, y papá me ha comentado que igual hacemos un viaje en Navidades, en los días que esté con él—le anunció a Irene.

—¿No me digas? ¿Los dos solitos? Con lo que te gusta a ti la exclusividad vas a estar muy contenta, chiquitina.

—No, mamá. Los dos solos no. Papá dice que a lo mejor viene una chica a la que está conociendo, que por lo visto es muy guapa y simpática... Eso dice él. Ah, y que se llama Mar.

Irene me miró un tanto sorprendida. Son cosas lógicas, que van llegando, pero que una nunca sabe cuándo es el día. Y le tocó ese.

—Ah, no sabía nada—murmuró.

—Pues sí. Y papá está muy contento. Yo me alegro por él, mami, ¿tú también te alegras?

—Claro que sí, cariño, claro que me alegro—le contestó ella todavía un poco conmovida.

—Cariño... Sí que vas a tener que apuntarte al gym y a los bailes latinos. A ti también te hace falta un poco de marcha.

—Pues sí y te vendrás conmigo. Si no es con Leo, que sería una pena, tienes que plantearte estar con gente.

Mírate...

—Que con Leo no puede ser. No sé cuántas veces te lo voy a repetir.

—Dime que no te apetecería, dímelo de verdad y no digo nada más.

—¿Y qué si me apeteciera? Hugo está por encima de todo.

—Hugo tendrá que aprender a que todas las cosas en la vida no nos vienen como nosotros queremos. Ya está bien, ¿o es que acaso tú querías que se comportase como lo está haciendo? Y no por eso lo has abandonado.

—Igual el domingo se siente abandonado. Por primera vez.

—Igual el domingo tienes la sensación de haber vivido un fin de semana maravilloso, también por primera vez
—me contestó ella.

Mírate...

—Que con Leo no puede ser. No sé cuántas veces te lo voy a repetir.

—Dime que no te apetecería, dímelo de verdad y no digo nada más.

—¿Y qué si me apeteciera? Hugo está por encima de todo.

—Hugo tendrá que aprender a que todas las cosas en la vida no nos vienen como nosotros queremos. Ya está bien, ¿o es que acaso tú querías que se comportase como lo está haciendo? Y no por eso lo has abandonado.

—Igual el domingo se siente abandonado. Por primera vez.

—Igual el domingo tienes la sensación de haber vivido un fin de semana maravilloso, también por primera vez
—me contestó ella.

Capítulo 23



Nunca había estado en Cantabria. Me había perdido muchas cosas y me hacía gran ilusión comenzar a viajar.

El viernes por la mañana, Leo pasó a recogerme en su cochazo.

—Es de Anekke—le comenté al mirar esa maleta que tanta gracia le hizo, con la típica muñeca—. O sea, es mía, que me la ha cogido Irene en Vinted, pero que es de la marca.

—Te he entendido. No te preocupes. Se trata de una muñeca muy bonita, aunque no tanto como tú.

—Madre mía, qué jefe más pegajoso tengo, ¿esto no se puede considerar acoso laboral?

—¿Y venir tan guapa a trabajar no puede considerarse una provocación en toda regla? Es broma, ¿eh? Totalmente broma. Estás fantástica—unió sus manos a modo de disculpa.

Pese a todo, era muy correcto. Se pasaba el día pico pala tratando de conseguirme, pero muy correcto.

Llegamos al aeropuerto con tiempo suficiente para tomar algo.

—Voy atacada, que lo sepas. Algunas veces pienso que necesitas otra secretaria, una más preparada y que esté acostumbrada a...

—No necesito a nadie más. Estoy encantado con la secretaria que tengo, que es la mejor.

—Venga, pues vamos a repasar el acuerdo y...

—No vamos a repasar nada más. Ahora, lo que vamos a hacer es relajarnos con un buen cafecito de por medio.

—A eso no le puedo decir que no.

—Y a tu jefe tampoco. Considera que este es un viaje mitad de trabajo y mitad de ocio.

—Eso no puede ser...

—¿Y quién dice que no? ¿Sabes cuántas veces he estado en algún lugar y habría deseado hacerlo en tu compañía? Me mataba la añoranza.

—Jamás hubiera imaginado que me volviste a dedicar ni un solo pensamiento.

—Pues sí, lo mismo que a Hugo. No sabía nada de vosotros, me sentía la peor persona del mundo, pero no reculé... Y eso me hizo sentir mucho peor todavía. No me lo podía perdonar. Por eso, cuando tu currículum llegó a mis manos, lo interpreté como una señal del destino que no podía dejar pasar.

—Y aquí estamos. Ni tan mal...

—Ni tan mal—colocó su mano encima de la mía.

—Irene irá a visitar a Hugo el domingo. Mi hermana tiene un par de ovarios.

—Y un gran capote...

—Sí, porque el niño está que embiste—suspiré.

—Todo se va a solucionar, te lo prometo.

—¿Y cómo? Es que por más que me rompo la cabeza, no me imagino cómo ese niño va a entrar en razón.

—Dale tiempo al tiempo, Daniela. Todo tiene solución. ¿Alguien te hubiera dicho que nosotros podíamos estar así como estamos ahora mismo? —me señaló a que su mano acariciaba la mía.

—¿Sin que lo utilizara para buscar el momento de abrirte la cabeza con algo? No, nadie.

—Igual me vendría bien que lo hicieras, así conocerías mis verdaderas intenciones.

—Ya lo voy haciendo—resoplé.

—Me alegra saberlo.

—Apenas he volado en mi vida, más que un par de veces—le confesé—. Y encima me mareé.

—Ya, como cuando ibas en coche. Lo he previsto, recordé que tenías esa tendencia, Daniela. Y he traído unas pastillas.

—¿Para mí?

—Sí, para ti. Yo no me mareo...

—Ya lo sé, hasta te tirabas en paracaídas en tu época de militar.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de todo. No me olvidé de nada, ¿qué pasó? Parecías ser feliz con esa vida.

—Y lo era, aunque también me resultaba bastante sacrificada.

—Y te volviste más ambicioso. Picaste más alto.

—Sí. Me dejé los codos en los libros. Mi idea era salir de ese mundo y ser el CEO de una gran empresa. Entendía de coches blindados, trabajé con ellos en el ejército. Me aproveché de unos conocimientos y de otros.

—Y hoy en día estás forrado. Siempre me pareciste muy inteligente.

—Tengo que confesarte algo—aproveché para decirme con voz grave.

—¿Algo que no me va a gustar? —me temí.

—Igual no, porque he vuelto a faltar a mi palabra. Pero es que tenía que hacerlo, tenía que hacerlo.

—Ay, Dios, qué miedo, ¿qué has hecho ahora?

—Le he pagado a Alberto. Lo siento...

—¿Serás caradura? Se supone que le iba a pagar yo. Llegamos a ese acuerdo.

—Ya, lo que sucedió es que me dieron tentaciones. Y cuando me dan soy un poco peligroso. No sé decir que no.

—Ajá, como cuando te dieron de abandonarnos.

—No me lo recuerdes. Soy hombre muerto cada vez que se me viene a la cabeza—hizo como que se apuntaba a los sesos con una pistola.

—Está bien, te perdono. Pero solo porque me tengo que comprar un piso y necesito reunir dinero para ello... Solo por eso.

—Me parece genial, eso es lo que me parece.

—Ok, y no se te ocurra ir más por libre.

—Claro que no, tú tranquila.

—No te veo yo muy convencido.

—Sí, sí, claro que lo estoy. Esas son apreciaciones tuyas, preciosidad andante.

—¿Y ese piropazo?

—No me vayas a denunciar por ser tu jefe, ¿ok? Te lo digo en calidad del padre de tu hijo.

—No sé si lo estás arreglando o empeorando.

—Espero que arreglando. Deseo que pases unos días inolvidables en Santander. La ciudad te va a hechizar, ya lo verás.

—Estoy segura. He leído más de una novela inspirada allí y ya lo ha hecho, me parece un sitio sensacional.

—Que no te quepa duda. ¿Y dónde más están ubicadas esas novelas? No recuerdo que te gustara tanto leer.

—En mil lugares, obviamente... Comencé a aficionarme cuando Hugo era bebé y no pegaba ojos por las noches.

—¿Dormía mal?

—Mal es una bendición. No había manera de parar sus berreos. Fue lo peor y yo necesitaba coger un libro o

algo para no volverme loca.

—Y viajabas a lugares con los que solo podías soñar, ¿es eso?

—Claro—afirmé.

—Quédate conmigo y viajarás a todos esos y a muchos más.

—Leo, yo...

—No digas nada ahora. No digas nada. Dejemos que la vida reparta las cartas y que empiece la partida.

—Sé que no dejarías algo así al azar.

—Bueno, pero haz como si no lo supieras—me guiñó un ojo.

algo para no volverme loca.

—Y viajabas a lugares con los que solo podías soñar, ¿es eso?

—Claro—afirmé.

—Quédate conmigo y viajarás a todos esos y a muchos más.

—Leo, yo...

—No digas nada ahora. No digas nada. Dejemos que la vida reparta las cartas y que empiece la partida.

—Sé que no dejarías algo así al azar.

—Bueno, pero haz como si no lo supieras—me guiñó un ojo.

Capítulo 24



Llegamos a Santander y ciertamente me hipnotizó la ciudad.

Yo, que estaba tan poco acostumbrada a salir de Madrid, llevaba los ojos como platos mirando por doquier.

Almorzamos por el centro, antes de la reunión, y fue ciertamente fantástico.

—Los percebes de Santander son increíbles—me comentaba mientras los degustábamos con un poco de vino blanco.

—Ya te digo que sí, pero no me sirvas más vino o en lugar de tu secretaria, pareceré un piojo borrachín esta tarde. Estaría fatal y encima con la ropita tan mona de trabajo que me he traído—me dio la risa al pensar que la mona no era solo la de trabajo, sino también esa interior que estaba estrenando, de la que mi hermana me hizo comprarme varios conjuntos.

—Me lo imagino. Si es que vas hecha un pincelito. Pareces una ejecutiva.

—¿Una como tú? Qué va. Estudié secretariado y a lo justo. Anda que no me costó nada.

—En tus circunstancias, tiene mucho más mérito que nada de lo que haya conseguido yo.

—Pues es verdad, ahora que lo dices... ¿Y esas qué son? —le pregunté al ver pasar un plato con una pinta increíble.

—Esas son anchoas de Santoña. Las voy a pedir ahora mismo y te vas a chupar los dedos.

—Será un decir... En este restaurante tan pijo no creo que se haya chupado los dedos nadie en su vida. En la cárcel lo habrían metido del tirón.

—Más o menos—rió—. Cuánto me gusta escuchar tus cosas, Daniela.

—Mis disparates, querrás decir. Y ya sabes que no me callo, eso es verdad.

—No tienes por qué hacerlo, bonita.

—Bonita, preciosa, chiquitaja, me dices un montón de cosas muy cariñosas. A ver si te cortas, que como se te escape algo de eso en la reunión, vamos listos... Con lo serios que tienen que ser los alemanes. Oye, tú sabes que yo de alemán no hablo ni papa, ¿verdad? Inglés y a lo justo, que lo mío me ha costado también.

—La reunión será en inglés, sí... Tampoco yo me manejo bien en alemán.

—Claro. Te podrían dar coba y no tienes cara de dejar que suceda eso.

—No mucha, la verdad...

—Tú más bien eres de darla. Sobre todo a las mujeres.

—Daniela, ¿cuándo vas a bajar la guardia?

—Pues no lo sé, pero tú no me echas más vino, que así no lograrás nada.

Se reía a mandíbula batiente conmigo. Se le notaba muy a gusto y lo curioso del caso era que a mí también. Parecía que la confianza entre nosotros crecía por momentos. Y eso era algo que se palpaba en el ambiente.

Tras un almuerzo memorable, coronado por un riquísimo postre, nos fuimos con nuestros equipajes al alojamiento para prepararnos con vistas a la reunión de la tarde.

—¿Salimos de la ciudad? Me imaginé que Hellen reservaría esas habitaciones en algún hotel céntrico—le pregunté cuando cogimos el coche de alquiler que pilló en cuanto llegamos.

—Al final me ocupé yo...

—Lo dices porque esa bruja mandaría meter chinchas en mi cama. De ahí para arriba.

—No se atrevería a hacerte ninguna jugada. Con mi actitud, le he dejado bien claro de parte de quién estoy.

—O sea, que me has echado a los pies de los caballos con ella.

—Ya te digo que no se atreverá a mover un dedo en tu contra. Que ni se le ocurra, vaya.

—Ok, ok... Corramos un estúpido velo.

—Querrás decir un tupido.

—Si está Hellen por medio, no. Más bien es un estúpido—reí.

—Pues ahora que lo dices, tienes toda la razón.

—Yo siempre la tengo.

—La razón y la humildad, ya de paso.

—¿Qué tienes que decir en contra de eso? Claro que soy humilde.

—Es cierto, lo eres.

—Por supuesto que lo soy... Si aquí el único rico arrogante eres tú.

—No, no... Lo de arrogante sobra.

—Bueno, eso ya lo decidiré yo, ¿dónde nos alojamos? Que se van a acabar las carreteras. Madre mía, menos mal que las vistas son una gozada.

—Lo son, lo son—me decía él mirándome.

—Las de ahí fuera, tonto.

—También, también.

Paró el coche y me dejó sorprendida a la vista de la preciosa finca en la que nos internamos. En ella, un edificio a modo de vivienda de lo más señorial asomaba rodeada de unos cuidadísimos jardines que me entusiasmaron, con sus impresionantes fuentes funcionando, su enorme piscina... No era ya tiempo de baño precisamente, pero daba gusto verla.

—Por favor, ¿es que nos vamos a quedar aquí? No he conocido un lugar más bonito en mi vida.

—Pues que sea el primero de muchos. Me alegra que te entusiasme.

—¿Y cómo no? ¿Has visto qué jardín? Si parece el del mismísimo Edén.

—Es una alegría verte así... Llevaré las maletas adentro.

Su vista desde atrás también era fabulosa, con ese culo tan bien puesto... Cielos, si es que me asaltaban los sudores cada vez que él no me veía, pero yo me quedaba mirándole.

Nadie podía objetar a que, pese a que siempre fue guapísimo, había mejorado con la edad, igual que los vinos. Él decía que a mí me había sucedido lo mismo y que estábamos en un momento fabuloso... En un momento en el que podríamos comenzar algo.

En mi caso, no lo veía como una posibilidad real, aunque todo lo que estábamos viviendo juntos, inevitablemente, nos estaba uniendo.

—Para ti el dormitorio principal—me ofreció—. Porque la idea de compartirlo como que hará que trates de agredirme, ¿puede ser? —me preguntó.

—Como mínimo de agredirte, sí.

—Pues nada, que ya ocupo yo el siguiente.

—¿Tan cerca? —arqueé una ceja.

—Si te parece, me alojo en uno al que necesite desplazarme en un patinete.

—Pues no sería mala idea.

—Malas ideas son las que tienes conmigo.

—No serán tan malas cuando estoy aquí, ¿no te parece?

—Bueno, bueno... Eso lo discutiremos esta noche cuando hayamos alcanzado acuerdo con los alemanes.

—¿Esta noche? ¿Y ya? Entonces, ¿por qué nos quedamos todo el fin de semana?

—En primer lugar, porque es un gusto. Y en segundo, porque la firma se producirá el domingo por la mañana,

después de que nuestros abogados le hayan dado forma al contrato.

—Ah, vale, vale... Creía que habías puesto en marcha tu especialidad; la de darme coba.

—Tú sigue, que al final se me quedará ese sambenito.

—El que te mereces, junto con otro montón.

—Déjame adivinar... Y ninguno de ellos buenos, ¿es así?

—Más o menos así, cierto...

después de que nuestros abogados le hayan dado forma al contrato.

—Ah, vale, vale... Creía que habías puesto en marcha tu especialidad; la de darme coba.

—Tú sigue, que al final se me quedará ese sambenito.

—El que te mereces, junto con otro montón.

—Déjame adivinar... Y ninguno de ellos buenos, ¿es así?

—Más o menos así, cierto...

Capítulo 25



El tiempo se me pasaba demasiado rápido con él y al final me tuve que dar patadas en el culo para arreglarme.

Me resultó alucinante porque me encontré con un tocador repleto de todo tipo de maquillaje y de productos para el cuidado facial. El sueño de cualquier mujer.

Cuando salí, con aquel vestido combinado en negro y blanco tan mono, y mis botines blancos, los ojos le hicieron chiribitas.

—Los alemanes terminarán por pensar que todo ha sido una estrategia—me comentó.

—¿Se puede saber qué dices de una estrategia? Tontolaba, que eres un tontolaba—le provoqué.

—Que no se puede acudir tan guapa a una reunión de trabajo, que no se puede...

—¿Y eso por qué?

—Porque los vas a dejar a todos hipnotizados. Y claro, primero muy bien... Pero cuando luego se den cuenta...

—Mira que serás fantasioso. Para un trapito que se pone una...

—¿Un trapito? Cielo santo de mi alma. No he visto una cosa igual, de verdad. Estás increíble.

—Bueno, bueno, ¿nos vamos ya o vas a seguir haciéndome la rosca todo el tiempo? Lo digo por eso de la puntualidad, que tenemos que llegar a tiempo.

—Si no llegamos, será tu culpa.

—Claro que sí, ¿no ves que te estoy entreteniendo?

—Sí que me entretienes. Y además que tendré que darme de puñetazos con más de un moscón por la calle. Me estás buscando trabajo extra...

—Sí, sí, así harás algo.

—¿Cómo que así haré algo? ¿Es que tengo fama de vago?

—No he escuchado nada al respecto, pero tampoco tengo claro si los grandes jefazos trabajan o solo hacen como si trabajasen.

—La madre que me parió, Daniela. Venga, tira para adelante que me provocas mucho... Y en todos los sentidos.

Todas las bromas del camino se volvieron seriedad cuando nos encontramos con los alemanes.

—Ay, madre, si parece que vienen a un velatorio en vez de a una reunión. Y encima vestidos de negro, lo que yo te diga.

—No me hagas reír, Daniela, te lo pido por favor. Que a esta gente no le haría ni chispa de gracia.

—Ni eso ni nada. No sé si habrán reído en su vida. Cuéntales un chiste, Leo, a ver qué pasa.

—Pasa que te comía aquí mismo, en lo alto de esta mesa—me dijo sin darse cuenta de que la única chica que pertenecía al grupo de los alemanes estaba detrás de él e hizo un gesto que indicaba que le había entendido.

—Será mejor que deje la comida para más tarde. Soy Astrid Kleid...

—¿Quién? —le pregunté yo.

—La jefa, la jefa de todos ellos—me contestó Leo, divertido.

No se había achantado pese a que su colega alemana no solo le hubiese escuchado, sino entendido, que era lo gordo.

—Me podrías haber dicho que esta mujer hablaba castellano.

—No lo sabía—me comentó él por lo bajini.

No por eso le salió a Astrid ni una sola sonrisita, ni siquiera burlona. Esa mujer era súper seria y enseguida comenzó la reunión, la cual se llevó a cabo en inglés, como inicialmente estaba previsto, para que el resto también la entendiera.

La reunión fue un éxito. Astrid apretaba las tuercas bien, pero Leo era igualmente un empresario nato que no estaba dispuesto a ceder en lo más mínimo.

Me llamó mucho la atención verle en su salsa, negociando... Si había llegado a ocupar ese puesto era porque valía para ello. Los años en los que estuvimos separados, aparte de para que yo le maldijera, le sirvieron para convertirse en un empresario exitoso.

Cuando por fin alcanzamos acuerdo, después de interminables horas de negociación, ambos se dieron la mano.

—Eres un rival duro—le comentó ella.

—Y tú no lo eres menos, ¿de dónde te viene el hablar castellano, Astrid?

—De mi padre, que era de Cuenca... Del mismo lugar donde tú quieres poner a esta muchacha, que conozco el dicho.

Eso sí que no lo esperaba y me eché a reír sin poder remediarlo. También Leo se carcajeó y esas carcajadas le hacían parecer aún más guapo a mis ojos.

—Enhorabuena, jefe—le comenté en cuanto se marchó.

—Ha sido un trabajo en equipo, ¿sabes que lo has hecho genial?

—Tú qué vas a decir... Me quieres llevar al huerto, lo mínimo es darme una palmadita en la espalda. Y ya luego, si eso, pues vas bajando en dirección al trasero—le sonreí.

—¿Tengo tu permiso? De alguna manera habrá que celebrar este acuerdo.

—Lo que tienes es un morro que te lo pisas, eso es lo que tú tienes.

—Vale, oído cocina, tú siempre tirándome por tierra. Que vamos a celebrarlo, es un hecho. Ya puedes tomar nota en tu agenda, ¿cuánto tiempo hace que no sales de fiesta?

—¿De fiesta? Qué cachondo. No sé, ¿uno o dos siglos?

¹ —Pues ya va siendo hora de que eso cambie. Vamos a pasar por la casa.

—Si eso es una casa, yo soy astronauta.

—Bueno, me has entendido.

—Una casa es lo que tiene mi hermana y lo que me quiero comprar yo. Esa en la que estamos es como un palacio, por favor.

—Es que tú eres como una princesa, será por eso.

—Sí, yo he llevado vida de princesa. Iba a desplazarme a los Juegos Olímpicos para hacerles el seguimiento también, a París, pero al final preferí...

—Para mí sí eres mi princesa, así te siento.

—Antes eras menos cursi.

—Antes era más superficial—matizó.

—Vale, vale, que nos cambiamos y nos largamos de fiesta.

—Eso es, ¡¡vamos a reventar Santander!!

—Más bien me vas a reventar a mí, que no estoy acostumbrada a trasnochar.

—Pues eso habrá que cambiarlo también.

—Pues ya va siendo hora de que eso cambie. Vamos a pasar por la casa.

—Si eso es una casa, yo soy astronauta.

—Bueno, me has entendido.

—Una casa es lo que tiene mi hermana y lo que me quiero comprar yo. Esa en la que estamos es como un palacio, por favor.

—Es que tú eres como una princesa, será por eso.

—Sí, yo he llevado vida de princesa. Iba a desplazarme a los Juegos Olímpicos para hacerles el seguimiento también, a París, pero al final preferí...

—Para mí sí eres mi princesa, así te siento.

—Antes eras menos cursi.

—Antes era más superficial—matizó.

—Vale, vale, que nos cambiamos y nos largamos de fiesta.

—Eso es, ¡¡vamos a reventar Santander!!

—Más bien me vas a reventar a mí, que no estoy acostumbrada a trasnochar.

—Pues eso habrá que cambiarlo también.

Capítulo 26



Me puse un vestido cortito azul eléctrico, asimétrico y que me hacía muy buen tipo. En los pies, unas sandalias que me regaló Irene y que eran una monería. Sobre mis hombros, dejé caer una chaqueta negra, informal, porque las temperaturas habían descendido conforme pasaron las horas.

Leo llevaba unos pantalones de pinzas, camisa y americana. Como detalle, los tonos de su chaqueta combinaban con los de sus zapatos de cordones, que eran una verdadera virguería.

Me tomó por la cintura e hizo que nos mirásemos al espejo.

—Si no hacemos buena pareja, es que estoy ciego—me comentó.

—Vámonos ya, que tengo un hambre que para qué.

—Te voy a llevar al mejor restaurante de Santander.

—Pensé que era el de antes...

—Es verdad, pues al otro mejor... Todo lo mejor para ti, preciosa.

—Mira qué bien. Pues vámonos.

Estaba increíblemente contento y dicharachero. Llegamos al restaurante, que era de un lujo desmesurado, y nos sirvieron un menú degustación impresionante.

—Este marisco está exquisito, se me hace la boca agua.

—Y a mí se me hace contigo, Daniela.

—Calla y come, que no paras.

—Si es que no puedo parar. Ha sido demasiado tiempo echándote de menos, ¿cómo quieres que pare ahora?

—No, si tú paras ni a la de tres. Pareces hiperactivo. Te noto nervioso.

—No es mi culpa, es la tuya.

—Sí, sí... Resulta estupendo eso de tener una Valeria en casa a quien echarle la culpa de todo—reí.

—Aquí el único culpable de haberte dejado fui yo.

—De habernos, eso fue lo que más me dolió.

1

—Estás pensando en Hugo, ¿verdad? No puedes dejar de pensar en él.

—Normalmente no puedo, la verdad, pero estoy pensando en que hoy voy a hacer una excepción. Va...

Me lo merecía. Me merecía estar una noche a mi aire sin pensar en los muchos problemas que me daba mi hijo. Me encontraba allí, feliz y radiante, al lado de un Leo que lo daba todo por sacarme la sonrisa.

Mi sensación era de sentirme mimada y querida. Hacía mucho que no me sentía así y no quería desaprovechar la ocasión.

—Tarta de la abuela, sin duda—pidió al ver la carta de postres, sin preguntarme y sin nada.

—¡Toma ya! ¿Te has acordado?

—¿Cómo no me voy a acordar? Recuerdo aquella pastelería que tanto te gustaba y que hacía una deliciosa.

—Cierto. Una tarde me compraste tres porciones y me puse ciega. Ya debía estar embarazada y ni lo sabía, ¡¡qué fuerte!! El cuerpo me pedía mucho azúcar.

—Ese cuerpo tuyo tan increíble debió lucir fantástico embarazado, ¿tienes alguna foto de esa época?

—Claro, cómo no voy a tenerla... Espera, que te la busco en el móvil.

Saqué la foto y saqué también sus lágrimas. Fue algo que no esperaba y que me conmovió un poco.

—Qué guapa. Y eras una niña, aunque igual me lo sigues pareciendo ahora.

—Ahora ya soy una mujer. Entonces era una cría y vivía con más miedo que once viejas. Se me pusieron las cosas muy feas. Si no hubiera sido por Irene...

—Irene fue como tu ángel de la guarda, ya lo veo.

—Y lo sigue siendo. La jodida me conoce mejor que nadie y me sabe llevar muy bien. No veas si se lo agradezco.

—Me imagino, me imagino... Siempre estuvo muy unida a ti.

—Sí, mi hermano cogió el pescante en cuanto pudo y no lo juzgo. Si yo hubiera podido, habría hecho lo mismo

—¿No has vuelto a saber nada de tu madre? Sé que te echó de casa, me lo dijiste.

—Nada. Ese día murió para Irene y para mí. Mi hermana tampoco la ha perdonado. Ella me quiere demasiado como para pasar eso por alto.

—Es que no lo merecías, ¿qué puedo hacer para compensarte un poco? Se me ocurren muchas cosas, pero desear escucharte, que tú me digas.

—Tratar de ayudar a Hugo. Necesitamos otro tipo de vida, una en la que él esté bien, en la que se comporte como el resto de los chicos de su edad. Tiene muchas virtudes y, si las pusiera en práctica, sería el mejor.

—Va a ser el mejor. Lograremos que estudie, que se labre un porvenir.

—Ese es mi mayor sueño, sin duda.

—Pues dalo por hecho. No vamos a parar hasta meterlo en cintura.

—Mira que dicen que hay que hacerlo desde pequeños. Y Dios sabe que lo he intentado, Leo, pero lejos de enderezarse, este niño va dando tumbos.... Es tremendo.

—Para tumbos los que daremos también nosotros esta noche. No pienso parar hasta habernos emborrachado.

—¿Perder yo el control de esa manera? No lo he hecho nunca...

—Pero eso es porque estás pendiente de Hugo en todo momento.

—Tanto no...

—¿Y por qué no puedes perder tu teléfono móvil de vista, por ejemplo? ¿No te das cuenta de que no lo sueltas jamás?

—Anda, pues también es verdad... No me había percatado. Es por si suena, por si me llaman, por si ha hecho algo.

—Lo sé, lo sé. Y, aun así, debes relajarte. Hugo está ahora con sus tutores, le tienen vigilado. Permítete vivir... Hagamos cosas locas esta noche.

—¿Cosas locas? No se me ocurre ninguna demasiado loca, la verdad.

—Pues a mí se me ocurre una...

—A ver, dime...

o —¡Colémonos en una boda!

—¿En una boda? ¿Cómo nos vamos a colar en una boda? A ti te falta un tornillo. Y, además, ¿qué necesidad tienes de eso?

—Ninguna. No es por necesidad, es por diversión.

—Si ya hemos cenado, ¿no lo ves?

—No vamos a robar un par de menús, que saldríamos rodando. Vamos a colarnos en el baile, en las copas... Será muy divertido, ¿es que no lo ves?

—Lo que veo es que el empresario responsable parece haberse quedado en Madrid y que eres un sucedáneo loco, pero que muy loquito.

—¿Y quién quiere estar cuerdo pudiendo estar loco?

Capítulo 27



—Yo vi una vez una cosa así, como la que vamos a hacer—le comentaba camino de un hotel donde se suponía que se podrían estar celebrando bodas en un día como ese.

—¿Cómo que lo viste?

—En una peli. Se llamaba “Loco por ella” y me encantó. Se colaban en una boda.

—¿Te encanta colarte en las bodas? ¿Y por qué no lo propusiste?

—No, que me encantó la peli. Era muy chula. A ver, en realidad la pobre chica sufría un trastorno, pero...

—No se te ocurra contarme el final, que me la destripas. Y si te gusta tanto, tendremos que hacer un plan casero. Te invitaré a mi casa y la veremos.

—Qué mono tú, ¿eso implica cenita y que me mimes?

—Claro que sí. Pediremos donde tú quieras.

—¿Sigues sin saber ni freírte un huevo?

—Claro que sigo igual. Además, menudo dolor...

—No digas tonterías, ¿no cocinas?

—No, la cocina no es mi fuerte.

—Te iba a preguntar que cuál es, pero ya lo veo... El tuyo es hacer dinero.

—El mío es hacerme con tu corazón, ese debe ser.

—Ains, no me digas esas cosas, que me pones nerviosa.

—Venga, déjate de nervios, que nos vamos a colar en esa boda. Ahí están celebrando una—señaló a unos jardines que había en un hotel por delante del cual pasamos.

—Anda, y se ve una boda de nivel. En la peli les decían que debían ir de etiqueta y ellos no iban.

—Nosotros no es que vayamos exactamente de etiqueta, pero puede valer.

—Tú vas guapísimo—suspiré porque el vino de la cena algo de efecto me había hecho y la lengua se me estaba soltando un poco.

—¿Me ves guapísimo? —me preguntó junto con una sonrisa pícara.

—Pues sí, pero que tampoco se te suba a la cabeza, ¿eh? Venga, vámonos.

Fui yo quien le tomó en ese momento de la mano y él quien se dejó llevar, de lo más divertido.

—Primero tú entretienes a esa camarera y me cuelo yo... Y luego yo le doy palique a un camarero y entras tú—le sugerí.

—Para no querer venir en un primer momento, resulta que ahora vas a ser la cabeza pensante—me comentó.

—Ya te digo que sí.

Lo hicimos como yo propuse y enseguida estuvimos mezclados con los invitados de la boda.

—Yo soy Angelines, amiga de la novia de toda la vida. Estudiamos juntas en el internado en Irlanda—le comenté a una señora mayor que me preguntó por parte de quién iba invitada y que era tía de la novia.

—Pero si Lola se fue a estudiar a Santiago de Compostela, ¿Irlanda está cerca? No sé si es que estoy bebida o fatal de geografía.

—Las dos cosas, señora, las dos cosas—le dije señalándola y ella se reía.

—Pero que prima tan simpática tiene Lola y yo sin conocerte, ¿nos hacemos un selfi?

—Claro, cómo no. Venga...

Leo se tiraba al suelo y me seguía el rollo en todo. Ciertamente le cogí justo al asunto y que me iba moviendo por toda la fiesta como pez en el agua, sin parar de beber. Hasta que me topé con la novia.

—Pero si yo no te conozco de nada y me ha dicho que mi tía que le has contado...

—Tu tía es que está perjudicada, bonita, pero tú llevas ya también un buen pedal encima. Mira que no reconocirme... Me voy a subir al escenario y te voy a cantar algo, solo que por eso, Lolita, ¿o ya no te acuerdas de las juergas que nos coríamos por Santiago?

—¿También estuviste en Santiago? No es posible.

—Claro que sí, empanada, que estás muy empanada. Se te van a saltar los lagrimones cuando me escuches cantar.

Me subí y le quité el micro al cantante, que estaba en plena canción.

—Lo estás haciendo muy bien, chaval, pero ha llegado la hora de que yo le rinda un tributo a mi querida amiga, a mi Lola de mi corazón... A esa chica de la que me hice inseparable un tiempo y que hoy está muy feliz por casarse con...—me quedé en blanco al caer en la cuenta de que no sabía el nombre del novio—. Bueno, con ese chico de ahí que va vestido de negro. Y no haced caso a eso de que las novias visten de blanco porque están en el día más feliz de su vida y los novios visten de negro por... ¡¡Que no!! Que esos son tópicos.

Me dio por largar por la boquita y Leo flipaba porque después me dijo que parecía una monologuista. Incluso comenzó a silbar y todos me aplaudían.

—Gracias, gracias. Pues ahora le voy a cantar una canción a mi Lolita de mi alma para recordarle que mientras yo esté en el mundo ella no estará sola. Ay, no, que esa no es. Yo te voy a cantar la de “Amigas” de Pastora Soler, vamos allá...

*“Pero quiero que me sientas cerca
Que amiga es estar en las malas
No solo en las buenas”*

A la gente le gustó mucho y todos comenzaron a aplaudir, incluidos los novios. Él le hacía preguntas a ella y la chica se encogía de hombros, pero a pesar de todo se hartaron de darme palmas al final.

Cuando bajé, cada uno volvió a lo suyo y Leo me recibió con un gran abrazo, tras el cual llegó un beso de

tornilla que me dejó las patas colgando.

—Bien que has aprovechado tú.

—Y cómo no... Si es que encima de todo eres una artista.

—Para todo, para todo lo soy... Ven corre, que igual ya no te acuerdas y te voy a refrescar la mente. Ya hemos bailado, bebido y hecho el gamba aquí todo lo que había que hacerlo.

—¿Y ahora dónde se supone que me llevas?

—Al cielo te voy a llevar, ¿no es eso lo que pretendes desde que has reaparecido? Pues no te preocupes, que ya está hecho.

tornilla que me dejó las patas colgando.

—Bien que has aprovechado tú.

—Y cómo no... Si es que encima de todo eres una artista.

—Para todo, para todo lo soy... Ven corre, que igual ya no te acuerdas y te voy a refrescar la mente. Ya hemos bailado, bebido y hecho el gamba aquí todo lo que había que hacerlo.

—¿Y ahora dónde se supone que me llevas?

—Al cielo te voy a llevar, ¿no es eso lo que pretendes desde que has reaparecido? Pues no te preocupes, que ya está hecho.

Capítulo 28



No llegamos al coche. Yo tenía tantas ganas, que nos metimos en el ascensor y le comencé a besar. Su cara de travieso era total...

—¿De qué te ríes así?

—De que he robado esto—me enseñó la llave de una de las habitaciones.

—¿De dónde? Flipó mucho.

—La llevaba un tipo en el bolsillo y le sobresalía. Solo he tenido que tirar un poco y ¡birlada!

—Cómo me mola... Podrías cerrar un ala entera del hotel para nosotros y le birlas la llave de una habitación a un tipo. En la peli subían a la de los novios...

—No, eso me parece más putada. Nosotros nos conformaremos con esta. Además, por su pinta, ya te digo que se trata de una buena.

No se equivocó. Menuda suite tenía el colega... Nada más llegar, pedimos al servicio de habitaciones una botella de champán y fresas con nata.

—Me doblo en dos... ¡lo estamos haciendo! Parecemos dos críos, pese a que han pasado los años... Esto lo tendríamos que haber hecho entonces.

—Te dije que recuperaríamos el tiempo perdido.

—Eso es más difícil. Oye, Leo, seguro que no se te ha escapado... Qué tontería, si a ti no se te escapa ninguna —le comenté.

—Vaya por Dios, ¿qué no se me escapa?

—Que estoy un poco borrachita, eso—le decía mientras era yo quien le besaba.

—Yo también tengo unas cuantas copas encima, pero ¿quieres hacerlo, verdad? Si no, dejo las manitas quietas.

—Hazlo y te las corto, advertido quedas. Claro que quiero y si hace falta te lo firmo, te lo dejo por escrito. Llevas queriendo que sea tuya desde que me contrataste, ¿ahora te vas a echar para atrás? ¿Otra vez me vas a fallar?

—Nunca, ¿me oyes? Nunca—me cogió por el mentón.

—Ay, Dios, cómo me pones... Te pareces a Manu Ríos, ¿te lo he dicho alguna vez?

—¿Quién es Manu Ríos?

—Madre mía, tú mucho talento para los negocios, pero para mí que te no ves mucha. Es un actor que está de toda moda y que a mí me pone *tó perra*...

—¿Más que yo? —me preguntó con ciertos celillos.

—Más bien en ausencia de ti, jodido.

—No habrá más ausencias. Ven aquí...

—Que sepas que ya me he quitado las bragas, en el ascensor, para ir adelantando.

—No me lo puedo creer, si no me he dado ni cuenta.

—Porque te estaba dando tales besos que te metía las bolas de los ojos para dentro, por eso.

—Ya no recordaba lo divertida que podías llegar a ser cuando bebes.

—Y yo tampoco... Llevo mucho sin beber, pero esta noche he metido la lengua hasta en la pecera de las langostas. Suerte que ninguna me ha enganchado, que si no me deja muda. Y yo muda reviento...

—Yo sí que voy a reventar si no te hago mía pronto.

—Por la bragueta, ya lo veo... La tienes ardiendo... Venga, quítatelo todo, que vamos a consumir. Para eso

estamos en una boda.

—Oye, pero que no nos hemos casado nosotros.

—¿Y qué? No seas tan quisquilloso, ¿o es que al final no quieres consumir? Mira que a mí los indecisos no me gustan nada...

—¿Indeciso? Ven aquí—me cogió en brazos y, mientras se deshacía de sus pantalones y de su bóxer, me levantó la falda del vestido. Me colocó entonces en el filo de la cama, que era bastante alta, todo hay que decirlo, y me penetró allí mismo.

—¡¡Toma ya!! Esto lo he soñado un montón de veces en estos años—le dije y entonces se paró.

—¿Soñabas con colarte conmigo en una boda?

—No, a ver si vas a estar más empanado que la novia... Me refería a que te colaras aquí, dentro de mí.

—¿Me odiabas y deseabas esto? ¿Y eso cómo se come?

—Igual te odiaba, pero un poco menos...

—No sé qué voy a hacer contigo, Daniela. No lo sé...

—Pues a mí se me ocurren unas cuantas ideas.

Por descontado que a él también. Y que no se refería a eso. Pese a todo, la manera de comenzar a hacérmelo, una vez que logró que me callase un poco, me resultó de lo más intensa.

Con él dentro de mí, me sentí revivir. La humedad era total y envolvía su miembro, las ganas eran totales y nos devoramos vivos.

Yo me había corrido antes que él y cuando le llegó el momento, no salió, saboreando mi boca mientras su miembro iniciaba un leve descenso en la suavidad de mi mojada vagina.

Fue entonces cuando notamos que la puerta se abrió, momento en el que cogimos nuestras cosas y nos metimos en la terraza.

Escuchamos cómo el tipo maldecía, no entendiendo que la cama estuviese deshecha.

—Ha subido con una prostituta—le decía yo en voz bajita mientras miraba hacia dentro de la suite.

—Que no, ¿cómo va a ser?

—Que sí... Que la muchacha se ha quitado una gabardina y está en ropa interior... Y no veas la ropa. Este no es el novio, pero se ha hecho un regalo de bodas.

El tío era raro de narices. La muchacha, cabreada por la que estaba montando, se terminó por poner la gabardina y extendió la mano.

—El tiempo está pasando, así que te cobro igual.

—Pero eso no puede ser...

—¿Ah, no? Pues entonces bajo y le digo a tu mujer que no has subido porque estés indispuesto, sino porque estás más salido que una mona en celo.

—¿Y tú cómo sabes que yo tengo mujer?

—Porque llevas la marca de la alianza en el dedo y porque te escuché hablar con ella cuando venías hacia mí. Valiente sinvergüenza estás hecho... No caerá la breva de que entre ahora mismo por la puerta.

Por Dios que no sé cómo pude hacer para que mis carcajadas no se oyeran al ver que la puerta se abría y que era ella. Parecía que la chica la había invocado.

Allí se armó tal revuelo, que el tío terminó calvo como una bombilla porque resultó llevar peluquín, al que su esposa le echó mano. La prostituta se marchaba cuando aprovechamos para salir de la terraza, cruzar la suite corriendo y salir con ella.

—Servicio de habitaciones—le dijimos al unísono y el tipo, que estaba más que contrariado, no se tiró de los pelos porque no tenía.

—Ha subido con una prostituta—le decía yo en voz bajita mientras miraba hacia dentro de la suite.

—Que no, ¿cómo va a ser?

—Que sí... Que la muchacha se ha quitado una gabardina y está en ropa interior... Y no veas la ropa. Este no es el novio, pero se ha hecho un regalo de bodas.

El tío era raro de narices. La muchacha, cabreada por la que estaba montando, se terminó por poner la gabardina y extendió la mano.

—El tiempo está pasando, así que te cobro igual.

—Pero eso no puede ser...

—¿Ah, no? Pues entonces bajo y le digo a tu mujer que no has subido porque estés indispuesto, sino porque estás más salido que una mona en celo.

—¿Y tú cómo sabes que yo tengo mujer?

—Porque llevas la marca de la alianza en el dedo y porque te escuché hablar con ella cuando venías hacia mí. Valiente sinvergüenza estás hecho... No caerá la breva de que entre ahora mismo por la puerta.

Por Dios que no sé cómo pude hacer para que mis carcajadas no se oyeran al ver que la puerta se abría y que era ella. Parecía que la chica la había invocado.

Allí se armó tal revuelo, que el tío terminó calvo como una bombilla porque resultó llevar peluquín, al que su esposa le echó mano. La prostituta se marchaba cuando aprovechamos para salir de la terraza, cruzar la suite corriendo y salir con ella.

—Servicio de habitaciones—le dijimos al unísono y el tipo, que estaba más que contrariado, no se tiró de los pelos porque no tenía.

Capítulo 29



Nos levantamos y yo, a pesar de contar con un buen dolor de cabeza, lo primero que hice fue reírme.

—No me puedo creer que sucediera de verdad—le confesé mientras que sus labios acudían a mis labios para besarlos.

—¿Qué hiciéramos el amor o que nos colásemos en esa boda y en la suite del tío del peluquín?

—Ay, por favor... Es que todavía me acuerdo del momento tirón y me desternillo... Y entonces es cuando quiero reírme y la cabeza me duele como si me hubiese pillado una apisonadora a su altura.

—Pediré que nos suban un buen desayuno y una pastilla para ti.

—Del tamaño de un cohete por lo menos. Oye, pero que no estamos en otro hotel. Aquí no hay servicio de habitaciones.

—No es un hotel, aunque sí que contamos con servicio.

—Serás pijo...

—Un poco de pico fino.

—Y todo porque te las apañarías fatal con el desayuno, como si lo estuviera viendo.

—Ya sabes que sí, aunque si te empeñas, un día te prepararé uno.

—De acuerdo, pero antes habremos de llamar al 112 para que estén preparados por si acaso.

—Tienes tú mucha guasa. Sabes que soy un negado para la cocina. No es cuestión de machismo ni mucho menos.

—Eso ya lo sé. Si fueras un machista te querría a kilómetros a mí. Bueno, me he llevado un buen montón de años queriéndote así.

—Y con motivo. Bueno, antes de volver a entrar en terreno pantanoso, y si te parece, voy a encargarme ese desayuno con todo y con una generosa cafetera, ¿ok?

—Tú sí que sabes. Dale... Pero que nos lo sirvan en el jardín, porfi. Necesito tomar aire libre, a ver si cede este maldito dolor.

—Cederá y si no, déjame que hable con él, que yo le convengo.

Disfrutamos de un exquisito desayuno y luego salimos a la calle. Leo deseaba enseñarme el mayor número de rincones posibles de Santander, una ciudad que conocía muy bien porque había viajado a ella tanto por negocios como por placer.

Si algo estaba claro era que su vida y la mía nada tenían que ver. Mientras que yo la consagré a Lucas, él pudo escalar peldaños laborales hasta convertirse en un gran CEO.

Durante la mañana, me ofreció dar un paseo en barco por la bahía y me pareció la mejor de las ideas.

—Así podremos contemplar sus playas y sus monumentos más emblemáticos, aunque, por muy bonitos que sean, tú le haces sombra a cualquiera de ellos—me comentó.

Todo lo que vimos me dejó ojiplática: desde el magnífico Real Palacio de la Magdalena, hasta el Sardinero, sin perdernos los muelles del ferry o el centro Botín.

Me lo pasé como una cría con zapatos nuevos y hasta aprovechamos para tomarnos algún que otro selfi y hacer un vídeo en el que fuimos comentando a dúo, de lo más cómico.

La de Leo era una compañía fresca, divertida y desinhibida. Hacía demasiado tiempo que no me reía así... Concretamente, desde que él se marchó.

Por la tarde, tras un almuerzo exquisito y un paseo en el que tomamos un gran helado, nos dirigimos a los Jardines Piquio, donde nos perdimos entre la gente que también paseaba, se sentaba a leer un libro o, sencillamente, contemplaba el mar, que fue lo que hicimos ambos.

—Es maravilloso—le decía yo mientras miraba la intensidad de su azul, pues tuvimos la suerte de disfrutar de un día en que el cielo lo estaba y, por ende, también esas aguas que me hipnotizaron.

—Sí que lo es. Estar aquí contigo es de lo mejor que podría sucederme. Solo una situación podría ser mejor.

—Ya, que estuviera Hugo con nosotros, ¿te refieres a eso?

—Exacto. Pero ya lo haremos.

—A Hugo también le encanta el mar, aunque si te digo la verdad, apenas ha tenido ocasión de disfrutarlo.

—Me duele escucharlo.

—A ver, un verano pudimos escaparnos a Cádiz, a Zahara, con mi hermana y el que era mi cuñado. Y otro en el que yo estaba a tope de trabajo, se lo llevaron ellos con Marta. Al menos, eso sí.

—Hugo se hartará de mar cuando todo esto pase, te lo prometo.

—Ya, cuando pase la marejada y nunca mejor dicho, ¿no?

—Muy ocurrente. Pues sí. Todo pasa y todo sucede por algo—me besó en los labios.

—Leo, tengo miedo. Yo no había previsto que tú y yo...

—No todo en la vida se puede prever, Daniela. A veces hay que dejar que las cosas sucedan y disfrutarlas sin más, ¿lo estás haciendo?

—Mucho, pero cuando pienso en Hugo me estremezco.

—Él terminará por entender, estoy seguro—me tranquilizó.

—Yo no lo tengo tan claro. Su cabeza es dura como una roca. Cuando se le mete algo en ella...

—Hugo se está llevando muchos palos. No te digo que sea mañana ni pasado, pero algo me dice que todo se va a solucionar. Contigo, sin duda, antes. Y conmigo... Pues quiero ser optimista. Voy a serlo, sin duda.

—Sí que lo es. Estar aquí contigo es de lo mejor que podría sucederme. Solo una situación podría ser mejor.

—Ya, que estuviera Hugo con nosotros, ¿te refieres a eso?

—Exacto. Pero ya lo haremos.

—A Hugo también le encanta el mar, aunque si te digo la verdad, apenas ha tenido ocasión de disfrutarlo.

—Me duele escucharlo.

—A ver, un verano pudimos escaparnos a Cádiz, a Zahara, con mi hermana y el que era mi cuñado. Y otro en el que yo estaba a tope de trabajo, se lo llevaron ellos con Marta. Al menos, eso sí.

—Hugo se hartará de mar cuando todo esto pase, te lo prometo.

—Ya, cuando pase la marejada y nunca mejor dicho, ¿no?

—Muy ocurrente. Pues sí. Todo pasa y todo sucede por algo—me besó en los labios.

—Leo, tengo miedo. Yo no había previsto que tú y yo...

—No todo en la vida se puede prever, Daniela. A veces hay que dejar que las cosas sucedan y disfrutarlas sin más, ¿lo estás haciendo?

—Mucho, pero cuando pienso en Hugo me estremezco.

—Él terminará por entender, estoy seguro—me tranquilizó.

—Yo no lo tengo tan claro. Su cabeza es dura como una roca. Cuando se le mete algo en ella...

—Hugo se está llevando muchos palos. No te digo que sea mañana ni pasado, pero algo me dice que todo se va a solucionar. Contigo, sin duda, antes. Y conmigo... Pues quiero ser optimista. Voy a serlo, sin duda.

Capítulo 30



Tras una cena sin copas después, pues ya habíamos tenido bastante con la borrachera del día anterior, nos acostamos. Y no precisamente para dormir.

Antes nos habíamos quedado en el precioso jardín de la casa, contemplando juntos las estrellas, y entonces comenzamos a besarnos con enorme pasión y me llevó hacia dentro.

El jacuzzi del cuarto de baño sería el primero en recibir nuestra desnudez. Al no estar bebida, era más consciente de lo que estaba sucediendo y de que podría disfrutarlo más, en todo su esplendor.

Ya nos habíamos desnudado y nos metimos en él. Nos tocábamos y acariciábamos por todas las partes de nuestro cuerpo, recreándonos con las manos, dibujando círculos en el otro, acariciándonos, derritiéndonos...

Todo lo que me hicieran sus dedos, su lengua, su miembro... La forma de acercarse a mí. Mi piel alcanzaba temperaturas insospechadas y yo... Yo me dejaba querer por un hombre que me estaba demostrando todo y en nada de tiempo.

Leo estaba obcecado en hacerme disfrutar en todos los sentidos. Y cuando llegaba la hora del sexo, yo me deshacía en sus brazos. Encima de mí, y tras acariciar cada uno de los rincones, cada uno de los pliegues de mi piel, se fue adentrando en los confines de mi vagina, penetrándome, jugando a entrar y salir de mí, mientras mis senos se convertían en esos objetos de placer que no dejaba de degustar en ninguna circunstancia.

Sentía que la vida se me iba con cada una de sus succiones, con cada una de sus lamidas mientras me penetraba con fiereza. En la cama, podía ser muy versátil y las muestras de cariño no me faltaban, aunque su modo de empotrarme solía darme pistas de lo varonil que era y eso me podía. Es que me podía.

Las burbujas nos envolvían y él volteaba mi cuerpo para que pudieran llevarme antes al clímax. Así, mi vulva quedó enfrente de uno de los potentes chorros del jacuzzi que, de esa manera, también me masajeaba.

Cuando vio que me iba a pasar, gracias a sus embestidas y a ese chorro estratégico, entraron igualmente sus manos en acción mientras me lamía el lóbulo de la oreja y toda mi piel se ponía de gallina al mismo tiempo.

Sus dedos dibujaban igualmente círculos en un clitoris, el mío, que estaba a punto de explotar. Al hacerlo, un grito ensordecedor salió de mi garganta y él se relamió de gusto mientras me daba la vuelta y seguía succionando mis pezones con tal fuerza que tuve que agarrarme a su ancho cuello, a ese que tenía tan trabajado como el resto de su escultural cuerpo.

—Ya está bien de agua, que nos terminarán saliendo branquias—murmuró mientras me pasaba y me envolvía en una toalla. Encima de ella me secó con mimo, pues cariño tampoco me faltaba en el sexo con él, recreándose en esas zonas tan íntimas que, al acariciarlas, desataban las palpitaciones de mi corazón.

Leo me notaba así de excitada y su erección también iba a más. Y eso que me parecía casi imposible, pero no lo era.

—Ahora mismo vengo—me indicó mientras se marchaba con la tranquilidad de que, por la noche, no había nadie de servicio allí.

Llegó con una botella de champán y una cubitera. Por supuesto que me dio de beber de la copa que preparó, a sorbos cortos, sofocando el tremendo calor que sentía.

—¿Y tú no te preparas una? —le pregunté intrigada, pues el champán era muy de su gusto.

—Esta noche mi copa eres tú—me indicó mientras comenzaba a jugar con mi cuerpo.

No lo dijo por decir. Estaba más que decidido a beber de mí. Lo hizo de mis senos, de mi ombligo, de mi vagina, del champán que corría por mis rodillas en dirección a mis pies... Terminé siendo el recipiente con cuyo contenido se relamió nuevamente.

Tras acabar de hacerlo, me puso a cuatro patas, mirando hacia el cabecero, e internó una vez más su lengua en mi vulva por si se había dejado alguna gota, que bien podía ser de champán o de ese otro elixir que emanaba de mis adentros y que tanto le hacía enloquecer.

—Mmmmm—murmuré antes de que mis gemidos de placer fueron a más, como lo hicieron cuando me penetró en esa postura—. Quiero que juegues fuerte conmigo—le pedí.

Esa sola petición bastó para que me agarrara por el pelo y me hiciera mirarle. Me volvía loca que actuase así, que sacara sus más bajos instintos y que me prometiera que me haría suya de un modo brutal.

Siempre cumplía sus promesas... Pude notar cómo su miembro iba creciendo conforme entraba en mí, cómo se engrosaba, cómo me daba tanto calor que mis paredes vaginales estaban a punto de derretirse.

La pasión con la que me lo hacía, el modo en el que sentía que me quemaba, el ímpetu que demostraba... La locura total se desataba entre ambos y entonces estallé de nuevo. Cada vez que lo hacía, Leo se volvía más y más loco. No era normal el modo en el que me imprimía ritmo, el modo en el que mordía mi cuello, el modo en el que pellizcaba mis senos y ese otro con el que seguía tirando de mi pelo.

Y llegó el momento de su estallido, ese tras el que no salió, quedándose abrazado a mí. Le fascinaba levantar mi mentón en ese momento y hacer que le mirase, que nos besáramos con toda la intensidad y sentir que me había hecho disfrutar de la manera más descomunal.

Buscaba la confirmación en mis ojos, pero también le hablaban de ello el temblor de mis piernas, ese que me costaba controlar.

—Ven aquí, preciosa mía—me pedía mientras salía de mí y me abrazaba de una forma que no me dejaba lugar para la duda: me quería como yo le quería a él, por mucho que me costase confesárselo.

Leo se había convertido para mí en esa isla en la que disfrutaba al naufragar en un momento de mi vida en el que corrían vientos que no siempre tenían por qué llevarme a buen puerto. Y entonces, él, que un día me dejó en tinieblas, se convertía en ese faro que alumbraba mi camino.

Me dormí entre sus brazos con el corazón encogido, pues la noche siguiente ya estaríamos de vuelta en casa y eso me hacía estremecer. Habían sido unos días de desconexión que necesitaba como el respirar, pero que tocaba a su fin.

Dormí agarrada a él toda la noche en la que se suponía que debía ser la cama que ocupase sola. La intimidad une mucho a las personas, eso pude volver a comprobarlo ese fin de semana.

La pasión con la que me lo hacía, el modo en el que sentía que me quemaba, el ímpetu que demostraba... La locura total se desataba entre ambos y entonces estallé de nuevo. Cada vez que lo hacía, Leo se volvía más y más loco. No era normal el modo en el que me imprimía ritmo, el modo en el que mordía mi cuello, el modo en el que pellizcaba mis senos y ese otro con el que seguía tirando de mi pelo.

Y llegó el momento de su estallido, ese tras el que no salió, quedándose abrazado a mí. Le fascinaba levantar mi mentón en ese momento y hacer que le mirase, que nos besáramos con toda la intensidad y sentir que me había hecho disfrutar de la manera más descomunal.

Buscaba la confirmación en mis ojos, pero también le hablaban de ello el temblor de mis piernas, ese que me costaba controlar.

—Ven aquí, preciosa mía—me pedía mientras salía de mí y me abrazaba de una forma que no me dejaba lugar para la duda: me quería como yo le quería a él, por mucho que me costase confesárselo.

Leo se había convertido para mí en esa isla en la que disfrutaba al naufragar en un momento de mi vida en el que corrían vientos que no siempre tenían por qué llevarme a buen puerto. Y entonces, él, que un día me dejó en tinieblas, se convertía en ese faro que alumbraba mi camino.

Me dormí entre sus brazos con el corazón encogido, pues la noche siguiente ya estaríamos de vuelta en casa y eso me hacía estremecer. Habían sido unos días de desconexión que necesitaba como el respirar, pero que tocaban a su fin.

Dormí agarrada a él toda la noche en la que se suponía que debía ser la cama que ocupase sola. La intimidad une mucho a las personas, eso pude volver a comprobarlo ese fin de semana.

Capítulo 31



—Y ahora toca volver a trabajar—le comenté desperezándome en la mañana del domingo.

—Lo dices como si te fuera a dar un pico y una pala—me sonrió él.

—Qué va, qué va... A ver, Leo, si después del mundo del que yo vengo, del mundo del mocho, esto es jauja.

—Del mundo del mocho. Me parto contigo.

—Es la verdad. Del mundo del mocho, claro, ¿qué otra cosa puedo decir?

—Puedes decir, cambiando de tema, que te lo has pasado genial y que mueres por repetir escapada.

—¿Y eso hace falta que te lo diga? Porque creo que lo habrás notado. Sabes cómo funciono. A mí se me nota todo, tanto lo bueno como lo malo.

—Es verdad, eres de lo más visceral.

—Pues sí, conmigo no van las pamplinas, la verdad.

—Ya lo sé, bonita mía, ya lo sé. ¿Con qué *outfit* de trabajo me sorprenderás hoy? Porque no te miento cuando te digo que pareces una ejecutiva.

—¿Sabes qué pasa? Que a Irene le pirran las series de abogados. Y veía esa de Suits, en la que todos son más pijos que hechos de encargo, no sé si la conoces.

—Sí, sí... Ya entiendo.

—Pues eso. Que me dijo que yo no soy menos que esas chicas y que iría de punta en blanco a trabajar, lo mismo que ella.

—La buena de Irene, siempre ahí contigo.

—¿Y quién si no? —suspiré—. Bueno, ¡¡al lío!!

Me vestí con un traje de chaqueta en camel que me sentaba como un guante. Una camisa blanca con ciertos detalles en azul, muy fina y elegante, lo completaban.

Cuando me vio, silbó.

—Ole y ole... Por favor, si es que no puede ser... Me distraes y así no podré concentrarme.

—Pobre de ti. Seguro que no. Si luego llegas al sitio y menudo carácter que echas. Yo prefiero negociar con un Rottweiler con un ataque de ira que contigo.

—Qué exagerada. Solo son técnicas. Astrid también las emplea.

—Ya, pero en este caso tienes la sartén por el mango y bien que lo haces valer.

—Es lo menos. Eso por supuesto. Si tienes una posición de superioridad, has de aprovecharte, para cuando no la tengas y te veas en franca inferioridad.

—Eso no debe haberte pasado en la vida.

—No creas, que también las paso canutas a veces, aunque el truco está en que no se te note. En seguir combatiendo y punto.

—Qué bien se nota que un día fuiste militar. Sigues llevando un uniforme de camuflaje ahí dentro.

e

—Te gustaba mi uniforme, lo recuerdo.

—También me gustan ahora tus trajes. Cada uno debe costar un riñón.

—Baratos no son, lo que sucede es que en este negocio todo cuenta. Y la presencia mucho.

—Y lo dices como si fuese un castigo, cuando vas más chulo que un ocho y te encanta. Si se te nota, ¿a quién quieres engañar?

—A nadie, engañar a nadie.

—Pues a mí buena coba que me diste en su día.

—Y daría una pierna por poder dar marcha atrás.

—Déjate... Tú en todo caso dona sangre, que eso hace mucha falta. La pierna déjala como está, al lado de la otra, que las dos sujetan ese culazo que tienes.

—¿Te gusta mi culo?

—A mí y a medio mundo, guapo. Que la tal Astrid será muy seria y todo lo que quieras, pero ojos en la cara tiene y el culo te lo miró.

—¿Astrid me miró el culo?

—Pues claro que sí, ¿no te lo estoy contando? Yo no le dije nada porque no era plan, qué menudo negocio traéi entre manos, pero si no...

a —¿Te puso celosilla? ¿Cabe esa posibilidad?

—¿Esa boba a mí? Claro que no. A mí no me pone celosa nadie, ¿te enteras, Contreras?

—Ya. Y luego el chulillo soy yo.

—Pues eso, que eres tú, correcto.

—Ok, tomo nota.

Nos fuimos a la firma, la cual se desarrolló sin ningún problema. Tras despedirnos de los alemanes, nos dispusimos a almorzar en otro nuevo restaurante de esos que suponen una verdadera experiencia gastronómica.

—Qué contento estás tú, ¿no? Cómo se nota que hoy has ganado tela de dinero para la hucha.

—Para la hucha, qué concepto más gracioso—me besó la mano.

—Muy gracioso te parecerá, pero los pobres seguimos haciendo esas cosas. Yo, hasta hace nada, tenía una para cada cosa: para la ropita del cambio de estación de Hugo, para...

—A partir de ahora, no tendrás que preocuparte del dinero. Yo me haré cargo de todo.

—Espera, que primero no soy una mantenida y segundo...

—Tienes miedo por lo que pueda pensar Hugo si estamos juntos, ¿no es así?

—Bonito no se me presenta. Esa es la realidad. Leo, yo me encuentro muy a gusto contigo, pero si eso me supone perder a Hugo, tienes que comprenderme.

—Cómo no te voy a comprender, aunque te prometo que encontraremos la manera. Hugo siempre va a querer lo mejor para ti, Daniela. Y estoy seguro de que comprenderá que yo también.

—No subestimes el egoísmo de un adolescente y menos el de nuestro hijo. Él nunca se ha caracterizado por ponerme las cosas fáciles, Leo.

s —No has tenido suerte en la vida, cariño. Pero eso va a comenzar a cambiar, te lo prometo.

Me dio un beso en la frente y otro en la cabeza. Yo no podía parar de pensar que quizás, si hubiera aparecido unos años antes, las cosas no habrían llegado tan lejos con Hugo. Pero, en el momento en el que apareció, ya todo se había ido de madre, ya su mundo se había convertido en un pequeño caos del que costaba sacarlo.

No quería hacerle daño a ese hombre y me encantaría que las cosas fueran como él las planteaba, si bien fácil no lo veía. Ojalá que algún cambio de acontecimientos hiciera que el viento comenzase a soplar del lado de Leo y de mí, aunque el padre de mi hijo no solía esperar a que las cosas se solucionasen por ellas solas. Más bien era de los que encaran los problemas hasta encontrarles soluciones.

—A partir de ahora, no tendrás que preocuparte del dinero. Yo me haré cargo de todo.

—Espera, que primero no soy una mantenida y segundo...

—Tienes miedo por lo que pueda pensar Hugo si estamos juntos, ¿no es así?

—Bonito no se me presenta. Esa es la realidad. Leo, yo me encuentro muy a gusto contigo, pero si eso me supone perder a Hugo, tienes que comprenderme.

—Cómo no te voy a comprender, aunque te prometo que encontraremos la manera. Hugo siempre va a querer lo mejor para ti, Daniela. Y estoy seguro de que comprenderá que yo también.

—No subestimes el egoísmo de un adolescente y menos el de nuestro hijo. Él nunca se ha caracterizado por ponerme las cosas fáciles, Leo.

—No has tenido suerte en la vida, cariño. Pero eso va a comenzar a cambiar, te lo prometo.

Me dio un beso en la frente y otro en la cabeza. Yo no podía parar de pensar que quizás, si hubiera aparecido unos años antes, las cosas no habrían llegado tan lejos con Hugo. Pero, en el momento en el que apareció, ya todo se había ido de madre, ya su mundo se había convertido en un pequeño caos del que costaba sacarlo.

No quería hacerle daño a ese hombre y me encantaría que las cosas fueran como él las planteaba, si bien fácil no lo veía. Ojalá que algún cambio de acontecimientos hiciera que el viento comenzase a soplar del lado de Leo y del mío, aunque el padre de mi hijo no solía esperar a que las cosas se solucionasen por ellas solas. Más bien era de los que encaran los problemas hasta encontrarles soluciones.

Capítulo 32



Me despedí de él en la puerta de la casa de mi hermana con un beso.

—Te veo mañana, Daniela. Que tengas dulces sueños.

—Con tal de no tener pesadillas, Leo, me conformo. A ver qué me cuenta mi hermana de Hugo.

—Lláname luego y me lo comentas, ¿te parece bien?

—Ok, así lo haré.

—Gracias por dejarme ser parte de vuestro mundo. No sabes lo que supone para mí.

—Gracias a ti por estar ahí. Y cruza los dedos, a ver si hay suerte.

—A la suerte no se la puede esperar sentado. Más bien hay que tentarla.

—Ya, que la suerte sea tentada por el CEO, ¿no?

—Algo así, más o menos—me sonrió y puso en marcha el motor de su coche, aunque no se movió de allí hasta que entré en el bloque y me volví para despedirme de nuevo.

Marta ya estaba en la cama e Irene me esperaba con la mesa puesta para cenar. Así da gusto volver a casa. Yo no podía tener más suerte con esa hermana mayor que me había tocado en el sorteo de la vida y que era la mejor.

—¿Cómo te lo has pasado, mi niña? —me besó.

—Mejor que mejor... ¡¡Increíble!!

—¡¡Toma ya!! ¿De manera que ha habido tema?

—Pero tema, Daniela. No te lo puedes ni imaginar. He estado como si hubiese muerto y subido a...

—De eso nada. Aquí se disfruta todo en vida.

—Ya, lo que sucede es que en vida pasan cosas que igual no quiero saber. Me tienes que contar qué tal con Hugo.

—Siéntate—me pidió.

—Uff... Si me tengo que sentar, muy bien no irá la cosa, ¿qué ha pasado?

—Nada que no imaginásemos. Se negó a salir y cuando casi le obligaron, no dio crédito... Empezó a decir idioteces.

—Ya me figuro. Negando porque no estuviese allí, porque no fuera yo, ¿no es eso?

—Correcto, a lo que no tienes que hacer ningún caso. Hugo te echó de allí de mala manera y tú no tienes que bailarle el agua. Ya le he enterado al respecto.

—¿Has podido hablar con él? Porque cuando se pone así no hay manera. Voy a necesitar una pastilla o algo, me duele mucho la cabeza.

—Venías genial y mira... No puedes seguir así. Hugo siempre logra amargarte. Pero que sepas que no tuvo más remedio que escucharme, porque se puso muy nervioso y su tutor le obligó.

—Hugo no es amigo de las obligaciones. Me imagino cómo se pondría.

—Sí, menos mal que tengo puesta la vacuna de la rabia, porque creí que me mordía—me sonrió.

—Si no la tienes puesta, ¿qué me estás contando?

—Pero a él le dije que sí, para que no le hiciera ilusión liarse a bocados conmigo.

—No seas exagerada—suspiré.

—Un poquito solo para hacerte reír. No, en realidad, me escuchó todo lo que tuve que decirle porque su tutor no dio su brazo a torcer. Eso sí, a mi sobrino le llegaba la cara a los pies. Parecía impasible y para mí que todo lo que le dije le entró por un oído para salirle por el otro.

—Muy típico en Hugo. Recuerda que de pequeño pensamos que padecía algún tipo de déficit de atención.

—Correcto. Y resultó que no. Que simplemente desconecta cuando le da la real gana. Yo le he dejado clarito que tú has hecho ya todo lo que puedes y más. Y que Leo no se ganó el título al padre del año en su momento, pero que ahora está dispuesto a enmendar sus errores.

—Y nada, ¿no?

—Pues no, chica. Me escuchó, pero no consintió hablar conmigo, eso para nada. Me hubiera gustado, aunque no le saqué ni una palabra. Para mí que se declaró en huelga de silencio.

—Sí, porque la de hambre la hubiera llevado peor—quise hacer un chiste.

—Muy cierto. Dicen que come bien y que hace mucho ejercicio allí. Se le nota porque está impresionante de ancho, menudo cuerpazo que está echando.

—Ojalá fuese en consonancia con su cerebro—resoplé.

—El cerebro lo tiene todavía de mosquito, pero todo llegará. Ahora debes ser más fuerte que nunca, Daniela.

—Ya lo sé, Irene, pero es muy duro. No quiere ni verme.

—Todo volverá a su ser.

—No sé qué decirte. Recuerda que se trata de Hugo.

—Un poco de fe, mujer. El domingo que viene, nos plantamos otra vez allí a verle. Y así hasta que no tenga más remedio que hablarnos por pesadas.

—Ojalá, Irene, ojalá.

—Claro que sí, ¿o tú le ves pinta de monje para comprometerse a hacer un voto de silencio a perpetuidad?

—Mi niño la iglesia no la pisa mucho, por no decir nada.

—Tampoco es que nosotras seamos dos monjas. Eso no se lo podemos reprochar.

—Tienes razón, Irene. Aunque te confieso que, cada vez que veo una iglesia abierta, ahora entro. Siempre estoy unos minutos y pido por Hugo, porque se enderece.

—Pobre mía, sé que estás desesperada. Ahora las cosas te vendrán mejor. Y con Leo a tu lado, mucho más.

—No puedo tener nada serio con él. Hugo no me lo perdonaría—me lamenté.

—Hugo tendrá que entender muchas cosas. Ya has renunciado durante un buen puñado de años a tu felicidad y no lo harás eternamente, no me da la gana.

o

—Ay, Irene, ojalá yo viera las cosas como vosotros, como Leo y como tú.

—Perdona, pero somos dos contra una. Y si la mayoría lo ve así, por algo será.

—Tú estás muy contenta, a todo esto, te lo veo en el fondillo de los ojos, ¿tienes algo que contarme?

—Puede que haya llegado un vecino al bloque que me hace tilín, pero solo puede.

—Cuenta, por Dios...

—De momento solo sé que se llama Mauro y poco más. Pero estoy decidida a saberlo.

—¿Hay polvo a la vista?

—Pues ya te digo yo que sí.

—Tienes razón, Irene. Aunque te confieso que, cada vez que veo una iglesia abierta, ahora entro. Siempre estoy unos minutos y pido por Hugo, porque se enderece.

—Pobre mía, sé que estás desesperada. Ahora las cosas te vendrán mejor. Y con Leo a tu lado, mucho más.

—No puedo tener nada serio con él. Hugo no me lo perdonaría—me lamenté.

—Hugo tendrá que entender muchas cosas. Ya has renunciado durante un buen puñado de años a tu felicidad y no lo harás eternamente, no me da la gana.

—Ay, Irene, ojalá yo viera las cosas como vosotros, como Leo y como tú.

—Perdona, pero somos dos contra una. Y si la mayoría lo ve así, por algo será.

—Tú estás muy contenta, a todo esto, te lo veo en el fondillo de los ojos, ¿tienes algo que contarme?

—Puede que haya llegado un vecino al bloque que me hace tilín, pero solo puede.

—Cuenta, por Dios...

—De momento solo sé que se llama Mauro y poco más. Pero estoy decidida a saberlo.

—¿Hay polvo a la vista?

—Pues ya te digo yo que sí.

Capítulo 33



Llegué al trabajo al día siguiente. Leo me ofreció recogerme, pero demasiado temprano porque tenía una reunión, y yo preferí ir más tranquila.

—Hellen está que da coces, porque esa tía es como una mula—me comentó Judith.

—Pues que le den bien dado. Ya sabes el motivo.

—Me tienes que contar. Tú tienes cara de que ha pasado algo.

—Judith, es que te tendría que contar tantas cosas...

—Chica, pues hazme un resumen, ¿tomamos café a media mañana? Hoy no hay demasiada faena porque Leo está reunido, ya lo sabes.

—Sí, con el CEO de otra empresa con el que puede hacer negocio. Un colega suyo, ya me contó.

—Pues eso. Que nosotras nos merecemos un alto en el camino.

—Ok, así lo haremos.

Leo no me necesitaba en esa reunión, pero levantó la mano al verme a modo de saludo y, a la que pudo, salió un momentito.

—Buenos días por la mañana, preciosa, ¿te parece si almorzamos luego? Me tienes que contar con más detalle lo que me avanzaste anoche de la visita de Irene a Hugo.

—Hugo... Besugo le tendría que haber llamado mejor.

—Venga, no te me vengas abajo. Luego me cuentas—me guiñó el ojo.

A media mañana me reuní con Judith, quien parecía expectante. Hellen, que nos vio entrar en la cafetería, salió por patas, como si su presencia y la nuestra en el mismo lugar fuesen incompatibles.

—¿Qué ha pasado? ¿Te lo has ligado? Es que Leo ha llegado súper contento esta mañana, como si hubiese mojado el churro.

—Y luego la bruta soy yo, Judith...

—Oye, que yo también soy de barrio, aunque aquí lo disimule y parezca la prima hermana de Tamara Falcó, que el curro es el curro. Pero, vaya, que me lo cuentes todo a lo bruto—rio.

—Ha habido tema, lo ha habido.

—¡¡Si es que lo sabía!! Y eso que vosotros no empezasteis con muy buen pie, que se notó algo raro.

—Es que Leo es el padre de mi hijo—le solté a bocajarro.

—¿El padre de quién? ¿Leo es el padre de quién?

—De mi hijo Hugo, ya te conté que tengo un hijo. En realidad, no sé si es un hijo o un cafre, eso también he de decírtelo, pero creo que es un hijo—le sonreí.

—Ay, Dios, ¿te está dando problemas tu hijo? Algo me dejaste caer.

—Como que me lo han metido en un centro de menores, con eso te lo digo todo.

—Joder, ¿y Leo es su padre? ¿Eso cómo puede ser?

1 —Te juro que no lo sabía el día que llegué a esta empresa.

—¿Y él sí? Qué romántico. De aquí sale un guion fijo.

—Él sí. Me dejó tirada con el bombo en su día, Judith, por eso no quise aceptar el trabajo inicialmente, pero necesité el dinero para un abogado que defendiera a Hugo, que encima luego pagó él... Un lío.

—Del Monte Pío... Joder, quién lo iba a decir: el padre de tu hijo. Y os estáis quedando pillados otra vez. Se nota.

—Las cosas no son tan fáciles como parecen, Judith, esa es la realidad. Hugo ha conocido a Leo y se ha puesto fatal. No lo quiere en su vida.

—Es que los tíos no las piensan a veces a la hora de hacerlas. Y claro, luego llegan las consecuencias.

—Pues sí. Perdona, que me está sonando el teléfono.

—Claro, claro...

Me alejé un poco porque vi que se trataba del número del centro de menores y me eché a morir. Otra vez que se hubiera metido en líos no, por favor.

—Hola, eres Daniela, la madre de Hugo, ¿verdad?

—Hola, Miguel, ¿qué sucede?—le pregunté al nuevo tutor de mi hijo.

—No te pongas nerviosa porque enseguida lo vamos a encontrar, pero Hugo se ha escapado del centro.

—¿Que se ha escapado? Miguel, eso no puede ser...

—Me temo que sí puede ser, Daniela. Lo siento cantidad. Hoy había una representación de teatro aquí en el centro y cuando nos hemos querido dar cuenta ha salido con la ropa de otro chico, como si fuese un actor.

—No, no, ¿y dónde puede estar?

—Acabo de dar parte a la Policía y van a poner en marcha la búsqueda. También he tenido que informar al juzgado, lo siento mucho, pero es el protocolo.

—No tienes que sentirlo, Miguel. Solo has hecho tu trabajo. Voy para allá ahora mismo.

—Aquí te espero.

Le comenté a Leo, que seguía en reunión, y la dio por terminada como alma que lleva al diablo. En un minuto estuvimos montados en su coche y en dirección al centro.

—Lleva unos días muy raro y la conversación de ayer con tu hermana se ve que le dio que pensar—me comentó Miguel—. Hugo es muy visceral y terco, le cuesta bajarse del burro, hablando mal y pronto, y su rebeldía ha

provocado que haga esta tontería.

—¿Y dónde puede estar, Miguel? ¿Dónde? ¿Y si no aparece? ¿Y si no lo vemos más?

—Daniela, sé que ahora lo ves todo muy oscuro, pero va a aparecer y a no tardar mucho. Un chico con su edad y sin dinero no puede ir muy lejos. Haz caso de mi experiencia.

—Miguel, estoy aterrada, lo estoy.

—Él tiene razón—apuntó Leo.

—Leo—le habló porque Miguel ya lo conocía—. Hugo está llevando muy mal este tema, pero habrá que ir poco a poco. Conozco casos de rechazo total a la figura paterna que luego se han revertido.

—Y ojalá que así sea, Miguel. De todos modos, ahora lo único importante es que el chico aparezca, ¿qué podemos hacer?

—Tenéis que pensar en dónde podría ir Hugo en un caso así, cuáles son sus mejores amistades, quién puede prestarle apoyo inicial...

—Lo malo es que en los últimos tiempos se echó nuevos amigos, los que le impulsaron a hurtar la moto. Y a esos ni los conozco a todos—le comenté.

—Bueno, vayamos por partes.

provocado que haga esta tontería.

—¿Y dónde puede estar, Miguel? ¿Dónde? ¿Y si no aparece? ¿Y si no lo vemos más?

—Daniela, sé que ahora lo ves todo muy oscuro, pero va a aparecer y a no tardar mucho. Un chico con su edad y sin dinero no puede ir muy lejos. Haz caso de mi experiencia.

—Miguel, estoy aterrada, lo estoy.

—Él tiene razón—apuntó Leo.

—Leo—le habló porque Miguel ya lo conocía—. Hugo está llevando muy mal este tema, pero habrá que ir poco a poco. Conozco casos de rechazo total a la figura paterna que luego se han revertido.

—Y ojalá que así sea, Miguel. De todos modos, ahora lo único importante es que el chico aparezca, ¿qué podemos hacer?

—Tenéis que pensar en dónde podría ir Hugo en un caso así, cuáles son sus mejores amistades, quién puede prestarle apoyo inicial...

—Lo malo es que en los últimos tiempos se echó nuevos amigos, los que le impulsaron a hurtar la moto. Y a esos ni los conozco a todos—le comenté.

—Bueno, vayamos por partes.

Capítulo 34



A partir de ese momento, nos dedicamos en cuerpo y alma a buscarlo, como es normal.

No sabía ni por dónde comenzar, así que hicimos un listado de las posibles amistades de Hugo.

A esa hora, la mayoría de los chicos estaban en el instituto, por lo que hablamos con sus padres y nos ayudaron a descartar.

Irene se unió a la búsqueda al mediodía y yo me apoyaba en ella también.

—Igual fui demasiado dura ayer, mi niña, y por eso se ha escapado. Aun así, te prometo que no le dije nada que no fuese verdad.

—No se te ocurra echarle la culpa de nada, cariño. Yo dejé que fueras a verle y que le hablaras. En todo caso, la responsabilidad sería mía. Y tampoco, ya va siendo hora de que a Hugo se le pongan las pilas. No hay otra.

—Va a aparecer, va a aparecer.

—Lo sé, solo espero que sea pronto o acabaré sedada, se me hace insoportable.

—Puedes marcharte a casa con Irene, yo no voy a dejar de buscar—me ofreció Leo.

—Antes muerta. Por muy insoportable que se me haga, pienso levantar cada piedra de las calles para encontrar su escondite, con eso te lo digo todo.

—Siempre le gustó esconderse—suspiró mi hermana—, ¿recuerdas cuando era pequeño y lo hacía en las tiendas de los centros comerciales? Menudos sustos nos daba.

—Ya te digo que sí, que hasta nos tenían que cerrar las tiendas para buscarlo.

—¿Eso hacía? —se interesó Leo.

—Eso hacía el muy granuja. Y luego, cuando aparecía, se moría de la risa. Y a mí me hacía menos gracia.

—Algún sopapo se llevó, pero le daba igual—le comentó Irene—. Oye, ¿no estará en el centro comercial ahora también?

—¿Puede ser? —se me iluminaron las ideas.

—No tengo ni idea, solo que se me ha ocurrido, ¿vamos? —nos preguntó.

—Vamos, vamos...

Era una posibilidad entre muchas, pero cualquiera que se nos ocurriera tendríamos que barajarla.

Salimos corriendo en el coche de Leo, quien nos dejó buscando en las tiendas y volvió al rato.

—¿Dónde has estado? Nada de nada, aquí no le vemos—le confesé desinflada.

—Hablando con el personal de seguridad. Se han quedado con su foto. Si aparece por aquí en algún momento, nos llamarán.

—Buena idea... Tenemos que inundar las calles con sus fotos, ponerlas en las farolas... Salir en los medios.

—Es pronto todavía para eso, Daniela.

—¿Pronto? ¿Qué parte de que nuestro hijo de 14 años está campando a sus anchas por las calles desobedeciendo la orden de la jueza es la que no entiendes? Se le va a caer el pelo, ¿no lo ves importante?

Me enzarcé con Leo porque estaba de los nervios y llevaba muy mal que no se me entendiera.

—Tranquila, Daniela, tranquila—me calmó Irene—. En lo que Leo tiene razón es en que es muy pronto para eso. Si Hugo no apareciese, sí...

—Si Hugo no aparece, me muero, así que vosotros veréis...

—Va a aparecer. Y por eso no podemos ponerle en el ojo del huracán mediático, exponerle ante los medios y sacarle del anonimato. Hacerlo podría perjudicarlo mucho. Piénsalo.

—Es verdad. Estoy desesperada y ya no sé ni lo que digo, perdonadme.

—Seguiremos buscando por nuestra cuenta, aunque también he contratado a una serie de personas para que busquen por nosotros, para que tengan ojos en todas las calles.

—¿Has hecho eso, Leo? Muchas gracias, muchas gracias—le abracé.

—No tienes que darlas. Es mi hijo también. Mi prioridad es encontrarle, estoy deseándolo.

—Y yo que todo esto pase, que pase por completo.

Algunos de sus amigos nos sugirieron los nombres de chicos que se habían codeado con Hugo antes de su ingreso.

—¿De verdad? —se preguntaba mi hermana cuando entramos en aquel barrio marginal al que nos señalaron.

—Se ve que sí. Una cree que hace las cosas bien con los hijos y mira dónde acaban—me lamenté.

—No tienes ni pizca de culpa en nada de esto. Nunca te lo llegué a contar, pero saqué los pies del plato de adolescente y se lo puse difícil a mis padres—me contó Leo.

—¿Eso ocurrió?

—Claro que ocurrió. Nunca llegaron a detenerme, pero me metí en líos. Y, al final, cuando decidí salir de ellos, ingresé en el ejército porque me pareció una buena válvula de escape.

—Nunca lo hubiera sospechado.

—Ni yo te lo quise contar cuando nos conocimos porque era muy orgulloso para eso.

—¿No es ese Hugo? —me preguntó entonces Irene señalando a un chico que pasaba por la calle.

—Sí, es él. Lleva su sudadera Nike y la capucha puesta...

—Se va a cocer, pero es que siempre le da por ahí cuando está mal, por ponerse la capucha—apuntó Irene.

Las dos nos bajamos del coche zumbando mientras Leo se quedaba en doble fila. Cuando por fin le dimos

alcance, suspiramos.

—¿Os habéis vuelto locas? —nos preguntó con los peores modales el chico al que confundimos con él.

—Perdona, creí que eras mi hijo.

—¿Con vuestra pinta y ese coche—señaló al de Leo—va a estar tu hijo aquí en este barrio? —se burló.

—Puede que sí. De hecho, se parece mucho a ti. Se llama Hugo, ¿quieres ver una foto suya por si lo reconoces?

—¿Y cuánta pasta me darás?

—¿Si me dices dónde está? La que quieras...

—Y yo qué sé dónde está ese pavo. Digo por ver su foto.

—Déjalo, mi niña, déjalo porque al final tendré que darle un sopapo a este niñato—me indicó Irene indignada.

—¿Tú y cuántas más? Largo de este barrio, ¡aquí no se os ha perdido nada! —nos chilló.

—Que le meto, Daniela, que le meto—la aguanté porque a Irene la sacó de sus casillas por completo.

—¿Qué está pasando aquí? —apareció Leo, quien se había bajado del coche.

—Eso digo yo, ¿qué está pasando? —le retó el chaval.

Él le cogió por la pechera, nervioso, y el otro entendió que Leo no se amilanaba y que con sus pocos años no se podía ser tan gallito del corral. Enseguida se zafó y salió corriendo.

alcance, suspiramos.

—¿Os habéis vuelto locas? —nos preguntó con los peores modales el chico al que confundimos con él.

—Perdona, creí que eras mi hijo.

—¿Con vuestra pinta y ese coche—señaló al de Leo—va a estar tu hijo aquí en este barrio? —se burló.

—Puede que sí. De hecho, se parece mucho a ti. Se llama Hugo, ¿quieres ver una foto suya por si lo reconoces?

—¿Y cuánta pasta me darás?

—¿Si me dices dónde está? La que quieras...

—Y yo qué sé dónde está ese pavo. Digo por ver su foto.

—Déjalo, mi niña, déjalo porque al final tendré que darle un sopapo a este niñato—me indicó Irene indignada.

—¿Tú y cuántas más? Largo de este barrio, ¡aquí no se os ha perdido nada! —nos chilló.

—Que le meto, Daniela, que le meto—la aguanté porque a Irene la sacó de sus casillas por completo.

—¿Qué está pasando aquí? —apareció Leo, quien se había bajado del coche.

—Eso digo yo, ¿qué está pasando? —le retó el chaval.

Él le cogió por la pechera, nervioso, y el otro entendió que Leo no se amilanaba y que con sus pocos años no se podía ser tan gallito del corral. Enseguida se zafó y salió corriendo.

Capítulo 35



Las horas no pasaban, ni siquiera lo hacían los minutos. Cuando llegó la noche, yo no sabía dónde meterme, no era persona.

—No hay manera, Leo, ¿dónde se ha podido meter este niño? ¿Y si ha cogido un tren o algo y se ha marchado?

—Le están buscando por todos lados. Como dices, no es más que un niño y saltarían todas las alarmas en cuanto se identificase.

—Pues un coche. No sabes lo atrevido que es y lo listo. No sé cómo, pero sabe conducir... Para mí que ha aprendido con un tutorial de esos de YouTube o a saber...

—O con uno de esos nuevos amigos suyos, que también puede ser—se lamentaba Irene, que dejó a Marta con Kiko para buscar infatigablemente con nosotros.

—Pues también puede ser, porque yo aprendí a conducir demasiado joven y no en el mejor ambiente—me contó Leo.

—O sea, que eras una buena pieza. Ahora entiendo que Hugo ha sacado unas cuantas cositas de ti—le comenté.

—Lo siento—se encogió de hombros.

—No es malo que el niño sea espabilado, lo malo es que se valga de eso para hacer este tipo de cosas—pensaba en alto Irene—. Los coches le gustan mucho.

—¿Le gustan los coches? Pues fliparía con nuestros blindados—opinó Leo.

—La cabeza será lo que tengan que blindarle a él cuando le ponga las manos encima. Qué sufrimiento...

—Oye, eso me recuerda a algo—pensó Irene.

—¿ A qué te recuerda?

—Que su amigo Néstor, el que se marchó del barrio, tenía un padre que dejó un taller abandonado, ¿recuerdas que a Hugo le gustaba ir allí algunas tardes?

—Sí, el año pasado... Pero ese lugar estaba ya medio ruinoso, se cayó parte del techo y hasta entraron ocupas.

—¿Y lo quieres más claro? ¡¡Puede estar allí!!

—Anda, pues eso es verdad...

—¡Vamos! ¿Dónde es? —nos preguntó Leo, presto a zumbar para ese taller.

⁰ Nos bebimos las calles. Si Hugo estaba allí, solo y sin comida, también podría tener frío... Todo se me metía en el coco y me dolía mucho.

—Es aquí, ¡¡para!! —le pedí cuando llegamos y casi salto en marcha.

—Voy contigo—me anunció Irene.

—Un momento, por favor, dejadme ir con vosotras—nos pidió Leo.

⁵ Nos fuimos aproximando los tres hasta el taller y llamó nuestra atención una serie de gritos que se escuchaban dentro.

—¡¡Yo solo quería pasar aquí la noche!! —se defendía Hugo—. Por favor, ya...

—Es Hugo, es Hugo—le dije a Leo con la respiración cortada.

Entramos y había tres chicos, mucho mayores que él, que le tenían acorralado.

—Te daremos fuerte y así aprenderás a no meterte en sitios que ya están ocupados—le amenazó uno de aquellos malditos con el puño en alto. A Hugo ya le sangraba la nariz.

—¡¡Hijo de puta!! —se lanzó Leo sin pensarlo sobre él, en plan kamikaze. Tampoco Irene se quedó quieta, dando patadas, mientras yo me iba hacia Hugo para comprobar que estuviese bien.

—¡¡Mamá!! ¿Qué haces aquí? —me preguntó temblando a tope.

—¿Qué puedo hacer más que buscarte, hijo de mi vida? ¿Cómo se te ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy bien, ¿y qué hace él aquí? —señaló a Leo, quien había sacado a pasear los puños y ya tenía a dos en el suelo, a quienes por cierto estaba pateando Irene, quien defendió como una jabata también a su sobrino.

—¿Y tú me lo preguntas? Se está partiendo la cara por ti, ¿no lo ves?

—Pero es que yo no necesito su ayuda, no la necesito.

Fue decirlo y el tercer delincuente lograr huir y caer sobre él, yéndose los dos al suelo. En ese instante, sacó una navaja y amenazó a Hugo.

1 No entiendo aún de dónde sacó Leo la rapidez necesaria para quitarle la navaja y tirarle de un puñado junto con sus compinches.

—¿Lo ves, Hugo? ¿Lo ves? Han podido apuñalarte—le comentó Irene en ese momento mientras su cara lucía blanco nuclear.

—Joder, joder, joder...

—Hugo, ya. No quiero escucharte hablar así ni tampoco te consentiré ni una salida más de tono, ¡¡te vas para el centro!!

—Está bien, mamá. Haré lo que me digas, lo siento mucho.

—Le vas a pedir perdón también a tu tía y a Leo, a tu padre, quien está... Mira cómo está.

Algún golpe se había llevado también y a Leo igualmente le caía sangre de la cara en dirección a la camisa.

—No pasa nada, estoy bien—me tranquilizó.

s

—No, no estás bien. No lo estás porque te has tenido que partir la cara con esos tres—los cuales salían ya corriendo—, por Hugo. Y tendrá que valorarlo. ¿No tienes nada que decir, hijo?

—Gracias—murmuró, todavía con la sangre helada por la visión de la navaja.

—Los he visto más efusivos a la hora de agradecer algo—le reprendí.

—Y yo también. Que luego, para cantar goles, te pintas solo. Haces temblar el bloque—le recordó mi hermana.

—¿Te gusta el fútbol, Hugo? ¿De qué equipo eres? —le preguntó Leo.

—Del de los sufridores, del Atlético de Madrid.

—¿En serio? Yo también.

—Bueno, pues ya lo sabes.

l

Hugo no es que se lanzara a sus brazos pero, al menos, admitió cruzar algunas palabras con él.

Yo ya estaba llamando a Miguel, quien llegó enseguida para conducirlo al centro.

—Te has lucido, Hugo, te has lucido. Mañana vuelves a tener una vista con la jueza—le informó.

—¿Y ella por qué se ha enterado?

—Mira que eres inocente para algunas cosas, por muy listo que te creas, hijo—le comenté—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que ahora no eres libre? Te lo vas a tener que ganar y así no ayudas. Así no haces más que empeorar las cosas.

—Ayúdame, mamá, ayúdame, por favor. Sé que no he sido justo contigo y procuraré hacer mejor las cosas—me prometió.

—Los he visto más efusivos a la hora de agradecer algo—le reprendí.

—Y yo también. Que luego, para cantar goles, te pintas solo. Haces temblar el bloque—le recordó mi hermana.

—¿Te gusta el fútbol, Hugo? ¿De qué equipo eres? —le preguntó Leo.

—Del de los sufridores, del Atlético de Madrid.

—¿En serio? Yo también.

—Bueno, pues ya lo sabes.

Hugo no es que se lanzara a sus brazos pero, al menos, admitió cruzar algunas palabras con él.

Yo ya estaba llamando a Miguel, quien llegó enseguida para conducirlo al centro.

—Te has lucido, Hugo, te has lucido. Mañana vuelves a tener una vista con la jueza—le informó.

—¿Y ella por qué se ha enterado?

—Mira que eres inocente para algunas cosas, por muy listo que te creas, hijo—le comenté—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que ahora no eres libre? Te lo vas a tener que ganar y así no ayudas. Así no haces más que empeorar las cosas.

—Ayúdame, mamá, ayúdame, por favor. Sé que no he sido justo contigo y procuraré hacer mejor las cosas—me prometió.

Capítulo 36



Amanecí con una paliza tremenda en el cuerpo. Apenas pudimos dormir un par de horas antes de que el despertador sonase.

—En breve llegará Leo a por ti, mi niña. Madre mía, la de puñetazos que repartió anoche en un momento. Se nota que está loco contigo y con Hugo. Se la jugó, pudieron pincharle.

—No lo puedo negar.

—Ni tampoco el miedo que sentías en ese momento. Estás loquita por sus huesos igualmente. Te veo viviendo una historia de lo más romántica con él.

—Pasito a pasito, que lo primero es Hugo y mira el plan que tenemos con él.

—Ya lo sé. Mira, por ahí va el vecino nuevo...

—¿Ese es Mauro? Pues sí que te pega.

—No, no me ha pegado todavía, pero unas buenas nalgadas me dejaba dar por él, te lo prometo—rio.

—Ay, qué ganitas tengo de verte feliz y con alguien.

—Y yo a ti feliz y con Leo, porque ese es tu alguien. Yo lo sé y tú lo sabes.

—Ojalá—resoplé—. Si Hugo no lo llega a aceptar nunca...

—El consentido de Hugo ya va siendo hora de que afloje. Hoy le van a dar un apretón de tuercas, ya lo verás.

—A veces pienso que no puedo más, ¿en qué estaba pensando ese niño cuando se escapó?

—En presionarte más, que debe haberte confundido con una olla exprés. Pues de eso nada, ¿me oyes? Se le van a quitar ya todas las tonterías a ese niño.

—Pues no sé cómo, porque varitas mágicas no debe haber.

—O sí. Ya se verá.

Acudimos al juzgado de menores bastante preocupados. La jueza no valoraría positivamente el que Hugo se hubiese escapado y las consecuencias podrían ser más que preocupantes.

Alberto, su abogado, lo acompañaba en todo momento y Miguel también. Hugo apareció cansado, ojoso y, en esa ocasión, sin apenas fuelle. No era el Hugo que asistió a la anterior vista, el que se metió a la jueza en el bolsillo.

Ella comenzó a interrogarle y apenas contestaba. Yo le hacía gestos, pero mi hijo no es fácilmente influenciable y menos cuando no quiere. Y en esa ocasión, no quería.

—Está bien, Hugo. Con tu actitud de no cooperar te estás tirando piedras sobre tu propio tejado—le indicó ella.

—Pues a ver si hay suerte y una me aplasta—le contestó impertinente.

—Por ahí vas muy mal. Además, que no te he dado la palabra, así que no se te ocurra volver a interrumpirme—le advirtió.

—Vale—volvió a desafiarla.

—Veo que hoy vienes con ganas de guasa, por decirlo de un modo sencillo, ¿puedo saber a qué es debido?

—A que me escapé porque mi madre me trajo al centro a mi padre... O al que dice que es mi padre porque yo a ese hombre no le reconozco—lo señaló.

—Pues para no reconocerle, tengo entendido que anoche dio la cara por ti. Y no poco.

—Eso es cierto, aunque igual lo hizo para ganar puntos. Él me abandonó antes de nacer y a mi madre también. Por eso me escapé, porque...

—Está bien, te vas a venir conmigo a mi despacho. Y tu madre también, quiero que oiga lo que tengo que decirte.

Por supuesto que la seguimos hasta allí. Mi hijo y yo escuchamos con atención lo que quiso contarnos. Nunca s lo agradeceré lo suficiente.

—Lo que os voy a contar es confidencial y no me gustaría que saliese de aquí—nos advirtió antes que nada.

—Por supuesto que no, Su Señoría—me aclaré la voz.

—Yo no tengo por qué contarle su vida a nadie. Me cae bien—le contestó Hugo. Menos mal que era así, porque de otro modo las cosas se nos hubieran puesto más feas.

—Hugo, sé que ese hombre no quiso saber de ti antes de tu nacimiento y eso te duele.

—Me duele mucho, porque pasó de mi culo y del de mi madre. Lo siento, no lo he debido decir así.

—Cierto. Ahora tienes la oportunidad de decirlo mejor, porque no son formas.

—Pues que no quiso saber nada de nosotros, que pasó, que le importamos un comino.

—Y eso te duele, ¿más por ti o por tu madre?

—Por los dos.

—Luego quieres mucho a tu madre, ¿no es así?

—Claro que la quiero—le contestó como ofendido.

—Y entonces, ¿por qué la haces sufrir cada día? ¿Y por qué no confías en su criterio a la hora de presentarte a tu padre? Ella ha demostrado poder sacarte adelante sola, haber luchado por ti como una guerrera. Y si ahora considera que estáis mejor con él cerca, por algo será.

—Porque sigue enamorada de él. Lo vi en sus ojos cuando me lo presentó. Y eso supone traicionarse ella y traicionarme a mí, ¿es que ya no se acuerda de lo mal que se portó?

—Sé que puede parecerte muy cruel, que una huida sin mirar atrás por parte de un padre a un hijo te lo puede parecer, pero dime una cosa, ¿alguna vez insultó a tu madre?

—No, claro que no. Si no estaba para hacerlo.

e —¿Alguna vez bebió y le pegó, llegando borracho a casa?

—Claro que no. Si ya le digo que no le vimos nunca el pelo.

—¿Alguna vez le hizo la vida imposible?

—Que no, que no... Que ya le digo.

—O sea, que solo se marchó, sin más.

—Así es—asintió.

—Y entiendo que duela. Te lo digo de corazón, Hugo, pero otros hijos hemos tenido que soportar esos comportamientos.

—¿Me habla de usted?

—Por ejemplo de mí, sí. Mi madre no denunció a mi padre hasta que una paliza, más fuerte que las otras, la envió directa al hospital.

—Y no me diga que usted le ha perdonado, porque no lo entendería.

—No, no solo no le he perdonado, sino que ese día decidí hacerme juez para poder impartir justicia, pero tú sí deberías hacerlo. Tengo entendido que, de un tiempo a esta parte, tu padre se está desviviendo por ti.

—Me ha ayudado, sí.

—¿Y lo ha hecho porque alguien se lo pidiera?

—No, no. Creo que apareció y ya, pero...

—Pero lo que tú quieras, cuando la única verdad es que ha demostrado arrepentimiento.

—¿Y qué? Es porque antes lo hizo mal.

—Porque somos humanos y a veces nos equivocamos, por el motivo que sea. Y no siempre es con ánimo de dañar al resto. Tu padre está demostrando que quiere estar a vuestro lado y tú le niegas la posibilidad. Él no es un

monstruo como era el mío.

—Es que yo no siento que le quiera, no lo siento. Y no le voy a querer nunca.

—Si no le das la oportunidad, seguro que no. Conócele, acepta sus disculpas porque en su caso no es un indeseable que patee, que pegue, que insulte y que humille... Es un hombre con remordimientos de conciencia que muere por recuperaros, Hugo. Dentro de lo malo, porque entiendo la gravedad de sus actos, yo también hubiese muerto por tener un padre que solo se hubiese marchado, no el monstruo que tuve. Siempre hay personas que están peor que tú, así que mira hacia dentro y piensa si tú no te equivocas, si tú lo haces todo genial.

—No, claro que no. Pero...

—Deja ya de buscar excusas. Sal ahí fuera. Te doy el resto de la mañana para que la pases con tus padres, con los dos. Y esta tarde volverás al centro de menores. Dependiendo de cuál sea tu comportamiento con ellos a partir de hoy, así verás tu pena de internamiento incrementada o no en el tiempo.

Hugo salió de su despacho y me acerqué a ella.

—No sé cómo darle las gracias, Su Señoría.

—También soy madre, además de hija. Siento por todo lo que está pasando, pero no sea blanda con él. No hasta que le demuestre que se lo merece.

—Así lo haré, muchas gracias.

monstruo como era el mío.

—Es que yo no siento que le quiera, no lo siento. Y no le voy a querer nunca.

—Si no le das la oportunidad, seguro que no. Conócele, acepta sus disculpas porque en su caso no es un indeseable que patee, que pegue, que insulte y que humille... Es un hombre con remordimientos de conciencia que muere por recuperarnos, Hugo. Dentro de lo malo, porque entiendo la gravedad de sus actos, yo también hubiese muerto por tener un padre que solo se hubiese marchado, no el monstruo que tuve. Siempre hay personas que están peor que tú, así que mira hacia dentro y piensa si tú no te equivocas, si tú lo haces todo genial.

—No, claro que no. Pero...

—Deja ya de buscar excusas. Sal ahí fuera. Te doy el resto de la mañana para que la pases con tus padres, con los dos. Y esta tarde volverás al centro de menores. Dependiendo de cuál sea tu comportamiento con ellos a partir de hoy, así verás tu pena de internamiento incrementada o no en el tiempo.

Hugo salió de su despacho y me acerqué a ella.

—No sé cómo darle las gracias, Su Señoría.

—También soy madre, además de hija. Siento por todo lo que está pasando, pero no sea blanda con él. No hasta que le demuestre que se lo merece.

—Así lo haré, muchas gracias.

Capítulo 37



Nunca habría imaginado que, después de hacer lo que hizo, Hugo pudiera disfrutar de unas horas de libertad en nuestra compañía.

Mi hijo miró a Leo, quien no entendía nada, y yo le expliqué.

—Puede permanecer con nosotros hasta esta tarde para que las cosas se vayan suavizando un poco.

—¿Y a ti te parece bien, Hugo?

—A mí es que no me ha quedado más remedio, porque me ha echado un buen rapapolvo la jueza, además de contarme otras cosas.

—Otras cosas que debes agradecer mucho, porque no tenía motivo para soltarlas.

—No soy ningún bocachancla, mamá. No se las pienso contar a nadie.

—Y así debe ser, ¿dónde te apetece que vayamos, Leo?

—Que elija Hugo, son sus horas libres.

—No hace falta que trates de ser amable conmigo—le comentó con cierto desdén.

—Pues tú sí que debes serlo con él, que lo sepas—le advertí—. Y deberías preguntarle por las heridas de su cara.

Hugo resopló. Aquello no le sería sencillo,

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, bien. A mí no me duele nada, ¿y a ti? —le respondió su padre.

—A mí me duele un poco el orgullo, que se me ha quedado tocado. Entiende que no me es cómodo estar aquí contigo.

—Lo entiendo perfectamente y no quiero forzar nada.

—No pareces mal tío del todo, pero eso hace que todavía me plantee más preguntas.

—Lo comprendo también. Y supongo que muchas de mis respuestas no es que vayan a convencerte. Tampoco es que lo pretenda. Lo que me interesa es que me vayas conociendo y luego, si crees que lo merezco y solo en ese caso, me des una oportunidad.

—No sé lo que pasará. Es demasiado tiempo pensando todo lo peor de ti. Cuando era pequeño y veía a los demás niños con sus padres, no sabes cuánto podía odiarte. Y ahora... Ahora apareces como de la nada y me quieres ayudar...

—Te lo explicaré todo durante el almuerzo, ¿dónde quieres ir?

—¿Puedo elegir cualquier sitio, mamá?

—Háblalo con él. Me gustaría que lo hablaseis todo entre vosotros.

—Hay una hamburguesería que me encanta. Mamá me suele llevar el día que no saco demasiados suspensos, porque todas no las suelo aprobar nunca, pero se conforma con eso—le contó.

—Me conformaba. Ya no será así. A partir de ahora, tendrás que hacer las cosas mejor para poder ganarte mi confianza.

—Lo primero es salir del centro. Tienes que centrarte en eso, Hugo.

—Yo no quiero estar allí, tampoco quiero—nos confesó.

—Es que no tienes que estar más tiempo del preciso, Hugo. Haz las cosas bien y en unos meses ya podrás volver a casa.

—¿A casa de él? Eso no quiero hacerlo, mamá.

—¿De Leo? No, yo no vivo con él, hijo.

—Es que eso no lo soportaría. Tienes que entenderlo. Yo necesito tiempo.

—Y tendrás todo el del mundo, hijo, ¿puedo llamarte así?

—No, si pretendes que te conteste—le respondió.

Hugo necesitaba tiempo y era normal. No era poco que anduviese por la calle con nosotros.

Llegamos a la hamburguesería que era de su gusto y el camarero, que le conocía, le ofreció algo nuevo.

—Hugo, tenemos como novedad unos costillares fabulosos, ¿te apetecería probar uno?

—¿Puedo, mamá? Por favor, la comida del centro no es como la tuya.

—¿Estás en un centro, Hugo? —le preguntó el hombre.

—Sí, en uno de menores, por bueno. Y al menos, eso sí, veo que sirve para que aprecie mi comida. Tú dijiste que nos ibas a invitar, Leo, ¿le dejamos que pida uno?

—A mí me parece una buena idea, Daniela. Hasta estoy por pedirme otro.

—Son grandes, puede compartirlo con ella—le comentó el hombre.

—Yo quiero uno solo para mí, por favor, que se me está haciendo la boca agua, mamá.

—Como si quieres dos, Hugo. Puedes comer todo lo que te apetezca—le comentó Leo.

—Mira que te puede salir más caro que si le confeccionan un traje a medida.

—Creo que asumiré el riesgo. Me parece perfecto.

A Hugo también se lo pareció. Nos tomamos el tiempo suficiente para almorzar en paz y tras los postres, que consistieron en tres buenas porciones de tarta Sacher (que por lo visto nos entusiasmaba a todos), llegó la conversación.

—Entré en pánico, Hugo. Ojalá no lo hubiera hecho. Y os di la espalda. No tengo justificación, no voy a

inventarme nada. Simplemente la cagué.

—¿Y has estado cagado todos estos años? Porque me parecen muchos—suspiró él con rabia.

—No sé qué me pasó. Enseguida me di cuenta de mi error, pero temí mucho retroceder. Ojalá no hubiera sido así, ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no puedo.

—Al menos, agradezco tu sinceridad. Al menos eso.

inventarme nada. Simplemente la cagué.

—¿Y has estado cagado todos estos años? Porque me parecen muchos—suspiró él con rabia.

—No sé qué me pasó. Enseguida me di cuenta de mi error, pero temí mucho retroceder. Ojalá no hubiera sido así, ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no puedo.

—Al menos, agradezco tu sinceridad. Al menos eso.

Capítulo 38



Dos semanas habían pasado desde que mantuvieron esa conversación. Dos semanas en las que Miguel se mostró muy contento con el cambio de actitud de Hugo, quien había mejorado mucho.

Aquel mediodía, almorzaba con Leo como tantos. Lo cierto es que yo, mientras Hugo no saliera del centro, estaba a caballo entre la casa de mi hermana y la suya, la cual era una verdadera virguería, un ático impresionante con piscina incluida.

El suyo era un barrio de lo más pijo. Uno en el que los pisos valían un verdadero dineral y yo hacía muchas bromas al respecto de que allí no podría vivir así ahorrara durante toda mi vida.

Tras el almuerzo, que hicimos en un restaurante de ese mismo barrio, me indicó que subiéramos porque esa tarde no trabajaríamos.

—Después me acusarán de ser una enchufada y no podré ni negarlo. No podemos dar ese ejemplo—le comenté

—Yo puedo dar el ejemplo que me apetezca, que para eso soy el...

—El gran CEO. Se me olvidaba—me burlé.

—No es eso, pero sí quien toma las decisiones sobre el horario de mi guapísima secretaria.

—¿Me elegiste solo porque te parecía guapa? —me mofé.

—Te elegí porque eres mi chica, la chica de mi vida. Y alguien así se merece un regalo.

—¿Y subimos a tu ático? Ya me imagino qué tipo de regalo me quieres dar, aunque debes saber que considero que ese es un regalo compartido. El buen sexo...

—¿Se puede saber quién ha hablado de sexo? —me preguntó interrumpiéndome.

—Anda, ¿no es eso lo que quieres? ¿Ya no me deseas?

—Te deseo más que a la tarta Sacher del sitio ese donde nos llevó Hugo, fíjate hasta dónde pueden llegar las cosas.

—Un poco exagerado me pareces...

—Nada de exagerado. No obstante, el sexo deberá esperar hoy. Al menos unos minutos...

ó

—¿Vas a visitar a algún vecino? —le comenté al ver que había tocado para que el ascensor parase en la planta quinta, no en la última.

—Pronto haré bastantes visitas a ese piso, sí. Tú serás mi vecina, igual que Hugo...

—¿Cómo? ¿De qué me estás hablando, Leo?

—De que el piso es tuyo—me puso las llaves en la mano.

—No, eso no puede ser.

—Sí que puede ser. Desde hoy lo es.

—Leo, es una barbaridad, es...

—Es un regalo, no hay más. Ya, por favor—me pidió.

—Esto vale mucho dinero, no es un regalo cualquiera.

—Tampoco lo es tu cariño y lo recibo a raudales. Hasta Hugo está mucho mejor conmigo. En unos meses habrá salido del centro y soy consciente de que él necesita más tiempo. Debéis tener vuestro espacio hasta que me acepte del todo. Yo no quiero forzar nada.

—¿Y para eso tenías que comprarnos un piso? ¡¡Vaya locura!!

—Tú tendrías ya un piso comprado si no fuera porque has tenido que cuidar en exclusividad de Hugo. Y yo, que no he tenido que hacerlo, me he dedicado a ganar dinero. Ahora lo lógico es que, si tú compartes a Hugo conmigo yo comparta mis ganancias contigo.

—Es una locura, lo es...

—No, solo tienes que pensar en lo que acabo de decirte.

—Pero yo no tendría un piso ya pagado y en este barrio, sería muy distinto.

—Y yo tampoco tendría el hijo que tengo si no te hubieses empleado a fondo en criarle, dejando a un lado todo lo demás.

—¿Y crees que Hugo es una bicoca? Yo le quiero con todo mi corazón, porque soy su madre... Pero tiene lo suyo. Nuestro hijo lo tiene.

—Qué bien suena eso de nuestro hijo... Todo va a estar bien. Te lo estoy diciendo desde el principio y sé que va a estar.

—Pero mira qué preciosidad. Menudo salón tan luminoso y tiene también una terracita. Hugo va a quedarse loco cuando lo vea... Y menuda cocina, ¡¡es muy amplia!! Y con dos dormitorios y dos baños. Cada uno tendrá el suyo... Es demasiado, Leo, lo es.

—No es demasiado, es lo que os merecéis.

—Tengo que llamar a Irene y enseñárselo, tengo que hacerlo, ¿te importa?

—Me ofendería que no lo hicieras. Significaría que no te ha gustado lo suficiente.

—Sí me ha gustado, me ha encantado, ¿cómo no me va a gustar? Allá vamos, Irene, vas a flipar cuando lo veas.

Le hice la vídeollamada a mi hermana y hasta lloró de la emoción.

—Por fin, por fin tienes tu piso, ¡¡y vaya piso!! Con una terraza muy cuca y todo, menudo sueño...

—Sí que lo es, ¡¡es una maravilla!! Mira, aquí está Leo, que te quiere decir algo.

—Irene, que me la traigo para mi barrio, ¡¡te la robo!!

—Eso no es un barrio, eso es Beverly Hills. Y tranquilo, si cada dos por tres me tendréis allí de visita. A ver si se me pega algo.

—Mi casa es tu casa, hermana, ya lo sabes—le recordé—. Y siempre lo será. Nadie como tú para venir a ocuparla.

—Mira que me declaro oficialmente ocupa—me guiñó el ojo.

—Pues ya ves... Menudo problema.

—Que es broma, mi niña. Ahora que estoy comenzando a conocer a Mauro, no me muevo de aquí ni aunque me lo mande el médico. Esta noche ceno con él.

—¿Qué me dices? Me alegro mucho por ti.

a —Sí y encima no tengo a la niña, así que igual me tomo un postre bien largo, ¿sigue Leo por ahí o puedo hablar sin tapujos?

—Me largo, que veo que sobro. Te espero arriba, bonita.

l

—Mi casa es tu casa, hermana, ya lo sabes—le recordé—. Y siempre lo será. Nadie como tú para venir a ocuparla.

—Mira que me declaro oficialmente ocupa—me guiñó el ojo.

—Pues ya ves... Menudo problema.

—Que es broma, mi niña. Ahora que estoy comenzando a conocer a Mauro, no me muevo de aquí ni aunque me lo mande el médico. Esta noche ceno con él.

—¿Qué me dices? Me alegro mucho por ti.

—Sí y encima no tengo a la niña, así que igual me tomo un postre bien largo, ¿sigue Leo por ahí o puedo hablar sin tapujos?

—Me largo, que veo que sobro. Te espero arriba, bonita.

Capítulo 39



Los siguientes días fueron bastante tranquilos y felices. El domingo Hugo aceptó vernos a los dos juntos y, poco a poco, se fue soltando con Leo.

—Mira, te he traído la camiseta del Atlético de Madrid—le comentó él.

—Mamá, es la oficial—me miró y asentí—. Es muy bonita, gracias—murmuró.

—Un abrazo creo que no estaría de más—le comenté.

—No sé si me dará bien—me miró un tanto confuso—. Pero lo voy a intentar, lo voy a intentar—repitió.

Lo hizo. Se levantó y abrazó a Leo. Si yo me emocioné, no os digo nada lo que se emocionó él, pues no lo esperaba.

—Muchas gracias a ti, Lucas, muchas gracias a ti—repetía un tanto en bucle.

Estábamos pasando el finde juntos él y yo. Aparte, me solía quedar varias noches a la semana con él y otras aparecía por casa de mi hermana para hacerle compañía.

A excepción de los de Lucas, que por otra parte eran los más importantes, los problemas de mi vida habían desaparecido de un plumazo. De repente, era la flamante propietaria de un precioso piso que hacía mis delicias y que compartiría con mi hijo una vez que saliera del centro, hasta que un día pudiésemos vivir los tres juntos. Por otra parte, contaba con un gran trabajo y con un sueldo estupendo. La vida me sonreía y yo le devolvía la sonrisa.

Se suele decir que, cuando las cosas son así, viene alguien y las jode. Y en mi caso tenía una especie de grano en el culo que era Hellen, la única que se permitía el lujo de mirarme mal en el trabajo.

Esa pécora, porque se notaba que no era, no tenía la más mínima intención de pensar en las consecuencias cuando se medía conmigo, de eso me había dado cuenta. De normal, yo, que no le deseo mal a nadie, pasaba de ella y de sus miraditas, pero llegó un momento en el que la cosa se comenzó a poner fea.

Nada habíamos explicado en el trabajo sobre mi situación. No me apetecía aún, todo a su debido tiempo, aunque si algo no hacía Leo era esconderme. Además, que he de decir que no lo hizo desde el primer día, cuando aún no sabía si le perdonaría.

Se había comportado conmigo con total honestidad y parecía gustarle que todos observaran que estaba a su lado, aunque como digo soy una persona discreta a la que no le gusta destacar y que entendía que tampoco había prisa por explicar nada. Nosotros no éramos *royals* ni teníamos que emitir un comunicado oficial por ello, de forma que íbamos a nuestro aire. Algún día les haríamos saber que yo formé parte de su pasado y que teníamos un hijo en común desde hacía muchos años.

No obstante, la gente iba a lo suyo y a la única que parecía afectarle era a Hellen. A mí me importaba menos que nada. Ahora bien, que me sacara las tiras de pellejo, como que no entraba en mis planes.

—Es muy lista, pero que muy lista—le comentaba una mañana a Berta, la nueva becaria, y nada más escucharla hablar me imaginé que estaba despotricando de mí.

La chica trató de hacerle señales, puesto que ella estaba de espaldas a mí, pero no le sirvió. Además, que me acerqué con rapidez y a tiempo de que siguiera largando por la boquita.

—Se cree que se las sabe todas y se caerá con todo el equipo. Nos va mirando por encima del hombro como si fuera más que los demás, cuando lo cierto es que no se trata más que de la última mierda que ha entrado en la empresa. Y encima con un currículum de pena. Lo que es ser una fresca... qué vergüenza.

Me dejó bastante loca porque yo la consideraba una arpía, pero no alguien tan imprudente como para soltar ese veneno por la boca en medio de un pasillo.

—Hellen, lo tuyo sí que es de vergüenza, No te digo que tuviese el mejor currículum, pero sabes que me he esforzado desde el primer día y que lo estoy haciendo lo mejor posible.

—Joder, ¡qué susto! —se volvió y dio un grito.

—Pues sí... Viene a ser de película de terror. Manda narices que una llegue a su puesto de trabajo y se encuentre con esto.

—¿Y qué pretendías? ¿Que los demás te riéramos la gracia? Tú no estás acostumbrada a ganarte las cosas por ti misma, tú crees que abriéndote de patas...

Berta se hacía cruces porque para mí que Hellen estaba perdiendo el norte. Definitivamente, se le había ido la

chota.

e

—Yo es que me tengo que ir—carraspeó la chica y salió como si tuviese patines de ruedas en vez de zapatos.

—Yo también me voy—anunció ella con voz firme.

—No. Tú te quedas, que tenemos un par de cosas que aclarar—le pedí.

l

—Contigo no tengo nada que hablar. Si me has escuchado, ya sabes lo que pienso. En el fondo es mejor, así no tengo que disimular.

—Te la estás jugando, Hellen.

l

—¿Eso es una amenaza? Porque te diría yo por dónde me paso las tuyas.

Estaba fuera de sus casillas. Al parecer, que yo estuviera con Leo le afectaba más de lo que hubiera podido pensar en un primer momento. No estaba enamorada de él. De ser así, habría actuado de otro modo. Estaba obsesionada con él, lo que es radicalmente distinto.

—Hellen ya. Vamos a dejar las cosas como están. Creo que no te estás dando cuenta de las barbaridades que dices.

—No, si todavía vendrás a darme lecciones de moral. Tú, que has demostrado no tener vergüenza ni conocerla. La risa floja me da, Daniela. Anda y que te den bien dado. Calla, calla, si ya te está dando el jefe.

i

chota.

—Yo es que me tengo que ir—carraspeó la chica y salió como si tuviese patines de ruedas en vez de zapatos.

—Yo también me voy—anunció ella con voz firme.

—No. Tú te quedas, que tenemos un par de cosas que aclarar—le pedí.

—Contigo no tengo nada que hablar. Si me has escuchado, ya sabes lo que pienso. En el fondo es mejor, así no tengo que disimular.

—Te la estás jugando, Hellen.

—¿Eso es una amenaza? Porque te diría yo por dónde me paso las tuyas.

Estaba fuera de sus casillas. Al parecer, que yo estuviera con Leo le afectaba más de lo que hubiera podido pensar en un primer momento. No estaba enamorada de él. De ser así, habría actuado de otro modo. Estaba obsesionada con él, lo que es radicalmente distinto.

—Hellen ya. Vamos a dejar las cosas como están. Creo que no te estás dando cuenta de las barbaridades que dices.

—No, si todavía vendrás a darme lecciones de moral. Tú, que has demostrado no tener vergüenza ni conocerla. La risa floja me da, Daniela. Anda y que te den bien dado. Calla, calla, si ya te está dando el jefe.

Capítulo 40



Entré en mi despacho con el rostro desencajado y al poco llegó Leo a darme los buenos días.

Aquella mañana venía de casa de Irene y él no me había recogido porque teníamos horarios distintos. Yo iba directa a la oficina y él ya venía de una reunión.

—Buenos días por la mañana a mi preciosa—murmuró junto con un beso cuando reparó en mi semblante—. ¿Qué te pasa, Daniela?

—Nada, nada, cosas mías—le dije sorbiendo por la nariz de la rabieta que sentía.

—¿Ha sucedido algo con Hugo?

—Que no, que no...

—Sí, sí. Algo te sucede y si es con Hugo quiero saberlo, por favor. Es que lo necesito. Sabes que me siento muy implicado con él y que no quisiera perderme nada.

—No, que no es con Hugo, por favor...

—Luego algo te ocurre.

—No le des más importancia, ya se me pasará.

—Es que no quiero que se te pasen las cosas. Pretendo ayudarte con ellas, que no es lo mismo.

—Ha sido Hellen, aunque da igual.

—¿Hellen te ha dicho alguna bobada? Esa chica es que no aprende, ¡no aprende! ¿Te ha increpado? Cuéntame.

—La he pillado encabritada...

—Para no variar. Vive envenenada. No sé cómo se puede ir así por el mundo.

—Eso es verdad. Pues nada, que iba encabritada y despotricando de mí con Berta.

—¿Berta ha entrado al trapo?

—No, no... La chiquilla no sabía dónde meterse, porque ella entró a matar.

—Explicate, por favor—me pidió.

—Le estaba diciendo que tengo un currículum de mierda. Y que si he conseguido este puesto, ha sido a base de abrirme de patas contigo.

—¿Eso ha tenido los santos ovarios de decir? Maldita Hellen. Hasta aquí hemos llegado.

—Leo, piensa las cosas antes de hacerlas. Cuenta hasta diez—le rogué mientras atrapaba su muñeca con mi mano.

—No he de pensar nada. Esa niñata no te va a ofender gratuitamente. Ni ella ni nadie va a hacerlo, ¡esto le ha costado el puesto!

✓ En el fondo, nada podía decirle porque yo hubiese actuado exactamente igual si se hubiese dado el caso. Tampoco consentiría que uno de mis empleados ofendiera a Leo.

Me fui detrás de él, quien entró como una furia en su despacho.

—¡¡Hellen!! Te vas—le chilló.

—¿Adónde, Leo? A mí me gusta este despacho. Ya te dije que no quería cambiarme.

—No sé si eres tonta o te lo haces. Aunque maldad has demostrado tener a montones, ¡te vas a la puta calle!

—¿Me estás echando? ¿Y todo por esta furcia? —le preguntó señalándome.

—No se te ocurra, ¡¡en tu puta vida vuelvas a ofender a Daniela!!

—Sí que te ha dado fuerte... Con la pinta de mosquita muerta que tiene. Hay que joderse.

—¿A ti no te funciona la cabeza? —le preguntó él.

—Sí... Igual que a ti te funcionan las dos: la de arriba y la de abajo. Y lo digo más que nada porque la tienes loca. Aunque puede que eso también tenga mucho que ver con tu cartera. Yo ahí lo dejo.

—Lo que vas a dejar es tu puesto de trabajo ¡porque te largas ya!

—Me las pagarás, Leo. Esto no se queda así...

—Lo único que tendré que pagarte será una pequeña indemnización por perderte de vista. Y no te imaginas lo a gusto que me voy a quedar.

—Eres un desgraciado y ella otra. Que os jodan bien jodidos a los dos... Hay que ser miserables y rastreros.

—La única miserable eres tú, que no puedes aceptar que ame a Daniela.

—¿Que la ames? Seguro que no sabes amar a nadie ni ella tampoco. Esta es una relación de conveniencia. A ella le convienes por tu dinero y a ti... Mira, paso de decir nada más. Todo esto os estallará en la cara. Yo me encargo.

—Temblando estoy... Vete, Hellen, ¡¡vete ahora mismo!!

Todos estaban escuchando. A excepción de Hellen, el resto del personal de la oficina era estupendo y el rollo muy bueno, pero ella contaba con una lengua viperina que lo envenenaba todo a su paso.

—Ya tendréis noticias mías, ya—amenazaba mientras recogía.

—Si no has recogido tus cosas en unos minutos, te las tiro a la calle. No vas a seguir aquí en ese plan—le aseguó él, quien se estaba poniendo muy nervioso.

—Hace falta ser mala persona, ¿lo veis? Todos vais a correr la misma suerte. Desde que esta ha llegado, el jefe no ve más que por sus ojos, os lo advierto. Cuidado con toserle a la niña, que os vais a la puta calle igual que yo.

—¡Cállate ya!! —exclamó él.

—A mí no me callas. Ya que me voy, todos van a saber qué clase de jefe eres. Lo peor, eso eres tú, Leo. Lo peor...

—Leo es el mejor jefe que todos podamos tener—salí en su defensa.

—¿Tú que vas a decir, zorra? Sobre todo, lo es para ti—me soltó.

—Un insulto más y llamo a la Policía, Hellen. Te vas ahora mismo—me defendió.

—No puede insultarme porque no es quién para hacerlo, Leo. No te preocupes. No voy a darle ese gusto—le aclaré.

—Y pese a ello no se lo voy a consentir. Ni a ella ni a nadie.

Era un amor y estaba totalmente por mí. No paró hasta ver a Hellen en la calle, la cual se fue con la frente muy alta y con la mirada más furiosa que hubiese observado jamás.

Esa chica era un peligro en potencia. Lo era y se marchó amenazando como solo alguien como ella podía hacer.

—Os odio, os odio a los dos. Os podéis dar por jodidos, os lo prometo—se fue diciendo y él me abrazó.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto, lo siento. Debí tomar medidas desde el primer día—me comentaba Leo.

—Para nada. No sabías que las cosas llegarían tan lejos. Y yo tampoco.

—Leo es el mejor jefe que todos podamos tener—salí en su defensa.

—¿Tú que vas a decir, zorra? Sobre todo, lo es para ti—me soltó.

—Un insulto más y llamo a la Policía, Hellen. Te vas ahora mismo—me defendió.

—No puede insultarme porque no es quién para hacerlo, Leo. No te preocupes. No voy a darle ese gusto—le aclaré.

—Y pese a ello no se lo voy a consentir. Ni a ella ni a nadie.

Era un amor y estaba totalmente por mí. No paró hasta ver a Hellen en la calle, la cual se fue con la frente muy alta y con la mirada más furiosa que hubiese observado jamás.

Esa chica era un peligro en potencia. Lo era y se marchó amenazando como solo alguien como ella podía hacer.

—Os odio, os odio a los dos. Os podéis dar por jodidos, os lo prometo—se fue diciendo y él me abrazó.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto, lo siento. Debí tomar medidas desde el primer día—me comentaba Leo.

—Para nada. No sabías que las cosas llegarían tan lejos. Y yo tampoco.

Capítulo 41



Ese viernes me sorprendió al mediodía con una escapada de fin de semana a Salamanca que me supo genial.

—Se está instaurando la costumbre de que no trabajemos los viernes tarde, ¿al final me recortarás el sueldo? —le pregunté entre bromas.

—Yo no podría recortarte nada, amor. Y por supuesto, menos los picos de esas alas que tienes para volar. Quiero que vuelas... Y volar contigo.

—Mejor, porque me estoy acostumbrando a que estemos juntos, ¿sabes?

—Me encanta escucharlo. No te figuras cuánto—me tomaba la mano.

La idea era permanecer allí hasta la tarde del sábado, que regresaríamos a Madrid para ver a Hugo el domingo. Esa visita no nos la perdíamos, estando nuestro hijo más receptivo como era el caso.

Nada más llegar, nos alojamos en la suite del mejor hotel del centro. Salimos a merendar y luego dimos una vuelta por las calles principales. El otoñal día estaba muy luminoso y quisimos aprovechar los últimos rayos del sol, tras lo que volvimos al hotel.

—¿Y si nos damos una duchita y nos largamos de concierto? —me preguntó.

—¿De concierto? ¿Qué concierto? —le pregunté porque no sabía nada de ninguno.

—Ponte este vestido y luego te lo cuento...

Me encontré uno sobre la cama que me enamoró. Era de cuero y tenía unas puntas de encaje en los bajos. Una monería, súper sexy y coqueto, que me daba una idea del tipo de concierto al que asistiríamos.

—¿Rock? —le pregunté.

—Y del bueno... Recuerdo que te apasionaba este grupo—me comentó sacando las entradas del que seguía siendo mi favorito.

—¡¡Te como esas entradas y el alma!! ¿Es que tocan aquí?

—Tocan aquí, preciosidad andante. Y tenemos las mejores de todas. Los verás como si los tuvieras encima.

Me puse a dar saltos, no podía hacer otra cosa. Lo último que me hubiese imaginado para esa noche era verlos en directo. Eso es que no lo habría podido ni sospechar.

Siempre había tenido en mente poder escucharlos algún día, pero hacerlo con él y en el mismísimo *front stage*, en primera fila, me suponía un tremendo regalo.

Me puse el vestido y ya tarareaba sus canciones cuando salí de la ducha.

—Ahora te vas a librar porque no llegamos, pero que sepas que luego te quitaré ese vestido a bocados si es necesario—me anunció.

Llegamos y el ambiente era de impresión. El grupo salió al escenario. La puesta en escena era bestial y con la primera canción ya me trasladaron a un mundo de sensaciones que supuso un recorrido por mi joven vida, ya que les escuché de siempre.

—¡Tú también te las sabes todas! —le chillé al ver que así era.

—Es que jamás me olvidé de lo que te gustaban. Disfruta—me decía mientras me tomaba por la cintura y bailaba conmigo—. Pareces una muñequita, mi muñequita...

Sí que lo parecía, aunque esté mal que yo lo diga, pero con ese vestidito cerrado con cuerdas por la espalda, lo parecía... Se trataba de una verdadera cucada.

Quería vivirlo a tope, aunque también llevarme algún recuerdo.

—Voy a grabar—le comenté sacando mi móvil.

—Ya lo hago yo—se ofreció.

—Ah, vale. En tu súper móvil. Me parece...

—¿Quieres uno como el mío? Mañana mismo te lo compro...

—Que no, que no... ¿es que aquí no se puede hablar? Que no es necesario, hombre.

—Nadie dice que sea necesario, con tal de que te guste es suficiente. Estoy aquí para darte todos los gustos del mundo...

—Eso ya lo sé. Y me das algunos que no podría describirte—le dije en el oído y desde esa primera fila en la que estábamos, en una posición privilegiada.

Comenzamos a grabarnos en primer plano con el escenario detrás y la cantante, que se dio cuenta, se agachó para salir con nosotros.

—¡¡Muero!! —chillé, dándole la vuelta y haciéndole un gesto de agradecimiento. Entonces, se quitó una especie de redecilla que llevaba encima del top y me la entregó en la mano. Fijaos la poca distancia que había respecto al escenario.

—¡¡Me la ha dado!! ¡¡Me la ha dado!! —chillaba mientras él la sostenía como un trofeo al tiempo que yo saltaba, pues no podía dejar de hacerlo de lo contenta que estaba.

—Esta ya no te la quita nadie...

—No, por favor, que es mi tesoro.

—Tú sí que eres un tesoro. Venga, disfruta...

Yo saltaba, cantaba y bailaba. Y él conmigo. Leo estaba disfrutando muchísimo de verme disfrutar a mí. Aquel regalo improvisado lo terminó siendo para los dos.

Cuando el concierto concluyó, comenzó una fiesta para todo el que quisiera quedarse, Y allí continuamos la noche...

—Ha sido una de las más maravillosas de mi vida—le confesaba yo mientras apuraba mi copa.

—¿Y se puede saber por qué demonios hablas en pasado? Todavía queda mucha noche y nos la vamos a beber : sorbos—me aseguré.

—Llevo salido contigo más que en todos los años anteriores, ¿lo sabes?

—Y esto es solo el principio... No voy a parar hasta que recuperes todos los momentos que te correspondían por tu juventud y que no pudiste vivir.

—Los viví, solo que de otra manera.

—Pero te faltó un puntito de diversión que ahora te sobrá.

e

—Tú sí que eres mi diversión, Leo, ¿cómo te las has apañado para acercarte así a mí? Ya no puedo prescindir de ti, lo reconozco.

—Es que no vas a prescindir de mí porque soy más pesado que un choco y no lo permitiré.

—Ay, por favor, más pesado que un choco, dices... Con lo que a mí me gustan los chocos.

—¿Y yo? ¿Cuánto te gusto?

—Tú me gustas todavía más. Me tienes... Ay, si es que no puedo ni decirte cómo me tienes. Pero que es de locura, que lo sepas... El corazón me va a mil, mira—le coloqué la mano sobre mi pecho.

—Si quieres que pueda caminar, será mejor que aparte la mano de ahí—me confesó tan empalmado que, al observarlo, me doblé en dos de la risa.

a

—Llevo salido contigo más que en todos los años anteriores, ¿lo sabes?

—Y esto es solo el principio... No voy a parar hasta que recuperes todos los momentos que te correspondían por tu juventud y que no pudiste vivir.

—Los viví, solo que de otra manera.

—Pero te faltó un puntito de diversión que ahora te sobraré.

—Tú sí que eres mi diversión, Leo, ¿cómo te las has apañado para acercarte así a mí? Ya no puedo prescindir de ti, lo reconozco.

—Es que no vas a prescindir de mí porque soy más pesado que un choco y no lo permitiré.

—Ay, por favor, más pesado que un choco, dices... Con lo que a mí me gustan los chocos.

—¿Y yo? ¿Cuánto te gusto?

—Tú me gustas todavía más. Me tienes... Ay, si es que no puedo ni decirte cómo me tienes. Pero que es de locura, que lo sepas... El corazón me va a mil, mira—le coloqué la mano sobre mi pecho.

—Si quieres que pueda caminar, será mejor que aparte la mano de ahí—me confesó tan empalmado que, al observarlo, me doblé en dos de la risa.

Capítulo 42



Llegamos a las tantas al hotel y con muchas ganas de marcha. Solo que de otra marcha ya. De una que nos daría más vida aún a ambos.

Si algo tenía ese nuevo Leo que yo estaba conociendo, y del que ya me declaraba enamorada, era que cumplía su palabra. Y dado que se dispuso a quitarme el vestido a bocados, aceleré la maniobra.

—Quieto, que tienes mucho peligro con esos dientes, ya me lo quito yo. No quiero que te lo cargues.

—Pues entonces haces bien. No te puedo asegurar nada, amor.

—Ya lo sé, ya lo sé...

Me lo contaba su mirada. Había momentos en los que entraba en un estado de excitación tal que cualquier cosa podía suceder. Y quizás hubiera daños colaterales, como los sufridos por un vestido que prefería llevarme intacto.

Le pedí que desatara las cuerdas de la espalda y lo hizo con tanta rapidez como pericia.

—No me vayas a decir que es la primera vez que quitas uno de estos porque no se lo cree nadie—reí.

—No es la primera vez, pero sí la que más me ha excitado—me confesó en el oído.

—Vale, te la doy por buena si me terminas de convencer—le reté.

Me encantaba desafiarle en la cama. Con Leo no era en absoluto necesario, solo que si lo hacía desataba totalmente a la bestia. Y en momentos como aquel esa era mi pasión, desatarle por completo.

Fue tremendo el modo en el que me desnudó, dejándome únicamente con el tanga que llevaba como única prenda interior. Un tanga que no correría la misma suerte que el vestido, pues ese me lo arrancó a bocados.

Una vez en su boca los pedazos, pues a eso lo redujo, lo tiró al suelo. Y entonces sus labios y mis labios se encontraron.

Hasta allí había llegado con un pequeño equipaje de mano que no solo contenía ropa. Un pequeño arsenal de artilugios sexuales viajó con él. Nos estábamos aficionando mucho a ellos y formaban parte de nuestro día a día en la cama.

Unas esposas fueron las primeras en salir.

—No, que entonces no podré tocarte—le supliqué.

—Es que igual no es eso lo que quiero. Al menos no con las manos.

Tragué saliva porque el modo en el que pronunció esas palabras hizo arder mi garganta. Ya estaba esposada, en cuestión de un segundo, y entonces fue su pene el que se aproximó a mis labios.

—Muero por esos labios tan gruesos y jugosos—me confirmaba lo que ya sabía, a la par que pasaba sus dedos por ellos antes de que él mismo me abriera la boca para permitir su entrada.

Lo acogí con gusto, saboreándolo y notando que hervía al contacto con esos labios, con mi lengua, con la parte alta de mi garganta, la cual lo esperaba con fervor... El sexo oral me fascinaba, tanto que me lo practicara como practicarle. Y Leo, que lo sabía, jugaba sus cartas.

Le hubiera pellizcado el trasero mientras realizaba esa maniobra, aunque obvio que no podía porque me tenía esposada. Él me tomaba por el pelo, del cual tiraba, y mi excitación no hacía más que subir de nivel.

Me apasionaba el modo en el que entraba en mi boca, llegando hasta la entrada de mi garganta, traspasando esa entrada y buscando saber cuáles eran mis límites.

Soy de aguantar, de tratar de comprobar igualmente cuáles son esos límites, por lo que me empeñaba en que siguiera entrando en la misma dirección para comprobarlo.

Leo gemía de placer porque me estaba esforzando al máximo. El sexo oral que él me practicaba me llevaba a experimentar orgasmos de dos en dos, de manera que no pensaba quedarme corta.

Mi lengua se enroscaba en su pene. Lo recorría de atrás adelante y también alrededor mientras notaba cómo iba cogiendo más calor y cómo su consistencia se endurecía hasta hacerme la boca literalmente agua, empapándolo.

Leo se removía en esa boca mía. En determinados momentos, tomaba el control y, sosteniendo mi cabeza por la

parte de arriba, se encargaba de moverse de un modo tal que a veces pensaba que no era humano, que ser tan sexy no sería posible.

Llegando a tocar mi campanilla, mis lágrimas asomaban mientras yo no cedía, mientras seguía... Y entonces él entendió que ya había dado de mí cuanto podía.

—Es increíble, increíble cómo me lo haces—me susurraba en el oído erizando mi vello y tumbándome en la cama, mientras su lengua, que parecía carbonizar mi piel a su paso de lo caliente que la sentía, seguía la senda que le llevaría al ecuador de mi cuerpo para luego hacerse con la zona situada al sur de mi ombligo.

—Y cómo me lo haces tú—le daba la réplica ardiendo por dentro y por fuera. No podía sentir que ardiese más. Imposible cuando mi piel sentía esa abrasión que enseguida alcanzaría la parte externa e interna de mi vulva.

—Ábrete mucho de piernas para mí—me pidió y no lo dudé ni un segundo. Lo hice al límite, antes de que comenzase a doler. Él colocó cada una de mis manos sobre mis muslos y entonces, poco a poco, fue acercando esa lengua a cada uno de ellos, subiendo sin pausa, tomándose su tiempo en dirección a mi vulva, la cual terminó por alcanzar.

Su lengua me hacía vibrar. Y en el momento en el que llegó a mi clítoris no digamos ya. En ese justo instante salté en la cama para él, salté de placer... el mismo placer que me provocaba cada vez que la acercaba a las partes más sensibles de mi cuerpo.

Para ese momento, para cuando llegó a mi hinchado clítoris, ya se había encargado de estimularlo con los dedos. Tan solo le hacía falta tocarlo para que se abriera, para que le mostrara su cara más interna y rosada, para que apareciese jugoso ante él y para que yo misma pensara que todo el placer que pudiera darme partía de esa zona tan estimulante en la que todo comenzaba y en la que todo acababa.

La lengua de Leo se hacía fuego al contacto con ese clítoris mío que ya anunciaba un incendio que terminaría sofocando una vez estallase, con ese líquido que para él era puro néctar y que se encargaba de recoger con la misma lengua que lo provocaba.

Sabía muy bien lo que quería y cómo lo quería. Leo era extremadamente caliente y yo también estaba descubriendo la misma faceta en mí. Cada momento de cama con él me suponía un espectáculo y una oportunidad para constatar hasta qué punto mi cuerpo era capaz de disfrutar a su lado.

Enamorada y excitada al máximo, me abría para él a la llegada de ese calor abrasador que anunciaba el más intenso de los orgasmos... El mismo que estaba dispuesto a recoger con la punta de la lengua para paladearlo.

No paró hasta llevarse en esa punta mi esencia al completo mientras que disfrutaba del espectáculo que le suponía contemplar cómo mi cuerpo temblaba al completo.

—Podrías ser más deliciosa, pero entonces ya no pertenecerías a este mundo—pronunció.

—Tampoco eso me parece de este mundo y ahí está—le señalé con los ojos, ya que seguía esposada, a ese miembro suyo que no paraba de crecer.

Lanzándome la más sexy de las sonrisas, se sentó en la cama y me colocó a horcajadas sobre él. Creí que había llegado el momento de penetrarme y mi extrema lubricación me daba a entender que estaba más que preparada, si bien enseguida comprendí que eran otros los planes que tenía para mí.

—Rózate conmigo—me pidió mientras me desplazaba sobre su miembro, el cual ya estaba empapado por mi esencia, de forma que resbalase sobre él.

La sensación era de lo más placentera; grueso, caliente, duro... Aquella barra sobre la que me dejaba desplazar se me transmitía la sensación de un sexo crudo que, además, en nuestro caso estaba aderezado por unos sentimientos que le daban unas impresionantes connotaciones.

—Quítamelas—le rogué enseñándole las esposas.

—¿Y por qué habría de hacerlo? Dame una buena razón y no lo dudaré.

—Porque quiero abrazarte mientras que lo hago.

—Está bien. Si me lo pides así...

Noté el “clic” de la llave y me sentí más libre que nunca tras esa improvisada prisión que me privó del movimiento propio de unas manos que deseaban tocarle.

Él mismo acarició mis muñecas por si se hubieran podido rozar, algo que no sucedió, pero el gesto me gustó igualmente. Incluso en los momentos menos pensados, en los que la rudeza de su varonil personalidad pudiera hacer acto de presencia, terminaba por mimarme.

l

Le abracé y toqué todos los palmos de su enorme anatomía, pues no solo era alto, sino fuerte y ancho... Mi excitación iba a más y entonces, sin que ni siquiera me oliese su intención en ese momento, me ensartó y se coló dentro de mí.

Me agarré entonces con fuerza a su cuello. Yo era quien estaba arriba, pero Leo asumió el control. Lo noté en el instante que comenzó a moverme por completo, que me llevaba de arriba abajo, entrando y saliendo de él, mientras sus ojos recorrían mi anatomía al completo y una de sus manos seguía en mi cadera, anunciando un

movimiento que la otra completaba amasando mis senos.

La mano que permaneció en mi cintura se fue de repente hacia mi mandíbula, en la que se quedó para llamar a unos besos que colapsaron mi boca, pues sentía que apenas podía respirar de la pasión que derrochaba.

Nunca me había sentido tan amada y excitada a la vez, una mezcla que me llevaba a evadirme de un modo que no conocía hasta entonces y que me producía un tremendo relax, una mezcla de sensaciones que me relajaban y que me hacían sentirme inmersa en un mar húmedo, llenos de olas que me mecían y que surcaba ahuecándome en su pecho.

Su virilidad se hacía más patente y entonces se levantó, Mis piernas enroscaron su cintura y acarició mi pelo esbozando la más atractiva de las sonrisas.

Leo me hacía suspirar con solo mirarme, con solo divisar la claridad de sus pupilas, con solo hacer que se confundieran con las mías, con esas que le miraban con el mismo amor de la adolescente que un día se enamoró de él hasta pensar que nadie en el mundo podría hacerme sentir igual.

Cada una de las paredes del hotel comprobó nuestro nivel de amor. Me llevaba de una a otra mientras yo suspiraba, gemía y reía... El nuestro era un sexo tan alegre como intenso, ya que intensidad era la que sentía en sus fuertes brazos, en esos que me apretaban de una forma que me hacía entender que en ningún momento me dejaría caer.

Con Leo y en esa habitación ansiaba parar el tiempo. Cada vez que nos escapábamos juntos, quedando Madrid : cierta distancia, tenía la sensación de que los problemas que allí dejábamos no podrían alcanzarnos. Entiendo de sobra lo absurdo de tal afirmación, pero cuando piensas de un modo concreto, a menudo le das veracidad a ese pensamiento tan solo con la energía que le dedicas.

Terminamos de hacer el amor y se tumbó a mi lado. Ambos optábamos siempre por dormir desnudos, piel con piel, acariciándonos. Apenas nos movíamos en toda la noche. El nuestro era un acople perfecto, un acople al que no quería renunciar en ninguna circunstancia.

La madrugada nos sorprendió con nuestro perfil más romántico activado. Cada vez que acabábamos de hacerlo, venía detrás una batería de caricias que suponían para mí verdaderas vitaminas; unas caricias que me daban vida.

El amor me había llegado de nuevo y de la mano de Leo, del hombre de quien menos podría sospecharlo. Un amor espeso, intenso... Un amor que sugería adoración por ambas partes y un amor que no tenía precio, porque determinadas miradas no pueden obtenerse por mucho dinero que uno quiera pagar por ellas.

Capítulo 43



El domingo por la mañana ya estábamos de vuelta en Madrid y dispuestos a ir a visitar a Hugo.

—El tiempo va pasando y rápido. Pronto le tendremos en la calle—me decía Leo. Al fin y al cabo, él trataba siempre de consolarme, entendiendo que la mayor vinculación con el niño la tenía yo.

Llegamos y Miguel nos recibió. Estaba deseando verle, pero también hablar con su tutor.

—No ha parado de hacer pequeños avances en toda la semana, que en su caso son bastante grandes, la verdad.

—¿Sí? Ay, Miguel, que te pongo un monumento si me lo metes en vereda—suspiré porque nada deseaba más en el mundo.

—Está entrando él solito. Hugo es un niño muy inteligente y creo que sabe que ha tocado fondo. Verte aquí lo normal es que te haga reflexionar, aunque solo si tienes cabeza, y vuestro hijo la tiene.

—Eso te lo confirmo. Y bien dura... Que me lo digan a mí.

—Sí, pero para bien y para mal.

—Eso es cierto. Cuando le da por algo, no para hasta conseguirlo.

—Esta semana ha estado escribiendo rap y hasta le he sorprendido ciertos ratos con los codos en los libros.

—¿Con los codos en los libros, Miguel? ¿Eso no lo habrás soñado?

—Que no, Daniela, que no... En sus libros de texto. Y no queda la cosa ahí, sino que ha entrado en la biblioteca y ha cogido un libro para leer por las noches.

—¿Hugo estudiando y leyendo? Ya te digo yo que no es él. Ese es otro que se ha disfrazado de nuestro hijo,

pero no.

—Nada de disfraces. Pilló una novela de acción y está a *full* con ella.

—Ay, madre... Que aquí está ocurriendo un milagro.

—Un milagro que a veces ocurre y no hay más. Muchos chavales se tuercen, pero si tienen buena madera y el entorno ideal, se enderezan.

—¿Lo estás oyendo, Leo? ¡¡Que dice que puede tener enmienda!!

—Eso ya lo sabemos, lo que sucede es que a veces se te olvida, Daniela—me besó.

—También me ha preguntado por ti, Leo—nos comentó.

—¿Por mí? ¿Y eso?

—Es curioso. Quería saber si me caías bien.

—¿A ti? Espero que no me hayas dejado mal—bromeó.

—No, claro que no. Incluso le busqué en Internet una entrevista que te hicieron hace poco.

—¿Se la has buscado? Sí, me preguntaban por esos temas de la superación personal y tal.

—Le dije que eras un buen ejemplo de lucha y de superación, de lo que uno puede lograr si se lo propone. Y le vi contento. No obstante, también te diré que le aconsejé que, si quería ver a una leona de verdad, a una mujer que ha luchado contra viento y marea, que entonces se fijase en su madre. Espero que lo entiendas.

—¿Entenderlo? Me parece lo mejor que le hayas podido decir, Miguel.

—Ay, que se me está corriendo el rímel por vuestra culpa y mi niño me va a ver y creará que es Halloween—reí.

¹ —Estás preciosa con el rímel corrido y todo.

—Córtate un poco, hombre, ¿qué va a pensar Miguel?

—Que sois estupendos y lo mejor que podrá encontrarse Hugo cuando salga en un tiempo.

—¿Sabes que me nos ha regalado un piso? En su mismo edificio, Miguel. Para que vivamos allí hasta que Hugo acepte que somos una familia, algún día—suspiré.

—Y lo aceptará, vais por el mejor camino.

Entramos a verle y le encontramos receptivo de nuevo. Le contamos lo del concierto de Salamanca y se alegró.

—Estupendo por ti, mamá—me dijo y me produjo una gran satisfacción, pues siempre actuó con mucho egoísmo.

—Tenías que ver cómo cantaba y bailaba, Hugo—añadió Leo.

—Si yo hubiera estado allí, también las habría cantado todas.

—Pero es mi grupo favorito, Hugo, no el tuyo. A ti te gusta el rap—le recordé.

—Mucho, pero también me sé tus canciones favoritas desde niño.

—¿Sí? Jamás las has cantado conmigo. No creí que se te hubiesen quedado.

—Me las sé todas, mamá, ¿quieres hacer la prueba?

—¿Me estás retando, de verdad? Venga, yo comienzo y tú sigues...

: Hice la prueba y aluciné. Hugo no me había mentido. Se las sabía todas y las cantamos a dúo. Entonces Leo se unió y él no se calló ni nada, le pareció buena idea y cantamos los tres.

El disfrute por mi parte fue total. Y el tiempo de visita pasó demasiado rápido. Todo lo contrario que al principio, cuando el ambiente gélido daba la sensación de que no había forma de que las manecillas del reloj se movieran.

A la hora de irnos, Hugo me dio un gran abrazo y miró a Leo.

—Hasta la semana próxima. Si te apetece venir—le indicó y su padre, que no quería presionarlo, tuvo que guardarse las ganas que también sentía de abrazarlo.

—Por supuesto que me apetecerá, aquí nos veremos.

› —Ok, vale. Aquí nos veremos. No puedo moverme de aquí, seguro que estaré—le gastó la broma.

—Pero puedes aprovechar el tiempo. Me han dicho que lo estás haciendo, Miguel se ha mostrado muy contento —le contesté.

—Lo intento, mamá, lo intento. Ven aquí—me pidió y me dio un beso.

Hugo siempre había sido de darlos a cuentagotas y yo nunca había querido pedirle lo que apenas le salía. Los ojos se me aguaron y me marché más feliz que una perdiz.

—Es otro, Leo, es otro—le comentaba mientras salíamos.

—No, es el mismo, solo que su versión mejorada. ¿Qué digo? Es su verdadera versión, la que tenía escondida.

—Pero bien escondida. Se va a hacer una persona de provecho, ¿verdad?

—Te lo prometo, preciosa, te lo prometo.

—Todo va a salir bien. Tenías razón. Me ha costado mucho verlo porque ya apenas creía en nada, pero visto lo de hoy... Cielos, qué contenta estoy, de verdad.

—Pues ahora a almorzar con tu hermana y con tu sobri, que te lo mereces. Vamos todos.

—También viene Mauro, Irene me lo ha confirmado por mensaje.

—Estupendo, así no me dais la del pulpo entre todas.

—Por supuesto que me apetecerá, aquí nos veremos.

—Ok, vale. Aquí nos veremos. No puedo moverme de aquí, seguro que estaré—le gastó la broma.

—Pero puedes aprovechar el tiempo. Me han dicho que lo estás haciendo, Miguel se ha mostrado muy contento —le contesté.

—Lo intento, mamá, lo intento. Ven aquí—me pidió y me dio un beso.

Hugo siempre había sido de darlos a cuentagotas y yo nunca había querido pedirle lo que apenas le salía. Los ojos se me aguaron y me marché más feliz que una perdiz.

—Es otro, Leo, es otro—le comentaba mientras salíamos.

—No, es el mismo, solo que su versión mejorada. ¿Qué digo? Es su verdadera versión, la que tenía escondida.

—Pero bien escondida. Se va a hacer una persona de provecho, ¿verdad?

—Te lo prometo, preciosa, te lo prometo.

—Todo va a salir bien. Tenías razón. Me ha costado mucho verlo porque ya apenas creía en nada, pero visto lo de hoy... Cielos, qué contenta estoy, de verdad.

—Pues ahora a almorzar con tu hermana y con tu sobri, que te lo mereces. Vamos todos.

—También viene Mauro, Irene me lo ha confirmado por mensaje.

—Estupendo, así no me dais la del pulpo entre todas.

Capítulo 44



A Leo le caían sensacional tanto Irene como Marta, con la que jugaba mucho. Por esa razón, mi sobrina se le tiró encima en cuanto nos vio.

—Quién iba a decir que te gustaban tanto los niños—le comentó Irene cuando vio la escena.

—Es que tu niña es sensacional.

—Y tú un pelotero. Te la regalo, por listo.

—Me la llevo, ¿eh? Sin problema. Y así, cuando salga Hugo, ya tendremos la parejita.

—Tú no sabes lo que pide por esa boca tan pequeña que tiene. Pero vaya, que tienes pasta de sobra. Te la voy a regalar, sí...

—Mamá, ¿eso es porque solo quieres estar con tu nuevo novio? —demandó ella su atención.

—Yo soy ese nuevo novio. Mauro—le dio la mano a Leo.

—Pues este es mi cuñado y ella es mi hermana, la petardita de Daniela, esa a la que no quiero ni nada—nos presentó.

—Yo tampoco la quiero. En realidad nos odiamos, pero hacemos muy bien el papel—le contó.

—Es que son actrices, como voy a ser yo—le comentó Marta.

—¿La semana pasada no querías ser astronauta? —le pregunté porque cada una que pasaba cambiaba de idea.

—Sí, pero eso ya está muy lejano. Ahora he pensado en que voy a ser actriz.

—Y la semana que viene *influencer*, ya lo verás—opinó mi hermana.

—Eso es porque esta niña tiene imaginación, ¿verdad? —Leo la sentó en sus piernas.

—Tanta como tú dinero. ¿Me compras un patinete, tito Leo?

—Me caigo muerta de la vergüenza. Señorita, ¿cómo se te ocurre pedirle nada a Leo? ¡¡Y encima eso!! Por encima de mi cadáver.

—Me temo que no va a poder ser—le comentó abriendo mucho los brazos.

—¿Lo ves? Tampoco él te lo puede regalar—se unió Mauro a la conversación.

—¿No me digas que también te lo ha pedido? —le pregunté a aquel chico de sonrisa franca y pelo ligeramente largo que encajaba a la perfección con el gusto de Irene, a quien encontré tan feliz como a mí misma.

—¿Y tú lo dudas? La pillé anoche haciéndole chantaje emocional, por eso estoy que la quiero rifar. Ya le he dicho que se ande con ojo o le va a caer el primer castigo gordo de su vida, que no se me irá de las manos.

—¿Cómo se te va a ir de las manos este angelito?

—Ole mi tita Daniela. Tú sí que me entiendes—me dio un abrazo Marta.

—Pero no te va a comprar nada, que pides más cada día.

—Bueno, pues entonces voy a dar de comer a los patos—señaló a un pequeño estanque que había cerca—. Para que veas que no solo pido, sino que también soy generosa.

—Con el dinero de los demás, que ese pan lo pagamos nosotros, lista.

Se marchó y todos sonreímos.

—Sabe latín esta niña.

—Eso es bueno, así no la pisarán.

—Y mi sobrino qué tal. No sé cómo lo hace, pero nos tiene todo el día pensando en él, el jodido.

—Está muy bien, Irene, muy bien.

—¿Tengo más sobrinos y no me he enterado? ¿Una cigüeña demasiado adelantada os ha sobrevolado? Porque pregunto por Hugo y, además, no es el Día de los Inocentes.

—Hugo, Hugo está muy bien. Cantando otra vez y ¡hasta ha empezado a estudiar y a leer!

—Alguien me debe pasta—la miró Mauro.

—Oye, que vas a pedir tú más que mi niña...

—No te la pienso perdonar, que lo sepas—le decía cómplice.

—¿De qué va esto?

—De una apuesta que hicimos. Resulta que soy terapeuta. Trabajo en un centro en el que tratamos adicciones...

—Y en el que pronto me tendrán a mí, porque me estoy haciendo adicta a él—se burló mi hermana.

—No te desvíes del tema, Irene. Me aposté con ella a que en poco tiempo, tras lo de su fuga, mejoraría mucho. Y hasta que comenzaría a hacer esas cosas.

—Lo siento, mi niña, pero es que no me lo creía. No tan pronto al menos.

—No tienes que sentir nada, Irene. Hugo se ha comportado como para que no nos fiásemos ni un pelo de él.

—Pues hay que darle un voto de confianza total. Y más ahora—intervino Mauro.

—Es cierto, Irene. Hasta me ha invitado a volver el domingo que viene.

—¿Y no es porque vaya a fabricar una bomba ni nada? Leo, me alegro mucho por ti—le abrazó.

—Y a mí me ha abrazado ¡¡y besado!!

—Bueno, bueno. Esto mejora por momentos. Vamos a pedir una botella de buen vino y nos la pimplamos del tirón, que hay que brindar por todas las cosas buenas que nos están sucediendo.

—¡¡Y por Hugo!! —exclamé.

—Por Hugo siempre... Qué ganas tengo de que pueda compartir momentos como estos con nosotros—comentó su padre.

—Y no veas si hace tiempo que no lo hace. Estaba muy encerrado en sí mismo—le contamos.

—Tiempo al tiempo. De aquí a nada, ese chaval os estará dando mogollón de satisfacciones—afirmó Mauro.

Era una suerte contar con alguien así en la familia. Toda ayuda era poco y todo el ánimo que nos infundieran también. Leo se empeñó en invitarlos a todos, como era su costumbre.

—De eso nada, tú no pagas. Si acaso, nos echas una manita con el chaval cuando salga, que igual nos hace falta—le comentó.

—Pero que nuestro hijo no es adicto—le recordé.

—Solo a mangan ciertas cosas y a hacerte la puñeta—me soltó mi hermana, a quien el vino le había hecho algo de efecto—. Pero tú tranquila, que la manía se la quitamos de raíz, te lo prometo.

—Ay, cariño... Qué contenta te veo.

—Pero contenta, no veas cómo me ha puesto el vino, ¿te llevas un ratito a tu sobrina y me la distraes mientras yo distraigo a mi novio?

—Cómo no... Con las que yo te debo.

—Pues eso, a pagar.

—Por Hugo siempre... Qué ganas tengo de que pueda compartir momentos como estos con nosotros—comentó su padre.

—Y no veas si hace tiempo que no lo hace. Estaba muy encerrado en sí mismo—le contamos.

—Tiempo al tiempo. De aquí a nada, ese chaval os estará dando mogollón de satisfacciones—afirmó Mauro.

Era una suerte contar con alguien así en la familia. Toda ayuda era poco y todo el ánimo que nos infundieran también. Leo se empeñó en invitarlos a todos, como era su costumbre.

—De eso nada, tú no pagas. Si acaso, nos echas una manita con el chaval cuando salga, que igual nos hace falta—le comentó.

—Pero que nuestro hijo no es adicto—le recordé.

—Solo a mangan ciertas cosas y a hacerte la puñeta—me soltó mi hermana, a quien el vino le había hecho algo de efecto—. Pero tú tranquila, que la manía se la quitamos de raíz, te lo prometo.

—Ay, cariño... Qué contenta te veo.

—Pero contenta, no veas cómo me ha puesto el vino, ¿te llevas un ratito a tu sobrina y me la distraes mientras yo distraigo a mi novio?

—Cómo no... Con las que yo te debo.

—Pues eso, a pagar.

Capítulo 45



Lunes por la mañana y el despertador a tope. Amanecí en el ático de Leo, en el que cada vez me quedaba más noches. No en vano, mi hermana apenas me necesitaba ya porque contaba con la compañía de Mauro.

—Buenos días por la mañana, bombón—me besó.

—Buenos días. Dime que esta semana va a ser buena. No quiero que vuelvan los problemas.

—¿Qué problemas? Si todo se está solucionando y las cosas no pueden pintar mejor.

—Eso es cierto.

Poco sabía yo que iba precisamente de pintadas la cosa. Y de unas que me amargarían el día.

Llegamos en su coche hasta la empresa y vimos a Judith con las manos en la cabeza.

—Lo siento. He pedido que traigan unos trapos y agua, por ver si se pueden quitar, pero todos las han visto y se han enterado.

Tenía un verdadero ataque de ansiedad la chiquilla.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —me pregunté con rabia en los ojos. La misma que llamó a una ira que salió en forma de lágrimas.

—¿Quién va a ser? Alguien que se fue echando pestes por la boca, aunque te juro que nos las va a pagar. Heller nos las pagará.

—¿Y cómo se ha podido enterar? Yo solo se lo conté a...

Miré a Judith en ese momento en el que me fui hacia ella.

—Daniela, te prometo que de mi boca no ha salido ni una palabra, ¿tú me ves aspecto de airear tu vida privada? Es que ni de coña, vaya.

—Pues no, cielo, en eso tienes razón. Perdona, es que se me ha ido la chota al ver el plan.

La fachada estaba llena de pintadas que aludían a que yo estaba liada con el CEO, con Leo, y a que lo hice porque tenía un hijo con él que no era más que un delincuente.

Me tuvieron que llevar para dentro y todos nos miraban. Trataban de disimularlo, pero nos habíamos convertido en la comidilla.

—Un momento, por favor. Pedidles a vuestros compañeros que salgan de sus despachos y que vengan aquí, al hall—les pidió Leo.

—¿Qué vas a hacer? Todos pensarán que soy una aprovechada, que...

—Eso déjalo de mi mano. Yo me encargo. Te prometí que no te volvería a fallar y no pienso hacerlo.

—Ya lo veo, Leo, pero esto es el caos. Esa terrorista emocional me ha ensartado con la navaja de su lengua. En este caso, de sus pintadas.

—Te ha quedado muy fino, Daniela. Lo que no sabe es que no le valdrá de nada. Pienso lavar tu nombre ahora mismo.

Enseguida estuvimos rodeados por todos, quienes me miraban con intriga.

—Ante todo, buenos días—comenzó a decir—. Supongo que esas miradas obedecen a que de repente no sabéis quién es Daniela, dado que se la ha tratado de desacreditar por completo con esas calumniosas pintadas de ahí fuera. Sabéis muy bien que Hellen fue despedida hace unos días y que no salió de esta empresa con el mejor pie. Pues bien, ella ha tratado de echar mierda sobre la mujer con la que comparto mi vida, y que sí, es la madre de mi hijo Hugo. Tengo un hijo y os lo anuncio con la mayor de las alegrías.

¹ —Leo, no es necesario que sigas—le pedí.

—Sí que lo es, Daniela. Tú ya hiciste demasiadas concesiones por mí cuando te abandoné hace muchos años, al anunciarme tu embarazo. No merecía tu perdón, pero lo busqué. Y en esa búsqueda, me reencontré contigo y conocí a Hugo, nuestro hijo, un chico que ha tenido sus problemas, sí. ¿Y qué? Me siento muy orgulloso de cómo está reaccionando y de la persona en la que, poco a poco, se va a convertir.

—Y yo también—corroboré dirigiéndome a todos.

—Dicho esto, quiero aclarar que Daniela no quiso hacer valer su condición de madre de mi hijo para lograr el puesto de trabajo que ocupa, todo lo contrario. Cuando descubrió quién era yo, un dato que ignoraba hasta que me vio la cara tras años de tenerme la pista perdida, quiso volar de aquí. Tuve que emplearme a fondo para lograr que lo reconsiderase y la necesidad de ayudar a nuestro hijo fue lo que terminó por convencerla.

—Eso es verdad, eso es verdad. Un aplauso para ella—pidió Judith.

—Que no, mujer, que yo no merezco ningún aplauso—la miré con horror.

—Los mereces todos por ser una madre valiente y una mujer luchadora que sacó adelante sus estudios en las condiciones menos favorables. Si he dicho antes que estoy orgulloso de nuestro hijo, de ti mucho más, Daniela. Ven aquí—me tomó por la cintura y me besó delante de todos.

La gente comenzó a aplaudir y él se unió a los aplausos. A mí los cachetes me quemaban porque no me gustaba ser el centro de atención y me había convertido en él de manera improvisada.

Si Hellen creía haber hecho daño con su gesto, el tiro le salió por la culata. La gente comprendió que fue Leo quien me persiguió a mí para ofrecirme el trabajo y yo quien corrí despavorida al principio. También supieron todos que contaba con la cualificación para ello, aunque mi currículum no fuese tan potente como el de otras personas que contaban con más tiempo libre para labrarse un futuro que yo.

Me dio la mano y salió caminando conmigo hacia su despacho.

—¿Crees que les ha quedado claro que te admiro y que me muero por tus huesos o vuelvo y les doy otro repaso? —me preguntó mientras me besaba en el ascensor.

—¿Y si el repaso mejor me lo das a mí? Porque no veas si me has puesto diciendo esas cosas—le guiñé el ojo.

—Y yo también—corroboré dirigiéndome a todos.

—Dicho esto, quiero aclarar que Daniela no quiso hacer valer su condición de madre de mi hijo para lograr el puesto de trabajo que ocupa, todo lo contrario. Cuando descubrió quién era yo, un dato que ignoraba hasta que me vio la cara tras años de tenerme la pista perdida, quiso volar de aquí. Tuve que emplearme a fondo para lograr que lo reconsiderase y la necesidad de ayudar a nuestro hijo fue lo que terminó por convencerla.

—Eso es verdad, eso es verdad. Un aplauso para ella—pidió Judith.

—Que no, mujer, que yo no merezco ningún aplauso—la miré con horror.

—Los mereces todos por ser una madre valiente y una mujer luchadora que sacó adelante sus estudios en las condiciones menos favorables. Si he dicho antes que estoy orgulloso de nuestro hijo, de ti mucho más, Daniela. Ven aquí—me tomó por la cintura y me besó delante de todos.

La gente comenzó a aplaudir y él se unió a los aplausos. A mí los cachetes me quemaban porque no me gustaba ser el centro de atención y me había convertido en él de manera improvisada.

Si Hellen creía haber hecho daño con su gesto, el tiro le salió por la culata. La gente comprendió que fue Leo quien me persiguió a mí para ofrecerme el trabajo y yo quien corrí despavorida al principio. También supieron todos que contaba con la cualificación para ello, aunque mi currículum no fuese tan potente como el de otras personas que contaban con más tiempo libre para labrarse un futuro que yo.

Me dio la mano y salió caminando conmigo hacia su despacho.

—¿Crees que les ha quedado claro que te admiro y que me muero por tus huesos o vuelvo y les doy otro repaso? —me preguntó mientras me besaba en el ascensor.

—¿Y si el repaso mejor me lo das a mí? Porque no veas si me has puesto diciendo esas cosas—le guiñé el ojo.

Capítulo 46



Cerramos la puerta de su despacho, el mejor de todo el edificio como era lógico, y uno muy amplio que me encantaba. Estaba decorado que era una maravilla. Bajó el estor que lo separaba del mío y se sirvió una copa, algo que no hacía jamás a esas horas.

—No me mires así de sorprendida. Es que semejante manjar no puedo degustarlo a palo seco.

—Pues hubieras pedido un café—le contesté y causé su risa.

—No sé cómo puedes resultarme tan apetecible. Es más, no me resultas, lo eres...

—Soy una joyita, sí, es cierto—resoplé y miré al mando del aire acondicionado.

Sentía un calor inmenso. Ya era otoño, pero tener a Leo así delante de mí, apurando su copa y demás... Eso hacía que mi cuerpo ardiese. Su boca no parecía real, sino una dibujada, dada la perfección de sus definidos labios y ese par de ristas de blanquísimos dientes que asomaban en cada una de sus sonrisas, en las cuales me perdía.

Comenzó a desabrocharse los pantalones al mismo tiempo que tiraba de mi vestido hacia arriba. Yo llevaba uno de punto, en blanco roto y con manga corta que era una virguería, el cual me quitó enseguida también.

Para que no se transparentase, mi ropa interior era igualmente en ese tono, lo mismo que mis altas botas, las cuales no me quitó de momento.

Me dio la vuelta para desabrocharme el sujetador y masajé mis nalgas con la otra mano, dado que quedaron a su vista debido a que llevaba un tanga.

A continuación, me colocó sobre la mesa con botas y todo. La imagen era muy morbosa. Yo la veía reflejada en un espejo que había en la pared, en el cual disfrutaba de contemplarnos juntos mientras que sus ojos me hablaban de lo delicioso que le resultaba mi ser.

El tanga voló enseguida por los aires y él lo siguió con la vista. A renglón seguido, la puso en mí, lo mismo que

hizo con su lengua, la cual recorrió mi sexo al completo, primero por fuera y luego por dentro, con su punta haciendo una incursión en ese estrecho canal que luego recorrería su miembro.

El sudor, materializado en una fina capa, me empapaba, lo mismo que a él. Daba igual que hubiese seleccionado una baja temperatura en el mando. Ese sudor provenía de un calor interno, de un calor que me consumía y que me llevaba a quererme fundir con él, lo mismo que le sucedía.

Mis rodillas temblaban y yo era consciente de que ese temblor le resultaba delicioso. Mientras, su lengua dio paso a sus dedos, que ya estaban tan dentro de mí que los sentía en mis mismas entrañas.

, Gimoteé mientras que mis dientes superiores aprisionaron mi labio inferior. También era ese un gesto que le fascinaba en mí y que le endurecía, como comprobé en cuestión de segundos. Leo estaba duro, muy duro.

Cuando un gemido de alivio llegó por mi parte y la forma en la que arañé su espalda le indicó que me había corrido, me pidió que gritase.

—No te cortes, no hay nadie más en esta planta y te dije que el despacho está insonorizado.

—Es cierto, es cierto—le decía mientras que mis labios buscaban a los suyos porque me costaba renunciar a esa serie de besos que depositaba en mi boca, los cuales me proporcionaban la energía que necesitaba para vivir.

, En el momento de penetrarme, se decantó inicialmente por la mesa, en cuyo borde coloqué mis piernas. Ni siquiera se había desnudado, tan solo su virilidad asomaba por su cintura. Entonces se retiró los pantalones y se abrió la camisa.

, La forma en la que lo hizo provocó que mi clítoris palpitase. Cualquier movimiento por su parte me valía para poner la fábrica de mis fantasías en marcha. Estaba tan locamente enamorada de él que sus imágenes me asaltaban durante el día y se colaban en mis sueños por la noche.

Tras hacérmelo sobre la mesa, tomándome de las piernas, me llevó contra una pared. Me volvía majara que lo hiciera así. Y más cuando sabía que, previo a la penetración, vendría un cacheo que me puso los vellos de punta y que provocó que chorrease para él hasta el punto de que, al notarlo, se agachó para beber de mí.

Una vez hubo terminado, se levantó y entonces me penetró contra aquella pared sobre la que dejé caer las palmas de mis manos. Adoraba que me lo hiciera así, me parecía morboso al máximo y, por ello, derrochaba unos jadeos que servían de música de fondo para un acto sexual en el que, dada su invitación, no faltaron mis gritos.

Terminamos en el sofá que también había en su despacho. En uno comodísimo y de varias plazas que nos sirvió de improvisado nido de amor. En él nos quedamos charlando cuando el alivio nos dejó relajados a ambos.

—Te voy a cuidar siempre, Daniela. Y a Hugo también. Pierde cuidado porque todo el daño que os pudiera venir, ya os ha venido.

—Lo sé. Ya está bien... Quiero disfrutar de momentos como estos, de momentos en los que me siento en una nube.

—¿Te hago sentir en una nube? Te aseguro que nunca sentirás que hayas bajarte de ella.

—Te quiero, Leo. Comienzo a quererte de nuevo con toda mi alma.

—Y yo a ti, Daniela, con la diferencia de que ahora te voy a querer bien. Te prometo que voy a hacerlo.

—¿Te has dado cuenta de que es lunes y hora de trabajar?

—¿Y te parece poco el mitin que acabo de dar? Más el trabajo extra que me ha caído después—me sonrió con picardía.

—Eso no puedo negarlo, porque yo apenas me he movido.

—Ni falta que hacía. Daría la vida por proporcionarte todo el placer que mereces.

—Ay, por favor, no me digas esas cosas porque entonces me vas a poner de nuevo y claro... Te haré una petición, tú no te negarás ¡¡y comenzará el lío!!

—Pues que comience, preciosa mía, que comience otra vez.

—¡¡Tú lo has querido!!

—Te voy a cuidar siempre, Daniela. Y a Hugo también. Pierde cuidado porque todo el daño que os pudiera venir, ya os ha venido.

—Lo sé. Ya está bien... Quiero disfrutar de momentos como estos, de momentos en los que me siento en una nube.

—¿Te hago sentir en una nube? Te aseguro que nunca sentirás que hayas de bajarte de ella.

—Te quiero, Leo. Comienzo a quererte de nuevo con toda mi alma.

—Y yo a ti, Daniela, con la diferencia de que ahora te voy a querer bien. Te prometo que voy a hacerlo.

—¿Te has dado cuenta de que es lunes y hora de trabajar?

—¿Y te parece poco el mitin que acabo de dar? Más el trabajo extra que me ha caído después—me sonrió con picardía.

—Eso no puedo negarlo, porque yo apenas me he movido.

—Ni falta que hacía. Daría la vida por proporcionarte todo el placer que mereces.

—Ay, por favor, no me digas esas cosas porque entonces me vas a poner de nuevo y claro... Te haré una petición, tú no te negarás ¡¡y comenzará el lío!!

—Pues que comience, preciosa mía, que comience otra vez.

—¡¡Tú lo has querido!!

Capítulo 47



Al final de aquella semana, que transcurrió sin más sobresaltos, Leo llegó de una reunión.

—¿Has hecho otro negocio de esos que pronto te situarán como el mejor CEO del país? —le pregunté cuando se acomodó en la entrada de mi despacho.

—Solo me pregunto una cosa, solo una...

—Venga, dale, ¿qué cosa es esa?

—Que no entiendo todavía cómo se puede ser tan bonita, Daniela. No me entra en la cabeza.

—Ya, pero tú vienes muy contento. Y bonita me sueles ver o al menos eso me dices, ¿qué más ha pasado?

—Chica lista, no se te va ni una.

—No, no se me suele ir, ¿qué sucede?

—¿Te acuerdas de mi colega, ese con el que me reuní no hace mucho?

—Sí, tu competencia, pero que os lleváis bien.

—Exacto. Borja se llama... Pues vengo de verle.

—¿Y para qué? ¿Os quedaba algún fleco por cortar?

—Correcto. Uno del que me he enterado y vengo de cortar de raíz.

—No sé de qué me hablas.

—Pues de que llegó a mis oídos esta mañana que Hellen trabaja ahora para él. Y va a ser que no.

—Qué jodida. Se ha ido con la competencia, claro.

—Pues sí. Y, como comprenderás, lo he solucionado. Se supone que había firmado el contrato y que comenzaba el lunes. Y se va a encontrar con una buena sorpresa cuando llegue y le digan que ya no hay contrato, que voló...

—¿Y Borja puede hacerlo?

—Puede y lo hará. Hellen no se iría de rositas después de lo que ha hecho y tampoco permitiría que Borja metiese en plantilla a una bruja como esa. Se ha quedado en el paro.

e

—Menos mal que no necesita coche, que esa va en escoba y no gasta combustible, porque las cosas se le están poniendo feas.

—¿Y qué esperaba? ¿Jodernos así la vida y quedarse tan tranquila? Jamás he pretendido hacerle daño a nadie y no es mi estilo. Si te lo hice a ti en su día, te prometo que no fue mi intención. Pero no voy a consentir que toquen a los míos, te prometo que no.

—Lo sé, amor, lo sé. Ella se lo ha buscado con sus maldades.

—Es viernes, ¿nos escaqueamos esta tarde?

—Qué raro en ti, no me lo has propuesto nunca.

—¿Ah, no? Pues entonces tendrá que ser hoy la primera. Ven, que quiero enseñarte algo—me dio la mano y me sacó del edificio—. Sube en el coche.

—¿Qué quieres que vea?

—Vamos a un sitio y saldrás de dudas. Me la entregan justo ahora.

—¿Qué es lo que te entregan?

—Ahora lo verás, cariño, ahora lo verás.

Llegamos a un concesionario de motos y los ojos se me abrieron mucho.

—¿Te vas a comprar una moto?

—No, me he comprado una moto. Tendrás que probarte tu casco. Debe quedarte perfecto para que te proteja—
me besó.

a

—¿Es esa? ¿Es esa? —le pregunté cuando se paró delante de ella.

Se trataba de un concesionario Harley Davidson y la moto que me señalaba era la más chula que hubiese visto nunca.

—Esta es, ¿te gusta?

—Bromeas, ¿es una chulada!! ¿Tú sabes lo que flipará Hugo cuando la vea? Le fascinan las motos, de ahí que tratase de robar aquella mierda de ciclomotor.

—Pierde cuidado. No volverá a hacer algo así. Y ahora es el momento de que disfrutemos de nuestro primer paseo en esta maravilla.

—Dios, menos mal que vengo en pantalones, que si no...

—De eso nada. Vamos a comprarnos ropa. Ve mirando.

—¿Ropa de motera? ¿Y me quedará bien?

—¿Es una broma? Habrá accidentes en la carretera por mirarte con ella.

;

—No me digas eso, que me pones más nerviosa.

Salimos de allí vestidos de moteros de arriba abajo. Yo no me había sentido tan sexy en la vida, con mis pantalones de cuero y demás, que me hacían tipazo. La idea era recorrer la sierra y así lo hicimos. Ni siquiera paramos para almorzar hasta haberla probado hasta la saciedad.

—No sabía que condujeras motos—le comenté porque la llevó con mucha suavidad, para que no sintiese miedo. Ya estábamos picando algo, porque a la hora que nos sentamos habían cerrado hasta la cocina del bar.

—Me compré una después de dejarte, pero te echaba de menos y terminé por venderla hace unos años.

—¿Cómo me ibas a echar de menos si nunca llegué a montar contigo?

—¿Y eso qué más da, bombón? Hay muchas situaciones en las que te he echado de menos, muchas, en todos estos años. Y ahora te veo aquí, a mi lado, y me cuesta creerlo.

—A mí también me cuesta creerlo. Mucho, pero que sepas que estoy muy a gusto. Vamos a hacernos una foto que le enseñaremos a Hugo el domingo. Ya falta menos para ir a verle.

—Estoy deseando contarle, ¿dejarás que le dé una vuelta cuando salga?

—Qué remedio, con lo que le gustan. Ahora bien, si le pasa algo a mi niño, la vuelta te la doy al pescuezo.

—¿Crees que dejaría que le pasara algo? Daría mi vida por él si fuese necesario, lo mismo que por ti.

—Va a ser verdad que los extraterrestres existen, porque por ti debió venir una nave y te hicieron una de esas cosas raras que hacen.

—¿Me abdujeron?

—No sé, no sé qué agujero te tocaron, pero te cambiaron para siempre—me burlé.

—Oye, que conste que no me tocaron ningún agujero.

—Yo eso no lo puedo saber. Lo único que sé es que no eres el mismo.

—Ni lo seré nunca. Espero que te hayas enamorado de este Leo y no del otro, porque ya no existe.

—Y tú sabes muy bien que del otro no quería saber y que de ti quiero. Es más, a ti es que te quiero, te quiero con toda mi alma.

—Y yo a ti, chiquitaja, y yo a ti.

—Tan pequeña no soy.

—A mi lado sí, pero más grande tienes el interior.

—Ya, y lo que no es el interior, que me estás mirando las tetas.

Capítulo 48



Hugo se echaba las manos a la cabeza el domingo cuando le enseñamos la foto de la moto.

—¿Es ese modelo? —le pregunté a Leo en cuanto mi hijo lo dijo en alto.

—Ya lo creo que lo es. Veo que entiendes de motos también...

—A mí es que me flipa todo lo que tenga ruedas. Mamá, ¿dejarás que dé una vuelta con él cuando salga? —me preguntó.

—Eso se lo tendrás que pedir a Leo. Yo no estoy aquí de mediadora ni nada parecido. Es tu padre y te está escuchando, que no es sordo.

—Papá, ¿me darás esa vuelta? —le preguntó y tanto a Leo como a mí, al unísono, se nos llenaron los ojos de lágrimas. —¿He dicho algo que no debiera? —nos interrogó porque ni siquiera había caído en la cuenta.

—Me has dicho papá, hijo—le respondió sorbiendo por la nariz.

—Anda, pues no me he dado ni cuenta.

—Ya, que no lo sientes así, pero que te ha salido—le comentó.

—En realidad, si me ha salido, será que lo siento. No soy un convenido, ¿verdad, mamá? Soy otras cosas chungas, pero no esa. Creo que podría acostumbrarme a llamarte así.

—Eso está muy bien, hijo—le aseguré mientras a Leo se le encogió el corazón.

—Bueno, menos drama. Te he escrito una canción, mamá.

—¿A mí? ¿Me has escrito una canción? ¿No me engañas?

—Pues vaya engaño idiota que sería ese. Si no la hubiera escrito yo, te metes en Internet y me cazas del tirón. Tan gilipollas no soy.

—Hugo, esa boca.

—Vale, pues que no soy un chalado, ¿la quieres escuchar? No es rock, es rap.

—Es lo que más te gusta y en lo que pones el corazón. Me va a encantar escucharla, hijo.

—Está bien, te la canto...

Lo hizo con todo el sentimiento y casi me da algo. Lloraba con hipo. Leo tampoco podía contener las lágrimas. Era un rap en el que hablaba de que habíamos pasado las de Caín juntos, pero que nunca le fallé y que él a mí sí. Hugo me pedía perdón de la mejor forma que sabía hacerlo.

Miguel entró en ese momento en la sala y nos encontró así.

—Hasta a mí me hizo llorar cando la escuché. Este chico tiene madera de rapero, se le da bien de verdad.

—Mamá, ¿te ha gustado? ¿Te vale?

—¿Y tú me preguntas que si me ha gustado, hijo de mi alma? Es lo más bonito que me han dicho nunca, lo más bonito. Y escucharlo de tus labios, el mejor de los regalos.

—Un día de estos celebraremos un festival unos compañeros y yo. Unos cantamos, otros bailan, y hasta un chico hace magia. Estáis invitados, te la cantaré delante de todos.

—Hugo, a mí estas cosas me las tienes que anunciar poco a poco, no sea que me dé un infarto—le comenté.

—Mamá, si tú tienes el corazón como un roble. Con los disgustos que te llevo dados y mira...

—Y grande, también lo tiene muy grande, hijo—le dijo Leo y, por primera vez, él lo aceptó sin quejarse.

—Nosotros también te hemos traído un regalo. Mira, es una trilogía de acción, parecida a la que te leíste—le saqué por cambiar el tema, ya que el llanto me embargaba de emoción.

—Fíjate, Hugo, no te faltará lectura—le comentó Miguel—. La podrás simultanear con tus clases particulares.

—¿Está recibiendo unas clases particulares? No sabía.

—No, las está impartiendo—me informó y casi caigo muerta.

—¿Cómo impartiendo? ¿De qué?

—De inglés. A Hugo se le da muy bien y hay chicos que lo tienen atravesado. Pues nada, les está echando una mano,

—Leo, ¿lo has escuchado? ¡¡Que está impartiendo clases!!

—Mamá, no te flipes, que lo dices como si fuera yo un profesor de esos de los más altos que hay, ¿cómo se llaman?

—Un catedrático, Hugo.

—Pues eso... Que solo les enseño un poco de vocabulario y tal. Los hay que están súper pegados.

—Y eso está genial, cariño, genial. Es que lo escucho y no me lo creo.

—Y yo tampoco. Estamos muy orgullosos, Hugo, mucho—le indicó Leo.

Le dejamos allí con Miguel y, por segundo domingo consecutivo, nos fuimos a comer con Irene, Mauro y Marta con la sonrisa en los labios.

—¡¡Pedazo de moto!! —chilló mi sobrina cuando nos bajamos de ella.

—No creo que seas capaz de pedirle una a tu tío Leo, que solo me faltaría por escuchar—le advirtió su madre.

—No, le pediré una vueltecita y ya, si cae también, el patinete.

—Hija, qué morro tienes. A todo que no, ¡¡a echarle de comer a los patos!!

Le llevaba a Irene la letra de la canción de Hugo, que me la había dado en papel, y los lagrimones de mi hermana cayeron sobre él.

—Quién le ha visto y quién le ve. Este niño está dando un vuelco alucinante, Daniela.

—Creo que sí. Ahora sí. Le tengo delante y no le conozco, para bien. Hoy se ha hartado de reír y ya sabes tú que él, de risa, iba más bien...

—Más bien cortito tirando a que no gastaba ni una. No sabía que supiera reír.

—No seas jodida. Te quiero, hermana. Tú eres parte de este éxito.

—Sí, yo fui la primera que le di un guantazo y oye, ni tan mal.

Disfrutamos mucho porque estábamos felices. Mauro nos decía que Hugo comenzaba a transitar el mejor de los caminos y yo así lo veía también.

Me sentía muy bien y muy relajada. Las cosas iban realmente sensacional y no podía desear más que siguieran así. La tarde se tornó lluviosa y la pasamos en el ático de Leo. Por cierto que, durante aquellas semanas, habíamos amueblado también nuestro piso; el de Hugo y mío.

Solo me faltaba, para sentirme inmensamente feliz, que mi hijo terminase de cumplir su pena y saliese libre. Y para eso cada vez quedaba menos.

—Creo que sí. Ahora sí. Le tengo delante y no le conozco, para bien. Hoy se ha hartado de reír y ya sabes tú que él, de risa, iba más bien...

—Más bien cortito tirando a que no gastaba ni una. No sabía que supiera reír.

—No seas jodida. Te quiero, hermana. Tú eres parte de este éxito.

—Sí, yo fui la primera que le di un guantazo y oye, ni tan mal.

Disfrutamos mucho porque estábamos felices. Mauro nos decía que Hugo comenzaba a transitar el mejor de los caminos y yo así lo veía también.

Me sentía muy bien y muy relajada. Las cosas iban realmente sensacional y no podía desear más que siguieran así. La tarde se tornó lluviosa y la pasamos en el ático de Leo. Por cierto que, durante aquellas semanas, habíamos amueblado también nuestro piso; el de Hugo y mío.

Solo me faltaba, para sentirme inmensamente feliz, que mi hijo terminase de cumplir su pena y saliese libre. Y para eso cada vez quedaba menos.

Capítulo 49



Esa semana nos tocó viajar a Sevilla. En tanto Hugo estuviese en el centro, contaba con la posibilidad de ir de acá para allá con Leo. Al menos eso me llevaba por delante.

Nos fuimos el martes y permaneceríamos en esa magnífica ciudad hasta el viernes. Cada escapada que hacía con él era mejor que la anterior.

Se trataba de una nueva cita de negocios en la que él podía sacar una buena tajada. Las mañanas las dedicábamos a las reuniones y las tardes a pasarlo genial, recorriendo la ciudad, que estaba imbuida de un precioso ambiente otoñal que me parecía maravilloso.

Aquella tarde de miércoles nos tocó perdernos por el pintoresco Barrio de Santa Cruz. Con Leo todo lo veía a fondo, porque le encantaba meterse por cada rincón de la ciudad, enseñarme todos sus secretos y que pudiese saborearlos.

—Si parece un laberinto—le comenté al ver el curioso entramado de sus calles, esas que conducían a plazas, a edificios con mucha historia, a iglesias con sabor antiguo, a patios interiores de casas de esas que te dejan embobadas delante de sus puertas y a bares de tapas... Muchas tapas.

A todo lo que hacía o decía, le ponía emoción, mucha emoción, la misma que me contagiaba.

Paseábamos cogidos de la mano por la Plaza de Santa Marta y por la calle Mateos Gago y no podía dejar de observar las impresionantes vistas que nos ofrecían de ese monumento sevillano donde los haya que es La Giralda.

Después de toda una tarde recorriéndolo a conciencia, terminamos en un conocido tablao flamenco, uno de los más populares de la ciudad, con la intención de disfrutar de un espectáculo que me entusiasmaba con solo pensar en él, pues a mí el flamenquito me va de siempre y él lo sabía.

Nos sentamos y nos sirvieron como a reyes. Leo siempre pedía lo mejor de lo mejor allí donde íbamos y ese día no iba a ser una excepción.

—Ay, por favor, este jamoncito está de muerte—le comentaba viendo cómo se agarraba al plato. Una verdadera delicia para el paladar que degustamos juntos.

—Que estoy pensando que quién fuera jamón para que me mirases de ese modo—bromeó.

—¿Qué dices, tontorrón? Mira que está bueno esto. Pues aun así, me quedo contigo. Si tengo que elegir...

—Ya, como en la canción, que te quedas conmigo. Por cierto, con lo rockera que eres y lo que te gusta también un flamenquito, qué gracia me hace.

—Sí, porque el arte me gusta en todas sus manifestaciones, por supuesto.

—Para arte el que tienes tú. Mira, por ahí vienen guitarristas y cantaores.

—Y la bailaora. Mira qué guapa.

—Para guapa, tú.

—Y para pelotero tú. Vas a decir que la chica no es guapa.

—Ni idea. Yo es que solo me fijo en ti.

—La madre que te parió, Leo. Con lo bala perdida que tú has sido y ahora me vienes con esas.

—Lo fui en otra vida. Nada que ver con esta.

—Ya, ya... Calla, que ya empiezan.

No era el típico show para turistas, sino un magnífico espectáculo de flamenco de pura cepa que disfruté al máximo, hasta con lágrimas en el último momento.

—Yo habría podido ser bailaora de flamenco—le decía en el descanso y él me sonreía.

—Si es que vales para todo, preciosa mía.

—En serio. Es que el flamenco transmite mogollón y a mí me llega mucho.

—Y a mí me llegas tú, ¿te has fijado en qué maravilla de temperatura tenemos? —caminábamos en dirección al coche.

—Sí que lo es. Todo es impresionante cada vez que viajamos. Aunque, sí te digo la verdad, le temo a las vueltas porque siempre es como si un problema nos estuviese esperando.

—Esta vez no. Ya se han gastado—me sonrió.

—¿Ya se han gastado? Mira que eres bobo. Yo creo que no.

—Chica de poca fe. Pues sí, ya se han gastado. No hay más, no quedan...

—Ojalá. Ya falta menos para que Hugo salga. Qué ilusión me hace. Mira, esa es su marca preferida de camisetas—le conté al pasar por un escaparate.

—¿Esta? Son chulas... No la conocía.

—Él solo tiene una y de los Reyes del año pasado. Cuestan una pasta.

—Mañana vendremos de compras y le pillaré un montón.

—¿Cómo un montón? Si ya te he dicho que son muy caras.

—¿Y qué? Le llenaré el armario de ellas para cuando regrese.

—Te lo agradezco mucho, Leo, pero debemos andar con más cautela.

—Vale. Que eso sería malcriarle, ¿es a lo que te refieres?

—Exacto. Y no es plan. Ahora debemos ir con cuidado... Mimarle cuando salga, pero sin pasarnos. No se lo podemos poner todo en bandeja y que piense que ya no tiene que esforzarse más. Por primera vez en su vida lo está haciendo y por sí mismo. Y así debe continuar.

—Entiendo. Vas a tener que explicarme muchas cosas, muñeca. Estoy muy verde como padre—suspiró.

—Para ser un buen padre, solo hay que pretenderlo y que tu hijo te importe mucho más que el resto. Ya con eso lo tienes todo ganado.

—Entonces voy por buen camino. Te adoro, pero Hugo está en mi mente 24/7, como dicen los chicos ahora.

—Mira, eso es bueno, que te empapes de su forma de hablar, porque te aseguro que a veces parecen hacerlo en otro idioma.

—De eso ya me voy dando cuenta. Pues nada, me empaparé. Quiero hablar el mismo que él para que nos entendamos.

—Ya os vais entendiendo, se nota. Y con lo de la moto ni te cuento. Ese niño venía para piloto, me parece. Que no te dé nunca coba y se la lleve, que es capaz.

—Hugo puede ser un poco pájaro, pero no te olvides de que yo eché a volar antes que él.

—¿No me digas? Menudo vuelo el que cogiste, pajarito.

—Voy a portar esa cruz por el resto de mi vida y me lo merezco.

—Menos hacerte la víctima, que es pronto para que se me olvide.

—Entonces voy por buen camino. Te adoro, pero Hugo está en mi mente 24/7, como dicen los chicos ahora.

—Mira, eso es bueno, que te empapes de su forma de hablar, porque te aseguro que a veces parecen hacerlo en otro idioma.

—De eso ya me voy dando cuenta. Pues nada, me empaparé. Quiero hablar el mismo que él para que nos entendamos.

—Ya os vais entendiendo, se nota. Y con lo de la moto ni te cuento. Ese niño venía para piloto, me parece. Que no te dé nunca coba y se la lleve, que es capaz.

—Hugo puede ser un poco pájaro, pero no te olvides de que yo eché a volar antes que él.

—¿No me digas? Menudo vuelo el que cogiste, pajarito.

—Voy a portar esa cruz por el resto de mi vida y me lo merezco.

—Menos hacerte la víctima, que es pronto para que se me olvide.

Capítulo 50



Las noches con él eran fascinantes. Todas y cada una de ellas. Leo era un amante de diez y me lo recordaba cada vez que nos metíamos en la cama... E incluso antes de meternos.

Aquel día tocó en el ascensor. Se nos dio la coyuntura de que ese en el que nos subimos, en el hotel de lujo en el que nos alojábamos, de pronto sufrió un parón.

El encargado llegó enseguida y se disculpó.

—Lo siento muchísimo. Nos dicen que tardarán un ratito en venir a repararlo, señores. Ni que decir tiene que el hotel les compensará.

Leo me miró y se rio. Yo me reía más...

—Qué me vas a contar... Si es que a nosotros nos ocurre de todo—me carcajeaba sin poder más.

—Esto podemos tomarlo como un problema o como una oportunidad—me dijo comenzando a desabotonar mi camisa.

—Yo es que soy más de oportunidades también—le confesé.

—Pues en ese caso, ya somos dos.

Comenzó a besarme contra la pared y con una fuerza arrolladora. Su cuerpo al completo hacía presión sobre el mío y su virilidad se hacía patente a través de sus pantalones.

Me gustaba muchísimo notar cómo iba a más, cómo se venía arriba conmigo. Yo llevaba una corta faldita debajo de la cual encontró mi sexo, bajo unas pequeñas braguitas que más pronto que tarde estuvieron en el suelo.

Nada más verlas allí, me excitó tanto que cuando sus dedos llegaron a mi sexo lo encontraron totalmente

empapado.

—Siempre a punto—murmuró y más me puso todavía.

Con una de sus manos pellizcaba mis senos que todavía permanecían dentro de mi sujetador, del cual tiró.

—Te lo cargaste, no gano para ropa interior—le confesé mientras mordía mi labio inferior y negaba, porque no tenía remedio.

—Sabes que es la marca de la casa. Te compraré un camión de ellos....

—No, eso corre de mi cuenta, que tengo que sorprenderte. Aunque para lo que me vale... Ese lo estaba estrenando.

—Entonces tendré que subirte el sueldo. Diré que incluyan en la nómina una partida para estas monadas.

—Tú sí que eres una monada.

—¿Yo? ¡¡Ven aquí!! —me cogió por los aires y, sin ni siquiera quitarme la faldita, me penetró. Mis senos sí que habían quedado al aire y él daba cuenta de ellos, succionando a tope. La fuerza con la que lo hacía me anunciaba un orgasmo que no tardaría en llegar y que debería ahogar para no dar un recital que no hubiese pegado a través de la puerta.

Su miembro viril en mí y no podía sentirme más excitada mientras que me ensartaba una y otra vez. Ahogaba mis gritos en su cuello, en ese cuello de Leo que tanto me ponía y que mordisqueaba a placer. También él mordisqueaba, pero mis senos, al mismo tiempo que succionaba, poniéndome al máximo, hasta que uno de mis mordiscos, más fuerte que los anteriores, le anunció que me estaba corriendo.

En momentos así, no perdía el contacto visual conmigo ni un solo segundo. Era como, si al mirarme, se llevara una parte de mí, se quedara con la imagen de esa excitación máxima que salía por mis pupilas y de la cual parecía alimentarse.

Debí poner los ojos en blanco en un momento dado y él continuó. Lo hizo con embestidas aún más fuertes que las anteriores, con embestidas que me llegaban a lo más dentro, que mi vagina acogía con un calor bestial, que me hacían aferrarme a él.

Cuando le pareció que ya era bastante de esa postura, me bajó y me colocó de espaldas a él. Antes de volver a ensartarme, se acuclilló y bebió de mí como solía hacerlo, como solía ponerme cada vez que me demostraba que todo lo que emanaba de mí se convertía en su bebida favorita.

—Realmente afrodisíaco—murmuró relamiéndose mientras que su pene buscaba mi cavidad vaginal y él amasaba mis glúteos, los que se habían convertido en su oscuro objeto de deseo.

No podía ni contestarle. Solo era cuestión de que siguiera buscando ese segundo orgasmo por mi parte que, a buen seguro, no se resistiría. Mis brazos temblaban contra la pared del ascensor y él lo notó. Entonces comenzó a besar el perfil de mi cara, como tranquilizándome. Imposible cuando la excitación se desbordaba entre nosotros como lo hacía.

De nuevo me corrí y entonces me concentré en estrecharme para él. Lo hice en ese instante, apretando su miembro en mi vagina, porque noté que le iba a suceder igualmente de inmediato.

Leo hubo de reprimir el grito que hubiese dado, pues mi gesto le puso también tanto que su corrida fue larga e intensa. Tan larga e intensa como la media hora que permanecemos dentro de aquel ascensor que convertimos en un horno.

Cuando por fin nos abrieron, una señora mayor que esperaba, miró a su marido y le comentó.

—Rodolfo, a ver si hay suerte y se nos para a nosotros también, que hace años que no tengo yo los buenos colores de esta muchacha.

El pobre señor, que tenía una pila de años, negó nada convencido. Para mí que le hizo salir, bastón incluido, a buscar Viagra a la farmacia.

Leo y yo llegamos a la habitación y estuvimos de acuerdo en que lo del ascensor solo había sido una especie de calentamiento para la que sería nuestra última noche en Sevilla, ya que estábamos a jueves y nuestra estancia allí habría llegado a su fin.

Por el sexo no habría problema. En Madrid contábamos con otro buen puñado de noches que compartir. Y cada una de ellas constituía una novedad respecto a la anterior.

La aprovechamos sin perder el tiempo. Habríamos de descansar un poco para emprender la vuelta al día siguiente, pero tampoco sonaría el despertador, por lo que teníamos margen para despertarnos. Y no, el tiempo no estaba hecho para que nosotros lo perdiéramos y menos cuando había sexo de por medio.

Capítulo 51



Hugo nos esperaba con novedades el domingo cuando fuimos a verle. Hablaba bastante y eso ya de por sí era una verdadera novedad.

—Ya tenemos fecha para el festival y estoy ayudando a organizarlo—nos informó.

—¿Ayudando? Eso es estupendo, hijo.

—Sí, mamá. Resulta que Miguel le ha enviado un informe a la jueza con todas las actividades que estoy realizando y es posible que me deje marcharme a casa un poco antes.

—¿Lo has hecho, Miguel? —le miré con agradecimiento.

—No es nada que Hugo no se esté ganando. Se lo merece, claro.

—Y cuando salga, quiero sacarme el B1 de inglés, ¿me podré apuntar en una academia? —me preguntó y si no caí infartada al suelo fue de milagro.

—Claro que sí, Hugo. Es lo mejor que me puedes pedir.

—Irás a la mejor academia, hijo, a la mejor. Y si luego quieres seguir, te puedes sacar...

—Primero que se saque el B1, Leo, y luego ya veremos. No se nos vaya a asustar el pajarito este.

—No me voy a asustar, mamá, ya no. Te lo prometo.

—Más te vale porque tienes mucho que recuperar cuando salgas.

—Y para que te animes, tu madre te ha traído una camiseta—le informó Leo.

—De eso nada. Te la ha comprado él—le informé.

—¿A ver? —abrió el paquete—. ¡¡Toma!! Es de mi marca favorita, ¿cómo lo has sabido?

—Tengo a mi lado a alguien que te conoce muy bien, ¿es tu talla, verdad? Lo digo porque ensanchas por semana.

—Sí, sí. Me está perfecta—dijo tras probársela por encima—. Me gusta muchísimo.

—Pronto estarás en la calle con ella y podrás disfrutarla como es debido con tus colegas.

—Colegas que no tendrán nada que ver con los que has tenido hasta ahora, eso te lo metes ya en la cabeza—le aclaré.

—Lo hemos hablando y Hugo está más que dispuesto a cambiar de ambiente cuando salga.

—Y hasta de instituto va a cambiar, Miguel, yo me encargo.

—Lo veo bien, mamá, todo lo que digas lo estará.

—No me des la razón como a los locos, Hugo, por favor.

—No es eso. Es que lo entiendo, de verdad. Te he fallado y he de afrontar las consecuencias. Estoy más que dispuesto a hacerlo, te lo prometo.

—Sí, Daniela, Hugo y yo lo estuvimos hablando también.

—Lo dice en serio, ¿lo ves? —me indicó Leo.

—Ay, Dios mío, mi niño... Que por fin me entiende. Años creyendo que hablaba en chino y ahora resulta que hasta sé expresarme perfectamente.

—Mamá, no exageres...

—¿Que no exagere vas a decir? Madre mía, que no exagere... Si yo os contara la de conversaciones para besugos que hemos mantenido.

Salí de allí una semana más con la mejor de las sensaciones.

—Dame un buen pellizco, Leo, que aún no me lo creo. No, hombre, ahí no—le dije porque le vi venir con esos dedos que tenía, como tenazas de fuertes, hacia uno de mis senos.

—Ah, no sé, tú no has especificado.

—Ya, ya. Y tú siempre te vas para el mismo sitio.

—Es que la cabra siempre tira al monte. Y tú tienes ahí dos montículos súper atractivos, no es mi culpa.

—Anda, anda. Oye, hoy Irene y Mauro están en la sierra, que la niña la tiene Kiko.

—¿Quieres que vayamos a buscarlos con la moto?

—No, no, que están a su bola. Tienen plan romántico. La tarde se está poniendo gris.

—Es verdad, hay pronóstico de lluvia, ¿sabes qué me apetece?

—¿Plan casero de peli, manta y palomitas?

—Justo. Me has leído la mente.

—Pues no se diga más. Lo veo el mejor.

—Es que tenemos pendiente ver una peli, seguro que ya no te acuerdas de cuál es.

—Ni idea—me contestó y le di con el bolso.

—Hombres—farfullé.

—Ni idea de si es la de “Loco por ella” que me dijiste.

—Pero bueno, si te has acordado.

—Pues claro que me acuerdo. Vamos para casa y te voy a preparar unas palomitas que te chuparás los dedos. En cuanto terminemos con las pizzas que vamos a pedir, claro.

—Eso es un chef y lo demás tonterías: las pizzas encargadas y las palomitas de microondas.

—Es que tú sabes que yo cocinar no, pero comer sí... Comer, como de todo—me contestó libidinoso.

—Sí que lo sé, sí. Venga, tiremos para casa.

Se trató de una tarde fenomenal... Me gustaba mucho salir a la calle y hacer planes con él, pero también esos otros que nos dejaban en casa, a uno en la compañía del otro, compartiendo peli, sofá y confidencias.

—Es muy bonita, la peli es muy bonita. Tiene un puntito nostálgico, pero no le resta belleza—me comentó al terminar.

—Yo también lo tengo. Me refiero a ese puntito nostálgico por todo lo que he vivido.

—Lo tienes, aunque ya está en vías de solucionarse. Yo me encargo—me guiñó el ojo.

—¿Tú crees que puedes hacerlo todo? ¿Tan seguro estás de ti mismo?

—Después de haberte recuperado, sí. Eso era lo más complicado y lo he logrado, ¿qué otra cosa se me puede resistir?

—Tienes una cabeza de chorlito adorable. Te quiero mucho, Leo.

—Yo también te quiero mucho, nena, mucho.

Al día siguiente comenzábamos semana y cada vez lo hacíamos con más ilusión. Haberme convertido en su secretaria nos permitía compartir el día a día, viajar juntos y apenas tener que separarnos. Y eso era algo que nos estaba uniendo mucho en un momento de nuestras vidas en el que a los dos nos apetecía cantidad.

Le adoraba. Es que le miraba y me desarmaba, si es que me quedaba algún arma que esgrimir ante él, que sinceramente creo que para nada.

—Eso es un chef y lo demás tonterías: las pizzas encargadas y las palomitas de microondas.

—Es que tú sabes que yo cocinar no, pero comer sí... Comer, como de todo—me contestó libidinoso.

—Sí que lo sé, sí. Venga, tiremos para casa.

Se trató de una tarde fenomenal... Me gustaba mucho salir a la calle y hacer planes con él, pero también esos otros que nos dejaban en casa, a uno en la compañía del otro, compartiendo peli, sofá y confidencias.

—Es muy bonita, la peli es muy bonita. Tiene un puntito nostálgico, pero no le resta belleza—me comentó al terminar.

—Yo también lo tengo. Me refiero a ese puntito nostálgico por todo lo que he vivido.

—Lo tienes, aunque ya está en vías de solucionarse. Yo me encargo—me guiñó el ojo.

—¿Tú crees que puedes hacerlo todo? ¿Tan seguro estás de ti mismo?

—Después de haberte recuperado, sí. Eso era lo más complicado y lo he logrado, ¿qué otra cosa se me puede resistir?

—Tienes una cabeza de chorlito adorable. Te quiero mucho, Leo.

—Yo también te quiero mucho, nena, mucho.

Al día siguiente comenzábamos semana y cada vez lo hacíamos con más ilusión. Haberme convertido en su secretaria nos permitía compartir el día a día, viajar juntos y apenas tener que separarnos. Y eso era algo que nos estaba uniendo mucho en un momento de nuestras vidas en el que a los dos nos apetecía cantidad.

Le adoraba. Es que le miraba y me desarmaba, si es que me quedaba algún arma que esgrimir ante él, que sinceramente creo que para nada.

Capítulo 52



Cuando llegamos el lunes, Judith nos comentó.

—Leo, no quise decirte nada durante tu estancia en Sevilla, pero que sepas que Hellen se presentó aquí con ganas de gresca. Se hartó de chillar diciendo que ha perdido su nuevo puesto de trabajo por tu culpa. Y no quieras saber qué más cosas dijo de ti.

—Era de esperar—le miré.

—Le comenté que no estarías el resto de la semana y por fin logré que se largase, pero lo pasé fatal, la verdad. Solo quería que lo supieras.

—Está bien, si vuelve por aquí, me avisas de inmediato.

—No sé si volverá, porque le amenacé con llamar a la Policía si volvía hacerlo, pero no veas las burradas que soltó por la boca.

—Amenazantes, ¿no? —le pregunté.

—Mogollón. Si os digo la verdad, esa tía me da un poco de miedito. Para mí que está muy desesperada y que es capaz de hacer cualquier cosa.

—Lo tendremos en cuenta, Judith. Y gracias por la información.

—Ya ves, Leo. Qué menos...

Nos fuimos para su despacho y yo le comentaba.

—Lo que te diga. Que es llegar a Madrid y llovernos los problemas. Por eso, cuando estamos fuera, algunas veces me dan ganas de no volver. Si no fuese por Hugo...

—Hellen no es un problema, tranquilízate. Ahora mismo es un elemento incómodo, ya está. No tiene nada que hacer, en cualquier caso. Y si vuelve por aquí, yo mismo me encargaré. Esa chica demostró no estar muy buena del coco.

—Por eso me preocupa, más que nada.

—Daño no nos va a hacer porque no tiene esa posibilidad, así que quiero verte relajada y ya.

—Pues no sé cómo voy a relajarme.

—Entra, si quieres, y te lo demuestro—me señaló a la puerta de su despacho.

—¿Es que tú todo lo solucionas igual?

—¿Y a ti se te ocurre una mejor forma de solucionarlo?

—Pues va a ser que no... En realidad, no. Venga, pasemos.

—¿Sí? Qué suerte tengo.

Estábamos enganchados al sexo con el otro. Yo era adicta al CEO y él adicto a mí. Y esa era de las mejores cosas que nos estaban pasando, junto con los muchos sentimientos que habíamos logrado refloatar.

Ese mediodía, al salir a almorzar con él, me encontré con una sorpresa muy agradable.

—¡¡Tita, Daniela! ¡¡Mira nuestro coche!! Y tiene el techo solar, se abre...

—Ya lo veo. Si estás de pie y has sacado la cabeza por él, ratoncita, ¡¡qué coche más chulo!!

—Si a mí me gusta, a tu sobrina es que le pierde—me besó mi hermana.

—No me comentaste que lo hubieras comprado.

—Quería darte la sorpresa. Sé lo mucho que te alegras por mí.

—Y que lo digas. Es un coche precioso, lo que te mereces.

—Ahora debo pagarlo, pero sí, ¡¡por fin tengo coche!!

—Coche nuevo, novio nuevo y...

—¡¡Y la niña más bonita del mundo!! —chilló mi sobrina, a quien no le hacía falta que nadie le dijera nada. Ya se lo decía ella todo sola.

Mauro estaba trabajando y Leo las invitó a almorzar.

—Todo esto está muy bien, cuñado, pero que sepas que el jueves por la noche te la robo. Me la llevo a una cenita de chicas para celebrar que me he comprado el coche.

—Ya estás tardando, Irene.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —le puse un puchero.

—Ningunas. Pero tu hermana bien se merece esa cenita y todas las que te pida. Yo aprovecharé para ir a cenar con mi amigo Gustavo esa noche. Me está tanteando y creo que es porque quiere casarse.

—¿Contigo, tito Leo? ¿Se quiere casar contigo?

Las carcajadas de Leo se escucharon en varios kilómetros, porque no podía ni contestarle.

—No, Marta, conmigo no... Que sospecho que quiere casarse con su novia—le contestó cuando pudo, borrando las lágrimas de sus ojos.

—Ah, vale. ¿Y para eso te necesita a ti?

—Sí, un poco... Parece que me necesita un poco.

—¿Acaso eres experto en bodas? Lo que me faltaba por escuchar, ¿tú le has pedido matrimonio a alguien? —le pregunté.

—No, claro que no.

—Me creía...

—¿Estás celosilla?

—¿Yo? Para nada, para nada...

Me pasé al coche de Irene para probarlo con ellas mientras que Leo nos seguía en el suyo. Disfrutamos mucho del almuerzo en familia.

—Mirad, Miguel me ha enviado esto: el domingo será el festival en el centro de menores. Me cuenta que Hugo sigue muy implicado y que él mismo cantará la canción que me compuso.

—Si es que es un artista para todo lo que quiere, ¡ole mi niño! —exclamó mi hermana, quien comenzaba a sentirse muy orgullosa también de él.

—¿Vendréis, no? No os lo podéis perder.

—Claro que iremos. Y si el primo me dejo, la canto con él, tita Daniela, porque yo voy a ser cantante.

—¿Ahora cantante? Lo que tu madre dice, cada semana una cosa.

—Claro, es que tengo tiempo para elegir. Y voy a ser la mejor cantante del mundo.

—Hasta la semana que viene, que quieras ser estilista—reía Irene.

—En nada estaremos así con Hugo también, ya lo verás—me animaba Leo.

—Lo sé. Qué ganas tengo. Me muero por asistir a ese festival el sábado, es que me muero.

—Pues sí, yo también. Y a él le hace mucha ilusión que asistamos. Creo que hasta que asista yo.

—Es verdad, si no se le notaría. Está reaccionando incluso antes de lo que yo pensaba.

—Sí, no es que piense que todo vaya a ser un camino de rosas ni que quiera que vivamos juntos del tirón, pero se está acercando a mí y eso es lo importante.

—A veces, pienso en todo lo que está ocurriendo y no me lo creo.

—Pues ya va siendo hora de que te relajes, pequeña. Hazlo por todos. Tú eres quien lo ha pasado fatal en toda esta historia y te mereces descansar. Deja que yo me ocupe de todo.

—Sí, sí, déjalo, que te lo mereces, petardita. Menudo ejemplo que estás hecha—añadió Irene.

—Que no, yo no soy ejemplo para nadie.

—Sí que lo eres, tita Daniela. Yo he escrito una redacción de ti en el cole, ¿quieres que te la lea? La llevo en la mochila.

—Ay, Dios mío, que me va a hacer llorar.

—Que no, que ya casi no tengo faltas de ortografía—argumentó y las risas nos salieron solas.

—Sí, sí, déjalo, que te lo mereces, petardita. Menudo ejemplo que estás hecha—añadió Irene.

—Que no, yo no soy ejemplo para nadie.

—Sí que lo eres, tita Daniela. Yo he escrito una redacción de ti en el cole, ¿quieres que te la lea? La llevo en la mochila.

—Ay, Dios mío, que me va a hacer llorar.

—Que no, que ya casi no tengo faltas de ortografía—argumentó y las risas nos salieron solas.

Capítulo 53



El jueves por la noche, me estaba arreglando para salir con Irene.

—¿Así de guapa? Espera, que llamaré para que nos envíen un escolta—me besaba en el cuello Leo.

—Anda que tú no vas guapo también para cenar con tu amigo.

—No compares. A mí me sentaría fatal ese vestido.

Lo estaba estrenando. Era verde kaki, sin mangas y con unos encajes en los hombros, de punto muy pegadito, largo y con una abertura lateral muy chula.

Me despedí de él porque Irene pasó a recogerme en su coche. Nos encontraríamos en el restaurante con Paula y Olga, amigas y compañeras de trabajo de ella.

La cena de chicas fue fantástica. Olga acababa de divorciarse en esos días y estaba revolucionada.

—Irene me ha dicho que tu novio está para mojar pan y encima forrado, ¿no tendrá un amigo del mismo estilo para mí? —me preguntaba.

—¿Tú no decías que te retirabas de los hombres por una temporada? —intervino Paula, quien era lesbiana y tenía un bebé que engendró por fecundación in vitro y que dejó al cuidado de su madre.

—Me retiraba de los hombres, pero no de los chollos, guapa. Si surge uno así lo tienes que coger con fuerzas y no soltarte. Como cuando te subes a un caballo y no debes soltar las riendas, por si te llevas un revolcón.

—Un revolcón es lo que estás deseando tú, que te lo veo en los ojitos.

—Y no lo niego, no lo niego para nada. De todos modos, para un trocito de chorizo que me voy a llevar, no cargaré con un cerdo entero a no ser que me convenga mucho.

—Menos mal que alguna dice algo coherente—añadió Paula.

—Yo opino que todos no son iguales, aunque a algunos les cueste un buen puñado de años reaccionar, como ha sido el caso del mío—opiné.

—Pero vamos, que luego le ha comprado un piso y no mira más que por sus ojos—les contó Irene.

—¡¡Así hasta me hago hetero!! —soltó Paula.

—¿Tú? Pero si no soportas meterte por ahí ni un tampón, ¿qué nos estás contando?

—Yo qué sé, Olga. Pues ya me las apañaría.

Nos lo pasamos bomba y luego nos marchamos a tomar una copa.

—Irene, el que tiene pinta de intelectual con las gafitas te está mirando—le anunció Olga.

—¿A mí? Yo ya estoy servida y bien servida con Mauro. Quédatelo tú, que estás necesitada.

—No, a ese lo veo demasiado delicado para mí. Yo ahora lo que necesito es un buen empotrador.

—Como mi Mauro—suspiró Irene.

—Y como mi Leo—me subí al carro.

—Pero a esos no me las vais a prestar, así que me voy a buscarme la vida por ahí.

Había varias pistas de baile y nos quedamos en la latina.

—Yo esto de los *juernes* no lo tengo experimentando—nos comentó mi hermana.

—Pues anda que yo con el peque... Se me va a olvidar hasta cómo se liga—suspiró Paula.

—Pues yo diría que la pelirroja de la barra te está poniendo ojitos—observé.

—¿A mí? —se atusó el pelo—. Pero si tiene un cuerpazo.

—¿Y tú te has visto?

—Lo que pasa es que me siento insegura porque todavía tengo la típica curvita de haber dado a luz, no estoy plana.

—Un poquito de por favor, ¿eh? Que estás sensacional—le comenté—. Hay que tener de dónde coger. Yo he estado muy delgada hace meses y...

—Daba pena—completó mi hermana la frase—. Así que te dejas de complejos y ve para allá, que te va a invitar a una copa y seguro que a algo más.

Me quedé con Irene. Las dos teníamos pareja y, por tanto, nula necesidad de ligar.

—Ese viene por ti, hermana. Quiere baile seguro—le dije al ver a un chico venir flechado hacia nosotras.

—¿Y por qué viene por mí? Puede ser por cualquiera de las dos.

—Porque yo me voy ahora mismo al baño, que no puedo más. Con tantas copas, me lo hago encima.

—Huye, cobarde...

—Que es verdad.

Me metí en el cuarto de baño y sentí pasos tras de mí. A partir de ese momento, solo recuerdo un olor extraño y se hizo la oscuridad.

Cuando volví en mí, había un equipo médico a mi alrededor.

—¿Qué ha pasado, Irene? ¿Qué ha pasado?

—Han intentado drogarte, un chico lo vio y avisó a los de seguridad, que te encontraron en el suelo.

—¿Drogarme? ¿Para qué? ¿Para abusar de mí? No—me eché a llorar.

—No ha sido un hombre, sino una mujer. Igual quería secuestrarte o al saber... El chico quiso retenerla y salió volando. Apenas la vio bien, solo recuerda que llevaba una larga melena oscura y el flequillo cortado.

—Tipo hachazo, como dicen en “8 apellidos vascos”—añadió sin vacilar el chaval, que venía de hablar con la poli.

—Dios mío—me eché las manos a la cabeza—. Así lo lleva Hellen... Juró venganza, la juró... Seguro que quería hacerme daño. Maldita sea.

Leo llegó enseguida y le conté, pues le habían llamado. Se quedó conmocionado.

—Ahora sí que me encargaré de destruirla. Descuida, nunca más se volverá a acercar a ti. Maldita Hellen.

—Sí que es maldita, ¿qué querría hacerme, Leo?

—Nada bueno. Cada vez demuestra estar peor del coco. Te prometo que me ocuparé de todo, de todo.

—Hazlo, Leo—le pidió mi hermana, quien todavía temblaba de pies a cabeza—. Esa tipa es un auténtico peligro, pero que muy peligrosa. Esta noche ha podido ocurrir una desgracia.

—Por supuesto que lo haré. Nadie pondrá en peligro más a la mujer que amo—le contestó.

—Ay, por favor, que me voy a derretir en el suelo—le comenté mareada todavía como estaba—. Yo también te amo, Leo, te amo mucho.

—No aguanto a los heteros—murmuró Paula haciendo el típico gestito de que echaría la pota.

—Venga, venga, dejen espacio—pidió la Policía.

—Tipo hachazo, como dicen en “8 apellidos vascos”—añadió sin vacilar el chaval, que venía de hablar con la poli.

—Dios mío—me eché las manos a la cabeza—. Así lo lleva Hellen... Juró venganza, la juró... Seguro que quería hacerme daño. Maldita sea.

Leo llegó enseguida y le conté, pues le habían llamado. Se quedó conmocionado.

—Ahora sí que me encargaré de destruirla. Descuida, nunca más se volverá a acercar a ti. Maldita Hellen.

—Sí que es maldita, ¿qué querría hacerme, Leo?

—Nada bueno. Cada vez demuestra estar peor del coco. Te prometo que me ocuparé de todo, de todo.

—Hazlo, Leo—le pidió mi hermana, quien todavía temblaba de pies a cabeza—. Esa tipa es un auténtico peligro, pero que muy peligrosa. Esta noche ha podido ocurrir una desgracia.

—Por supuesto que lo haré. Nadie pondrá en peligro más a la mujer que amo—le contestó.

—Ay, por favor, que me voy a derretir en el suelo—le comenté mareada todavía como estaba—. Yo también te amo, Leo, te amo mucho.

—No aguanto a los heteros—murmuró Paula haciendo el típico gestito de que echaría la pota.

—Venga, venga, dejen espacio—pidió la Policía.

Capítulo 54



La denuncia por nuestra parte no se hizo esperar. No había cámaras en el baño, precisamente por eso me atacó allí, pero era evidente que Hellen me la tenía jurada y que, tras los anteriores acontecimientos, fue a por mí.

No tardaron en detenerla y no tenía la menor coartada. Según ella, quien recibió a los agentes en su casa ya con ropa de cama y desmaquillada, estuvo durmiendo allí toda la noche.

No obstante, cuando se vio acorralada, comenzó a despotricar de nosotros todo lo que pudo y más. Y sí, se le vio el plumero respecto a que yo estaba en la punta de los dardos envenenados que enviaba, de forma que terminó siendo detenida.

La cuestión no era ninguna broma. Esa vez se había metido en un buen lio. De momento la dejaron en libertad con fianza a la espera de juicio, aunque de poder demostrarse su implicación, podría pasar una temporada entre barrotes.

El susto lo teníamos en el cuerpo. Ese no nos lo podía quitar nadie.

—Voy a contratar a alguien de seguridad que te acompañe a partir de mañana—me informó Leo.

—¿Yo con guardaespaldas? Ni que fuera Miley Cyrus. No hombre, no.

—Daniela, es cuestión de tiempo solo. Hasta que se celebre el juicio.

—¿Y el día de mañana igual? Me refiero a cuando salga de la cárcel. Por esa regla de tres podría venir de nuevo a por mí. No voy a consentir que me cambie la vida. No se lo ha creído ni ella.

—Pues entonces tendré que convertirme en tu sombra.

—¿Eso es una amenaza? Si ya pasamos todo el día juntos.

—Ya. Pues más lo tendremos que pasar. Tenía muy claro que te amaba y, pese a ello, cuando vi que te podría pasar algo, me ha quedado más claro todavía. Te amo con todo mi alma, Daniela.

—Y yo a ti también, Leo. Ahora tenemos que relajarnos un poco. Ya está al caer el festival de Hugo. No quiero que sepa nada de lo sucedido. Nuestro hijo pasa por su mejor momento y no me perdonaría preocuparle.

—Estoy de acuerdo.

El sábado por la tarde, aún con el tremendo susto en el cuerpo, todos acudimos a ver actuar a Hugo y a sus amigos.

Cuando le llegó el turno fue de lo más emotivo. No se cortó ni un pelo en cantarme y en dedicarme la canción.

—Ay, Leo, que me va a dar algo, nuestro niño.

—Lo ha hecho fenomenal. Es un rapero de diez.

—Pues ahora va a salir otro chico que también rapea—comentó Marta mirando el orden de las actuaciones—. Y luego hay una pelea de gallos—anunció.

—¿Una pelea de gallos? ¿Eso cómo va a ser? ¿No están prohibidas? —se echó Irene las manos a la cabeza.

—Mamá no estás en la onda. Esa es una batalla entre dos raperos, el primo y el otro chico, para ver quién improvisa mejor—negó Marta.

—Anda, no lo había escuchado en mi vida.

Lo disfrutamos mucho.

—Es muy rápido, ágil de mente e inteligente—observaba Leo cuando llegó el momento de la batalla y Hugo se lució—. Para mí es el ganador.

—Pero lo van a dejar en empate para darles ánimos a los dos—previó Marta y no se equivocó.

Cuando se bajaron del escenario, pudimos pasar una hora con nuestro hijo. Esa semana se sustituía la visita del domingo por la asistencia al festival.

—Te la has puesto, te has puesto la camiseta—lo abrazó Leo cuando llegó hasta nosotros.

—Sí, papá, todos se han quedado alucinados con ella, me encanta, pero ¿te importa si me deshago de ella?

—¿Deshacerte, Hugo? Es un regalo, no me parece bien—le respondí extrañada.

—Déjale hablar, Daniela, que se explique.

—Papá es que hay un chico aquí, él no ha actuado... Se llama Manu y era huérfano de padre. Ahora ha perdido también a su madre y está muy triste. Además, es su cumple esta semana.

—Por supuesto, no hace falta ni que te dé permiso. Es la mejor idea, hijo—le respondió con un nudo en la garganta—. Y dile a ese chico que no se preocupe, que yo me encargaré de que pueda tener una vida digna cuando salga de aquí. No se verá desvalido.

—¿Harás eso? ¿Lo harás?

—Tienes mi palabra. Veo que es importante para ti y que cuentas con mucha calidad humana. Soy yo quien debe dar ejemplo y lo haré.

—Papá, gracias, muchas gracias—comenzó a abrazarle mientras a Irene y a mí se nos caían las lágrimas.

Mauro conoció a Hugo ese día. Cuando ya estuvimos fuera, concluyó en que iba por el mejor de todos los caminos.

—Lo estáis reconduciendo. Sois un buen equipo y eso se nota. Hugo lo percibe y redonda muy positivamente en él. Enhorabuena a los dos.

—Gracias, Mauro. Cada vez queda menos para que salga y estoy muy nerviosa. Igual podríamos tenerle en casa en Navidades. Ojalá que sea así.

—Ojalá que lo sea y que las tengamos en paz—concluyó mi hermana, quien se había comido el marrón de todos los sustos de mi vida, incluido el de Hellen.

Nos fuimos a cenar para celebrarlo. Había motivos y decidimos que, siempre que los hubiese, lo haríamos. Cada vez veía más cerca el sueño de tener a Hugo conmigo y encima es que se estaba acercando a Leo a pasos agigantados.

Su gesto de esa tarde, el de ayudar de forma totalmente desinteresada a ese chico y por tiempo indefinido, se había ganado el corazón de nuestro hijo. Y nada me podía hacer más feliz.

La empresa iba viento en popa, nuestra relación a velocidad de vértigo y la recuperación de Hugo por el mejor camino. Puestas las cosas así, concluí que no podía pedir más de la vida.

—Sería avaricia—le confesé a Leo.

—Pues yo debo ser un avaricioso porque te quiero enterita, de arriba abajo, de dentro afuera, de...

o

n

l

s

a

La empresa iba viento en popa, nuestra relación a velocidad de vértigo y la recuperación de Hugo por el mejor camino. Puestas las cosas así, concluí que no podía pedir más de la vida.

—Sería avaricia—le confesé a Leo.

—Pues yo debo ser un avaricioso porque te quiero enterita, de arriba abajo, de dentro afuera, de...

Capítulo 55



—Judith, ¿tú estás segura de que estás bien? —le pregunté a mi niña aquel lunes en el que vi reflejado en su rostro unas grandes ojeras.

—Es que no duermo demasiado. No sé, estoy como alterada.

—¿Por casualidad tienes miedo de que Hellen se cuele aquí y te haga algo? Siempre me dices que eres miedica para ciertas cosas y entraría dentro de la normalidad. De todos modos, Leo ha reforzado la seguridad en este edificio y ella tiene una orden de alejamiento de mí, además. Si le da por saltársela, la lía parda. Va a prisión de cabeza.

—Me alegra saberlo. Supongo que mi inquietud tiene que ver con eso.

—Pues ya te lo puedes ir sacando de la cabeza porque no nos sucederá nada a ninguno, ¿qué te parece si almorzamos hoy juntas?

—Si Leo no se separa de ti desde que te pasó eso. Y lo puedo entender, la verdad. Te quiere con toda su alma y tendrá el miedo en el cuerpo.

—Preferimos pensar que ella ha aprendido la lección, pero las precauciones las tomamos de momento, sí.

—Pues dile que se venga a almorzar también.

—No, es almuerzo de chicas para que me cuentes tus cosas. Tampoco Leo puede meterme en una jaula de oro todo el tiempo. No sería justo.

—Como quieras—se encogió de hombros—. En todo caso, podríamos ir a un japonés nuevo que han abierto muy cerquita de aquí, está casi en los bajos de mi casa. Ya sabes que vivo a nada.

—Vale, ¿tú has estado allí?

—No. Estaba esperando para ir con alguien y no se me ha dado el caso.

—¿Y tus amigas? ¿Qué pasa con ellas?

—Cada una a lo suyo, Daniela. Se han emparejado y no hay quien las pille. Lo entiendo, aunque a veces me siento sola.

—Pues sola no tienes que sentirte porque yo estoy aquí.

—Pero tú tienes novio también, ¿te va genial con él?

—Mejor que genial, lo cual no quiere decir que no pueda sacar algo de tiempo para ti. Y lo haré. De entrada, hoy almorzamos juntas.

—Vale—me anunció encantada.

Lo comenté con Leo y lo vio bien.

—Pero yo te recojo cuando terminéis, ¿te parece? Me quedo más tranquilo.

—Me parece que eres un poco cansino, pero si es lo que quieres.

—Claro, lo haré.

Me alegré mucho de almorzar con ella, porque con tanto sobresalto y disgusto como habíamos vivido apenas reparé en que Judith no se encontraba demasiado bien y me sentía culpable.

—Porque verás, hay una idea que me ronda la mente y estoy por preguntarte, pero espero que no te lo tomes a mal.

—¿Qué debería tomarme a mal, Daniela?

—¿Cabe la posibilidad de que estés embarazada? No me tires con nada, espera. Es que resulta que yo me pasé todo el embarazo de Hugo de lo más ojerosa y sin poder planchar bien la oreja, desde el principio.

—Pues ahora que lo dices. Ay, no, por favor—se echó las manos a la cara y se la tapó.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—Pues que hace así como un mes y algo me acosté con un chico a lo loco.

—¿A lo loco? ¿Sin condón?

—Sin condón, sin sentido y sin nada. Los dos habíamos bebido más de la cuenta y caí en la cagada por la mañana. Espera, que saludo a esa chica que es mi vecina—me comentó parando un segundo y levantándose. La chavala llevaba un bebé en un carrito y le hizo una carantoña.

—No, no... Que son preciosos, me encantan, como el de Isa—lo señaló—, pero no están hechos para mí en este momento.

—Eso lo tendrás que decidir tú, aunque ni siquiera sabes si estás embarazada.

—No, no tengo ni idea, pero ya me has puesto la mosca detrás de la oreja. Y la posibilidad existe, ya te lo he dicho.

—Otra ilusa como yo... También me quedé embarazada de Leo a lo loco, pero chica, que tú ya tienes una edad. Lo primero es que salgas de dudas.

—¿Hacerme una prueba?

—Sí, y ahora mismo. Yo te pienso acompañar.

—¿A comprarla?

—Y a hacértela. Subimos a tu casa un momento y te la haces. Es un lugar más privado que el trabajo.

—Eso es verdad, pero que no puede ser, ¿o sí?

—Poder, puede y tú misma lo acabas de decir. No eches balones fuera. Debes saberlo.

—¿Y eso no es más fiable con la primera orina de la mañana? Es lo que he escuchado.

—Sí, pero solo si te da negativo, que puede ser falso y habría que repetir mañana. Sin embargo, si es positivo, pues darte por embarazada.

—¡¡Me voy a tapar los oídos para no escucharte!!

—Ni aunque te quedes sorda te librarás del problema, en el caso de que lo estés.

—Daniela, no es que trajese mucho apetito, pero es que ya no me queda casi nada. No puedo con el sushi, ¿te lo acabas tú?

—De eso nada, un poquito para cada una.

—Es que no me entra, en serio. Y estoy sintiendo náuseas.

—¿Náuseas? Joder, esto mejora por momentos. Venga, me lo acabo y nos vamos a comprar la prueba.

—¿Me vas a acompañar?

—Pues claro, ya te lo he dicho. Y decidas lo que decidas, en el caso de que sea positivo, no será el fin del mundo.

—Es que yo a ese chico no lo conozco de nada, si no lo tengo ni agendado.

—Para lo que me sirvió a mí conocer a Leo. Si estás embarazada y decirles tenerlo, yo te apoyaré, cariño. Ahora lo importante es que te calmes y que sepas que otras hemos pasado por el mismo camino y aquí estamos.

—Ay, Daniela, que no me estás ayudando. Igual solo tengo un poco de anemia, qué se yo.

—Pues nada, saldremos de dudas en un santiamén, ya lo verás.

—Dudas serán las que me entren a mí si al final resulta que lo estoy, ¿cómo se puede ser tan necia?

—No te tortures más, mi niña. Voy al baño yo también y nos marchamos.

—¡¡Me voy a tapar los oídos para no escucharte!!

—Ni aunque te quedes sorda te librarás del problema, en el caso de que lo estés.

—Daniela, no es que trajese mucho apetito, pero es que ya no me queda casi nada. No puedo con el sushi, ¿te lo acabas tú?

—De eso nada, un poquito para cada una.

—Es que no me entra, en serio. Y estoy sintiendo náuseas.

—¿Náuseas? Joder, esto mejora por momentos. Venga, me lo acabo y nos vamos a comprar la prueba.

—¿Me vas a acompañar?

—Pues claro, ya te lo he dicho. Y decidas lo que decidas, en el caso de que sea positivo, no será el fin del mundo.

—Es que yo a ese chico no lo conozco de nada, si no lo tengo ni agendado.

—Para lo que me sirvió a mí conocer a Leo. Si estás embarazada y decirles tenerlo, yo te apoyaré, cariño. Ahora lo importante es que te calmes y que sepas que otras hemos pasado por el mismo camino y aquí estamos.

—Ay, Daniela, que no me estás ayudando. Igual solo tengo un poco de anemia, qué se yo.

—Pues nada, saldremos de dudas en un santiamén, ya lo verás.

—Dudas serán las que me entren a mí si al final resulta que lo estoy, ¿cómo se puede ser tan necia?

—No te tortures más, mi niña. Voy al baño yo también y nos marchamos.

Capítulo 56



Subimos a su casa ya con la prueba en la mano, la que compró Judith en la farmacia. Ella temblaba como si tuviese las rodillas de gelatina y yo trataba de tranquilizarla.

—Que no es el fin del mundo, que no lo es. Y, además, que todavía no lo sabemos.

—Ay, Dios... No me sale ni el pis de los nervios.

—Espera, que voy y te abro el grifo. Ya verás cómo te entran ganas.

—No, no, ya va el chorrito.

Salió muy nerviosa, dejando la prueba allí, y se dirigió a la cocina. A mí me había contagiado los nervios y entré en el baño, por si veía algo. De momento, nada indicaba ningún embarazo.

—Traigo pelos de loca, te cojo un cepillo—le hablé desde allí y entonces abrí el primer cajón bajo el lavabo, donde supuse que los tendría a mano, ya que no estaban a la vista.

Me quedé atónita y aterrorizada. Sí, allí estaban los cepillos, pero también algo que nunca esperé encontrar. Tomé aquella peluca larga y de pelo negro entre mis manos y comprobé que tenía cortado el flequillo, ¿de qué iba aquello?

Quise volverme a preguntar, pero entonces la vi en la puerta del baño y con una maza de cocina en las manos, la cual dejó caer con todas sus fuerzas sobre mi cabeza.

Cuando me desperté, estaba atada a su cama, a modo de película de terror, y ella me hablaba.

—Pobre Daniela, que está asustada. La muy cabrona se ve atada—me soltó y quise soltarme con nulo resultado

—¿Qué significa todo esto, Judith?

—A mí me rebajas el tonito que aquí no eres la engreída de la novia del CEO.

—¿Engreída yo? ¡¡Estás loca!!

—Puede ser, puede ser, pero por tu culpa.

—¿Qué estás diciendo? ¿De qué me crees culpable?

—¡¡De quitarme a mi hombre!! Leo tenía que ser para mí, pero llegaste y te lo quedaste por toda la cara. Eres una cabrona y me las vas a pagar todas juntas.

—Hellen no hizo nada, ¿verdad?

—¿Esa infeliz? Nada de nada...

—Desde las pintadas, lo llevas haciendo desde entonces. Solo tú conocías mis secretos.

—Y los aireé para ridiculizarte... Pero él tuvo que salir en tu favor. Supe entonces que te odiaba más que a nadie y que no pararía hasta acabar contigo. Y, si de paso, le caía todo encima a la idiota de Hellen, que también estaba por Leo, mejor que mejor.

—Judith, por Dios... Tú me atacaste en el local de copas.

—Pues claro, y también pagó ella. ¿Quieres verme con la puta peluca? ¿Quieres? No tendrías que haberla encontrado, pero como te tomas tantas confianzas... Ya da igual, te he subido aquí para joderte de todos modos. Solo que te has llevado el mazazo antes de la cuenta por metomentodo.

—Todo era una invención para que subiera a tu casa, desde el principio.

^a —Pues claro, imbécil, ¿crees que me dejaría embarazar por otro que no fuera Leo? Nuestro destino está escrito.

—Leo no te querrá nunca—le espeté.

—Esto para que aprendas a respetar nuestra relación—me advirtió tras darme un tremendo bofetón que dejó mi mejilla ardiendo.

—Te encontrarán y sabrán lo que has hecho. En algún momento se darán cuenta de que tu desaparición y la mía

están unidas.

—No, porque yo mañana iré tranquilamente al trabajo, después de trasladarte esta noche a un sitio más seguro. Mira, es Leo, que me llama.

—¿Te llama? ¿Dónde está mi teléfono?

—Lo partí cuando entraste en el baño del japonés. No quería intromisiones.

—No me jodas...

—Date por jodida, sí. Y ahora, si dices algo cuando descuelgue, te juro que te corto el cuello en el mismo momento—me amenazó, señalando un cuchillo que tenía al lado.

La creí más que capaz, así que guardé el más doloroso de los silencios.

—Judith, ¿tú estás con Daniela? Es que no habéis vuelto ninguna de las dos a la oficina. Quedó en llamarme para que la recogiese y no lo hizo.

—No se acordaría. ¿No ha llegado, Leo? Ay, por favor... Es que mira, esto es de lo más embarazoso. Y nunca mejor dicho. Resulta que me encuentro mal y ella piensa que puedo estar embarazada. Espero que no, no te lo temas desde ya porque igual es falsa alarma, que ya se sabe cómo os las gastáis los empresarios con estas cosas—hablaba sin parar—. Pero bueno, que se empeñó en que me hiciera una prueba en casa y ella tiró para la oficina.

—Pues aquí no ha llegado.

—¿Qué me dices? Si fue para allá como las balas. ¿La has llamado al móvil?

—Sí y no da señal. Eso me asusta todavía más.

—Cielo santo, ¿crees que puede haberle sucedido algo malo? —fingió que se echaba a llorar.

—Espero que no, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Estoy muy preocupado.

—Y no es para menos... Por favor, yo voy pitando ahora para allá, aunque no paro de vomitar.

—No puedes ayudarme en ese estado, Judith. Tómate la tarde libre. Yo te avisaré en cuanto sepa algo de ella.

—Sí, por favor, que estoy malísima, qué susto más grande.

—Que vaya bien, Judith.

Colgó el teléfono con la más hipócrita de las sonrisas en el rostro.

—¿Es un amor o no es un amor? Me ha dado la tarde libre por las buenas. Imagínate cuando esté embarazada de él. Encontraré la forma de deshacerme de ti definitivamente y entonces me iré acercando poco a poco. Yo seré quien le consuele. Lo siento por ti, Daniela.

—Eres lo peor, Judith. Que sepas que Leo no dejará de buscarme, no se dará por vencido. Nunca lo hace.

—Un poco cabezón sí que es, por eso quiso que volvieras a su vida y lo logró. Tiene que cambiar el chip, centrarse en lo importante a partir de ahora.

—¿Y tú eres lo importante para él? No me hagas reír.

—Si me tocas las narices lo suficiente, tendré que castigarte—me advirtió cambiando su angelical rostro por otro de sádica total que me dio pánico—. Y te garantizo que entonces no te volverás a reír.

—Sí, por favor, que estoy malísima, qué susto más grande.

—Que vaya bien, Judith.

Colgó el teléfono con la más hipócrita de las sonrisas en el rostro.

—¿Es un amor o no es un amor? Me ha dado la tarde libre por las buenas. Imagínate cuando esté embarazada de él. Encontraré la forma de deshacerme de ti definitivamente y entonces me iré acercando poco a poco. Yo seré quien le consuele. Lo siento por ti, Daniela.

—Eres lo peor, Judith. Que sepas que Leo no dejará de buscarme, no se dará por vencido. Nunca lo hace.

—Un poco cabezón sí que es, por eso quiso que volvieras a su vida y lo logró. Tiene que cambiar el chip, centrarse en lo importante a partir de ahora.

—¿Y tú eres lo importante para él? No me hagas reír.

—Si me tocas las narices lo suficiente, tendré que castigarte—me advirtió cambiando su angelical rostro por otro de sádica total que me dio pánico—. Y te garantizo que entonces no te volverás a reír.

Capítulo 57



Su rostro seguía siendo igual de sádico por la noche. Ella había cruzado varias llamadas con Leo en las que le escuché devastado.

—Han vuelto a detener a Hellen, pero no suelta prenda. Y estoy casi seguro de que ha sido ella. ¿Dónde la tiene Judith? ¿Dónde?

—Por favor, Leo, menos mal que la prueba me salió negativa o echo al niño por la boca. Me estoy sintiendo tan mal... Qué maldita, que la torturen o lo que sea, pero que le saquen la información.

—Hoy en día las cosas no funcionan así, Judith.

—Pues deberían, porque hay casos sangrantes y este es uno de ellos. Si no me encontrase tan mal iría a tu casa, Leo, para que no estuvieses solo. Supongo que será una bacteria o algo, porque alguna cosa tengo.

—No hace falta. Además, yo sigo en el trabajo. No soporto la idea de entrar en casa y no verla. No paro de hacer llamadas por si doy con alguien que me pueda dar una pista.

—Ojalá que sea así. Pero lo dicho, que le aprieten las tuercas a Hellen.

Colgó el teléfono y le hablé.

—No se puede ser más cínica, ¿has hecho teatro o algo alguna vez?

—Pues mira, sí. En el instituto. Lo dejé porque había un capullo insensible del que me enamoré y no me hacía caso. Tenía que besar a otra en el escenario y estuve a punto de darles matarile a ambos, así que me aparté a tiempo.

—Todavía te quedaba algo de la cordura que has perdido ahora.

—Llámallo como te dé la real gana. Lo único que sé es que tú vas a terminar muriendo y él siendo mío.

—Leo nunca se fijará en alguien como tú. Cometerás un error y te pillaré antes. Es muy inteligente.

—Ese es uno de los rasgos suyos que me tiene enamoradita perdida, pero piensa también que el dolor empaña hasta la inteligencia a veces.

—No estoy de acuerdo y no te va a salir... La jugada no te saldrá.

—Subestimas la inteligencia de una mujer enamorada, que no se te olvide. Y no me lleves más la contraria.

—Tú no estás enamorada, estás obsesionada. Era lo que pensaba de Hellen y en realidad eres tú.

—Esa infeliz va a cargar con todo, cuánto me pienso reír. Con tu homicidio no, porque el cuerpo no aparecerá nunca. Salvo que me dé por dejar pistas que conduzcan hacia ella.

—¿Y la cabrona soy yo? Además, no se trataría de un homicidio, sino de un asesinato, que para eso es premeditado y a sangre fría.

—Fría no sé qué decirte, yo me noto muy caliente. Te hablo de la sangre y del resto de mi cuerpo. Estoy hirviendo como un puchero. Es el efecto Leo, que me lo produce.

—No sabes lo que dices...

—Entiendo lo que te jode. Te vas a ir al hoyo mientras me lo follo, hasta rima. A mí tampoco me haría gracia estar en tu piel. Ni una pizca, aunque así entenderás cómo me he sentido desde el primer momento en el que te vi pasteando con él.

—Yo no pasteé con él. Terminé sucumbiendo porque me convenció de que soy la mujer de su vida.

—Qué romántico, ¿y ese hombre no se ha enterado todavía de que la vida son etapas? Nada es para siempre.

—Pues si piensas así, tampoco debe serlo esta chaladura. Judtih, todavía podemos llegar a un acuerdo. Si me sueltas, le echaremos entre las dos la culpa a Hellen y Leo nunca sabrá la verdad—le dije para tratar de engatusarla.

—¿Me tomas por imbécil? ¡¡Ahora sí que me las vas a pagar!! —me propinó varios golpes en la cara.

En ese momento, llamaron a su puerta y se acercó sigilosa. Yo me quejaba por el dolor.

—Vale, que no chillaré.

—O eres mujer muerta. Te rebano el cuello, Daniela.

Se acercó a la puerta, abriéndola con cuidado, y era Isa, su vecina, la que nos encontramos en el japonés.

—¿Todo bien? —le preguntó.

—Claro, genial, ¿por?

—No sé, me pareció escuchar voces o algo, como unos golpes.

—Voces dices... qué gracia... Que no paro de relatar sola porque estoy moviendo los muebles. Chica, no sé tú, pero yo es que me aburro de verlo todo siempre igual. No te digo que me ayudes porque estás con tu bebé, que si no, te caería el premio gordo por tocar la puerta.

—No puedo, ya me gustaría. Bueno, pues me enseñas en otro momento cómo te queda todo. Te dejo, bonita.

—Y yo a ti, que estoy que no paro.

—Pues deberías estarte quietecita, que tienes pinta de cansada.

—Ya, ya, es que no puedo dormir muy bien. Por eso ando trasteando, a ver si hay suerte y me canso.

—Te entiendo, con el peque también tiene tela dormir. Y una luego no puede con su alma.

—Verdad, pero mira, tú tienes una preciosidad contigo. Yo no tengo hijos... todavía.

—Tú lo has dicho, todavía. Pronto seguro, si es lo que quieres.

—Sí, lo que pasa es que le tengo echado el ojo a un candidato a padre—rio maléfica.

—Suena a amenaza, pobrecito.

—Qué va, si estará encantado en su momento, aunque aún no lo sepa. Es que ni cuenta se da, no tiene buen ojo para las mujeres.

—Así hay muchos. El padre de mi hijo ya sabes que se fue por partes en cuanto nació. Que se ha enamorado de nuevo, dice... Que no quiere responsabilidades.

—Pero chica, entonces la que tienes mal ojo eres tú. A mí eso no me pasará, yo voy a optar por quedarme con un padre responsable.

—Entonces te deseo suerte, porque no te creas que está fácil la cosa.

—La tendré, la tendré. Y mientras, ¡¡a poner mi casita mona!!

Cerró la puerta y volvió conmigo.

—Se cree esta que la voy a cagar como ella. De eso nada. A mí Leo me será fiel siempre.

—Pues puede que sí—opté por cambiar de táctica, no fuera que me zurrara otra vez, que me había puesto la cara como un mapa.

—De mí no te cachondees o cobras... Deberías cobrar de hecho, pero el problema es que ha llegado la hora del traslado. Te cuento: tenemos que salir del bloque sin que nadie nos vea. Aquí tampoco es que haya más gente que en el metro de Tokio, que es un bloque pequeño, pero lo haremos como yo te diga.

Comenzó a darme tela de instrucciones. Yo tendría que salir por mi propio pie y ella me iría apuntando con un cuchillo. En fin, una mierda de plan que esperaba poder boicotear para salir corriendo.

El caso es que me llevaba bien apuntada con el cuchillo. Yo temía que se le fuera y, aunque no hiciese nada, me lo clavase. Me mantuve firme y no nos cruzamos con nadie. Tampoco me atreví a hacer ningún gesto que opusiera resistencia cuando me indicó que me subiera en el maletero de su coche.

—No, por favor—le pedí.

—Vas a morir de todas formas. No me obligues a hacerlo aquí en medio.

—Está bien, está bien—asentí y cerré los ojos. Los abrí mientras ella iba cerrando el maletero y entonces escuché un golpe. Cuando enfoqué, ella estaba en el suelo y a mí me rodeaban varios agentes de Policía.

—Daniela, dime que estás bien—escuché la voz de Leo, a quien no le permitieron acercarse hasta que Judith fue reducida.

—Me duele la cara, pero estoy bien...

—Son golpes sin mayor importancia—le indicó uno de los agentes.

—Pero llamen a una ambulancia, por favor, por si le hubiese hecho algo más—les pidió mientras me abrazaba.

—Leo, creí que no volvería a verte. Solo podía pensar en Hugo y en ti. Y agradecía al cielo que estuvieras en vida porque podrías hacerte cargo de nuestro hijo si Judith...

—Ha sido ella desde el principio, ¿no es así?

—Desde las pintadas. Arriba está la peluca con la que me asaltó en el local de copas, ¿cómo lo habéis sabido?

—Me acerqué a comisaría porque había algo en su tono de voz, mientras hablamos por teléfono, que me resultó inquietante. Simple intuición. Y estando allí telefoneó esta vecina suya—Isa se acercó—, diciendo que algo raro sucedía en el piso de Judith. No lo dudamos y le pedimos que nos ayudara, que se acercase a la puerta a preguntar y la reacción de ella no fue normal.

—Así es. Esa chica llevaba un tiempo descentrada, pero lo de hoy indicaba algo más. Menos mal que me dio sospechar, menos mal.

—Gracias de corazón, Isa. Yo también tengo un hijo, ¿sabes? Es nuestro, de él y mío—le indiqué con orgullo.

—¿Pequeño?

,

a

—No, ya está crecido. Y no podía soportar la idea de no verle más, lo mismo que a su padre.

—Gracias al universo que todo ha salido bien.

—No, gracias a ti.

Pasamos por el hospital para que curasen las heridas de la cara, que no eran profundas para nada, y de allí nos fuimos a comisaría.

Judith ya estaba con el juez de guardia, bajo su tutela, pero a Hellen la tenían retenida todavía. Enseguida llegó la orden de liberarla y la esperamos.

—Lo siento mucho, siento por lo que has tenido que pasar—le pidió perdón Leo.

—Te he odiado mucho, y a ella también, desde que todo esto ocurrió. Leo, tú me gustabas y mi carácter no es mejor, pero jamás hubiera hecho nada para perjudicaros. A mí la fuerza se me va por la boca. Critiqué a Daniela, sí, aunque hasta ahí.

—Hellen, por mí puedes volver a ocupar tu puesto cuando quieras. Es lo menos que podemos hacer por ti, ¿no te parece, Leo?

—Yo estoy de acuerdo.

—Bien, me parece justo.

—Eso sí, no trates a la gente con la punta del pie, que eso sienta fatal, por favor—le pedí.

—Estaba amargada porque Leo no me hacía caso, pero eso pasó a la historia. Me desenamó de golpe.

—Me alegra saberlo, ¿podemos hacer algo más por ti? Seguro que se te ocurre alguna cosa.

—Pagarme unas buenas vacaciones en alguna isla paradisíaca donde me olvide de toda esta mierda e ingresarme una jugosa indemnización con la que termine de pagar mi hipoteca—exigió.

—La puedes readmitir en el equipo que negocia los acuerdos. Es única—le indiqué a Leo.

—Todo me parece justo y Daniela tiene razón, con tu carácter, me serás más útil ahí.

—Donde me digáis, pero con la pasta por delante. Yo ya paso del amor, ahora voy a lo práctico.

Nos marchamos para casa y Leo me miraba enamorado.

—Tú no pasarás nunca de mi amor, ¿verdad? Creí enloquecer esta tarde.

—Y eso que no has pasado mi miedo. No veas la carita de salir en la peli de El Resplandor que se gastaba la niña.

—No, pero no saber de ti me aterrorizaba. Daniela, eres mi mundo y no quiero más vida que la que disfrute a tu lado. Quiero que sepas que, el día que Hugo me acepte del todo, deseo que nos casemos

—Lo veo, lo veo... Aunque para entonces me haces una pedida en condiciones porque esta me ha conmovido, pero de romántica no tiene nada.

l

—Tendrás lo que quieras. Ojalá que nos podamos casar pronto.

—Ojalá que sí—afirmé mientras me besaba—. Ah...

—¿Te duele el labio? Cielos, cómo te ha golpeado.

—No ha sido solo ella, ha sido la vida en general y una vez más. Espero que se trate de la última.

—Se tratará. Teníamos al enemigo en casa sin saberlo. Todavía tiemblo al pensarlo.

—Judith se ganó mi confianza desde el primer momento para dinamitar nuestra relación.

—Bien expresado, porque ella es dinamita pura.

—Tú sí que eres dinamita con su mecha y todo—le solté un tanto borde.

—No me puedo creer que, después de lo pasado, tengas ganas de marcha.

—¿Y por qué no?

—Lo veo, lo veo... Aunque para entonces me haces una pedida en condiciones porque esta me ha conmovido, pero de romántica no tiene nada.

—Tendrás lo que quieras. Ojalá que nos podamos casar pronto.

—Ojalá que sí—afirmé mientras me besaba—. Ah...

—¿Te duele el labio? Cielos, cómo te ha golpeado.

—No ha sido solo ella, ha sido la vida en general y una vez más. Espero que se trate de la última.

—Se tratará. Teníamos al enemigo en casa sin saberlo. Todavía tiemblo al pensarlo.

—Judith se ganó mi confianza desde el primer momento para dinamitar nuestra relación.

—Bien expresado, porque ella es dinamita pura.

—Tú sí que eres dinamita con su mecha y todo—le solté un tanto borde.

—No me puedo creer que, después de lo pasado, tengas ganas de marcha.

—¿Y por qué no?

Capítulo 58



Y llegaron las Navidades, y con ellas, el mejor regalo que pudimos recibir por parte de la vida.

—Ya es todo vuestro. Ahora ojo y que no saque los pies del plato, aunque yo diría que este Hugo no tiene nada que ver con el que ingresó un día aquí, hace meses—nos habló Miguel.

—Muchas gracias por todo. Te prometo que vendré a verte. Incluso he pensado que, si no te importa, podría seguir dándoles clases de inglés a los chicos que lo necesiten—se ofreció Hugo.

—Me parece la mejor de las ideas. Cojonuda, chaval—le abrazó.

—Pues entonces, nos vemos la semana que viene. Feliz Navidad, Miguel.

—Feliz Navidad, Huguito—le deseó con todo el cariño mientras le revolvía el flequillo.

No se trataba de vacaciones ni de nada parecido, sino de una vuelta a casa definitiva. Por fin le teníamos de vuelta y yo lo había preparado todo para que fuera de su gusto.

—¿Dónde viviremos ahora, mamá? —me preguntó.

—Tenemos un piso nuevo, Hugo. Te lo quería comentar cuando ya estuviésemos fuera.

—¿El piso de papá?

—No, uno que él ha comprado para nosotros en su mismo edificio.

—No entiendo muy bien. Pero, si tú estás con él, ¿qué sentido tiene eso?

—Pues no demasiado, hijo, solo que ni tu madre ni yo queremos forzar los acontecimientos. Si lo prefieres, y de momento, podéis vivir los dos en él. A mí me tendréis arriba, en el ático.

—¿Es porque no quieres comprometerte del todo con nosotros? ¿Te doy miedo o algo? —le preguntó con tristeza—. Creí que las cosas comenzaban a quedar claras entre nosotros.

—¿Miedo? Lo que me daría miedo sería que esta situación, la de vivir separados, se prolongase demasiado tiempo.

—Luego tú quieres que vivamos juntos, papá.

—Por supuesto.

—Y tu casa, al ser el ático del edificio, será la mejor, ¿me equivoco?

—No te equivocas en absoluto.

—Entonces no le veo ningún sentido. Haznos sitio, que nos vamos allí contigo.

—¿De verdad, Hugo? ¿No lo haces por mí? —le pregunté emocionada.

—Si queremos ser una familia normal, mamá, tendremos que vivir como una familia normal. El otro piso, lo podéis dejar ahí vacío, venderlo o lo que os parezca. También, cuando tenga los 18, me podéis dejar las llaves para que organice fiestas.

—De eso ya hablaremos, que tienes mucho que demostrar todavía.

Me mostraba un tanto inflexible, aunque en el fondo estaba encantadísima de la vida. Me costaba creer que Hugo acabase de acceder a que viviésemos todos juntos.

A pesar de todo, y por si ocurría algo como aquello, él ya tenía preparado un dormitorio en el ático. Uno con el que alucinó una vez entró.

—Tiene las mejores vistas del mundo, casi igual que en el centro, que todos daban a una especie de muro— comentó.

—Los muros se han acabado en tu vida, Hugo. Ahora eres libre. Tu madre y yo solo deseamos que sepas valora esa libertad.

—Po supuesto que lo haré, papá. Y ahora que hablamos de experimentar libertad y eso, ¿qué te parece si me da una vuelta en tu moto?

—Creo que se la ha ganado. Pero con su casco y todas las protecciones—le indiqué a Leo.

—Por supuesto, para eso las tiene.

—¿Yo tengo todo eso? ¿Dónde?

—En tu armario. Ve a por ello y pórtate bien en esa vuelta. Hazle caso a tu padre en todo, ¿me oyes?

Leo le ayudó a colocarse el casco. Veía a uno al lado del otro y el parecido era evidente. No obstante, lo más bonito de todo era observar esa complicidad que iba naciendo entre ambos.

Les acompañé hasta el garaje y no pude evitar la tentación de grabarles un vídeo. Iban de lo más salados y me resultaba muy tierno comprobar cómo Leo le daba las instrucciones al que parecía ser su cachorrito.

Me quedé esperándoles abajo, sentada en una terraza, y cuando llegaron se tomaron algo conmigo. Era su primer día en libertad y lo estaba disfrutando a lo grande. Hugo venía entusiasmado.

—Mamá, papá coge las curvas como los pilotos, pero lo ha hecho despacito, no temas. No nos vayas a pegar a los dos.

—Será que yo me líe a golpes todos los días con ambos. Y eso que en más de una ocasión os lo habéis merecido, pero bueno... Ya está. Ahora os tengo aquí, como estáis, y no me puedo sentir más feliz.

—¿Podemos pedir comida mexicana esta noche?

—¿Tú qué crees, Leo?

—Yo creo que la podemos pedir esta noche y todas las que le apetezca.

—No te pases, advertido quedas. Y tú no te las prometas tan felices, que ya mismo le estoy poniendo límites a tu padre, ¿qué viene a ser esto?

^r Todo lo decía con la mayor de las felicidades porque así me sentía. Cada cosa que hacíamos juntos, me resultaba novedosa y llamativa.

^s —Venid aquí los dos que nos vamos a hacer un selfi, venga.

—Mamá, que estoy despeinado del casco. Capaz eres de subirla a las redes.

—La subiré donde me salga del moño, con “m”, que quede claro. Soy tu madre y he ansiado mucho tu vuelta. Ahora no voy a esconder mi alegría porque no hay ningún motivo para hacerlo. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, cosas que ni tú sabes (me refería a lo sucedido con Judith) y ahora pienso gritar a los cuatro vientos que estoy más contenta que nunca.

—Se te nota, se te nota...

—Pues claro que sí, hijo. Y en unos días será Navidad. Las primeras que disfrutemos todos juntos, porque tu prima Marta se marcha con su padre y con la novia de este más tarde unos días, pero en las fechas clave estará con nosotros.

—Y todos vendrán a nuestra casa, ¡¡de ahí que la vayamos a decorar!! —le anunció Leo.

—Mamá, que estoy despeinado del casco. Capaz eres de subirla a las redes.

—La subiré donde me salga del moño, con “m”, que quede claro. Soy tu madre y he ansiado mucho tu vuelta. Ahora no voy a esconder mi alegría porque no hay ningún motivo para hacerlo. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, cosas que ni tú sabes (me refería a lo sucedido con Judith) y ahora pienso gritar a los cuatro vientos que estoy más contenta que nunca.

—Se te nota, se te nota...

—Pues claro que sí, hijo. Y en unos días será Navidad. Las primeras que disfrutemos todos juntos, porque tu prima Marta se marcha con su padre y con la novia de este más tarde unos días, pero en las fechas clave estará con nosotros.

—Y todos vendrán a nuestra casa, ¡¡de ahí que la vayamos a decorar!! —le anunció Leo.

Capítulo 59



Marta, Irene y Mauro llegaron para ayudarnos con la decoración.

—Os habéis pasado, os habéis pasado. Yo me parto, ¿qué se supone que es esto? —me preguntaba Hugo.

—Renos con pantalones de cuadros escoceses, qué van a ser, hijo—le comentaba yo.

—Claro, es que a tus amigos raperos no se parecen, pero molan tela, tela escocesa—se reía Marta.

—Por cierto, Hugo, que espero que tengas intención de hacer nuevas amistades, porque no te voy a permitir que vuelvas a las andadas.

—Que no, mamá. Si hasta he quedado para jugar al pádel con unos chavales que me he encontrado en el ascensor. Luego bajaremos a las canchas.

—¿Al pádel? ¿Tú?

—Sí, me enseñaron en el centro. Puede que suene un poco pijo, pero tampoco es como el golf ni nada de eso, no pongas esa cara, que todavía me vuelvo atrás.

—No, no. Tú vas a jugar al pádel con esos chicos así pase un huracán esta tarde por aquí, fíjate lo que te digo.

—¿Va a pasar un huracán, tita Daniela? Porque yo voy a ser reportera, y en ese caso tendría que ir informando.

—¿Reportera? ¿Ahora reportera? —reí.

—Sí, le durará 24 horas, como los estados del WhatsApp—me acompañó mi hermana en las risas.

Leo y yo habíamos comprado de todo para la casa. Una decoración navideña que nos llegó en infinidad de cajas las cuales íbamos abriendo con toda la ilusión.

—¿En qué piensas, amor? —me preguntó él cuando dejé la mente en blanco, con la vista fijada en el enorme abeto que presidiría el salón.

—En que disfrutaba mucho con Hugo poniendo el árbol cuando era un mico. Y eso que no podía ser uno más humilde. A veces, mini.

—Pues ahora tienes uno impresionante de grande...

—Y él está también impresionante de grande—murmuré a la par que contemplaba cómo le daba vueltas a su prima por todo el imponente salón mientras le hacía el avioncito. A ella siempre la adoré y puede que fuera a la única persona que trató con cariño y respeto en todo momento.

—Pero tienes la posibilidad de disfrutarlo igual.

—O más, porque este Hugo es una versión mejorada, en eso tienes razón.

Los chicos se encargaban de colocar la decoración del abeto mientras Irene y yo la sacábamos de los plásticos. Marta disfrutaba mucho a hombros de su primo, quien estaba haciéndole pasar la mejor de las tardes.

—Por favor, muerooo de amor—susurró la niña, como para dentro, cuando pudo coronar el abeto con una preciosa estrella, para lo que tuvo que hacer casi malabares, subiéndose de pie en los hombros de mi hijo.

—Hugo, por favor, esa niña. Que me da vértigo—le comenté.

—Mamá, ¿crees que dejaría que algo malo le sucediese a la prima? ¿Tan cafre me crees?

En ese momento comprendí que mi hijo tenía razón y que debía comenzar a confiar más en él. Hugo me estaba dando sobradas muestras de que debía ser así y era el momento de hacerlo.

Cuando hubimos terminado del todo, no daba crédito.

—Leo, esto es de cuento—le dije con los ojos pasados por agua al contemplar el salón más bonito que jamás hubiese visto, decorado en clave navideña.

—Daniela, mi amor, prepárate porque ahora sí, tu vida será de cuento.

—Hazle caso, mamá, él sabe lo que dice. Solo tienes que mirar a tu alrededor—me aconsejó Hugo.

—Hijo, miro y veo todo lo que siempre deseé para unas Navidades...

—Y yo te prometo que no meteré la mata. Mañana, en Nochebuena, Marta y yo os cantaremos un villancico rapero.

—¡¡Es verdad!! —aplaudió la niña y se marchó con él a ensayar a su dormitorio.

Irene se quedó conmigo mientras Mauro y Leo se servían una copa.

—Mi niña, ahora no te falta nada para ser feliz. Paladea cada minuto de esto... ¡¡es de revista!!

Cualquiera que viera el salón llegaría a la misma conclusión. Ciertamente era un mundo de ilusión el que allí habíamos creado. Uno en el que Papá Noel venía acompañado de su chica, así como de trineos, renos, elfos, duendes y mil y un personajes fantásticos, todos con vistosos ropajes.

Junto a ellos, un enorme abeto coronado por esa flecha que señalaba a la felicidad de nuestra familia y plagado de cantidad de detalles que hacían de él una dulce maravilla.

Norias, cascanueces navideños, calcetines y hasta una vidriera que separaba el salón de la cocina con motivos entrañables... Todo en versión artesanal y exclusiva, una pura delicia que disfrutar con mi familia a partir de ese momento en que el calendario nos señaló que estábamos en las fechas más íntimas del año, en esas en las que se supone que los deseos se hacen realidad.

Las luces le daban el toque glamuroso a una decoración que no se ciñó al interior del ático, sino que suponía un verdadero espectáculo para todos los viandantes, al ocupar la terraza.

Esa noche, desde la cama, los destellos me llegaban y se me asemejaban a estrellas fugaces.

—Puede ser, tú pide un deseo por cada uno, que puede que se te cumpla—me insistía Leo.

—Ya no puedo pedir más deseos. Se me han cumplido todos. Mañana es Nochebuena, la que se supone que será la más intensa, familiar y feliz de nuestras vidas. Estaría majara si pidiera algo más.

—Pues regalitos van a caer, los pidas o no los pidas, amor.

—Mi regalo sois Hugo y tú, los dos. Le veo muy contento, está como hipnotizado con todo. Mañana nos cantarán él y Marta. Si me lo hubiesen dicho hace un tiempo...

—Ya, que no te lo habrías creído. Pues es una realidad, una dulce realidad, tanto como los turronec que serviremos.

—Igual, como esos turronec. O todavía más.

—Por cierto, que se me ha ocurrido que elaboraré una receta a base de helado de turrón de Jijona, exquisita.

—¿Tú? Venga ya, no me lo creo...

—Con la ayuda de nuestro hijo. Lo vas a flipar.

—Ya, que no te lo habrías creído. Pues es una realidad, una dulce realidad, tanto como los turronec que serviremos.

—Igual, como esos turronec. O todavía más.

—Por cierto, que se me ha ocurrido que elaboraré una receta a base de helado de turrón de Jijona, exquisita.

—¿Tú? Venga ya, no me lo creo...

—Con la ayuda de nuestro hijo. Lo vas a flipar.

Capítulo 60



El timbre sonó y eran ellos tres. Hugo salió en ese momento a abrir la puerta e hizo que me llevase las manos a la boca.

—Estás guapísimo, hijo, guapísimo. En tu estilo, pero guapísimo.

—En mi estilo dice, papá, todavía querrá convertirme en un pijo—rio.

—No, hijo, eso no es necesario. Lo importante es que cada uno de nosotros conserve su esencia, sea cual sea, eso es lo importante.

Hugo abrió y su tía Irene también le veía estupendo. Si es que no podía ser de otra manera. Aparte, se comportaba con mucha más amabilidad y solo que por eso, yo estaba tan contenta que la sonrisa no se me borraba de la boca ni un solo momento.

Al rato, nos sentamos a la mesa, que era de verdadera impresión, con una mantelería, vajilla y cubertería navideñas que hicieron vibrar a Marta.

—Tita Daniela, es la mesa navideña más bonita que he visto en mi vida. Ni en el Insta las he visto más bonitas.

—¿Es que tú manejas las redes con tu edad, pequeña?

—No, pero veo las cosas con mamá.

—Qué remedio, Daniela. La niña hoy dice que quiere ser...

—*Community manager*—añadió muy decidida.

—Hasta mañana, que se levante con otra cosa en la cabeza, claro.

—No, esta vez es la definitiva—le aseguró a su madre.

—La definitiva hasta mañana, hazme caso.

La cena la disfrutamos a tope, con mariscos y pescados a tutiplén. Y luego llegaron los dulces y, entre ellos, Leo y Hugo nos sirvieron unas copas de turrón de Jijona que, efectivamente, habían preparado ellos mismos.

—Qué cosa más rica, ¿de verdad, Hugo? ¿No las han traído los del cáterin? —le preguntaba su tía.

—Que no. Papá y yo nos hemos pasado toda la tarde en la cocina preparándolas, de verdad. Y no es por nada, pero el helado nos ha salido de vicio, ¿no, Marta?

—De vicio, de vicio, ¿hay más? Porque yo quiero repetir.

—Lo hay, prima, hemos preparado mogollón.

—Así que has preparado algo de vicio, no es broma, ¿o Hugo no te ha permitido que pusieses las manos en la cocina? —le pregunté a Leo, que se estrenaba entre fogones.

—Malpensada. Él ha sido el chef y yo el pinche, pero claro que he ayudado, ¿qué te crees?

—Vale, Hugo ha sido el chef, eso ya me lo voy creyendo más.

—No deberías subestimar tampoco la labor del pinche, te lo advierto.

—Pinche, tienes un morro que te lo pisas—reí mientras le daba un dulce beso con sabor a helado de turrón.

Tras la cena, llegó el momento en el que ambos, mi hijo y mi sobrina, nos cantaron ese cómico rap navideño que iba de un intento de robo a los Reyes Magos. Uno que entonaron en clave de humor y que nos hizo desternillarnos.

—¡¡Bravo!! ¡¡Bravo!! —chillaba yo mientras aplaudía porque la letra era de lo más ocurrente y ellos dos cantidad de simpáticos. Hacían un dúo espectacular.

Cuando terminaron, Marta afirmó contundente.

—Lo acabo de decidir. En realidad, seré rapera y recorreré el mundo de concierto con el primo.

Todos le reímos la gracia, porque ya nos tenía más que acostumbrados. A partir de ese momento, sacamos un

karaoke y decidimos hacer duelos.

Actuábamos por parejas y los niños formaban una. Marta estaba súper picada, pues era muy competitiva, y Hugo se doblaba de risa con ella.

—De momento vamos ganando, pero todavía queda. Primo, tienes que afinar más. Yo voy a elegir la siguiente canción—le decía ella muy preocupada.

—Pero que no sea súper moñas, Marta, que nos conocemos.

—Tengo que escoger una en la que yo pueda lucirme. Se siente....

—Marta, que sois un equipo, hija—le recordaba su madre.

—Mamá, que sí... Pero que yo tengo que lucirme, ¿no lo comprendes?

—Sí lo comprendo, hija. Que tú has nacido para estrella, ¿no?

—Es que soy una estrella. Y cualquier cosa que hago...

—Es una estrella, tita Irene, una estrella luminosa. Voy a sacarla a la terraza a que brille—le informó Hugo.

—Que no, primo, ¡¡que hace mucho frío!!

—Solo un poquito, ¿no eres una estrella? Pues hoy debes lucir en el firmamento.

La sacó enseguida en volandas y ella empezó a gritar.

—¡¡Está nevando!! ¡¡Está nevando!!

—¿Nevando? Todos salimos a comprobarlo, pues no existe nada más típico que unas Navidades nevadas y estábamos deseando ver caer esos copos de nieve que la hicieran aún más característica.

Salimos y Marta derrochaba entusiasmo.

—Mamá, creo que he visto a Papá Noel con su trineo entre la nieve.

—Claro que sí, hija.

—Porque yo es que voy a ser pitonisa y lo veo todo—rio.

—¿Pitonisa también? Cielo santo de mi alma, lo que hay que escuchar.

Hugo la mantenía en brazos y creaba un mundo de ilusión para ella. Mi hijo, definitivamente, era otro.

—Prima, es verdad, el trineo está allí, lo acabo de ver tras aquellas estrellas.

—¿A que sí? ¿Y tú crees que me han traído el patinete?

—Yo creo que no—le aseguró su madre, porque de su cuenta no corrió. Qué poquito sabía ella en ese momento los muchos regalos que Leo había preparado para todos.

Marta insistía en que deseaba dormir a la intemperie, en la terraza, arropada por un manto de nieve. Y nosotros en que no, por supuesto. Estaba la noche como para eso.

Donde sí dormirían ellos tres sería en el interior de nuestra casa, pues la mañana vendría acompañada de la visita de Papá Noel y no le encontramos sentido a que cada uno lo tuviera que recibir por separado.

Éramos una familia, muy bien avenida, y esa dulce espera la realizaríamos juntos. Dormitorios de invitados nos sobraban, así que fueron ocupados por los nuestros.

Marta manifestó su enorme ilusión hasta el momento de dormirse y Hugo le reía todas las gracias. Nunca le había visto tan contento y ese, sin lugar a ninguna duda, era mi mejor regalo.

—Porque yo es que voy a ser pitonisa y lo veo todo—rió.

—¿Pitonisa también? Cielo santo de mi alma, lo que hay que escuchar.

Hugo la mantenía en brazos y creaba un mundo de ilusión para ella. Mi hijo, definitivamente, era otro.

—Prima, es verdad, el trineo está allí, lo acabo de ver tras aquellas estrellas.

—¿A que sí? ¿Y tú crees que me han traído el patinete?

—Yo creo que no—le aseguró su madre, porque de su cuenta no corrió. Qué poquito sabía ella en ese momento los muchos regalos que Leo había preparado para todos.

Marta insistía en que deseaba dormir a la intemperie, en la terraza, arropada por un manto de nieve. Y nosotros en que no, por supuesto. Estaba la noche como para eso.

Donde sí dormirían ellos tres sería en el interior de nuestra casa, pues la mañana vendría acompañada de la visita de Papá Noel y no le encontramos sentido a que cada uno lo tuviera que recibir por separado.

Éramos una familia, muy bien avenida, y esa dulce espera la realizaríamos juntos. Dormitorios de invitados nos sobraban, así que fueron ocupados por los nuestros.

Marta manifestó su enorme ilusión hasta el momento de dormirse y Hugo le reía todas las gracias. Nunca le había visto tan contento y ese, sin lugar a ninguna duda, era mi mejor regalo.

Capítulo 61



Mañana de Navidad y Marta volvía a gritar hasta desgañitarse.

—¡¡Esta caja es muy grande y pone Marta!! Igual es el patinete, mamá.

—No lo creo, hija—nos miraba ella y Leo apartó los ojos.

—Cuñado, que te voy a dar para el pelo, ¿cómo se te ocurre? Ella no sabe montar en patinete todavía.

—Mamá, ni se te ocurra decir eso de que tengo dos pies izquierdos que está muy feo y que, además, el primo me va a enseñar a manejarlo, ¿verdad?

—¡¡Eso está hecho, peque!! —chocaron los cinco en el aire.

La nieve que cayó la noche anterior no fue demasiada, por lo que el suelo amaneció despejado. Tras desayunar y recibir todos nuestros regalos, saldríamos a disfrutar con los chicos al aire libre.

—Papá, las camisetas del Atlético, las de la primera y la segunda equipación, qué pasada—le agradecía Hugo emocionado.

—Y las mismas para mí, mira. Porque aquí tenemos esto...

—¡Abonos para los partidos! Mamá, ¿lo has visto? Siempre he soñado con estar abonado.

—Ni que fueras una maceta, primo—le contestó Marta—. ¿Y para mí no hay?

—Marta, hija, que tú tienes doscientos regalos y encima no te gusta el fútbol—le recordó su madre.

—No, no, ¿cómo que no? Si yo de mayor pienso ser futbolista—le contestó ella decidida.

—Lo que me faltaba por escuchar. Ven aquí, ¡¡cosquillas!! —la amenazó Hugo.

Leo se me acercó y me tomó por la cintura.

—¿Qué te parece esta mañana de Navidad?

—Me parece que Papá Noel es un derrochón y que no debería soltar tanta pasta, ¿tú te has fijado en todo lo que hay aquí?

—¿Y para qué sirve el dinero si no es para gastarlo con los tuyos? ¿Me lo quieres contar?

—Ya, pero tampoco hay que gastarlo a manos llenas, ¿no? Que igual un día llegan las vacas flacas y nos cogen...

—No te preocupes por el dinero, que ese no nos faltará nunca. Bastantes penurias pasaste ya en tu vida. Toca olvidarlas.

—Gracias, amor, gracias...

—Gracias a ti por hacerme un hueco en tu vida cuando eras la última persona que debía hacerlo.

—Gracias a ti por haber reaparecido y demostrarme que eras capaz de convertir cada una de mis lágrimas en risas. Además, todo ha ido sobre ruedas. Hugo no es el mismo. Nuestro hijo está entusiasmado con su nueva vida contigo, conmigo...

—Venga, vamos a desayunar antes de que me hagas llorar, que lo vas a lograr al final.

Desayunamos con dulces navideños y chocolate caliente, tras lo cual salimos a la calle y Marta iba aprendiendo gracias a su primo el manejo del patinete.

—Es que de mayor quiero ser patinadora olímpica—nos contaba.

—Sí, hija, con ese tipo de patinete. Tú vas a crear una nueva disciplina—discrepó su madre.

—No subestimes el poder de esta niña.

Tras dar una vuelta, subimos a almorzar y vimos una peli navideña todos juntos a modo de sobremesa.

—Mauro, ¿te estamos torturando mucho? —le pregunté—. Es que a nosotros nos gusta tela la Navidad, pero igual nos pasamos.

—Claro que no, Daniela. Estoy encantado de poder pasarla con vosotros.

—Me alegro, porque cuando acabe la peli vamos a vestarnos todos de renos y de elfos y haremos una sesión de fotos sensacional—nos anunció mi hermana.

—¿No nos podemos librar, tita Irene? —le preguntó Hugo.

—En absoluto.

—Bueno, pero podré ser el fotógrafo, ¿te va bien?

—De eso nada. Saldremos todos, de eso puedes estar seguro.

La sesión de fotos fue desternillante.

—Me encantan las medias de rayas blancas y rojas, mamá. Mira—se las enseñaba Marta—, es que de mayor voy a ser modelo de pantys.

—Lo que tú digas, hija, lo que tú digas.

No nos quitamos esos divertidos ropajes porque teníamos pendiente una videollamada con nuestro hermano Sebas, el primogénito de la familia. No sé si recordáis que cuando me presenté os comenté que él se marchó muy joven a Londres a fregar platos. Con el tiempo, había prosperado como cualquiera y, aunque nos teníamos mucho cariño, se había casado allí y no se dejaba caer demasiado por España.

En días así, procurábamos hablar con él y con nuestra cuñada, y al menos vernos las caras. Él no tenía hijos y le gustaba mucho charlar con sus sobrinos.

Ni Leo ni Mauro lo conocían, por lo que mi chico le hizo una promesa que me sentó genial.

—Sebas, no es plan de que no nos hayamos visto nunca. Pronto iremos los seis a veros a Londres, si te apetece.

—¿Toda mi familia aquí? No me ha pasado nunca y sería el mejor de los regalos.

—Pero bueno, cuñado, qué bien te has dejado caer—le dio un golpecito en la espalda una entusiasmada Irene.

—Es lo menos. Somos familia y estaría genial volar todos juntos para conocer a vuestro hermano.

—Sí, sí, que hace mucho que no le vemos—corroboró Hugo.

—Yo es que ni me acuerdo—añadió Marta.

—Pues eso hay que solucionarlo. ¿En Semana Santa podemos todos? —les preguntó.

Tanto Irene como Mauro asintieron.

—Yo dependo de que me deje mi jefe, que es un poco sieso—le comenté entre risas.

—No, tú te quedas en tierra...

—La tita Daniela se viene—se plantó Marta un poco preocupada porque creía que hablaba en serio.

—Ahora soy yo la que digo que esta niña va a ser sindicalista de mayor—opinó su madre.

—¿Eso qué es? —le preguntó Marta.

—Eso es alguien que mire por los derechos de la tita Daniela frente al tito Leo—le explicó Hugo.

—Ah, pues vale... Tito Leo, se siente, pero la tita Daniela estaba antes.

La niña tenía a Leo metido en su bolsillo. A él le encantaban las crías y, aunque estaba loco con su hijo, también lo estaba con nuestra sobrina, pues ya era de ambos.

Se trató de un bonito y familiar día de Navidad para el recuerdo; el primero que pasábamos todos juntos.

—Es lo menos. Somos familia y estaría genial volar todos juntos para conocer a vuestro hermano.

—Sí, sí, que hace mucho que no le vemos—corroboró Hugo.

—Yo es que ni me acuerdo—añadió Marta.

—Pues eso hay que solucionarlo. ¿En Semana Santa podemos todos? —les preguntó.

Tanto Irene como Mauro asintieron.

—Yo dependo de que me deje mi jefe, que es un poco sieso—le comenté entre risas.

—No, tú te quedas en tierra...

—La tita Daniela se viene—se plantó Marta un poco preocupada porque creía que hablaba en serio.

—Ahora soy yo la que digo que esta niña va a ser sindicalista de mayor—opinó su madre.

—¿Eso qué es? —le preguntó Marta.

—Eso es alguien que mire por los derechos de la tita Daniela frente al tito Leo—le explicó Hugo.

—Ah, pues vale... Tito Leo, se siente, pero la tita Daniela estaba antes.

La niña tenía a Leo metido en su bolsillo. A él le encantaban las crías y, aunque estaba loco con su hijo, también lo estaba con nuestra sobrina, pues ya era de ambos.

Se trató de un bonito y familiar día de Navidad para el recuerdo; el primero que pasábamos todos juntos.

Capítulo 62



Pasaron un par de días más y todavía seguíamos de vacaciones navideñas.

—No hace falta que vengas conmigo, amor, no hace falta—me comentaba Leo porque, aunque estábamos de vacaciones, le había surgido una reunión.

—Iría encantada, pero es que creo que es cistitis. Qué cosa más incómoda, no me puedo levantar de la taza del wáter, es que no paro de hacerme pis.

—¿Te llevo antes al ginecólogo? Seguro que te hace hueco, ya tiene confianza contigo—me dijo respecto a uno muy pijo que me buscó en su día, al que iban las mujeres de sus amigos, y al que había visitado alguna que otra vez.

—Vale, pero me dejas allí y te vas, ¿ok?

—¿Dónde te deja, mamá? —me preguntó Hugo.

—En la consulta del ginecólogo, hijo. Oye, ¿te importaría mucho acompañarla? Me tranquilizaría que se quedara alguien con ella allí. Y, en cuanto terminéis, cogéis un taxi, que estaré reunido, ¿o prefieres que anule la reunión, amor?

—Qué vas a anular por una simple cistitis... Si estuviese de parto, vale, pero por una infección de orina sería de chiste, Leo.

—Vale, pero cualquier cosa me dices y acudo como las balas, no tengas duda.

—No la tengo, no.

Leo nos dejó allí y Hugo me estaba contando sus cosas mientras estábamos en la sala de espera.

—En primavera me quiero presentar al examen del B1 de inglés, mamá. Mi profe dice que estaré preparado.

—Qué alegría me das, hijo. Aunque si doy saltitos no es ya por eso—le sonreí.

—Lo sé, mamá, es porque te haces pis, ¡¡qué cosa tan incómoda!!

Miraba a mi alrededor y vi a un par de embarazadas que charlaban. Una muy guapa, le comentaba a la otra.

—A ti ya no te queda nada, yo todavía tengo más por delante. Estoy de siete meses.

—¿Y también vienes sola? ¿No hay padre?

—De eso prefiero ni hablar, mira, es que prefiero ni hablar porque me pongo enferma.

Me puse en la piel de ambas. Yo también había vivido un embarazo sola y sabía lo mal que se pasa cuando no tienes a la otra parte a tu lado, apoyándote.

La enfermera salió y entonces mencionó a esa chica, a la que prefería ni hablar.

—Adara Moliner Guzmán, por favor.

La sangre se me heló en las venas porque yo había visto ese nombre en algún otro sitio. Hice memoria y de pronto caí.

—Mamá, ¿estás bien? —me preguntó Hugo porque el rostro se me debió descomponer.

—No, hijo. No estoy bien, pero tranquilo, que enseguida se me pasa.

—Es por las ganas de hacer pis, qué lata, ¿no?

—Justo por eso, Hugo, justo por eso...

Me levanté y la seguí con la vista. No sé qué quería comprobar. Ese nombre era el de la exnovia de Leo y yo lo había visto en una reserva de vuelos que hicieron en su día. Él solo me comentó que había terminado regular con ella, que tampoco lo supo hacer... Pero Adara resultaba estar embarazada, ¿Leo lo había hecho otra vez? ¿Había dejado en la estacada a otra chica que esperaba un hijo de él? Pues tenía toda la pinta.

—Hugo, espera, que ahora vengo—le comenté y salí a una terracita que había, desde la que llamé a Irene.

—Irene, cariño—comencé a decirle atacada de los nervios.

—¿Qué te pasa, mi niña?

—Que estoy en el ginecólogo y...

Le conté todo y ella alucinó bastante.

—¿Tú estás segura de lo que estás diciendo?

—Que sí, que sí... Que son sus nombres y su apellido, que es su ex. Y que hace siete meses Leo estaba todavía con ella.

—¿Es que este hombre no sabe más que hacer niños?

—Hacerlos y abandonarlos.

—Pero a vosotros os buscó, esto es un poco lío.

—Lo único que sé es que esa chica tiene una panza hasta la boca y que es de Leo.

—No te pongas tan nerviosa, Daniela.

—Si no son nervios. Es la realidad. Y encima dice que del padre no quiere ni hablar. ¿Cómo va a querer hablar? Yo me he visto como ella... Y lo único que he querido hacerle a Leo ha sido darle una paliza, lo único.

—No sé ni qué decirte, hermana.

—No tienes que decir nada. Leo siempre dice que el último susto ya ha llegado, que no habrá más. Y yo me lo quiero creer. Pero claro, si luego llega y hace estas cosas... No quiero ni volver a verlo, Irene.

, —No saques conclusiones precipitadas, mi niña.

—No son conclusiones precipitadas. Quien se ha precipitado, haciendo otro niño, ha sido él. Es un maldito, Leo lo es... Adara está embarazada de él.

No me di cuenta de que Hugo había ido hasta allí a buscarme. Y cuando detecté su presencia, ya fue tarde.

—¿Esa chica que han nombrado está embarazada de papá? ¿Y por eso dice que no quiere hablar del padre del bebé?

—Hugo, hijo, verás...

—Mamá, no me mientas. No me tomes por un crío porque ya no lo soy. Papá nos lo hizo pasar muy mal. No quiero que otro niño pase por lo mismo que yo, no quiero.

—Hugo, cálmate. Seguro que tu padre no ha querido... Él ahora es otra persona.

—Otra persona que ha vuelto a pasar del culo de un crío que ni siquiera ha nacido. Abre los ojos, mamá, te lo pido de una vez.

—Hugo, no llores, cariño.

—Le odio, mamá, le odio. Le he dado un voto de confianza y mira. Si antes lo hago, antes me entero de la verdad.

—Hugo, no hables así. Ese odio tan solo te hará daño a ti.

—¿A mí? No, no permitiré que me vuelva a dañar. No quiero volver a verle, mamá, ¡¡nunca!!

—No digas eso, Hugo, no digas eso.

?

—Mamá, es lo que siento, es lo que siento...

—Hugo, amor, otra vez no. Más odio, no.

—¿Y qué debería hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras él la vuelve a cagar con otro hijo? Pienso decirle todo lo que pienso y después no mirarle más a la cara.

,

—¿Esa chica que han nombrado está embarazada de papá? ¿Y por eso dice que no quiere hablar del padre del bebé?

—Hugo, hijo, verás...

—Mamá, no me mientas. No me tomes por un crío porque ya no lo soy. Papá nos lo hizo pasar muy mal. No quiero que otro niño pase por lo mismo que yo, no quiero.

—Hugo, cálmate. Seguro que tu padre no ha querido... Él ahora es otra persona.

—Otra persona que ha vuelto a pasar del culo de un crío que ni siquiera ha nacido. Abre los ojos, mamá, te lo pido de una vez.

—Hugo, no llores, cariño.

—Le odio, mamá, le odio. Le he dado un voto de confianza y mira. Si antes lo hago, antes me entero de la verdad.

—Hugo, no hables así. Ese odio tan solo te hará daño a ti.

—¿A mí? No, no permitiré que me vuelva a dañar. No quiero volver a verle, mamá, ¡¡nunca!!

—No digas eso, Hugo, no digas eso.

—Mamá, es lo que siento, es lo que siento...

—Hugo, amor, otra vez no. Más odio, no.

—¿Y qué debería hacer? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras él la vuelve a cagar con otro hijo? Pienso decirle todo lo que pienso y después no mirarle más a la cara.

Capítulo 63



Hugo salió corriendo escaleras abajo, en dirección a la calle. Yo, que me hacía pis por doquier, no tuve más opción que abandonar la clínica y salir danzando detrás de él.

—Hugo, por favor, ¡¡no corras!! —le pedí.

—Mamá, ¡¡no me persigas!! Déjame, necesito respirar, estar a mi aire.

—No voy a dejarte solo en estos momentos.

—Pues te terminarás haciendo pis encima.

—Eso es lo de menos—le decía mientras jadeaba, corriendo tras él incluso con zapato de tacón.

Hugo se volvió y ese fue el detonante de que nuestra vida pudiera recibir el más dramático de los giros, de una vez y para siempre.

—¡¡¡¡Hugo, cuidado!!!! —chillé horrorizada porque un coche salía de una esquina y él no lo vio.

Fueron los momentos más horribles y lentos de mi vida... Momentos en los que observé su cuerpo volar por encima del coche y caer en el otro lado.

Llegué hasta él con unos temblores impresionantes... Hugo estaba consciente, pero magullado por todas partes. La pierna le sangraba mucho y, cuando, le subí el pantalón, creí desmayarme.

—No lo he visto venir, ¡¡se lo juro!! —me decía la conductora, que se bajó a toda pastilla. Era una chica más joven que yo—. Lo siento, lo siento. Tiene una fractura abierta de tibia y peroné, Dios—se mordió los labios porque la pierna la tenía de pena.

En ese instante, en el que mi hijo lloraba de dolor, maldije a Leo. Nunca lo había hecho en el pasado, no cuando

nos dejó solos, pero el daño iba a más y me pareció imperdonable.

—Parece que sí, que es una fractura abierta. Cielos...

—Soy médica, ya te digo que sí. Voy llamando al 112.

La chica, que se llamaba Davinia, lo fue estabilizando mientras. A Hugo le dolía muchísimo y por fin llegó la ambulancia.

Justo me iba a subir en ella cuando me sonó el teléfono y era Leo.

—Amor, ¿cómo vas? —me preguntó.

—En ambulancia, en ambulancia voy. Maldito seas, Leo—le solté.

—Daniela, ¿qué dices? ¿Qué está pasando?

—Pasa que Hugo está herido. Un coche le ha atropellado por tu culpa. Esta vez no te pienso perdonar, Leo. Las cosas han ido demasiado lejos. Te maldigo para siempre.

—Daniela, no entiendo, ¿cómo está, Hugo?

—Jodido y con la pierna destrozada gracias a ti. Golfo, que eres un golfo. Por el hospital no se te ocurra aparecer, ¡¡déjanos en paz!!

Estaba histérica. Llegamos a urgencias y enseguida le prepararon para entrar en quirófano.

—Todo va a salir bien, Hugo, todo va a salir bien, te lo prometo—le cogía de la mano.

—Ok, mamá, pero prométeme que él saldrá de nuestras vidas. No quiero volver a verle.

—Te lo prometo, hijo, te lo prometo. Y ahora haz caso de todo lo que te digan. Enseguida volverás a jugar al fútbol y a todo lo que te guste. Te lo prometo—le dije besando su frente.

—Gracias, mamá. Tú nunca me has fallado.

—Ni pienso hacerlo, Hugo. Confía en mí.

Se lo llevaron para quirófano y a mí me temblaba el cuerpo al completo.

—Se va a poner bien, no se preocupe. Esas fracturas, al ser abiertas, resultan muy aparatosas, pero la pierna le quedará perfecta—me comentó el médico que le atendía.

—Eso espero. Le encanta jugar al fútbol y...

—Y volverá a jugar en nada. Hágame caso.

Llamé a Irene, quien se acercó de inmediato, lo mismo que Leo, que hizo caso omiso de mis palabras y se plantó allí.

—Conmigo no viene—me aclaró mi hermana, que se lo había encontrado en la entrada.

—¡¡Vete, Leo!! ¡¡Vete o llamo a la Policía!! —le chillé.

—Daniela, ¿qué demonios está sucediendo?

—Pues sucede que a tu hijo lo ha atropellado un coche por tu culpa y por eso lo están operando. Eso es lo que sucede.

—¿Atropellado? ¿Y cómo está?

—Saldrá de esta, aunque se ha puesto la pierna bonita y todo por salir corriendo. Nos hemos encontrado a Adar en la consulta del ginecólogo, ¿creías que no nos enteraríamos nunca?

—¿A Adara? ¿A mi ex? Dios, ahora lo entiendo todo... ¿Tú no pensarás que...?

—¿Que eres el padre de su bebé? Por supuesto que lo pienso. Si no quiere ni hablar de ti.

—Mierda, mierda... No quiere hablar de mí porque me negué a dejarla embarazada, por eso.

—¿Te negaste? Pues para haberte negado, ¡¡menudo bombo que tiene!!

—Se inseminó artificialmente, cortando conmigo. No me sentía capaz de afrontar otra paternidad sin haber conocido antes a Hugo, sin estar a bien con él. Y me negué en rotundo a ser padre con ella. Por eso tomó su decisión. Y eso es lo que has malinterpretado.

—¿Embarazada por inseminación artificial? Irene, ¿lo has escuchado?

—Lo he escuchado, lo he escuchado... Mi niña, ya está todo aclarado.

—¿Y si me estás mintiendo, Leo?

—Aquí tienes el teléfono de Adara. Llámala ahora mismo. Estará encantada de despotricar de mí, te lo aseguro.

—Está bien, está bien. Es que yo pensé...

—Que no he cambiado. Y lo he hecho. Palabra de honor que lo he hecho. No podría volver a pasar otra vez por lo mismo. Mi conciencia no me lo permitiría.

—Te dije que sí tenía de esa—puntualizó Irene—. Conciencia, vaya.

—Y yo no te creía. Leo, lo siento, pero entiende que todas las señales apuntaban en la misma dirección.

—Lo entiendo, pero entiende tú de una buena vez que no os fallaré ni a Hugo ni a ti. Estoy deseando poder explicarle.

—Será mejor que, cuando le suban a la habitación, entre yo. No sea que coja lo primero que tenga a mano y te lo tire a la cabeza. Hugo es muy visceral, igual que yo.

a —Cierto. Y puedes acabar chocado—añadió Irene, quien conocía el carácter de mi hijo y contemplaba tal posibilidad.

—Mi hermana tiene razón. Yo le explicaré, Leo. Y perdona por haber malpensado de ti. Lo he pagado muy caro—murmuré.

—Perdona tú por haberte dado motivos en el pasado para que hoy lo hicieras. Perdona de corazón.

—Lo he escuchado, lo he escuchado... Mi niña, ya está todo aclarado.

—¿Y si me estás mintiendo, Leo?

—Aquí tienes el teléfono de Adara. Llámala ahora mismo. Estará encantada de despotricar de mí, te lo aseguro.

—Está bien, está bien. Es que yo pensé...

—Que no he cambiado. Y lo he hecho. Palabra de honor que lo he hecho. No podría volver a pasar otra vez por lo mismo. Mi conciencia no me lo permitiría.

—Te dije que sí tenía de esa—puntualizó Irene—. Conciencia, vaya.

—Y yo no te creía. Leo, lo siento, pero entiende que todas las señales apuntaban en la misma dirección.

—Lo entiendo, pero entiende tú de una buena vez que no os fallaré ni a Hugo ni a ti. Estoy deseando poder explicarle.

—Será mejor que, cuando le suban a la habitación, entre yo. No sea que coja lo primero que tenga a mano y te lo tire a la cabeza. Hugo es muy visceral, igual que yo.

—Cierto. Y puedes acabar chocado—añadió Irene, quien conocía el carácter de mi hijo y contemplaba tal posibilidad.

—Mi hermana tiene razón. Yo le explicaré, Leo. Y perdona por haber malpensado de ti. Lo he pagado muy caro—murmuré.

—Perdona tú por haberte dado motivos en el pasado para que hoy lo hicieras. Perdona de corazón.

Capítulo 64



Hugo abrió los ojos y no sabía dónde estaba.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

—Hijo, saliste corriendo y te atropelló un coche. Han tenido que operarte, pero la pierna está bien. Volverás a caminar muy pronto.

—Ahora lo recuerdo todo... Ese maldito...

—Leo no es ningún maldito, hijo.

—¿Ya le defiendes de nuevo? ¡¡Me lo prometiste!!

—No es el padre de ese bebé, Hugo. Esta vez no lo es—le hice ver.

—¿De qué me estás hablando?

—De que necesito que me escuches, amor, de eso.

Hugo lo hizo con atención y al final también se le aguaron los ojos.

—¿Es eso verdad, mamá? ¿Lo es?

—Lo es. Tu padre no le ha fallado a nadie más y ese bebé no es suyo.

—Pero entonces... Yo creí que sí, lo creí. Por eso dije todo lo que dije.

—Y yo también, cariño. Vamos a tener que confiar más en él. Ahora sé que tampoco nos fallaría nunca. Estaba tan arrepentido de lo que hizo con nosotros que ni siquiera pudo plantearse otra paternidad.

—De momento. Igual contigo...

—¿Connmigo? Eso no me lo he planteado, Hugo, ¿A ti te gustaría tener un hermano? ¿Lo dices en serio?

—¿Y por qué no? Me hubiera gustado cuando era más pequeño, pero eso tampoco significa nada. Eres muy joven, mamá, puedes tener todavía los hijos que quieras.

—Hugo no paras de emocionarme. Yo no sé si esto es bueno para mi corazón.

—Yo opino que tu corazón está mejor que nunca. Y ahora lo mejor será que le pidas a papá que entre. Creo que le debo una disculpa.

Leo entró y le abrazó.

—Hijo, si llega a sucederte algo peor...

—¿Algo peor? Voy a estar unos meses sin poder jugar a fútbol, ¿qué se te ocurre peor que eso? —bromeó.

—Cariño, siento que todo esto haya pasado por mi culpa. Lo siento de corazón....

—No, papá, nada de esto ha pasado por tu culpa. Las cosas se liaron y ya está. Pero, todo el tiempo que no pueda jugar al fútbol, lo haré a la Play con el FIFA y tendrás que entrenar connmigo.

—Eso dalo por hecho. Me gusta mucho pasar tiempo contigo, hijo.

La estancia en el hospital no duró más que unos días. Pronto le pudimos llevar a casa, donde se movía con las muletas. Hugo era muy hábil y enseguida iba rapeando por todos lados con ellas.

—No veas si me gusta escucharte cantar—le dije aquella tarde de viernes, lluviosa y casera.

—Pues canta un rap connmigo, mamá. Nunca lo has hecho.

—¿Un rap contigo? No creo que se me dé demasiado bien.

—Eso no lo puedes saber y lo pasaremos muy bien. Seguro.

—En eso tienes razón, cariño, la tienes...

En esos días, en los que Hugo salió menos, afiancé cantidad mi relación con él, lo mismo que su padre. Fueron muchas las sesiones de peli y sofá, con mantita, mientras yo tenía la posibilidad de acariciar a la vez a los dos hombres de mi vida.

El cambio de Hugo fue bestial y se notó también en la forma en la que afrontó la rehabilitación.

—Está hecho un guerrero—me decía el fisio tras sus primeras sesiones.

—Él es que siempre ha dado un poco de guerra, sí.

—Mamá, no cuentas mis intimidades. Y, además, que te están oyendo todos.

Resultó que allí había una chica tratándose también, de nombre Noelia, y noté que a mi hijo le gustaba. Por esa razón, cada día se daba patadas en el culo para llegar pronto a la rehabilitación y poder charlar un poco con ella.

Meses atrás, me habría sido imposible pensar que Hugo se relacionase de una forma tan sana y con una chica como Noelia, que para nada era una tirada.

Antes de terminar con sus sesiones, ya estaban saliendo.

—Si te harán pronto hasta abuela—bromeaba Irene.

—Hazme el favor y no digas disparates. Yo tuve a Hugo siendo una niña, pero ellos son bebés. Y más ahora, en esta generación.

—¿De qué habláis?? —preguntó Leo, que asomaba por la puerta en ese instante.

—De la posibilidad de que mi hermana sea abuela de aquí a no mucho tiempo. Y tu abuelo...

—No le hagas caso a Irene que está hoy muy graciosa.

—Hombre, cuñada. Para eso esperemos que falten muchos años... Yo lo que quiero es convertirla en madre de nuevo.

—¿Sí? Ay, qué emoción...¡¡Otro bebé en la familia!!

—Es que a Hugo también le hace tela de ilusión—le comenté.

—¿Mi sobrino quiere un hermanito? Cada día me sorprende más. No sé por dónde terminará de salir este niño... Qué gracia tiene el tema. Ya verás cuando se entere Marta de que hay planes de bebé a la vista.

—Esa te dice que quiere otro, fijo.

—No, no. Que se lo pida a su padre, que le va muy bien con Mar.

—¿Y a ti con Mauro no te va bien?

—Me va genial. Por eso... miedo me da meter más elementos en la ecuación. Con Marta todo fue muy fácil y no sea que ahora...

—A ti lo que te da miedo es que te salga otro como Hugo, a mí no me engañas.

—Un poco traumatizada sí me quedé con eso. Hugo ahora está hecho un primor, pero nos hizo sudar tinta, Daniela.

—Eso es verdad, cariño. Míralo, por ahí viene con sus muletas.

—¿Rajando de mí? Mamá, ahora viene Noelia a merendar, ¿te va bien?

—Me va perfecto. Esa chica es muy buena influencia, Hugo.

—Sí, me ayuda con las mates y yo a ella con el inglés.

—Esa es una transferencia estupenda, hijo.

—Para transferencia la que haremos tú y yo—me dijo por lo bajini su padre, cogiéndome por la cintura.

—De fluidos, ya se está viendo, sí—le contesté porque me lo comía a besos.

—¿Mi sobrino quiere un hermanito? Cada día me sorprende más. No sé por dónde terminará de salir este niño... Qué gracia tiene el tema. Ya verás cuando se entere Marta de que hay planes de bebé a la vista.

—Esa te dice que quiere otro, fijo.

—No, no. Que se lo pida a su padre, que le va muy bien con Mar.

—¿Y a ti con Mauro no te va bien?

—Me va genial. Por eso... miedo me da meter más elementos en la ecuación. Con Marta todo fue muy fácil y no sea que ahora...

—A ti lo que te da miedo es que te salga otro como Hugo, a mí no me engañas.

—Un poco traumatizada sí me quedé con eso. Hugo ahora está hecho un primor, pero nos hizo sudar tinta, Daniela.

—Eso es verdad, cariño. Míralo, por ahí viene con sus muletas.

—¿Rajando de mí? Mamá, ahora viene Noelia a merendar, ¿te va bien?

—Me va perfecto. Esa chica es muy buena influencia, Hugo.

—Sí, me ayuda con las mates y yo a ella con el inglés.

—Esa es una transferencia estupenda, hijo.

—Para transferencia la que haremos tú y yo—me dijo por lo bajini su padre, cogiéndome por la cintura.

—De fluidos, ya se está viendo, sí—le contesté porque me lo comía a besos.

Capítulo 65



En Semana Santa, todos nos fuimos a Londres, como nos prometió Leo. Hacía tiempo que no veíamos a Sebas y a su mujer, Diana, por lo que nos pareció el mejor de los planes.

A excepción de Leo, ninguno habíamos estado antes allí, por lo que se trataba de una visita familiar y de la magnífica oportunidad de conocer una ciudad que a todos nos llamaba.

Sebas se ofreció a hacernos sitio en su casa, lo mismo que su esposa, pero eso habría supuesto que durmiéramos todos como en una lata de sardinas.

—Tú no sabes lo sibarita que es el CEO—me burlaba con mi hermano mayor, quien estaba encantado con nuestra visita.

—Pues nada. Si ha cogido habitaciones de hotel, perfecto. Pero tenemos que vernos para hacer planes.

—Eso es que ni lo dudes... Nos tenéis que enseñar todo Londres.

Sebas lo pasó muy mal al principio de vivir allí, con trabajos precarios y demás. Con el tiempo, se puso las pilas y terminó trabajando como jardinero para el ayuntamiento, un puesto mucho más cómodo y mejor remunerado.

—Yo también quiero ser jardinera de mayor—le comentó Marta.

—Ni caso le hagas, tito Sebas—le comentó Hugo—. Que esta niña cambia de idea como de calcetines.

—No les hagas caso...

Les escuchaba, pero no me encontraba demasiado bien. Me sentía cansada y en esa mañana también un poco mareada.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó mi chico al ver que me recostaba en el sofá de mi hermano.

—Bien, bien. Un poco decaída solo.

—Eso me está recordando a una vez, hace tela de años, en que me dijiste lo mismo—intervino Irene—. Te pregunté si habías comido algo que te pudiera sentar más y tú que no... Y lo que tenías asentado en el vientre era a mi sobrino.

—Ya lo recuerdo. Pero esto creo que nada tiene que ver.

—No sé qué decirte, ¿vosotros estáis buscando ya?

y

—Ni buscando ni dejando de buscar—le contesté.

—Haciendo el tonto, vaya. Pues lo mismo habéis dado en el blanco sin apenas apuntar y sin nada.

—Que no, Irene, que esto es un ligero malestar...

s

—La prueba te la vas a hacer porque me sale a mí del alma. Mira tú por dónde.

—Lo veo bien, Daniela, ¿y si es? —Leo apretó mi mano con la suya.

—No te hagas ilusiones, que no lo veo para nada.

—Pues yo sí lo veo, tita Daniela, más que nada porque me han puesto gafas—rió mi sobrina, a quien le habían detectado unas dioptrías en ambos ojos.

s

—Irene, mira que serás pesadita.

—A mí también producirme emoción saber—me dijo mi cuñada Diana, un poco en indio, pues mi hermano le estaba enseñando castellano.

Irene no tardó en volver con la prueba. La última vez que tuve una en la mano, casi me mata Judith, quien estaba purgando su pena en la cárcel.

—Aquí la tienes, háztela y rapidita, que me estoy poniendo nerviosa.

—Sí, tita Daniela y yo.

—Si va a ser que no... Menos expectación que va a ser que no.

—Pero si es que sí, ese niño será un poco londinense—apuntó mi hermano.

—No, no... Los niños son de donde se hacen y este es *“made in Spain”* —añadió mi sobrina, que siempre tenía una frase para todo.

Entré en el baño con Leo y sin la menor expectativa.

—Ahí lo tienes, pero que va a ser que no. Es que sois más cansinos...

Con todo y con eso, pronto me demostró, con la prueba en la mano, que no tenía ni idea de lo que hablaba.

—¡¡Embarazados!! —chilló súper contento.

—¡¡No puede ser!! —me emocioné mucho.

—Sí que puede ser. ¡¡Vas a ser mamá otra vez y yo, papá!!

—Mamá otra vez, después de tantos años.

Escuchamos pasos detrás de la puerta y era Marta.

—¿Mamá otra vez? ¿Estás embarazada tita Daniela? —me preguntó a través de la puerta.

—Sí, cariño, muy embarazada.

—¡¡Un niño!! ¡¡Voy a tener un niño!! —gritó Leo.

Abrimos la puerta y todos nos emocionamos. Estaba la familia al completo. Y si digo al completo es porque de nuestra madre no volvimos a saber ninguno de los hermanos, lo mismo que de nuestro padre.

La familia estaba compuesta por los que estábamos allí. De manera, que ningún sitio mejor para recibir la noticia de que la cigüeña nos visitaría en unos meses.

—Mamá, yo también quiero un hermano, porque de mayor voy a ser cuidadora de niños—le comentó Marta.

—Pues se lo cuentas a tu padre y a Mar, a ver qué te dicen.

—Ellos no quieren, son unos sosos. Pero tú no lo eres.

—Te lo dije, que te iba a caer todo encima—le recordé.

—Con un nuevo bebé en la familia, ya vamos que chutamos. Hagamos las cuentas de cuándo nacerá...

Hugo me miraba emocionado. Me había dado un buen puñado de abrazos y besos nada más conocer la noticia. Qué lejos quedaban los tiempos en que yo debía mendigarle un poco de amor y atención.

Aquel viaje a Londres quedaría para siempre en nuestro recuerdo como uno en el que supimos que la familia aumentaría. Leo se deshizo en atenciones conmigo a partir de ese instante y así sucedió durante todo un embarazo que transcurrió como la seda.

Qué mimada y querida me sentí, y no solo por él, sino por Hugo y por todos los demás. Solo podía pensar en lo distinto que fue aquel embarazo del de mi hijo mayor, cuando hube de afrontarlo con la sola compañía de Irene.

La vida no paraba de darme vueltas, como si fuese “El ojo de Londres” esa famosa noria que es la más alta de Europa y que visitamos aquellos días, al igual que otro buen puñado de atracciones y rincones londinenses en los que dejamos parte de nuestro corazón, de lo mucho que nos gustaron.

—En breve tendrás a tu bebé en brazos—me despidió Sebas el último día—. Ya os haremos una visita.

—Eso espero, hermano, y que no pase tanto tiempo, por favor.

—Ellos no quieren, son unos sosos. Pero tú no lo eres.

—Te lo dije, que te iba a caer todo encima—le recordé.

—Con un nuevo bebé en la familia, ya vamos que chutamos. Hagamos las cuentas de cuándo nacerá...

Hugo me miraba emocionado. Me había dado un buen puñado de abrazos y besos nada más conocer la noticia. Qué lejos quedaban los tiempos en que yo debía mendigarle un poco de amor y atención.

Aquel viaje a Londres quedaría para siempre en nuestro recuerdo como uno en el que supimos que la familia aumentaría. Leo se deshizo en atenciones conmigo a partir de ese instante y así sucedió durante todo un embarazo que transcurrió como la seda.

Qué mimada y querida me sentí, y no solo por él, sino por Hugo y por todos los demás. Solo podía pensar en lo distinto que fue aquel embarazo del de mi hijo mayor, cuando hube de afrontarlo con la sola compañía de Irene.

La vida no paraba de darme vueltas, como si fuese “El ojo de Londres” esa famosa noria que es la más alta de Europa y que visitamos aquellos días, al igual que otro buen puñado de atracciones y rincones londinenses en los que dejamos parte de nuestro corazón, de lo mucho que nos gustaron.

—En breve tendrás a tu bebé en brazos—me despidió Sebas el último día—. Ya os haremos una visita.

—Eso espero, hermano, y que no pase tanto tiempo, por favor.

Capítulo 66



—Avisa a Leo, avisa a Leo—le pedí a Irene aquel día, unos meses más tarde.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Estás bien?

—Estoy de parto, así es como estoy.

—¿De parto? Pero si solo estás de siete meses, no puede ser...

—Sé lo que me digo, Irene, y la niña viene ya. Es que viene ya...

La bebé, que se llamaría Martina, venía con prisas. A Leo le pilló hablando por teléfono en la terraza de aquella cafetería en la que estábamos merendando.

—Ya le aviso yo como una bala, tita Daniela. Iré como si fuera en el patinete—me indicó Marta.

Mi desconcierto era total porque no la esperábamos en aquella fecha. Martina se había adelantado mucho y eso me asustaba.

Leo llegó volando hasta mí.

—Amor, ¿es cierto?

—¿Tú qué crees? Tengo contracciones y comienza a doler a tope. No me hagas caso y te vas a enterar...

—¿Cómo no te voy a hacer caso? Y no me mires así, preciosa.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como me mirabas a mí cuando estabas de parto de Hugo. Lo va a flipar—rio mi hermana.

Yo es que me ponía de un mal humor bestial. Claro que comprendía que Leo no tenía ninguna culpa de que doliese así, pero tampoco podía evitarlo.

—¡¡Hay que llamar a una ambulancia!! —propuso Hugo.

—No, que tampoco es para eso. Nos vamos en el coche de tu padre. Venga...

Lo hicimos así e Irene se subió con nosotros también mientras que Marta se quedó con Mauro.

—Tita Daniela, que no te duela mucho—acertó a decir la pequeña, pero iba a ser que dolía una barbaridad.

A eso, había que sumarle la lógica preocupación por tratarse de un parto prematuro.

—Demasiado tiempo llevábamos sin sobresaltos, es que no puede ser—le comentaba a Leo.

—Cariño, todo va a salir bien, todo va a salir bien.

—Que sí, mamá. Ah, ¡¡no me pellizques más!! —me pidió Hugo.

—Y tú no te quejes. Eso por querer un hermano.

Leo se había salido con la suya y lo que venía era una niña. Lo que podían gustarle las crías. Qué entusiasmado estaba, igual que Hugo. Yo también, aunque me preocupaba cantidad que la cría naciera así de pronto, porque era demasiado pequeñita y podría tener problemas.

A pesar de serlo, a pesar de que apenas pesó los dos kilos, era una jabata que terminó por llegar al mundo con un llanto que nos puso los vellos de punta a Leo y a mí.

—Tendrá que permanecer en la incubadora algún tiempo, pero está perfecta—me confirmó la ginecóloga.

—Tan pequeñita y tan guerrera. Escucha cómo llora—me decía su emocionado padre—. ¿A quién saldrá?

En el caso de Martina, la niña se parecía a mí. Tuvimos que permanecer bastantes días con ella en el hospital, pero se cogió fuerte a la vida y enseguida ganó peso.

El día en que nos la pudimos llevar a casa, fue una fiesta. Hugo la portaba en brazos al entrar en el ático, donde nos esperaban los demás.

—¿La puedo coger, tita Daniela? Es la bebé más chiquitita y más bonita que he visto nunca—me comentó Marta.

—Claro que sí, cariño.

—Así es, con cuidado—le indicaba Hugo, que a sus ya cumplidos 15 años se había convertido en el mejor de los hermanos mayores.

Esa noche, cuando nos quedamos a solas con nuestros dos hijos, encajé que la vida nos había compensado al máximo, que no quedaba nada que pudiéramos ansiar porque ya lo teníamos todo.

Con nuestra parejita, éramos los más felices del mundo. Leo estaba como hipnotizado y tanto él como Hugo se encargaban en buena parte del cuidado de la peque.

—Bastante haces con alimentarla. Si esta niña traga más que yo, mamá—me decía Hugo porque era así, de modo que la peque cogía más y más peso cada día.

—Me tenéis pero que muy mimada, hijo.

—Por los muchos años en los que no te mimó nadie, mamá. Te prometo que, si te pedí un hermanito, que en este caso ha sido niña, no te voy a dejar colgada con el bebé.

—Ni yo tampoco, amor—me confirmó Leo.

Tenían razón. Ambos se ponían de acuerdo y salían a menudo a pasear a Martina en el carrito, permitiéndome descansar.

El CEO que me hizo adicta a él y mi hijo mayor se convirtieron en los mejores cuidadores del retoño de la familia en unos días en los que las sorpresas nos volvieron a asaltar.

Marta acariciaba aquella tarde a su primita cuando su madre me habló.

—Ha ocurrido algo inesperado, el caos...

—¿Has pillado a Mauro con otra?

—No, no. Eso no habría tenido ninguna importancia al lado de esto.

—Irene que me estás asustando.

—Más asustada estoy yo, ¿te puedes creer que me he quedado embarazada? Y no sé ni cómo ha sido.

Creía estar diciéndolo por lo bajini, pero Marta se enteró.

—Mamá, ¿voy a tener un hermanito? ¡¡Yupi!! Y yo sí sé cómo ha sido, que os escuché fabricando el bebé por la noche.

—Ay, Marta, por favor, que me tiro al suelo de risa.

—Si es verdad, tita Daniela, dice que no lo sabe y eso lo sabe todo el mundo. ¡¡Yupi!! Un hermanito.

La familia crecía. A Martina le vendría sensacional contar en su momento con un primo de una edad parecida a la suya. Y mi alegría era total porque sabía que mi hermana, pese a que pareciera quejarse, en el fondo estaría encantadísima con su segundo bebé en los brazos.

Unas ilusiones que ya habían llegado y otras que estaban por llegar. Cualquiera de ellas se transformaba en un gran entusiasmo. Hugo comenzó a ir muy bien en los estudios y seguía como voluntario en el centro de menores, ayudando a otros chavales que un día estuvieron como él. Verle así de centrado suponía la máxima de las alegrías para su padre y para mí. Y en cuanto a su faceta de hermano mayor, su calificación era de sobresaliente.

—Irene que me estás asustando.

—Más asustada estoy yo, ¿te puedes creer que me he quedado embarazada? Y no sé ni cómo ha sido.

Creía estar diciéndolo por lo bajini, pero Marta se enteró.

—Mamá, ¿voy a tener un hermanito? ¡¡Yupi!! Y yo sí sé cómo ha sido, que os escuché fabricando el bebé por la noche.

—Ay, Marta, por favor, que me tiro al suelo de risa.

—Si es verdad, tita Daniela, dice que no lo sabe y eso lo sabe todo el mundo. ¡¡Yupi!! Un hermanito.

La familia crecía. A Martina le vendría sensacional contar en su momento con un primo de una edad parecida a la suya. Y mi alegría era total porque sabía que mi hermana, pese a que pareciera quejarse, en el fondo estaría encantadísima con su segundo bebé en los brazos.

Unas ilusiones que ya habían llegado y otras que estaban por llegar. Cualquiera de ellas se transformaba en un gran entusiasmo. Hugo comenzó a ir muy bien en los estudios y seguía como voluntario en el centro de menores, ayudando a otros chavales que un día estuvieron como él. Verle así de centrado suponía la máxima de las alegrías para su padre y para mí. Y en cuanto a su faceta de hermano mayor, su calificación era de sobresaliente.

Epílogo



Dos años después...

Como todo termina por suceder, Leo me pidió matrimonio de la forma más romántica del mundo en Viena, un año después del nacimiento de nuestra niña.

Él siempre decía que lo hubiera hecho antes, pero que notaba que yo necesitaba mis tiempos con una hija tan pequeñita y demás. El asunto era que me conocía demasiado bien y sí... Yo no soy tan de mezclar. Y primero criamos a la niña y luego acepté casarme con él.

El precioso día de primavera que elegimos para casarnos, ya teníamos a Martina y a mi sobrino Iván, de poco más de un añito, el hijo de mi hermana Irene y hermano de Marta. Los dos pequeos parecían un par de muñecos camino del altar con los anillos en la mano, os los podéis imaginar, bajo la supervisión de mi sobrina y de Hugo.

Por cierto, que cuando su padre me pidió matrimonio de ese modo tan romántico, Hugo estuvo delante y me animó con aplausos a darle un “sí” enorme, uno que resonó en toda la ciudad.

Para nosotros era muy importante que él se mostrara de acuerdo y así fue. Hugo no tenía nada que ver con el de antaño y se había convertido en un crío encantador del que estábamos más que orgullosos Leo y yo.

La ceremonia se celebraría al aire libre, lo mismo que el convite. Era la primera vez que ambos nos casábamos y esperábamos que fuese la última, salvo que con los años nos diera por renovar los votos.

Para nuestra primaveral boda, cambiamos de escenario y elegimos Ibiza. Sí, nada que ver con Madrid, sino un lugar excepcional para celebrar un enlace de ensueño.

De siempre me habían llamado la atención las bodas ibicencas y de casualidad se lo comenté a Leo al poco de pedirme matrimonio.

—¡¡Pues nos casamos en Ibiza!! —pensó.

—Pero está lejos y tú tienes que mover a mucha gente y tal... Quizás les parezca una lata.

—A quien le parezca una lata asistir a la boda más chic que se haya celebrado en Ibiza jamás, que le den. Esa persona no se merece nuestra invitación.

—Pues también tienes razón.

Mi vestido de boda era cortito, sexy lo que se dice sexy, y totalmente ibicenco. También el atuendo elegido por Leo para casarse lo era, lo mismo que el de los invitados.

Pese a tratarse de una boda multitudinaria, no por eso fue de etiqueta, ya que deseábamos algo más desenfadado y así lo hicimos. Hasta los niños llevaban ese tipo de ropitas con menorquinas en los pies. Iban de dulce.

Yo en los pies llevaba altas sandalias para poder besar en condiciones a Leo, que tenía una altura. Mi ramo de flores fue de lo más vistoso también y le puso la nota de color a ese *outfit* tan ideal y en blanco.

Mi hermana Irene estaba muy implicada en los preparativos de la boda y no era para menos... Ella sería la siguiente en casarse con Mauro, quien también le pidió matrimonio meses atrás.

Marta se paseaba por el convite grabándolo todo y retransmitiendo en directo en su canal, uno que había creado y que su madre tan solo le dejaba utilizar en contadas ocasiones, pues era muy niña.

—Tita Daniela, unas palabras para mis *followers*, por favor—me pedía.

—Hugo, estate pendiente de esa niña, que ya está grabando más de la cuenta—le pedía Irene.

Se habían invertido un poco las tornas. Hugo estaba más formal que Marta en aquella etapa de su vida en la que ella deseaba despegar.

La fiesta fue increíble, con todo tipo de atracciones y animaciones, una boda que daría que hablar durante mucho tiempo en una isla en la que se vive en clave de celebración.

El reportaje fotográfico, en el que participamos todos, nos enseñó los mejores fondos de pantalla de un sitio sensacional, de uno al que todo el que lo pisa quiere volver.

Nuestra luna de miel tendría lugar en Japón, un lugar que tanto Leo como yo estábamos deseando visitar. Hugo y Martina se quedarían con Irene, pues consideramos que era un viaje que nos merecíamos disfrutar a solas y en total intimidad.

Todos nuestros invitados disfrutaron mucho de los festejos. Entre ellos nos dio las gracias con mucha efusividad Hellen, quien volvió a trabajar con nosotros y se convirtió en una empleada modelo.

—Te lo llevaste y me alegro por ti—me confesó junto con un abrazo aquella noche, ya de madrugada.

—Tampoco a ti te ha ido mal—le comenté porque se había prometido con otro CEO con un currículum espectacular.

Nos dimos ese abrazo y sellamos una amistad que se perpetuaría en el tiempo. Ella mejoró mucho su carácter y se había convertido en una persona imprescindible en nuestra empresa.

El lugar donde nos casamos era realmente mágico. Y magia fue la que derrochamos aquella primera noche tras nuestro compromiso oficial, ya como marido y mujer.

La magia nunca la habíamos perdido como pareja, porque quien la tiene no necesita trucos. La chispa también nos asaltaba en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida, pues la felicidad nos embargaba a Leo y a mí a cada paso que dábamos.

El hombre que un día me abandonó me compensó con creces a lo largo de los años. Todo aquello quedó en el olvido y solo podía verle como el mejor padre, amante y marido.

A los años solo les pido que no cambien nada del universo perfecto que hemos creado juntos. Nuestra familia es realmente fantástica y nos adoramos los unos a los otros.

Hugo quiere estudiar una ingeniería para trabajar con su padre y conmigo. Y le apoyaremos en todo. Martina disfruta de cada uno de sus pequeños descubrimientos en el más idílico de los entornos; el de nuestra familia.

Así es mi historia, no exenta de giros, contada desde el corazón y parecida a una montaña rusa que, no obstante, hoy en día no nos da ningún sobresalto.

Todos nuestros invitados disfrutaron mucho de los festejos. Entre ellos nos dio las gracias con mucha efusividad Hellen, quien volvió a trabajar con nosotros y se convirtió en una empleada modelo.

—Te lo llevaste y me alegro por ti—me confesó junto con un abrazo aquella noche, ya de madrugada.

—Tampoco a ti te ha ido mal—le comenté porque se había prometido con otro CEO con un currículum espectacular.

Nos dimos ese abrazo y sellamos una amistad que se perpetuaría en el tiempo. Ella mejoró mucho su carácter y se había convertido en una persona imprescindible en nuestra empresa.

El lugar donde nos casamos era realmente mágico. Y magia fue la que derrochamos aquella primera noche tras nuestro compromiso oficial, ya como marido y mujer.

La magia nunca la habíamos perdido como pareja, porque quien la tiene no necesita trucos. La chispa también nos asaltaba en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida, pues la felicidad nos embargaba a Leo y a mí a cada paso que dábamos.

El hombre que un día me abandonó me compensó con creces a lo largo de los años. Todo aquello quedó en el olvido y solo podía verle como el mejor padre, amante y marido.

A los años solo les pido que no cambien nada del universo perfecto que hemos creado juntos. Nuestra familia es realmente fantástica y nos adoramos los unos a los otros.

Hugo quiere estudiar una ingeniería para trabajar con su padre y conmigo. Y le apoyaremos en todo. Martina disfruta de cada uno de sus pequeños descubrimientos en el más idílico de los entornos; el de nuestra familia.

Así es mi historia, no exenta de giros, contada desde el corazón y parecida a una montaña rusa que, no obstante, hoy en día no nos da ningún sobresalto.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: [Jenny Del](#)

IG: @jennydelautora

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: relinks.me/JennyDel